

De la autora *Best seller* de la «**Serie Solo por ti**»

~ ANGY SKAY ~

LA  
ÚLTIMA  
TORRE

*Serie Diamante Rojo vol.2*



Lvl  
EDITORIAL  
FicSeam

De la autora *Best seller* de la «Serie Solo por ti»

~ ANGY SKAY ~

LA  
ÚLTIMA  
TORRE

Serie *Diamante Rojo* vol.2



*Lil*  
FicScan

# La última torre

*Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Angy Skay 2018

© Editorial LxL 2018

[www.editoriallxl.com](http://www.editoriallxl.com)

04240, Almería (España)

Primera edición: octubre 2018

Composición: Editorial LxL

ISBN: 978-84-17516-20-8

*Ami William*

Por fin continúa esta segunda parte que tan ansiosa me tenía, que tantas noches en vela me ha costado y que tantos cambios ha tenido. Puedo decir con la boca bien grande que he disfrutado de cada paso, de cada escena, de cada personaje y, lo que más deseo es que tú, que estas leyendo estas líneas, sientas lo mismo que yo de principio a fin.

Quiero dar las gracias a mis provocadoras, las que me siguen constantemente y con las que me llevo tantas alegrías. A mis nuevos lectores que apuestan por mí para que siga teniendo las ganas de avanzar, y a toda esa gente que, aunque no sea a mí a quien siguen, le dan la oportunidad a los autores que día a día luchamos por este sueño, pero, sobre todo, a los que se sienten orgullosos de tener una estantería repleta de libros.

Por último, me gustaría agradecer como siempre a las personas más importantes que me han seguido, aguantado y dejado que las volviese locas con mis idas y venidas. A mi madre, Merche; mi hermana, Patricia; mi Churry, R. Cherry, y a las que más han vivido esta aventura: Noelia Medina y Ma Mcrae. Gracias por ser como sois, gracias por estar en mi vida.

*#LasUniMolamos*  
*#LasJornadasIntesivasSonLoMejor*  
*#LosConsultoriosJFNoSeCambian*

Se os quiere.  
ANGY SKAY

«Y yo,  
yo no debí jugar con tu corazón.  
Fui un egoísta y lo siento, mi amor,  
yo no debí jugar con tus sentimientos».

-Ozuna-

*«Cuando sientes que el alma  
se te parte por la mitad.  
Cuando no quieres pensar en el mañana.  
Cuando sabes que es tu sentencia de muerte.  
Le llaman: amor».*  
Angy Skay

# Índice

1. Mi pasado 11
2. El despertar 15
3. De vuelta 29
4. Libertad 40
5. Visita 49
6. Tu hermana 61
7. Reproches 72
8. Recaída 90
9. Ataque sorpresa 100
10. Nuestra primera vez 111
11. Un favor por otro 116
12. Angelo Facchini 126
13. Un ángel 144
14. Has vuelto 157
15. Benvenuti 161
16. Los celos me matan 174
17. Yo también te amo 187
18. Muñeca de porcelana 198
19. Secretos 213
20. Nuestro retrato 224
21. El demonio 235
22. Italianos 246
23. Ahora 258
24. Último día 270
25. La vuelta a casa 281
26. ¿Noche de bodas? 291
27. El día ha llegado 303
28. Por fin vuelves a mí 314
29. A solas, pequeña 324
30. La verdad 337
31. Misión suicida 349
32. Agneta 360
33. Juntos 375

34. Ángel o demonio 387
35. Una familia 402
36. Déjala 414
37. Sorpresa 426
38. Me has fallado 435
39. Un cambio justo 444
40. Mi demonio 455

# 1

## Mi pasado



*Jack Williams*

*Me acurruqué en su pecho todo lo que pude, dejando que sus manos recorrieran con suavidad mi pelo, creando unas caricias que consiguieron dejarme adormilado lo suficiente como para lo que me esperaba.*

*Miré a ambos lados de lo que parecía una enorme carretera, bajando del coche en el que únicamente estábamos mi madre y yo. La contemplé con miedo dada la oscuridad que se apoderaba del cielo en ese momento, y ella sujetó mi mano con una sonrisa tan triste que fue imposible de disimular. El taxi esperó paciente a que nos bajásemos para, segundos después, estacionarse en un lateral de la carretera. «¿Por qué no se marcha?», me pregunté unas cuantas veces, las mismas que no obtuve respuesta en mi mente infantil.*

*Miré hacia el frente, encontrándome con un enorme sitio que daba pánico. Su gran verja de color marrón ya oxidado conducía al interior de una enorme casa que se alargaba hasta el final de los jardines, donde me pareció empezar a ver sombras extrañas que se alzaban y venían a por mí. Mi madre apretó mi pequeña manita con fuerza, tirando de mí hacia el interior de aquel tenebroso sitio que me ponía los vellos de punta. Nos acercamos sigilosos hasta unos amplios escalones que se mostraban antes de llegar a la entrada principal, adornada por una puerta gigantesca con el mismo toque desaliñado y antiguo que el resto del lugar. Con miedo, contemplé los altos matorrales que se erguían a nuestro alrededor, dándome cuenta de lo descuidado que estaba todo. La mano de mi madre comenzó a temblar; y yo, tan pequeño, tan inocente, no supe cuál era el motivo.*

*—Mami... —Alcé mi cabeza para contemplarla. Estaba llorando—. ¿Es*

*que nos vamos a venir a vivir aquí?*

*Asintió, pero un hipido fue incapaz de hacer que contestase. Estaba acostumbrado a los gritos, a las peleas, a las voces y a muchas más cosas que, con aquella edad, no sabría describir, pero lo que sí tenía claro era que mi madre sufría más que nadie.*

*—No me gusta —renegué, torciendo el gesto.*

*Se agachó para estar a mi altura, llevándose mis manos a sus mojados labios donde las lágrimas caían sobre ellas sin cesar. Las besó con auténtica dulzura; verla en aquel estado solo me hizo encontrarme mal. Sentí que mis ojos quemaban, tenía unas ganas de llorar horribles, hasta que consiguió hablar.*

*—Mi niño..., mi pequeño —me susurró, tocándome con delicadeza el cabello—. Tienes que esperarme aquí.*

*—Pero, mami...*

*—Jack —me cortó—. Sabes que te quiero mucho, ¿verdad?*

*Sorbió por la nariz, mirándome fijamente.*

*—¿Verdad? —volvió a preguntarme, quebrándose.*

*—Sí... —le contesté en un susurro.*

*Se rompió de nuevo, en un intento de darme una explicación que por aquel entonces no entendí. Abrazó mi pequeño y frágil cuerpo con desesperación, y yo me dejé hacer enredando mis manos en su espeso cabello. Toqué uno de sus mechones con la punta de mis dedos, notando que se enredaban en ellos como tantas noches lo hacían.*

*—Mami, tengo sueño —murmuré con la voz apagada—. ¿Lloras de alegría? —le pregunté con inocencia.*

*Una de sus manos descendió hasta limpiarse las lágrimas que brotaban como ríos de sus ojos tan verdes como los míos, no hizo ningún gesto más. Se levantó, giró sin mirar atrás y, antes de traspasar la verja, me miró.*

*—Espérame aquí, mi niño.*

*La forma de decirlo me aterró, pero confiaba en ella, sabía que volvería, que no me abandonaría a mi suerte en aquel destartalado sitio.*

*De repente, antes de que se subiese al taxi, una gran luz se encendió sobre mi cabeza y miré hacia el foco que me cegó durante unos segundos. El leve sonido de la enorme puerta que tenía a mi lado resonó, y noté mi cuerpo temblar sin control.*

*Una mujer alta, demasiado, robusta y con gesto hosco me observaba*

*desde su posición, en el mismo instante en el que sus ojos se desviaban hacia el coche que salía disparado por la carretera. Suspiró con pesar y los bajó hasta posicionarlos en mí.*

*—¿Qué haces aquí, criatura?*

*Su tono era más dulce de lo que habría esperado, aun así, sentí un miedo aterrador.*

*—Mi mami me ha dicho que ahora vuelve... —musité con mi vocecilla.*

*Volvió a soltar, esta vez más fuerte, un resoplido que hizo que mis lágrimas descendieran por mis mejillas sin poder ni querer evitarlo.*

*—Claro —añadió con tristeza—. ¿Quieres un chocolate caliente? Tengo preparada una gran cazuela y te aseguro que con este frío no te vendrá mal.*

*Asentí sin saber qué hacer, lo último que recuerdo es que miré con esperanza aquella carretera por la que había desaparecido la persona más importante de mi vida.*

*Apoyé mis manos en la barandilla, dejando que la suave brisa se rozara con mi rostro, recordando las miles de veces que, sin venir a cuento, había acabado en las puertas de aquel orfanato apoyado sobre el capó de mi coche, fumándome un cigarro y contemplándolo sin saber por qué.*

*Necesitaba recordar mi pasado, necesitaba no olvidarme de él.*

*Pocos días después de mi ingreso en aquel sitio, lo único que recuerdo es que salí al jardín y todas las puertas estaban abiertas, incluida la de la calle, que permanecía cerrada a cal y canto siempre que la miraba desde la ventana de mi habitación.*

*Sin más, ese día bajé como el que no quería la cosa y me encontré a un hombre de aspecto temible, observándome desde el otro extremo de la carretera. Ese alguien extendió su mano en mi dirección y yo, como un niño que era, la acepté.*

# 2

## El despertar



*Micaela Bravo*

*La Habana, Cuba*

Me removí incómoda unos segundos hasta que abrí los ojos con lentitud, viendo la poca claridad que entraba por uno de los ventanales. Noté el frío a mi derecha percatándome de que no estaba en la cama. Miré el reloj, confusa, y no daban ni las nueve de la mañana. Le busqué con los ojos por toda la habitación del apartamento que teníamos arrendado desde hacía cuatro meses. Tenía pocos muebles, más bien antiguos, de una madera oscura que los hacía tan elegantes como llamativos. La gran cama con dosel y unas pequeñas cortinas de seda blancas en sus laterales ocupaban casi la totalidad del dormitorio y, finalmente, disponíamos de un salón con una diminuta cocina, todo junto en una sala, y dos espléndidos balcones que daban a las calles de La Habana vieja, en Cuba.

Aparté las sábanas de mi cuerpo desnudo y agarré la bata de seda que tenía arremolinada a los pies de la cama, gracias a la urgencia que nos había consumido la noche anterior, como de costumbre. La coloqué sobre mi cuerpo sintiendo que un pequeño escalofrío se apoderaba de mi piel y la até con un simple nudo en mi cintura que apenas la sujetaba.

Mis heridas de guerra habían desaparecido, prácticamente. Después del episodio que tuvimos en Atenas, Riley me llevó junto a la policía a un hospital, alegando que nos habían atacado unos tipos que no conocíamos. Tiziano consiguió llevarse a Jack a rastras antes de que lo apresaran, pero poco después, este volvió al hospital en el que me encontraba y de donde no se despegó durante la semana que estuve ingresada debido a la gran hemorragia que tenía por el balazo recibido, y por lo que no era el balazo. Di

gracias a que la bala no perjudicó a ningún órgano y la recuperación no fue tan lenta como esperaba, pero eso no impidió que los recuerdos acudieran a mi mente con asiduidad.

*Sentí mi cuerpo dolorido. No había un solo rincón en él que dejara de martirizarme de aquella forma tan extraña, pero lo que más me dolía era saber con certeza que si había sobrevivido la persona que albergaba en mi interior sería todo un milagro. Pero no.*

*Los milagros para alguien como yo no existían.*

*Escuché de fondo la voz de un hombre que no reconocí y, seguidamente, un fuerte suspiro por parte de Riley, imaginé. Lo recordaba todo, pero al llegar al hospital, la medicación me sumió en una oscuridad tenebrosa de la que no pude despertar.*

*—Si sigue de esta forma podrá marcharse en unos días —dijo el hombre que no conocía, confirmándome que era el doctor.*

*Volví a dejarme guiar por la oscuridad hasta que de nuevo, una corriente muy habitual en mí me hizo abrir los ojos con lentitud. Las potentes luces de la habitación me molestaron sobremanera al abrirlos, obligándome a arrugarlos hasta que me acostumbré. Posicioné mi mirada en la mano que, con ternura, rozaba mis nudillos, hasta que sus ojos ascendieron fijándose en los míos. ¿Qué hacía allí? Era un insensato, podrían descubrirle en cualquier momento.*

*Me alteré sin poder evitarlo, y este apretó mi mano enfundándome de una tranquilidad que no sentía.*

*—Voy a llamar al médico.*

*Fueron las únicas palabras que salieron de la boca de Riley, quien, segundos después, abandonaba la habitación para dejarnos intimidad. Miré a Jack que se levantaba para estar más cerca, y terminó depositando un casto beso en mis labios.*

*—¿Cómo te encuentras? —me preguntó en un susurro.*

*—¿Cuánto tiempo llevo así? ¿Qué haces aquí? Se suponía que tenías que estar lejos, te pueden descubrir y...*

*—¿Cómo te encuentras, Micaela? —me cuestionó de nuevo, obviando la retahíla de preguntas que se agolparon en mi garganta.*

*Recorrí con mis ojos todo mi cuerpo hasta posicionarlos en mi vientre, eludiendo los cables y las máquinas que no dejaban de pitar dando a entender el estado de ansiedad en el que me encontraba.*

*Un suspiro desgarrador salió de su garganta cuando el doctor atravesaba la puerta en mi dirección. Me reconoció con minuciosidad y cuando terminó, se colocó a mi lado. Supe lo que iba a decir. Y el miedo volvió a recorrerme como nunca lo había hecho.*

*—Ha tenido suerte, Micaela. La bala no ha afectado a ningún órgano. Ha perdido mucha sangre, pero con tiempo y calma se recuperará por completo.*

*Calló.*

*Le contemplé a la espera de escuchar la tan mala noticia que ya suponía, sintiendo mi corazón encogerse a pasos agigantados. Jack seguía en la misma posición, solo que sus manos estaban apretadas en puños sobre las sábanas, mirando al hombre que me hablaba.*

*—Siento decirle que... —Dejó las palabras en el aire, como si a él mismo le doliese lo que a continuación iba a comunicarme, suspiró con pesar y continuó con mi temor—: Ha perdido mucha sangre, como le he comentado antes, y ha sido imposible hacer nada por el...*

*—¿Cuándo puedo irme? —le interrumpí.*

*No quería escucharlo. En realidad, no sabía si podía, dado que yo jamás había experimentado aquel dolor en mis propias carnes y, por muy raro que pareciese siendo el tipo de persona que era, me estaba desgarrando el alma.*

*—Tendrá que permanecer aquí unos días para que la tengamos en observación. Yo la avisaré cuando esté recuperada y...*

*Miré a Jack sin dejarle terminar de hablar.*

*—Nos vamos —sentencié.*

*No dijo nada. Siguió contemplándome con tristeza y dolor.*

*El mismo que sentía yo.*

*—Pero...*

*—Deme el alta. Se la firmaré.*

*—Pero no está en condiciones de...*

*—He dicho que me dé el puto alta —le espeté de malas formas.*

*Me destapé como una energúmena, encaminando mis pasos hacia el baño que había en la misma habitación. Cerré la puerta tras de mí y apoyé mis manos en el lavabo para observar mi rostro.*

*Estaba demacrada, tenía ojeras, el cabello hecho un desastre, y lo que más me impresionó fueron mis dos océanos a punto de desbordarse en un mar incontrolable. Apreté los dientes con fuerza sin entender en qué*

*momento me había convertido en una blandengue que lloraba cuando las cosas se torcían, cuando eran por su culpa, por inconsciente, por no saberlo, a fin de cuentas, por todo.*

*Noté mi mandíbula crujir hasta tal punto que pensé que los dientes me saltarían por los aires, y escuché que la puerta del baño se abría sin pedir permiso. Jack entró con el rictus serio, sin apartar sus ojos de mí desde su posición. Le contemplé a través del espejo, siendo consciente de que él no tenía mejor aspecto que yo, pero que, aun así, estaba irresistiblemente guapo.*

*Tragué saliva al ver su escrutinio, instante en el que noté que una lágrima descendía de mis ojos hasta terminar en mi mejilla sin poder retenerla. Me mordí la lengua tratando de contener mis emociones, hasta que, a punto de reventar, escuché:*

*—¿Quieres hablar?*

*Negué con la cabeza sin apartar mi mirada de su rostro, viendo que asentía apretando sus labios. Se acercó a mí, pegándose a mi espalda y giró mi cuerpo de un solo movimiento hasta que quedé de cara a él. Me observó un buen rato y, poco después, habló:*

*—Está bien, pero... —limpió otra de mis lágrimas con su dedo pulgar— algún día tendremos que hacerlo.*

*—Algún día —musité, escondiéndome bajo su cuello para intentar no ahogarme en mi propia miseria.*

*Giré mi rostro en dirección a la ventana y vi que estaba sumido en sus cosas, con su esplendorosa espalda al descubierto definiendo cada uno de los músculos que cada día estaban más marcados, más temibles e irresistibles. El cabello le había crecido un poco, pero, de igual forma, seguía siendo atractivo a rabiar. Le contemplé desde la distancia mientras levantaba la taza de café cubano y en la otra leía el periódico apoyado en la barandilla del balcón.*

*Me posicioné tras él, a sabiendas de que había notado mi presencia mucho antes de llegar. Le abracé por detrás, repartiendo pequeños besos en su espalda y subí mi lengua provocándolo hasta que, de puntillas, llegué a su coronilla.*

*—Buenos días —murmuré cerca de su oído.*

*Soltó el café en la mesita improvisada que tenía a su izquierda y se giró para darme un beso en los labios que me supo a poco y del que no conseguí despegarme con la facilidad que creía. Observé su boca esperando otro beso,*

y vi que esbozaba una sonrisa pícaro que tuve que imitar. Juntó sus labios con los míos, alzando mi trasero, elevándome de manera que mis piernas quedaron enroscadas en su cintura. El débil nudo de mi bata de seda se deshizo en un abrir y cerrar de ojos, resbalando por mis hombros hasta quedar sujeta por la mitad de mi brazo. Mi pelo cayó alborotado tocando mi cintura, cuando Jack depositó salvajes besos en mi cuello haciendo que echara la cabeza hacia atrás para facilitarle el acceso.

—Has madrugado mucho —musitó sin dejar de besarme.

—La cama estaba fría —añadí, sensual.

—Y, me imagino, que necesitas que entre en calor.

Una pequeña carcajada salió de mi garganta a la vez que su boca ascendía de nuevo hasta posicionarse en mis labios con urgencia. Su lengua batalló con la mía exigiendo el acceso que tanto ansiaba a primera hora de la mañana. Lo siguiente que mi figura sintió fue el peso de su cuerpo colocándose sobre mí mientras contemplaba cómo se esforzaba por hacer desaparecer su pantalón de pijama, arrastrándolo con el movimiento único de las piernas. Le ayudé con mis pies escuchando un gruñido que salió de su garganta, cuando de un puntapié lo lanzó a la otra punta de la habitación. Jugueteé con su pelo, notando que se hundía con desespero en mi interior, que ya estaba más que preparado para su llegada. Arquee la espalda al sentir su grosor llenarme por completo y balanceé mis caderas de forma lujuriosa haciendo que otro jadeo ahogado saliera de él.

—El día menos pensado vas a provocarme un infarto —me aseguró pegado a mis labios.

—Espero que no. —Sonreí.

Alcé mis caderas para ganar más profundidad, si es que eso era posible, y enroscé mis piernas alrededor de su cintura pegándole por completo a mi cuerpo, queriendo fundirle en mi piel. Sus movimientos se volvieron desquiciantes, y moví mis caderas siguiendo su compás frenético que nos llevó a ambos al borde del éxtasis al que tan acostumbrados estábamos últimamente.

Atrapé su labio inferior en un gesto desesperado cuando mis gemidos se hicieron constantes y sonoros en la habitación, al igual que los suyos, salvajes y rudos, me perforaban los oídos. Sus ojos se clavaron en mí y no hicieron falta palabras cuando un simple movimiento de ellos me llevó al extremo de perder la cordura, sin romper nuestra conexión hasta que, poco después, sentí que se derramaba en mi interior clavando y presionando con fuerza sus dedos

en mi cintura. Después de dos sacudidas más paralizó su marcha, quedándose enterrado en mi interior, y colocó sus brazos a ambos lados de mi rostro, manteniendo su peso para no aplastarme.

—¿Mejor?

Alzó una ceja, risueño, a lo que le contesté con una sonrisa de oreja a oreja revolviéndole el pelo, para después dar un casto beso a sus labios:

—Mucho mejor.

Dio un pequeño vuelco que me hizo soltar un grito, sentándose en la cama, consiguiendo que mi cuerpo quedara a horcajadas encima de él sin necesidad de separarnos en todos los sentidos. Se apoyó en el cabecero de hierro forjado y paseó sus manos por mi espalda de manera cariñosa.

—¿Qué quieres hacer hoy?

—Mmm... —Me puse un dedo en la barbilla pensativa—. No lo sé. ¿Hacer las maletas quizá?

Era nuestro último día en La Habana, algo que odié, ya que me encantaba aquel lugar, sus gentes y todo lo relacionado con el país. No quería marcharme, mejor dicho, no quería volver a la realidad, despertándome del gratificante sueño en el que me encontraba desde hacía cuatro meses. Renegué un poco y este cogió mis manos entrelazándolas con las suyas.

—El avión sale mañana, todavía tenemos tiempo de dar otra vuelta.

Mis ojos brillaron.

—¿En el Malecón? —insinué.

—Si es lo que quieres... —Sonrió sin despegar sus ojos de mí.

Asentí entusiasmada.

—Pero me tendrás que dar algo a cambio.

Su voz ronca se acentuó más cuando acercó su boca a mis pechos desnudos, momento en el que sentí que su erección volvía a tomar posiciones de manera considerable. Alcé una ceja divertida y Jack me contestó con una fiera mirada que me prometía más de una cosa, la cual nos entretuvo.

Después de una comida de lo más entretenida donde hablamos sin parar sobre nosotros, según él, intentando conocernos a fondo, cosa que ya era casi imposible puesto que sabíamos todo el uno del otro, recogimos el equipaje y las pocas pertenencias que habíamos dejado en el apartamento. Cerré la maleta con pesadez y poco después, salimos en dirección al Malecón. Íbamos paseando con tranquilidad cuando una niña pasó a toda velocidad por mi lado, dándome un diminuto golpe en la pierna izquierda que, finalmente, me hizo

apartarme para no caer. Contemplé su carrera hasta llegar a sus padres que se encontraban en dirección contraria a nosotros, y vi que llevaban a otro niño, un poco más pequeño, más... bebé. Al pasar por mi lado los miré de reojo y volví la vista al frente en un mero intento porque el hombre que pasaba su brazo por encima de mis hombros, agarrando mi mano, no se diera cuenta. Era un tema que solo habíamos sacado una vez y no se había vuelto a hablar.

Pude apreciar que me observaba de lado, gesto que ignoré manteniendo mi mirada al frente. Caminamos unos metros más hasta que decidimos parar y saciarnos de las vistas que tantas veces nos habían maravillado durante el tiempo que estuvimos allí. Las iba a echar de menos, de eso no me cabía la menor duda.

—¿Tienes ganas de volver? —me preguntó.

Miré hacia el mar sintiendo que él se colocaba detrás de mí agarrando mi cintura y apoyando su barbilla en mi hombro. Depositó un casto beso en mi mejilla mientras yo negaba varias veces con los labios sellados. Un breve silencio se hizo entre nosotros, algo que no acostumbraba a pasar, cuando noté que se tensaba.

—¿Quieres hablar?

—¿Tenemos algo de qué hablar? —Le di la vuelta a la pregunta, como solía hacer él.

Soltó un largo y pesado suspiro dándome a entender que había llegado su tope para esquivar el tema. En realidad, no sabía por qué motivo lo hacía, simplemente, no me apetecía hablar del último día que estuve en Atenas, pero tampoco tenía clara la razón por la cual no era capaz de entablar una conversación sobre lo que pasó o, mejor dicho, por cuáles de todos los motivos que transcurrieron esos días.

—Micaela...

Su tono me indicó la poca paciencia que le quedaba.

—Jack... —lo imité.

—No seas infantil. —Casi gruñó.

—No lo soy. Tú me has hecho una pregunta, y yo te he contestado.

Movió su rostro lo suficiente para poder mirarme a los ojos y, por un momento, despegué los míos del infinito mar. No apartó la conexión, preguntándome:

—¿Por qué nunca quieres hablar sobre ese día?

No fui capaz de sostenerle la mirada y la volví a mi posición anterior.

—Porque no tenemos nada de qué hablar. Fue algo que pasó y que no podemos cambiar —sentencié con el tono más duro de lo que pretendía.

—Eso no quita que no podamos tocar el tema en ningún momento.

Su voz también fue cambiando, incluso pude apreciar un leve enfado.

—Y ¿qué quieres que te diga?

Me desesperé soltándome de su agarre, girándome y clavando mi mirada furiosa en él, escuchando de fondo las olas azotar con rabia el muro. Solté un suspiro eterno cruzándome de brazos bajo su estupefacta mirada.

—¿Quién te ayudó a escapar de allí? —me preguntó, refiriéndose a la fortaleza de Anker.

—Una chica del servicio que le tenía un cariño especial a Adara. Te lo he dicho cientos de veces —le reproché.

Y era verdad, eso fue lo único que le dije en su día.

—Mientes.

—¿Por qué debería hacerlo? —le espeté malhumorada.

—Porque sé cuándo no me estás diciendo la verdad, Micaela. ¿Por qué iba a ayudarte una persona que habías secuestrado?

—No lo sé. Pregúntaselo a ella —mentí de nuevo, intentando sonar convincente.

Sus labios se cerraron en una fina línea y supe que el momento era ahora o nunca, aunque con ello se llevara otro trocito de mi corazón.

—¿De qué conoces a Arcadiy?

Me observó frunciendo el ceño.

—Es uno de los mejores hombres que tiene Anker, ¿jeso qué importa ahora!? —se desesperó.

Bajé mis ojos al suelo durante unos instantes, los volví de nuevo hacia su rostro, pero este ya me había visto.

—¿Qué pasa? —me preguntó confuso.

—¿Recuerdas el peluche que encontramos en mi despacho?

Asintió tensándose más si es que eso podía ser. Exhalé un fuerte suspiro antes de continuar:

—Era de mi hermano.

Movió su rostro curvándolo lo suficiente como si no me hubiese escuchado, achicando sus ojos.

—¿Y eso qué tiene que ver con Arcadiy?

Dudé unos segundos antes de contestar:

—Arcadiy es mi hermano.

Pareció meditar unos minutos que para mí se hicieron eternos. Esperé, con la poca paciencia que me quedaba, hasta que vi que su silencio se hacía más grande de lo normal y volví al ataque:

—¿Cuándo llegó el hombre que te disparó en Atenas a la casa de Anker?

Me refería a Arcadiy.

—Era pequeño —me contestó tajante y mucho más serio de lo normal.

—¿Cómo de pequeño?

—¡¡No lo sé, Micaela!! Pequeño, joder. —Se giró comenzando a dar pasos de un lado a otro al igual que un león enjaulado, fijó sus ojos en mí y volvió a retirarlos de inmediato, negando con la cabeza—. Me estás diciendo... Me estás dando a entender que... —Negó de nuevo—. No puede ser. Yo lo sabría.

—¿Y realmente no lo sabías? —puntalicé molesta.

Se paró en seco fulminándome con la mirada.

—¿De verdad piensas que te ocultaría algo así si hubiera sido consciente? —Se señaló él mismo.

—No lo sé, por eso te estoy preguntando —le contesté tajante.

Negó de nuevo sin poderse creer que le estuviera acusando de algo que no había hecho, pero sentí que la rabia volvía a crecer en mí. Le había encontrado y ni el mismo me reconoció. No sabía qué era lo que más me dolía: si que hubiese disparado sin importarle la dirección que tomase esa bala, que se hubiera marchado sospechando que era su hermana, o el hecho de no encontrar la forma de hablar con él sin volver a meterme en la boca del lobo.

Encaminó sus pasos hacia el coche para marcharse y ordené a mis pies para que hicieran lo mismo hasta que llegué a su altura. Estaba cabreado de verdad y, en cierto modo, me lo merecía por estúpida. Lo agarré del brazo intentando que se detuviera, pero este continuó su marcha sin mirarme, soltándose con un simple movimiento.

—Jack, espera —le pedí, pero me ignoró—. Jack, para un momento.

Conseguí ponerme delante de él colocando las palmas de mis manos sobre su duro pecho. Me observaba enfadado, apretando los dientes de tal manera que creí que de un momento a otro le saltarían por los aires.

—¿No te he demostrado lo suficiente ya, como para que confíes en mí? —me preguntó molesto—. ¿Qué más quieres, Micaela? ¿¡Qué más!?! —Alzó los brazos en el aire.

—Jack, entiende que todo esto me ha tenido confusa desde que le vi en la

casa de Anker. Al principio dudé de si era él, pero después...

Me cortó.

—Y pensaste que era mejor no decírmelo, ¿no?

Se pasó una mano por el mentón con urgencia, soltando otro enorme suspiro que le vació los pulmones. No entendía su nerviosismo o, mejor dicho, su gigantesco enfado.

—Te lo iba a decir...

Volvió a cortarme.

—¿Como lo del embarazo? —bufó.

Su tono de voz me dolió, tanto, que pudo verlo reflejado en mis ojos. Fui a darme la vuelta, esta vez yo, y me sujetó del codo antes de que lo hiciera. Gesto que, por mi parte, no pude disuadir de ninguna manera.

—Lo siento...

—¿El qué sientes? —le pregunté furiosa, cortándole, y propinándole un golpe rabioso en el pecho con mi mano—. Para tu información, no sabía ni que estaba embarazada. No lo sabía —recalqué letra a letra esto último, sintiendo que los ojos me quemaban.

Se quedó paralizado sin saber qué responder. Me solté de su agarre, conduciendo mis pasos hasta el vehículo que se encontraba a unos cuantos metros más alejado de nuestra posición. No insistió y, cuando llegamos, el camino de vuelta lo hicimos en completo silencio al igual que pasamos lo que quedaba de noche.

Los pensamientos me llevaron de nuevo a aquel día, a aquella bala, a la sangre en mis piernas, a todo...

Mi gesto se endureció de tal manera que ni yo misma sabía por qué motivo volvía a poner esa capa de hielo sobre mí, cuando lo único que me apetecía era echarme a llorar hasta ahogarme con mis propias lágrimas.

La reacción de Jack fue evadir el tema por completo, según Riley, para evitarme un sufrimiento que ellos mismos habían pensado que tenía. Claro que lo llevaba auestas, pero no era capaz de sacarlo. No tenía ni idea de lo que significaba la palabra «madre» ni lo que conllevaba con ello, tampoco sabía si un bebé, siendo quienes éramos y teniendo tantos frentes abiertos, era lo mejor, pero el hecho de perderlo así, sin más, sin ser consciente, me había partido el alma en dos de manera inevitable.

Y lo peor de todo fueron los ojos de Jack cuando, inconscientemente, tirada en aquella calle, se desviaron hacia mi vientre en señal de adivinar algo

que ni yo misma sabía.

# 3

## De vuelta



Dejé mis cosas en mi apartamento junto a las de Jack, sin dirigirnos una sola palabra que no fuese necesaria. Ryan se encargó de llevar a Spyke a la casa de mi abuela, a la cual le debía una llamada según los gritos que el pobre de mi guardaespaldas se llevó el día que llegó a su casa. Me asomé por uno de los resquicios de la ventana y vi que el club volvía a ser el mismo de antes, todo estaba reconstruido y en perfectas condiciones. Me giré buscando a Jack, que no estaba en el salón. Dirigí mis pies hasta la habitación, y lo encontré tumbado en la cama con un brazo sobre sus ojos cerrados.

—Voy a ir al club. He quedado con Eli en diez minutos.

Asintió sin decir ni una sola palabra. Hice una mueca de disgusto con mis labios y cerré la puerta detrás de mí, apoyándome en ella durante unos instantes o, por lo menos, los suficientes para calmar el malestar que tenía. Poco después, bajé las escaleras y puse rumbo hacia el club. Toqué la puerta varias veces y, al abrirse, una emocionada Eli se abalanzó sobre mí como si no hubiera un mañana.

—¡Dios, qué guapa estás!, si te ha sentado hasta bien el aire de Cuba.

Sonreí por su piropo, algo inusual en ella.

—¿Eso es una sonrisa? —Alzó una ceja y Ryan apareció en escena.

Me abrazó con tanta fuerza que pensé que me partiría en dos, incluso llegué a notar que mis pies dejaban de tocar el suelo durante unos instantes.

—¡Mica! —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Esto quiere decir que me habéis echado de menos? —Sonreí de nuevo.

—Mucho estás riéndote tú, qué te habrá hecho el soplapollas dos.

Torcí mi gesto junto a una mueca de disgusto al escuchar el comentario de Ryan, que achicó sus ojos en muestra de confusión.

—¿Ha pasado algo? —No contesté—. ¿No ha venido? —Pareció más sorprendido aún.

Negué con la cabeza. Cerré la puerta y me dirigí hacia la barra central, viendo que todo había quedado igual que estaba antes de que lo hicieran trizas. Me senté en uno de los taburetes, Eli adoptó su posición habitual dentro de la barra y Ryan lo hizo a mi lado.

—¿Qué sabemos de Desi? —Cambié de tema.

Ryan echó un rápido vistazo a Eli y desvió su mirada antes de que se topara con la mía.

—He estado hablando con mis fuentes, y la he localizado en Ucrania —añadió con tono hosco.

—¿Y qué hace allí? —me extrañé.

—No lo sé. También he descubierto dónde vive y el trabajo que tiene en un local del mismo barrio. Lo tenemos fácil, no creo que esté protegida por nadie —puntualizó.

Asentí sumida en mis pensamientos. Esa zorra me las iba a pagar todas, y de qué manera. Según Eli y sus informadores, de los cuales no tenía ni idea de quiénes eran ni tampoco quería saberlo, le habían confirmado que Desi se había dedicado a desbaratar la gran mayoría de mis planes todas las veces que había intentado enfrentarme a Anker años atrás. Motivo por el cual no dábamos en el clavo nunca y por el que nos descubrieron en Atenas cuando secuestramos a Adara.

—Menos mal que tu mente pensó con rapidez —añadió Eli—. Y la excluiste de las reuniones.

Sirvió un par de vasos con alcohol, gesto que agradecí, y tragué de un sorbo notando que me quemaba la garganta. Una punzada de arrepentimiento pasó por mi mente al pensar que no había confiado en Eli tampoco o, por lo menos, para todo, ya que la única persona por la que ponía las manos realmente en el fuego era por Ryan. El sentimiento se fue lo mismo que apareció cuando volví a pensar con claridad, como siempre hacía, excepto cuando estaba con Jack. Ahí nunca me funcionaba la mente.

—Iremos —sentencié.

Ryan asintió seguro, pero Eli se mantuvo a la espera tamborileando los dedos sobre el cristal, gesto que se le había pegado de mí.

—¿Qué pasa? —Alcé una ceja.

—¿Piensas que Desi va a estar tan campante, sabiendo que la matarás? —

me cuestionó.

—No ha intentado disimularlo mucho, que se diga —gruñí—. Una persona que desaparece de la noche a la mañana da qué entender. Desi no tiene en quién apoyarse.

—Eso no lo sabes. —Esta vez, Ryan aportó un poco de realidad a la situación.

Lo medité durante unos minutos. Era cierto que si Desi había sido capaz de jodernos todos los planes en más de una ocasión era porque tenía a alguien que la respaldaba, pero también podría estar usándola simplemente, sin que ella lo supiese. El silencio se hizo patente, hasta que Ryan me puso al día de las chicas de compañía nuevas que habían llegado hacía unos días, Tiziano, y varios temas más.

—¿Vas a quedarte? —me preguntó Eli, esperanzada.

—Lo justo y necesario hasta que pueda volver al ataque.

—Micaela, ya has tentado a la suerte, ¿no crees que es el momento de parar? —inquirió Ryan.

Negué con la cabeza. De ninguna forma iba a permitir que Anker se saliera con la suya teniendo que esconderme de sus garras durante toda la vida. Me alteraba la postura que estaba teniendo al no dar señales de vida y, sobre todo, al no buscarme hasta debajo de las piedras. No entendía su manera de actuar, y necesitaba respuestas con urgencia o acabaría volviéndome loca.

—La semana pasada estuvo aquí Vadím, se me olvidó comentártelo.

Elevé mi rostro, clavándolo en Eli.

—¿Para qué?

—Únicamente me dijo: «Necesito hablar con ella». Y se marchó con sus hombres.

Los nervios afloraron en mí al saber que si Vadím había venido en mi búsqueda, era que tenía algo mucho mejor entre manos para ayudarme a terminar con Anker de una vez por todas. Asentí deseosa de poder hablar con él y pensé en llamarle incluso ese mismo día.

—¿Cómo estás?

La profunda voz de Ryan hizo que le contemplase, confusa. Este movió ambas cejas dándome a entender que no iba a poder marcharme sin decirles nada más.

—Bien. Ayer hablé con Jack sobre Arcadiy. Según él no tenía ni idea de que era mi hermano.

Asintió sin decir ni una sola palabra. Miró a Eli de reajo, gesto que no pasó desapercibido para mí, y suspiró antes de continuar. El tema de Arcadiy era algo que ya sabían, pues el día anterior mientras hablábamos antes de llegar al aeropuerto se lo había contado por teléfono.

—Mica... —añadió con pesar.

Sellé mis labios y Eli me observó con mala cara.

—Sabes que puedes hablar con nosotros sobre cualquier cosa. —Acentuó su mirada—. Incluso sobre...

—Lo sé. Estoy bien, Ryan.

Me levanté del taburete evitando a toda costa que me sacaran el tema del embarazo que seguía esquivando de todas las formas posibles. Escuché el gran resoplido de Ryan cuando me encaminaba hacia la puerta y, antes de que saliese, dijo:

—El soplapollas uno ha estado aquí hace dos días. Me dijo que cuando volviesses, fueras a la comisaría.

«En eso estaba pensando yo», me dije.

El aire golpeó mis mejillas al salir y la brisa movió mi pelo en un par de ocasiones dificultándome la vista cuando, antes de dar un paso, la puerta se abrió tras de mí de nuevo. Era Eli. La contemplé durante unos instantes, hasta que vi la pesadez reflejada en sus ojos.

—¿Pasa algo? —le pregunté extrañada por su gesto.

Negó con la cabeza y dio un paso hacia mí.

—¿Necesitas hablar?

—No.

—Mica..., que nos conocemos. Sabes de sobra que puedes confiar en mí, ¿verdad?

Resoplé, pasando una mano por mi pelo.

—¿Qué quieres que te cuente, Eli?

—Quiero que me digas qué te preocupa, que te apoyes en mí cuando lo necesites y que no te lo guardes todo para ti.

Puse los ojos en blanco.

—Estáis empeñados en que tengo que tener un trauma por el embarazo y ¡no es así! —casi grité—. Estoy bien, ¿vale? Y no necesito que estéis encima de mí cada dos por tres.

Intenté marcharme, pero me lo impidió agarrándome del codo.

—Mica, aparte del embarazo, te estás metiendo en la boca del lobo con

ese tío —añadió malhumorada.

—¡Tú qué sabrás! —le espeté de malas formas.

—¡Es un asesino! —Se enervó.

—Y Tiziano un narcotraficante.

Le solté a bocajarro, viendo que la expresión de su rostro cambiaba tornando sus mejillas en un color rojizo.

—¿A qué viene eso? —me preguntó, apretando sus labios.

Negué con la cabeza y me pasé una mano por la cara en un gesto desesperado. Desde luego que era el día de los tocapelotas.

—¿Te crees que soy estúpida y no veo el juego que te traes con él? ¿Acaso él es mejor que Jack? —Calló—. Vamos, Eli, dime, ¿es mejor?

—Solo miro por tu bien.

Noté que esas palabras le dolieron y no era mi intención, pero estaba cansada de escuchar siempre lo mismo.

—¿Por mi bien? ¿Y te has parado a pensar en quién soy yo? —Me señalé—. En la cantidad de cosas que no he hecho bien o en la cantidad de personas con las que he jugado a mi antojo para conseguir mis propósitos, ¿eso me convierte en mejor persona que Jack o no? —ironicé.

Cruzó sus brazos y miró al cielo con impaciencia. Sabía que tenía razón y no era quién para juzgarle. Un silencio se creó entre nosotras, por mi parte, seguía contemplándola a la espera de una respuesta, ella, mientras tanto, movía sus ojos a ambos lados sin saber qué decirme. Resopló e hizo un gesto de cansancio.

—Está bien. En realidad —meneó su cabeza a ambos lados—, un asesino con una proxeneta pegan perfectamente y sin cola.

Sonreí ante su comentario tan tonto, dada la tensión que estábamos teniendo. Ella y sus cosas. Se acercó a mí, abrazándose a mi cuerpo y soltando un diminuto suspiro.

—Lo siento, Mica. No me gusta verte así, no quiero ver que te haces frágil. Sabes que en este mundo eso no está permitido.

—No soy frágil —añadí—. No con la gente de la calle.

Se separó de mí y colocó un mechón tras mi oreja sin quitarme los ojos de encima.

—Pero sí lo eres con él —murmuró con tristeza—, y si el día de mañana desaparece, te dolerá.

Nuestras miradas conectaron. Me negaba a pensar que en algún momento

desapareciese de mi vida, no tenía por qué, pero, en realidad, me aterraba. Lo había dejado todo por él unos meses atrás, me marché con una mano delante y otra detrás porque no podía pensar en un mañana sin él.

—Si se da el caso, sabré afrontarlo.

Mentira.

Pero fue la única forma de ver que su rictus se relajaba y una tímida sonrisa nacía de sus labios. Me di la vuelta, necesitaba hablar con él como el aire que respiraba, no entendía el motivo y, tal vez, eso era lo que más me cabreaba. Antes de cruzar la calle, la miré.

—¿Y tú? ¿Tienes claro qué harás?

Achicó los ojos, sabía que me refería al italiano.

—Me lleva de cabeza, pero lo superaré —murmuró con tristeza.

En esa ocasión fue ella la que se giró sobre sus talones y desapareció dejándome en mitad de la calle, observándola, dando por zanjada la conversación. Me volví inmediatamente hasta que mis ojos se clavaron en mi apartamento y suspiré varias veces.

Abrí la puerta conteniendo la respiración, para subir las escaleras que daban al apartamento. Estaba con el ordenador portátil sobre la mesita baja del salón, a la vez que sostenía el teléfono en su otra mano tecleando con rapidez algo. Me dirigí hasta la cocina para no interrumpirle, pero no pude evitar escucharle.

—¿Lo tienes todo? —Pausa—. Sí. Está bien. ¿Cifrado? —Esperó de nuevo, yo seguía recogiendo las cuatro cosas que tenía sobre la encimera de la cocina—. ¿Pasado mañana? —Silencio—. De acuerdo. —Colgó.

Tragué saliva antes de girarme para mirarle. Lo hice apoyando las palmas de mis manos sobre el mármol, y me quedé observándole. Él, por su parte, seguía toqueteando el ordenador de forma insistente.

—¿Trabajo? —le pregunté.

Asintió sin desviar la mirada de lo que estaba haciendo. Se notaba su enfado, aunque quisiera ocultarlo de cualquier modo, pensando que esconderse detrás de una pantalla era lo mejor. Encaminé mis pasos hasta que llegué a la mesita, sentándome sobre ella, entrelazando mis manos en mi regazo. Este levantó la cabeza lo suficiente como para echarme un rápido vistazo y volvió a lo suyo.

—¿Cuándo te marchas? —murmuré.

—Mañana —me respondió escueto.

—Y... ¿tardarás mucho en volver?

Me retorcí las manos con nerviosismo, hasta tal punto que yo misma me preguntaba qué cojones estaba haciendo conmigo y por qué me comportaba de esa puta manera que tanto odiaba.

—No lo sé.

Contestó en el mismo tono, y eso fue una puñalada directa a mi corazón. ¿Cuánto se suponía que íbamos a estar separados?, ¿era eso lo que me preocupaba de verdad?, ¿o lo eran los constantes latidos de mi corazón que quería salir desbocado? No tenía la respuesta de por qué estaba sintiendo cosas tan sumamente fuertes hacia Jack, pero asustaba, asustaba y mucho.

Siguió con sus cosas, y de reojo pude ver que salían pantallas cifradas con millones de números y letras en el portátil. Me acordé de Riley y le eché de menos. Un comentario suyo seguro que me sacaría una mínima sonrisa en aquel momento. Tomé una bocanada de aire antes de desprenderme de un poquito más de mí. Cerré los ojos, y me lancé a la piscina, eso sí, mi vista se mantuvo en mis manos, las mismas que seguían moviéndose con desespero. Jamás en la vida me había comportado de esa manera tan cobarde como lo era mantenerle la mirada a alguien.

—No soy capaz de entablar una conversación sobre el azo porque... — enmudecí al ver que paraba de teclear y se quedaba contemplando la pantalla fijamente—, porque no sé barajar los sentimientos que me crea hablar de ello. Aunque diga que lo tengo todo bajo control y que no me afecta.

—Los sentimientos son señal de que somos humanos. No deberías desperdiciarlos, si algún día no los tienes, teme.

Yo nunca los había tenido desde la muerte de mis padres. Era una roca con capas infranqueables, todo me importaba una mierda y no tenía el mínimo sentimiento ni siquiera hacia mí misma. Deduje por su tono de voz que había pasado por lo mismo alguna vez, y no pude acallar mi lengua antes de que hablara:

—¿Tú sabes lo que es no tenerlos?

Suspiró, esta vez, girando levemente su rostro para mirarme.

—Por desgracia, sí—. Asentí, juntando mis labios en una fina línea—. Y cuando llegas a ese punto te das cuenta de lo que eres realmente —continuó.

—Y ¿qué se supone que eres? —ironicé, sabiendo la respuesta.

—Un monstruo.

Sonreí con sarcasmo. «Un monstruo», me repetí.

«Básicamente lo que has sido desde hace mucho, Micaela...», mi menté volvió. Y no me dolió, puesto que cada uno es como quiere, y sabe perfectamente a qué se enfrentará dependiendo de sus decisiones. Yo había creado mi mundo a mi manera con una proposición más que firme a todo lo demás, para mi venganza, por mí, por mi familia. Y no me arrepentía de nada. Absolutamente de nada. Pero..., sin embargo, con él mostraba la parte más tierna, la más enterrada en el fondo de mi alma, y no me lo explicaba.

—¿Y qué pasa cuando te das cuenta de que alguien saca lo mejor de ti? — le pregunté, sin mirarle.

Sabía que me estaba analizando sin desviar sus ojos de mí.

—Depende de la parte que sea la mejor de ti.

Estábamos teniendo una puta conversación de besugos que me empezaba a crispár, pero me encantaba sin saber por qué.

—La que no piensa en lo que dice ni por qué. —Elevé mis ojos a la pared —. La que muestra sus sentimientos sin importarle que puedan hacerle daño. —Le miré—. La que le duele en el alma que no le dirijan una palabra, que le den un simple abrazo, un beso...

El tiempo pareció hacerse eterno mientras nos contemplábamos con descaro. La mano de Jack apartó el ordenador para agarrar la mía con firmeza y tirar de mi cuerpo, hasta que caí en su regazo. Pasé mis brazos por detrás de su cuello, entrelazando mis manos entre sí, sin quitarle los ojos de encima. Apoyó su barbilla en mi pecho y suspiró.

—Debería de haber llegado antes —susurró con un hilo de voz que casi ni oí.

—No podías saberlo. En realidad, ninguno lo sabía.

Agarré su mentón, elevándolo hacia arriba para contemplarle.

—No fue culpa tuya —añadí.

—Ni tuya tampoco. Pero no puedo evitar pensar en que pudo haber sido. Y tu silencio no ha hecho más que incrementar mi culpabilidad.

Sujetó mi cintura con fuerza. Nuestros labios estaban casi rozándose y, antes de besarlos, musité:

—No tienes por qué, ahora ya sabes el motivo por el cual no quería hablar de esto. Ya habrá tiempo para pensar en el mañana y en el qué pasará, pero ahora, bésame.

Ilusa de mí.

Tiempo...

# 4

## Libertad



A la mañana siguiente Jack tuvo que marcharse sin poder remediarlo. No quise preguntarle quién era su objetivo y un simple pero doloroso «Ten cuidado», bastó para que me lanzara una mirada diciéndome lo mismo.

Era ya el cuarto día que estaba lejos de mi alcance y los nervios florecían en mi interior. A primera hora de la mañana me dirigí al club, antes de pararme en el supermercado, donde quedamos en vernos por la noche cuando se abriera el local, y de esa manera empezar a coger el ritmo de mi vida anterior, la cual no sabía si conseguiría recuperar antes de tener que marcharme otra vez.

Encaminé mis pasos por el pasillo de las verduras y pensé en hacerle algo especial cuando llegase en unos días y, aunque no sabía cuántos, la esperanza que pocas veces tenía apareció diciéndome que no tardaría demasiado. Cogí unas zanahorias, junto a varias cosas más y las eché en el cesto, notando que alguien se colocaba detrás de mí.

—Vuelves sin hacer ruido, raro en ti después de lo de Atenas —espetó, serio.

Aarón.

Le contemplé de reojo, sin hacer el amago de girarme para mirarle. Él continuó:

—Le dije a Ryan que vinieses a verme. ¿Recuerdas que todavía tenemos un trato?

—Un trato que tú te has dedicado a evadir mientras te ha interesado. —Se la tiré.

Oí su fuerte suspiro, sintiendo que se pegaba a mi espalda en un intento de intimidarme lo que, obviamente, no consiguió. Envaré mi cuerpo de tal manera

que noté que él mismo se tensaba.

—No juegues conmigo, Micaela. Te recuerdo que puedo hundir tu vida cuando quiera.

Su amenaza no me tomó por sorpresa, solo que esa vez sí me giré quedando mis labios a poca distancia de los suyos. Le observé intercalando mis ojos entre su boca y sus perlas marrones.

—No me amenes, Aarón —repetí su mismo tono—. Yo también puedo acabar con tu vida chascando los dedos.

Fruncí mi ceño y me giré para pagar mi compra que me esperaba en la caja, con una dependienta que nos miraba con temor. Nos había oído, a ambos. Cogí mi bolsa haciendo un gran ruido, sin quitarle los ojos de encima, y salí altiva del supermercado notando su mirada en mi espalda. Llegué hasta el coche y busqué las llaves, cuando le vi venir.

Llevaba unos pantalones vaqueros ajustados junto con una camisa informal de color gris con pequeños estampados que le marcaban todos sus machacados músculos. Le repasé de arriba abajo varias veces y pude ver una sonrisa intentando escapar de sus labios al darse cuenta de ese gesto por mi parte. Realmente, era demasiado atractivo.

—Micaela —me llamó cuando ya estaba cruzando mis brazos a la altura de mi pecho. —Alcé la barbilla lo suficiente para darle a entender que podía continuar—. Quiero hablar contigo. —Achiqué mis ojos—. Sin amenazas.

—¿Ahora? —ironicé.

Asintió con serenidad sin moverse del sitio. Yo, por el contrario, alcé una ceja de forma interrogante.

—¿Y qué se supone que quieres?

—Tengo un cambio.

Resoplé y sonreí irónicamente.

—Los polis tenéis una manera muy extraña de trabajar, inspector.

—Ese trato te traerá muy buenas condiciones.

Le miré, esperando una respuesta que no tardó en llegar.

—Si cumples con tu parte, estarás libre de cargos. Eliminaré todos los documentos que tengo, y borraré todos los archivos que haya donde diga que incumples alguna ley. Podrás seguir con tu vida sin que nadie te esté tocando las narices. Dentro de esto que voy a proponerte —hizo una pausa—, hay más gente involucrada y deseosa de que aceptes, de lo que te imaginas.

Le observé con desconfianza y, antes de que continuara, le pregunté:

—¿De verdad pensabas entregarme alguna vez, Aarón?

Me escrutó con sus ojos y contestó:

—Sí.

Mentía.

Podía ver la duda en su cara, aunque intentara esconderla en el fondo de su alma. Mentía porque, como decía Eli, se había enamorado, y yo ya sabía de primera mano la cantidad de gilipollices que uno cometía cuando su corazón se desbocaba por otra persona, aunque fuese la más malvada sobre la Tierra. Reí con sarcasmo, di un paso hacia él sin apartar mis felinos ojos de los suyos y vi cómo apretaba la mandíbula. Me situé justo al lado de su oído, poniéndome de puntillas, y le susurré:

—¿Y si hubiera seguido acostándome contigo, me habrías quitado la condena? —Mojé mis labios, los suyos se apretaron con fuerza—. ¿O quizá habrías venido con el uniforme a mi celda para darme las buenas noches?

Me distancié lo suficiente para poder contemplarlo. No despegaba sus ojos de los míos, y su respiración comenzó a acelerarse. Sonreí con el triunfo reflejado en mi rostro y abrí la puerta del coche bajo sus expectantes ojos.

—Si cumples con el trato en un mes, eres libre. —Se hizo un pequeño silencio y antes de que cerrara, agarró la puerta con una mano, impidiéndolo—. Para siempre.

Volví mi rostro hacia él, con desconfianza.

—Imagino que me las tendré que apañar sola.

—En eso eres una experta —sentenció con desdén y lo fulminé con la mirada.

Esperé con la poca paciencia que me quedaba y alcé la barbilla instándole para que continuara. Este cerró la puerta y bajé la ventanilla, viendo que se daba la vuelta para marcharse.

—¿Me vas a decir el nombre, por lo menos, o también lo tengo que adivinar?

Asintió, y pude ver su sonrisa diabólica al girarse.

—Jack Williams.

Mi rostro se tiñó de oscuridad, él no se volvió en ningún momento hasta que desapareció de mi vista, y yo me quedé paralizada en el asiento del coche esperando a que alguna parte de mi cuerpo reaccionara para marcharme de allí.

Un rato más tarde, aparecí en el club donde Ryan estaba dando vueltas por

allí. Llegué a la barra y me serví una buena copa de ron, antes de apoyar mis manos en el cristal de esta. Ryan me vio y se acercó con premura a donde me encontraba para tomar asiento frente a mí.

—¿Pasa algo?

Elevé mis ojos con confusión, dejando mi copa sobre la barra. Moví el vaso varias veces y solté un gran suspiro que no supe si me vació por dentro o, por el contrario, me llenó de más pesar.

—He visto a Aarón.

—Estás teniendo un gran problema con los hombres. No sé por qué te complicas tanto la vida. —Hizo un movimiento con su mano en el aire.

—No es lo que estás pensando —renegué.

—¿Entonces? Estaba claro que Aarón empezaba a sentir más de lo que tú pensabas. No deberías de haberlo hecho, mira que te lo dije.

Me regañó como si fuera un padre, y eso me hizo sonreír.

—Aunque ahora sonríes más que antes, y eso me gusta —añadió divertido.

—Es Jack quien me hace sonreír —murmuré.

Me contemplaba a través de sus pestañas, con el entrecejo fruncido.

—¿Y cuál es el problema? —me preguntó de nuevo.

Crucé mis brazos y lo observé, dudando.

—Te he dicho que he visto a Aarón.

—Ajá.

—Me ha ofrecido un trato. —Me miró a la espera—. Digamos que yo le entrego un paquete y me quedo limpia. Pero de verdad.

—Pues espero que no lo hayas declinado —añadió con los ojos abiertos como platos—. Es algo que siempre has buscado.

Asentí pensativa, tamborileando mis dedos contra el cristal, viendo que no me quitaba los ojos de encima. En ese momento, algo cruzó por su mente y arrugó el entrecejo.

—¿Quién es el paquete? —Se interesó.

Suspiré, incorporándome de mi posición.

—Jack.

Se quedó paralizado sin saber qué contestar siquiera. Su semblante cambió por segundos y no supo responder al final, cuando vi que su boca se abría, para volver a cerrarse de nuevo. Carraspeó a la vez que yo bordeaba la barra para salir de allí, necesitaba poner en orden mis pensamientos.

—Mica —me llamó antes de salir—. No dejes que tus sueños se vean

vencidos por un tío.

Supe, en el mismo instante en el que Aarón me ofreció el trato, lo que haría. Lo tuve tan claro como el agua que bebía todos los días, únicamente tenía que saber cómo llevarlo a cabo. Con ese pensamiento, me fui a mi local.

Un mes.

Tendría la oportunidad de continuar con mi vida, con mi club, sin tener que preocuparme de todas las pruebas que ya estaban en el poder de Aarón, para acabar con lo que tanto esfuerzo me había costado construir. Podría quitarme ese gran peso de encima y avanzar hasta llegar a lo más alto sin mirar atrás, y todo eso se resumía a un simple cambio.

Mi mente calculadora pensó: «¿Tendré suficiente con un mes?».

Poco después, me senté en mi habitual mesa llena de pinturas y repartí en varios botes de cerámica diversos colores, para ir mezclando según avanzaba con un nuevo lienzo. El que pinté en Santorini, se quedó allí cuando Anker me llevó a la fuerza a su fortaleza, pero no dudé en ningún instante en volver algún día y recogerlo. Lo necesitaba, por lo menos para guardar en mi recuerdo una imagen que valía más que mil palabras.

Dibujé con el carboncillo la parte de La Habana en la que habíamos estado, y en ella salía una pareja que se miraba a los ojos, sumidos en la oscuridad de su deseo. Miré mi teléfono, pero mi gesto se volvió serio cuando no encontré ni una sola llamada de Jack, ni un mensaje ni nada. ¿Y si le había pasado algo? Desde el día anterior por la mañana no tenía noticias de él, así que tecleé a Riley, quien me contestó lo mismo. No sabía nada.

Solté un suspiro y me sumí en la pintura que poco a poco comenzaba a tomar forma, intentando relajarme. Tenía tantos pensamientos que la mente se me nublaba a pasos agigantados sin conseguir dejar nada en claro. Solo tenía que darle lo que quería; mi vida y mi futuro dependían de ello.

Escuché el trasteo en la puerta de la entrada, pero no eran llaves lo que estaban intentando abrirla. Me levanté veloz, dejando todas las pinturas esturreadas de cualquier manera sobre la mesa, y agarré un cuchillo de caza, de los tantos que tenía repartidos por el local y el apartamento. Noté una leve presión en el pecho y me coloqué detrás de la puerta con el arma pegada a mi cuerpo, a la espera de que se abriera. No había luz apenas, ya que solo estaba trabajando con una diminuta lamparita que tenía colocada cerca del caballete, y la iluminación era bastante escasa. La puerta se abrió por completo y me lancé con el cuchillo en alto a por mi atacante, pero este interceptó mis manos

antes de que consiguiera hacerle ni siquiera un arañazo.

El cuchillo salió disparado clavándose en la puerta del aseo que tenía en la planta baja mientras una de mis manos se sostenía en el aire agarrada por una de las suyas. No me dio tiempo ni a mirarle, cuando un fuerte golpe resonó en la puerta de entrada indicando que la había cerrado de un puntapié. Su boca se colocó sobre la mía, buscando un beso salvaje, desesperado y añorado durante unos días que habían parecido una eternidad.

Mi cuerpo se deshizo entre sus manos como estaba acostumbrado a hacer cada vez que se acercaba a mí. Sujeté su rostro con fuerza, retrocediendo a pasos agigantados de espaldas. La camiseta de Jack desapareció de su cuerpo, tirándola de cualquier manera al suelo, al igual que mi bata blanca con algunos parches de pintura caía arremolinada a mis pies. El resto de su ropa desapareció a una velocidad de vértigo mientras cogía el bajo de mi camión y lo sacaba por mi cabeza con una facilidad pasmosa.

Me quedé prendada de sus ojos cuando descubrió que no había nada debajo que protegiera mi desnudez, y un gruñido como el de un león salió de su garganta, lanzándose de nuevo esta vez a mi cuello, donde mordisqueó y besó durante un buen rato. Bajó sus manos por mis costados hasta depositarlas en mi trasero, elevándolo como si de una pluma se tratase, para colocarme encima de la mesa donde tenía todos mis materiales esparcidos. Estos cayeron haciendo un gran estruendo en el suelo debido al golpe al sentarme mientras que los que estaban más cerca de nosotros salpicaban sobre nuestras pieles desnudas. Ataqué su boca con ansia, entrelazando mis piernas a su alrededor en un acto desesperado por tenerle en mi interior. Él sujetó con ganas mi cintura, encajándose a su cuerpo, segundos después sentí la intrusión de su miembro traspasarme de una sola estocada.

Inmediatamente aceleró sus movimientos haciendo que nuestros sexos chocaran con fuerza, escuchando los jadeos de ambos en toda la estancia como único sonido. Agarré su cuello creando una sujeción inhumana al notar que un increíble orgasmo se apoderaba a pasos agigantados de mí. Una de mis manos se apoyó en la mesa cuando vi que mi cuerpo se desplazaba hasta el filo a punto de caer, aunque eso no llegara a pasar nunca, ya que Jack me sostenía con fuerza.

—No lo alargues más... —me pidió en un susurro ronco en mi oído.

Me dejé llevar por esas simples palabras cayendo en un abismo que me ahogaba sin dejarme respirar. Arqueé mi espalda tanto como pude mientras él

presionaba de manera salvaje cada parte de mí, hasta que, minutos después de mi orgasmo, noté que se vaciaba en mi interior, desbocado. Con la respiración entrecortada se separó de mi cuello unos milímetros para depositar un suave beso en mis labios, y pude apreciar una hermosa sonrisa que me arrebató el corazón, como siempre.

—Hola —musitó repartiendo pequeños besos por mi cara.

—Hola —le contesté con una sonrisa tonta.

Un mes.

Solo tenía un mes.

# 5

## Visita



Giré mi cuerpo hacia él que permanecía tumbado en la cama con el antebrazo puesto sobre sus ojos. Todavía tenía la respiración agitada y su pecho se movía en un constante vaivén sin detenerse. Eran solo las ocho de la mañana y el despertar que ambos tuvimos fue una delicia. Puse una de mis piernas sobre su cadera, pegándome por completo a su cuerpo, momento en el que gruñó y tiró de mí para que acabara sobre él.

—Estos buenos días son mejores que los anteriores. —Alzó una ceja divertido.

Me pegué a sus labios, depositando pequeños besos en ellos.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

—En Nueva Zelanda.

—Vaya, por lo menos terminarás recorriendo el mundo de una manera u otra.

—Si vinieses conmigo sería mejor —añadió.

Le contemplé a través de mis pestañas con una sonrisa pícara.

—¿Quieres que te acompañe a tus trabajos? —cuestioné.

—Siempre y cuando estés preparada para los imprevistos, ¿por qué no?

Reí, volviendo a besarle, esta vez en su cuello.

—Estás loco.

—Por tu culpa.

Sujetó mis caderas con fuerza, presionándome contra él para que supiera la gran extensión que tenía su miembro dadas mis caricias.

—Jack... —advertí.

Escuché una pequeña carcajada salir de su garganta en el instante en el que elevaba mis caderas con rapidez, quedándose clavado en lo más hondo de mi ser. Tomé un suspiro desmedido alzando mi rostro para contemplarle.

—¿No has tenido suficiente? —le pregunté, notando que se movía debajo de mí.

—No. Nunca lo tengo. —Sonrió.

Jadeé sobre sus labios moviendo mis caderas de manera provocativa y sensual, llevándolo a la perdición.

—¿Te apetece dar un paseo por Barcelona hoy? —murmuré.

—Me apetece lo que sea mientras esté contigo.

Después de aquel improvisado momento nos dirigimos al centro de Barcelona en metro, para evitar tener que perder más tiempo del necesario buscando aparcamiento. Recorrimos muchas de las calles principales, incluido el centro donde nos paramos a desayunar en una cafetería.

—¿Llevas tantos años aquí y apenas conoces la ciudad? —me preguntó moviendo su café con interés y diversión en su rostro.

—Sí. No me ha dado mucho tiempo a hacer turismo, la verdad.

Cogí un trozo de la bollería y lo devoré como si llevara días sin comer. De reojo, vi que me contemplaba con admiración y con la boca llena hice un gesto preguntándole el motivo de su escrutinio. Este sonrió y siguió dándole vueltas al café. Era demasiado hermoso verle de esa forma, tan despreocupado, tan normal.

—¿Te ha dicho Riley algo de...?

Asintió y dejé la pregunta en el aire. Había varias personas alrededor y no quería que se montara un buen revuelo si alguien le reconocía. Llevaba una gorra ajustada a su precioso pelo, pero eso no quitaba que quien menos nos esperásemos pudiera saber su identidad.

—Ha soltado un bulo. —Arrugué el entrecejo y este continuó—: Se supone que ya me han detenido y estoy en la cárcel de Brasil.

Meses atrás, mientras estuvimos en Cuba, Riley se encargó de modificar el paradero de Jack cada dos por tres con su ingenio y los ordenadores que tanto adoraba. Finalmente, creó varias ubicaciones distintas de su amigo e hizo unos cuantos chanchullos hasta que consiguió lo que pretendía.

—Entonces, ¿ya no es necesario que vayas cubierto hasta los ojos?

—Es mejor prevenir. Aunque en unos meses nadie lo recordará.

Y era cierto. Las noticias que hoy tenían la mayor importancia se olvidaban en cuanto llegaban otras más importantes que las suplantaban. Apenas un mes después de marcharnos el rostro de Jack fue desapareciendo de los canales de televisión, periódicos y demás medios de comunicación, hasta parecer que

nunca había sucedido. Ese dato nos extrañó al principio, ya que Riley aseguraba que él poseía grandes conocimientos, pero no tenía ni idea de que se pudieran hacer efectivos en tan poco tiempo.

—¿Nos vamos? —le pregunté cuando terminé mi desayuno mientras él leía el periódico.

—Sí.

Arrastró su silla y cogió mi cadera con posesión para salir de la cafetería, depositando un casto beso en mi pelo. Pasamos por la entrada de la Sagrada Familia y nos paramos a hacernos una foto entre todo el gentío que se sumaba a las puertas del monumento. De reojo atisbé pasar a un hombre que llamó mi atención, pero enseguida le perdí la pista cuando noté que Jack me llamaba para que mirase a la cámara. Seguimos con nuestro recorrido hasta que la tarde se echó sobre nosotros.

Poco tiempo después entramos de nuevo en el metro, para volver al apartamento entre las miles de personas que también regresaban a sus hogares tras un largo día de trabajo.

—Vivir aquí es agobiante.

Me apoyé en su pecho mientras él sujetaba la barra del metro para no caernos cuando arrancara. Todavía nos quedaban unas cuantas paradas.

—Es Barcelona. —Sonreí como una boba.

—Santorini no tiene tanto ajetreo —volvió a renegar.

—Me gusta Santorini.

Sus ojos se desplazaron hasta mi rostro, que seguía en la misma posición, contemplándole como si fuese una loca enamorada de la vida y, en realidad, con él lo era. Lo era porque no había querido a nadie con tanta fuerza en todos mis años.

—¿Me estás insinuando algo? —Alzó una ceja divertido.

Acerqué mi mano hacia su entrepierna, tocándola por encima, a lo que este pegó un pequeño respingo con cara de pícaro. Me puse de puntillas, aproximándome a su oído.

—¿Quieres que te insinúe algo, Jack? —le pregunté sensual.

Posicionó sus ojos con descaro en mí, quitando la mano que sujetaba la barra y acercándose más, si es que podía, de manera peligrosa y salvaje.

—No me tientes, que no me importa montar un escándalo en el metro.

Su sonrisa lobuna me hizo arder de deseo, y no pude reprimirme al mojar mis labios cuando sentí la garganta seca. ¿Por qué era tan jodidamente

atractivo? Tragué saliva volviendo mi mano a su posición habitual, haciéndole un gesto con la mirada en señal provocadora. Este sonrió y, sin saber por qué, mis ojos se separaron de él al sentir una sensación extraña que no me daba buena espina y, efectivamente, no me equivocaba.

El vagón se veía infinito tras un montón de gente que ocupaba todo el lugar sin percatarse de nada. El pulso se me aceleró de tal manera que creí que caería inconsciente en cualquier momento sobre los brazos de Jack.

—¿Estás bien? —me preguntó confuso.

Negué con la cabeza sin apartar mis ojos del imponente hombre que se dirigía con pasos lentos hacia nosotros, sin separar sus ojos de ambos. Jack bajó su estrepitoso brazo de la barra que sujetaba, dirigiendo su mirada a la misma posición. Sujetó mi mano con fuerza y tiró de mí hacia el otro extremo del vagón, pero mi mirada no podía despegarse de la persona que se aproximaba.

—Micaela, camina —me ordenó tajante.

—Pero... pero...

Tropecé con los pies de una mujer mientras Jack aligeraba su paso. Quizá si hablábamos con él...

—Ese no es tu hermano, no tiene ni rastro del Arcadiy que fue.

Sus palabras duras me hirieron, aunque en el fondo sabía que era verdad. Ya no era aquel niño dulce y cariñoso que un día conocí, ahora era un asesino implacable que no le importaba nada ni nadie. Vi un arma salir de su pantalón en el momento en que la levantaba y disparaba al techo, provocando que todo el mundo comenzara a chillar asustado. Algunos se tiraban al suelo, otros levantaban las manos con desesperación y la otra gran mayoría corrían de un lado a otro en el metro sin sentido o salida alguna, ya que todavía no se había detenido.

La mano de Jack me agarró con más fuerza tirando de mí de una forma inhumana que casi me arrastró por el vagón. Volví mis ojos hacia delante intentando no tropezar de nuevo, pero era imposible no empujar a la gente que se ponía delante de nosotros, y él estaba más cerca que nunca de su objetivo. El tren dio un fuerte frenazo indicando que había llegado a otra parada, y Jack embistió a las personas que intentaban salir de allí con urgencia para echar a correr por los pasillos del subterráneo.

Giró su rostro unos segundos para ver la distancia que nos separaba de él, dándose cuenta de que también había bajado y nos perseguía a la misma

velocidad. Escuché a las personas que cantaban en el metro para conseguir subsistir de alguna forma, mientras que otras nos observaban como si estuviesen viendo una película, pero todos soltaban gritos de alarma cuando veían la pistola de Arcadiy.

—¡Corre, Micaela! —me chilló cuando mis piernas comenzaron a fallar.

Llegamos a la barrera para salir y Jack casi se estampa con las puertas transparentes en un intento de marcharse, seguidamente, dio un brinco que me impresionó, extendiendo sus manos para que imitara su gesto. Negué con la cabeza sabiendo que no sería capaz y di un paso adelante, lo que consiguió que las barreras se abriesen y pudiese salir de allí sin quedarme pegada a la puerta. Subimos las escaleras que daban a la calle a toda prisa, sintiendo que el corazón se me iba a escapar por la boca. Los rayos de sol apenas alumbraban las calles ya, y di gracias a que no había casi gente en la salida que cogimos. Nos metimos por una de las calles de Barcelona y un hombre salió estampándose con el cuerpo de Jack. Este lo intentó apartar de malas formas retomando su paso, y el pobre le miró horrorizado del susto que se dio y los modales de Jack. Pero ya era demasiado tarde, nuestra carrera había dado un parón y, segundos después, era el cuerpo de Arcadiy el que se estrellaba contra él, tirándole al suelo de manera bestial.

Un puñetazo tras otro chocaban en el rostro de Jack: mi hermano se ensañaba con él de buena manera. Traté de aproximarme a ellos cuando pude reaccionar, pero la voz desgarradora de Jack me lo impidió.

—¡Ni se te ocurra!

Los ojos de Arcadiy se volvieron hacia mí llenos de odio. Estaban tan rojos que apenas podía diferenciar el mismo azul que compartíamos. En ese instante, Jack aprovechó su despiste para conseguir tirarlo de espaldas, haciendo que se golpeará la cabeza contra el asfalto. Logró reducirlo inmediatamente, mientras tanto, yo me mantenía de pie justo al lado de ellos sin poder menearme de allí.

—Suéltame y pelea de verdad —le escupió Arcadiy.

—¿Como lo has hecho tú? —ironizó Jack.

Los ojos de Arcadiy destellaban una rabia insana hasta que volvieron a dirigirse a mí, tratando de soltarse del agarre del otro.

—En cuanto termine contigo, le llevaré un regalito a Anker que me agradecerá.

Jack soltó su mano y le propinó semejante golpe en el rostro que pude ver

su labio sangrando. Mi hermano alzó la suya, momento en el que Jack la sujetó de nuevo con fuerza.

—No tienes nada que hacer conmigo, gilipollas.

—¡Eso ya lo veremos! —Se revolvió bajo su cuerpo.

—¿Ahora te mandan para eliminar a la morralla?

El tono sarcástico de Jack me preocupó, porque en el fondo sabía que estaba dolido. Lo que no entendía era el porqué.

—Me mandan a quitarme a los traidores como tú —bufó.

—Pues estás perdiendo el tiempo.

Bloqueó con más fuerza el cuerpo de Arcadiy y pude ver una mueca de dolor cruzar su rostro.

—Jack, por favor... —musité.

Ya no sabía quién tenía más miedo, lo cierto era que me fallaba hasta la respiración.

—Micaela, si lo suelto nos intentará matar a los dos. —Me miró con pesar.

En mi caso, lo observé suplicante. De nuevo lo tenía delante de mí, a él.

A mi hermano.

—Claro que lo haré. Y empezaré por ella —añadió con firmeza.

El rugido de Jack salió de su garganta como el de un tigre, para después lanzarse sobre Arcadiy con el puño en alto dándole un golpe tras otro en el rostro. Me acerqué hasta él intentando que se separase, pero me fue imposible, ya que un gran empujón por su parte me tiró de espaldas haciendo que chocara con una barandilla. Jack se despistó y Arcadiy se lanzó de nuevo a por él.

Oí de fondo las sirenas de la policía y mi hermano desvió sus ojos hacia la carretera desde donde ya se veían varios coches que chirriaban sus ruedas cuando el vehículo frenaba. Algunas personas que se habían arremolinado en la entrada de la calle señalaban la zona donde los dos titanes se daban de hostias.

—¡Más vale que corras! —bufó Jack propinándole otro golpe.

Arcadiy lo empujó con fuerza y pasó por mi lado dándome otro con más fuerza en el hombro derecho. Observé, sin poder apartar la vista de él, su enorme y fuerte porte que caminaba con una decisión que jamás imaginé que tendría. Desapareció entre las sombras de la noche. Jack tiraba de mi mano cuando la patrulla de policía que acababa de bajarse del coche se dirigía a pasos agigantados hacia nosotros, uno de ellos era Aarón.

Corrí calle arriba cuando escuché que nos daban el alto, y no miré hacia

atrás aun sabiendo que aquel policía sí me había reconocido. A lo lejos vimos un taxi que Jack paró con urgencia, empujándome para que entrase en el interior y, seguidamente, se metió él. Cerró la puerta y espetó de malas maneras:

—Al Diamante Rojo. Acelere.

El taxista vio que la policía salía detrás de nosotros y antes de que pudiera reaccionar, Jack lo encañonó con la pistola para que pisase el acelerador, algo que no pensó ni por un segundo. Las ruedas chirriaron en el asfalto y el vehículo salió de allí a toda velocidad. Noté que la rabia crecía a pasos agigantados en mi pecho, y no tenía claro el motivo o, mejor dicho, cuál de todos.

Jack se recostó sobre el asiento soltando un gran suspiro por su boca mientras se limpiaba la sangre de la comisura del labio. Lo miré desafiante y este me observó con mala cara. Sabía que quería explicaciones.

—¿Vas a esperar a que te interrogue? —le pregunté con desesperación y enfado.

Me fulminó con la mirada dándome a entender que no era el momento ni el lugar para mantener aquella conversación, pero bien poco me importó.

—Quiero explicaciones y las quiero ahora —exigí.

—Después hablaremos.

—He dicho que ahora —le reté.

Fijé mis ojos en él, al igual que esa conexión nos volvía a envolver, solo que esta vez, de manera poco placentera. Achicó los ojos lanzándome una visible amenaza al llegar a la puerta del club. Abrí la puerta con aires y casi me la llevo puesta en mi mano, cuando oí el portazo de Jack al bajarse del taxi y seguirme.

Pasé por la entrada delantera del club obviando el saludo de uno de los hombres de seguridad, incluido el de Riley que estaba con él. Me miró de reojo sin entender mi mal humor y, seguidamente, se dio cuenta de quién venía detrás de mí. Traspasé toda la estancia sin encontrarme con nadie más hasta que llegué a mi despacho, haciendo que mis pisadas resonaran como las de una bestia mientras subía las escaleras. Empujé la puerta de la estancia aniquilando a Jack con la mirada, entré y me crucé de brazos a la espera de que hablara.

No lo hizo.

Se acercó a mí con la clara intención de evadir el tema y su mano se elevó

para tocar mi cabello, justamente en la zona en la que me había golpeado. Le di un fuerte manotazo y este bufó.

—No me vengas con gilipolleces y explícame ahora mismo de qué lo conoces. —Le señalé con el dedo.

—Estás sangrando, deberíamos mirar esa herida.

—Estoy bien, ¡contéstame! —me desesperé.

Elevó sus ojos al techo dando unos pasos hacia atrás hasta que cayó en el cómodo sofá que adornaba la habitación. Se pasó las manos por el rostro con impaciencia, lo que atizó de manera violenta mi estómago sabiendo que lo que venía a continuación no iba a ser plato de buen gusto. Su silencio me crispó y no pude evitar chillar de desesperación:

—¡Jack, deja de ocultarme cosas! ¿No te das cuenta de que no sirve de nada? —Alcé mis brazos.

Colocó sus manos juntas posicionando dos de sus dedos sobre sus labios y me contempló a través de sus pestañas. Dudó, hasta que empecé a dar vueltas por el despacho con nerviosismo. Resoplé un millón de veces mientras él seguía pensando en qué decirme, hasta que oí su tono tan normal que paralicé mi paso sin mirarle.

—Cuando Arcadiy llegó yo tenía trece años. Él tenía seis.

Lo fulminé con la mirada, esta vez, viendo que no me quitaba los ojos de encima y que le preocupaba mi reacción.

—¿Por qué no me lo contaste? Tuviste la ocasión cuando lo hablamos en Cuba —le reproché cabreada.

Me ignoró, volviendo sus ojos a la mesa, dejándolos allí como punto fijo.

—Llegó perdido con ese peluche azul entre sus manos. —Tragó saliva e hizo una pausa antes de continuar—: No supe de dónde venía ni por qué, hasta que poco a poco conseguí ir recopilando información que los otros niños me contaban.

Apreté mis dientes con fuerza, al saber que cuando vio el peluche en mi despacho, sabía más de lo que me dijo.

—Nunca imaginé que fuera tu hermano, ni siquiera cuando encontramos aquel elefante en el sillón de tu despacho. No le di importancia, podría haber miles de peluches iguales, ¡yo qué sabía! —se excusó como si hubiese leído mi pensamiento—. Los días fueron pasando y comprobé que Anker le tenía un afecto especial que solo unos pocos conseguíamos en él.

—¿Qué quiere decir eso? —bufé, confusa.

No conseguí que mi tono saliese normal por mucho que lo intentara. Estaba dolida y no sabía cuánto.

—De todas las personas que entraban en aquel sitio, algunas servían para el cometido de Anker, y otras no. Los que lo hacíamos, obviamente éramos los que sobrevivíamos a la punta de su pistola.

Entrecerré mis ojos a la espera de que continuara.

—Arcadiy resultó ser algo más que un niño asustadizo que solo lloraba y preguntaba por sus padres y...

Se calló de repente, motivo por el cual achiqué mis ojos con énfasis para que prosiguiera. No lo hizo y no me quedó más remedio que preguntarle con tono hosco:

—¿Y qué?

—Y por su hermana.

Elevó sus ojos hasta mí, con pesar. En mi caso los cerré con tanta fuerza que creí hacerme incluso daño. Respiré con dificultad, notando mi cuerpo tambalearse hacia atrás por los nervios.

—Nuestra relación fue creciendo y poco a poco me convertí en la sombra que le protegía —hizo una pausa—, y en la que lo instruía para ser peor que yo mismo.

Lo observé sin pronunciar palabra, intentando asimilar que lo que me quería decir era que ambos se habían convertido en asesinos implacables, pero que, gracias a Jack, Arcadiy podría estar perfectamente a su altura.

—Fuimos como dos manos derechas para Anker, hasta el día que decidí marcharme de allí.

Empecé a darme cuenta de su gesto dolido cuando le vio en Atenas, y en el metro sentí que una presión enorme se atascaba en mi garganta.

—Arcadiy siempre fue como un hermano para mí.

Mis ojos se quedaron clavados en su rostro que permanecía serio e implacable sin apartarme la mirada, y no pude evitar dirigir mis pasos hacia la salida dejándole allí sentado.

Bajé las escaleras dándome cuenta de que no venía detrás de mí, y poco después me crucé con Eli, quien se acercó a gran velocidad hacia donde estaba cuando se percató de mi rostro tenso. Alcé la mano para que se detuviese.

Necesitaba pensar.

Estar sola.

Él había tenido al hermano que yo perdí hacía muchos años.  
Él.

# 6

## Tu hermana



Removí por enésima vez el vaso de hielo derretido que tenía entre mis manos desde hacía unas horas. No quería seguir bebiendo de esa manera o al final terminaría en un hospital haciéndome un lavado de estómago para no morir en el acto. Llevaba toda la noche en una de las habitaciones de las chicas, sentada en la cama dándole vueltas a todo el asunto de Arcadiy sin poder desviarlo de mi mente ni por un instante.

Jack había desaparecido y, en realidad, había hecho bien. Necesitaba estar sola durante un largo rato para digerir lo que me había contado y lo que había vivido desde que me encontré con él en la casa de Anker. También estaba el tema de Agneta, de la cual no sabía nada, y ni siquiera mantenía la esperanza de que estuviese viva, por no hablar de que no me veía capaz de sentarme delante de Jack y contarle lo que verdaderamente sabía sobre él. Yo le pedía sinceridad y, en cambio, era la primera que estaba ocultándole secretos tan dolorosos que no sabía si sería capaz de soportar.

El móvil comenzó a parpadear sobre la mesa y lo miré de reojo al percatarme de que un número oculto se mostraba en la pantalla. Lo cogí con mis manos torpes gracias al gran cansancio que llevaba encima y descolgué.

—¿Dígame?

—Mi reina, cuánto tiempo sin saber de ti.

La voz de Vadím me alivió y me enfureció de manera considerable.

—Esperaba tu llamada mucho antes, pero nunca llegó —le reproché.

—No uses ese tono conmigo, Micaela. —Su voz fue suave como la seda—. Como dice tu abuela, las cosas de palacio van despacio, y tú no dejas de complicarlas.

«Mi abuela».

La echaba de menos y tenía unas ganas horribles de volver a abrazarla,

pero el simple hecho de ponerla en peligro me aterraba y no sabía cómo evitarlo, por lo tanto, mi única opción era tenerla lejos de mí durante un buen tiempo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté haciéndome la inocente. Sabía por dónde iba.

—Me han contado que Achilles está muerto, imagino que no tendrás nada que ver con eso, ¿no? —ironizó.

—No sé de qué me hablas.

Una fría y sarcástica carcajada salió de su garganta.

—Eres igual que tu padre —puntualizó.

—¿Me llamas para interrogarme sobre cosas que ya sabes? Muy poco habitual en ti —ahora la que ironizaba era yo.

—No quiero que te metas en problemas innecesarios. Sabes que siempre he intentado protegerte, pero si sigues por este camino no podré hacer nada para salvarte.

Su tono esa vez fue duro y dolido.

—No puedo esperar media vida y mucho menos hacerlo hasta que decidas si ayudarme o no.

—Ya sabes que lo haré, te lo dije en Santorini.

—Y no volviste a dar señales de vida, Vadím —le espeté molesta.

—Tiempo, mi reina, tiempo. No se puede destruir una torre tan fácilmente.

Tenía muy claro que llegar a tener a Anker cara a cara me iba a ser complicado y, aunque tampoco sabía de qué manera lo haría, ya tenía una baza gracias a Tiziano. Algo que no pensaba desaprovechar por mucho que la persona que estaba al otro lado de la línea me dijera, por lo tanto, evité contarle ese pequeño detalle.

—He conseguido unos cuantos contactos que podrán ayudarnos, pero lo primero que quiero saber es qué pasó cuando Anker te capturó.

Su preocupación se hizo patente al otro lado del teléfono y le expliqué paso a paso lo que sucedió cuando estuve en la casa de Anker, junto a la manera en la que conseguí salir de allí. No me interrumpió en ningún momento, hasta que finalicé.

—¿Y cómo dices que se llamaba la mujer que te ayudó a escapar?

—No lo sé, era una empleada del servicio.

Mentí sin saber por qué motivo se lo ocultaba, ya que era como el padre que tiempo atrás me arrebataron.

—¿Y dices que viste a Arcadiy allí? ¿Estás segura? —se sorprendió.

—Sí. Es él, Vadím, está vivo.

—No me lo puedo creer... —Se hizo el silencio durante unos minutos, y me pasé la mano por la frente, desesperada—. Tenemos que hacer que ese muchacho entre en razón.

—Pues dime cómo —bufé.

—No desesperes, Micaela. Lo haremos, no permitiremos que también nos robe lo único que nos queda de familia.

Su gesto hablando en plural sobre nosotros me tranquilizó. Teniéndole de mi lado todo sería más fácil, o eso esperaba, ya que, si Anker descubría que Vadím estaba de mi lado, tardaría menos de un minuto en quitárselo del camino y acabar con su vida y con todo aquel que se interpusiera a su paso.

—No entiendo por qué Anker me está dando tanta ventaja, Vadím, y es algo que me mosquea —le transmití mi incertidumbre.

—Ni yo, querida, ni yo. Es un hombre que no le teme a nada, y mucho menos deja espacio entre sus víctimas. Pero lo averiguaré, te lo prometo, y en cuanto tenga noticias las sabrás. Hasta entonces, por favor, no hagas nada ni te metas en más problemas.

—Lo haré —volví a mentir.

Colgué el teléfono y cubrí mi rostro con mis manos, frotando mis mejillas en un par de ocasiones. No estaba dispuesta a perder una oportunidad como la que iba a tener cara a cara con él, aunque eso conllevara morir aquel día. Abrí el cajón donde minutos antes había guardado aquel peluche de elefante que perteneció a mi hermano y lo sostuve durante un rato en mis manos, dándole vueltas sin parar.

Había perdido media vida apartado de mi lado, casualmente con el hombre del que estaba enamorada hasta las trancas y el mismo que, sin tener culpa, lo había metido en un mundo de asesinos y mafias que se mataban constantemente por ser los mejores. Y lo peor de todo era el hecho de que ni siquiera recordase quién era yo. Ni un simple recuerdo ni una mirada pensativa en la que, por lo menos, pudiera llamarle la atención algo de mí que le hiciera recordar su pasado, los seis años que estuvo con nosotros, con su verdadera familia.

Escuché la puerta de la entrada principal y me sorprendí, ya que Ryan y Eli solo entraban por la trasera cuando venían en horas en las que el club estaba cerrado. Me levanté con lentitud y dirigí mis pasos hacia la puerta, la abrí, y

miré por encima sin ver a nadie. El teléfono volvió a sonar sobre la mesa y me giré para mirarlo, sorprendiéndome al ver quién me llamaba. Cuando fui a cogerlo, otro ruido extraño sonó en la sala principal. Agarré la pistola que descansaba sobre el mueble y olvidé a la persona que me telefoneaba de manera insistente, para salir.

Miré a ambos lados cuando cerré la puerta, sin encontrarme a nadie. Dirigí mis pasos a la barra, dejando sobre uno de los taburetes el peluche que no había soltado de mi mano, y unos pasos detrás de mí me hicieron girarme encañonando a la persona en cuestión.

Ahí estaba.

Tan cambiado, tan distinto, tan imponente y fiero.

Le contemplé varias veces de arriba abajo sin conseguir apartar mis ojos de él mientras ambos nos apuntábamos cada uno con su respectiva arma. Me observó con atención, repasando mi cuerpo de manera chulesca un par de veces, yo, en cambio, le miraba con una añoranza que me costaba disimular, la misma que cambié por un gesto serio y frío como el hielo.

—Así que tú eres la zorra que ha puesto en bandeja la vida del temible Jack Williams.

Rio como un tirano. Mis labios mostraron una fina línea infranqueable que hizo la presión más grande en mi pecho. Sostenía su pistola con fuerza, apuntándome directamente a la cara, mientras que la mía se mantenía firme y sin temblar haciendo lo mismo en dirección a su pecho. Era considerablemente alto, casi tanto como Jack, pero eso no me intimidó. En sus ojos pude ver el desconcierto pasar con rapidez al ver que no separaba los míos de él, pero enseguida se recompuso.

—¿Piensas morir mudita? —me vaciló.

Me esforcé por ser la implacable Micaela que el mundo había conocido años atrás y no titubeé.

—¿Siempre hablas tanto? —le espeté irónica.

—Me gusta mantener una conversación con mis víctimas antes de matarlas.

—¿Eso harás con Jack también? O, quizá, él te mate a ti antes —añadí con saña.

—Veremos a ver si es igual de fuerte cuando le lleve tu cabeza.

Alcé mis cejas con sorpresa y volví a fijarme en él con más ahínco, viendo que mi gesto le intimidaba de verdad, aunque intentaba disimularlo lo mejor que podía.

—Y ¿eso lo vas a hacer tú solo? ¿O necesitas ayuda?

Acercó su rostro a mí de manera amenazante, soltando su pistola sobre la barra de cristal que tenía a mi derecha. Me observó de manera sensual y arrebatadora, alternando sus ojos en los míos para después bajarlos a mis labios y volver a subirlos. Una sonrisa chulesca surgió de mi boca y musité:

—Dime, Arcadiy, ¿vas a dispararme de nuevo?

—Esa bala no era para ti, pero si te empeñas... —hizo un gesto de indiferencia con los hombros—, te dispararé después de darte la paliza de tu vida, para que tu amado no pueda ni reconocerte. Con suerte, te matará él mismo.

Su comentario me dolió y no pude evitar elevar mi codo propinándole un buen golpe en la mejilla. Este rio cuando su rostro se fue hacia atrás del impacto, para después soltar una exclamación con el peligro reflejado en su cara. Lancé mi arma al mismo lugar donde minutos antes él lo había hecho y le encaré.

—Vamos, pégame —le insté.

Dio un paso hacia mí temerario y, segundos después, esquivé su puño que venía con fuerza hacia mi rostro. Agarré uno de los taburetes de la barra elevándolo con fuerza, para después tirárselo a la cabeza. Este lo apartó con rapidez impidiendo que el golpe llegara a darle y siguió con firmeza sus pasos hacia mí.

—¿Te estás arrepintiendo de tus palabras?

Su sonrisa malvada iluminó sus grandes ojos azules, llegando a mi posición y dándome un fuerte golpe en las costillas que me dobló. Recordé las palabras de Jack cuando entrenábamos y me concentré en olvidar toda la rabia que sentía por el momento que estaba viviendo. Subí mi rostro para encararle de nuevo, y mis manos se abalanzaron con furia hacia su cara. Este agarró mis muñecas con un solo gesto y me revolví hasta que conseguí propinarle una patada en la barriga que hizo que me soltase.

Aproveché la ocasión para darle con el puño y perdió el equilibrio durante solo unos segundos. Era un tipo duro, de eso no me cabía la menor duda. Se encaminó hacia mí, y coloqué mis manos en posición de ataque a lo que él rio con ironía. Durante un buen rato estuvimos golpeándonos hasta tal punto que sentí mi mejilla arder y mi labio comenzar a sangrar al igual que su nariz y su ojo, que mostraba un color morado que no pintaba nada bien.

Sentí que las piernas me fallaban en el instante que bordeaba la barra de

crystal y este saltaba sobre ella. Sujetó mi pelo con fuerza, haciendo que mi cabeza pasase por varias de las botellas que descansaban en esta, traté de elevar mis pies hacia arriba y lo logré golpeando con rabia en su entrepierna, a la vez que un grito rabioso salía de mi garganta y uno de dolor de la suya.

—Puta —siseó.

—Espero que por lo menos te haya dolido —le vacilé recomponiéndome.

Dirigió sus ojos hacia las armas que seguían en el mismo lugar y espeté con saña:

—¿Qué pasa?, ¿no puedes con una mujer?, ¿en ese tipo de asesino te has convertido?

—¡Tú qué sabrás! —me gritó encolerizado.

—Más de lo que te imaginas. Lo mismo que sé que estás intentando matar a alguien que ha sido como tu hermano —añadí con furia.

—Ha traicionado a mi familia y eso se paga con la muerte.

Su comentario serio y distante, tan rabioso y tajante, volvió a clavarse en mí como puñales que te atraviesan el alma. Noté que mis ojos me quemaban, momento en el que le traspasaba de nuevo con la mirada. Contemplé su gesto confuso, pero no se permitió que durara mucho más, pues se abalanzó sobre mí cogiéndome del cuello con fuerza, apoyando mi cuello contra la barra de cristal.

—Y ahora, bonita, vas a morir. Ya está bien de juegos —sentenció.

Sujeté sus manos con fuerza cuando presionó mi cuello de manera que el aire comenzaba a fallarme y los pulmones no conseguían recuperar la cantidad perdida. Noté un leve mareo apoderándose de todos mis sentidos cuando su gran mano ejerció una presión desmedida en él mientras intentaba por todos los medios quitármelo de encima. Palpé con mi mano la barra, encontrando uno de los cristales de las botellas esparcidos en ella, y sentí el filo cortarme la piel al cogerlo con fuerza. Lo elevé hasta que le hice un pequeño corte en la mejilla, lo que consiguió que se apartase de mí y el aire volviese a entrar en mis pulmones con rapidez.

Me doblé intentando recomponerme, cosa que no me dio tiempo a hacer, pues un ataque de tos se apoderó de mi cuerpo cuando Arcadiy volvía a sujetarme con fuerza, esta vez apuntándome con la pistola en el vientre.

—Bien, puta, fin del juego.

Escuché el clic del arma al quitarle el seguro y acto seguido la puerta del club se abrió de par en par, entrando tras ella Ryan y Jack, este último con la

cara desencajada.

—¡Suelta esa pistola, Arcadiy!

—¿Me lo vas a ordenar? —le preguntó con saña.

Volvió sus ojos a él, estos estaban llenos de rabia contenida, pero poco le duró, ya que se centró de nuevo en mí.

—Despídete de tu novio, te vas al otro barrio.

Otro sonido me hizo mirar hacia Jack, que sostenía otra pistola en dirección a mi hermano.

—Jack..., no —le susurré.

Arcadiy me contempló confuso, girando sus ojos hacia su contrincante.

—Si no bajas el arma te mataré —aseguró.

—Como a un miserable. —Rio con maldad.

—Arcadiy, es la segunda vez que vas a dispararle a la misma persona.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto una mujer? ¿Tan bien folla?

Agarró mi pelo con fuerza, colocándome a su lado de manera intimidante. No aparté la mirada de él, viendo de reojo cómo Ryan se acercaba con paso firme hacia nosotros. Arcadiy presionó la pistola contra mi cabeza con más rudeza.

—Si das un paso más la mato.

—Suéltala —añadió Jack sin inmutarse ante su tono.

—¿Y si no lo hago? —le preguntó con chulería.

—Te arrepentirás el resto de tu vida.

—No me asusta morir, Jack, ya lo sabes —chuleó.

No le contestó, pero la mirada que le lanzó me hizo temblar, y mis ojos se cubrieron de unas lágrimas que reprimí ante todo pronóstico. Supe en ese instante que una verdad como una casa de grande se desvelaría en aquel momento y, efectivamente, fue lo que pasó.

—No me refiero a eso.

—¿¡Entonces!?! —se desesperó.

Jack alzó su rostro de manera intimidante y pude apreciar su mandíbula tensarse. Le hizo un gesto a Ryan para que se apartase y este, raramente, obedeció.

—Es tu hermana, Arcadiy.

Pude ver el rostro de mi hermano cambiar por segundos, intentando recomponerse de inmediato. Apretó con más fuerza la pistola sobre mi sien.

—Yo no tengo hermanos. Y al único que creía tener, me dejó tirado como a

una puta colilla —bufó.

—Te equivocas. Suelta el arma —le repitió.

Apreté mis dientes con fuerza sin saber qué hacer para que aquella situación terminase. Todo me estaba pudiendo de manera considerable y no sabía cuánto más aguantaría antes de derrumbarme como una jodida imbécil delante de la persona que tanto había ansiado ver durante toda mi vida, y la cual daba por muerta. Mis ojos se desviaron hacia el peluche que seguía reposando sobre aquel taburete de la barra y, en un gesto que no esperaba, me deshice de su agarre cuando fue lo suficientemente flojo como para poder evitarlo. Estaba confuso y ni él mismo sabía por qué.

Jack sujetó su pistola con más fuerza cuando este intentó atraparme de nuevo, acto que no conseguí, ya que solo di dos pasos y me giré con rapidez para mirarle a los ojos mientras mantenía el peluche entre mis manos firmes que trataban de no temblar. Pude ver sus ojos desviarse un nanosegundo hacia lo que tenía en las manos, para después volver a mirarme fijamente, esa vez, con gran interés.

Me acerqué a él sin importarme que aún siguiera encañonándome con su pistola y, sin quitarle los ojos de manera fiera de encima, extendí con rabia el peluche que deposité sobre su pecho, presionándolo contra él. El aire dejó de existir a nuestro alrededor, cuando ambos nos abrasábamos con la mirada. Él, en su caso, la tenía perdida en una confusión inigualable mientras que yo notaba la ira crecer a pasos agigantados en mi interior. Necesitaba marcharme de allí, necesitaba estar en la soledad que tanto ansiaba algunas veces. Apreté mis dientes con fuerza antes de decir:

—Lárgate de mi local.

Sin pronunciar ni una sola palabra más, vi cómo aflojaba el agarre de su pistola cuando solté el peluche y este lo cogió con una de sus manos. Pasé por su lado sin mirar atrás y comencé a subir los escalones que daban a mi despacho. Cerré la puerta tras de mí sin importarme una mierda quién pudiera venir detrás, no pensaba abrirle a nadie y para que tiraran la puerta abajo tendrían que emplear media vida.

Me dirigí hacia mi estantería secreta, saqué la botella de ron más antigua que tenía y después cogí algo que llevaba mucho tiempo sin necesitar. Había llegado el momento de olvidarse de todo y no me importaba lo que los demás pudiesen pensar de mí, lo necesitaba, lo necesitaba más que respirar o el dolor que sentía en ese instante terminaría conmigo antes de lo previsto.

«Su familia», había dicho. Qué sabría él quién era su familia de verdad, si ni siquiera era capaz de acordarse de mí.

De su hermana.

# 7

## Reproches



*Jack Williams*

El asombro de su rostro era inigualable, nunca había visto a Arcadiy de esa manera. Bajó su pistola con lentitud, volviendo sus ojos hacia mí con temor a encontrarse con una afirmación que estaba seguro de que no quería escuchar. Le lancé una mirada a Ryan, suficiente como para que supiera a qué me refería. Necesitaba que vigilara a Micaela mientras intentaba hacer entrar en razón al cabrón desmedido que tenía delante.

Los ojos de Arcadiy repasaron aquel viejo peluche como si fuese un tesoro que acababa de recuperar después de muchos años, y así era. En ese momento recordé la primera vez que le vi, tan asustado, tan pequeño, sin rumbo, sin saber adónde demonios le llevaban lejos de su familia, a la misma que habían asesinado a sangre fría sin motivo aparente y, por aquel entonces, razón de la cual yo desconocía. Empezaba a encajar piezas que me faltaban en la vida de Micaela cuando me contó la supuesta venganza que Anker se tomó por su cuenta, y lo odié un poco más al saber que no tenía medida para destrozarse familias sin importarle el daño que pudiera causarles, y recordé la primera vez que cruzamos dos palabras, las suficientes para el resto de nuestras vidas.

*El nuevo niño que había llegado hacía escasos días se encontraba solo, sentado en uno de los escalones principales de la entrada a la gran mansión en la que vivíamos. La fortaleza de Megalos la llamábamos cuando queríamos gastar alguna broma acerca de Anker, eso sí, sin que este nos escuchase. Contemplé al pequeño que jugueteaba con un viejo y desgastado peluche de elefante azul entre sus manitas, y me aparté de la ventana cuando giró su rostro para mirarme al darse cuenta de que era observado.*

*Con su mismo gesto de pánico, enfocó su mirada en el gran patio donde cada mañana nos entrenaban para luchar, para ser alguien en el futuro,*

decía nuestro instructor. Una mano se posó en mi hombro, lo que hizo que pegara un fuerte bote del sitio en el que estaba.

—¿Qué estás haciendo, Jack? —me preguntó con su dura voz.

—Na... nada..., señor..., yo... solo... —titubeé preso del miedo.

—Quedan dos minutos para entrenar. Prepárate —me ordenó.

—S... s... sí, señor —le respondí agachando mi cabeza.

Anker pasó por mi lado con seguridad y abrió la puerta que daba a la salida donde el nuevo se encontraba. Este tembló visiblemente al verle y comenzó a llorar cuando sujetó su cabello con fuerza tirando de él hacia el centro del patio. Pataleó con todas sus ganas para soltarse de semejante agarre, pero no consiguió nada más que llevarse un buen bofetón que le cruzó la cara. Me aterraba la presencia de nuestro instructor, pero era cierto que siempre tuve ese recelo hacia él, ese odio que cada día se intensificaba. El mismo que debía guardar como fuese si quería seguir respirando. De eso sabía bastante, ya que llevaba muchos años viendo todo lo que se hacía en el interior de la fortaleza.

Soltó al niño con desdén cuando los demás miembros de mi edad salían al patio, colocándose en sus habituales filas, como cada mañana. Éramos más de veinte, pero estaba seguro de que era el día en el que más de uno soltaría su último aliento, solo que esa vez, tampoco sería yo el que dejara que mi vida se marchase tan fácilmente.

—Bien. Esta mañana comenzaremos con los entrenamientos con armas. La semana pasada tuvimos cuatro bajas, espero que seáis rápidos, si no, ya sabéis que estaréis muertos. —Sonrió como si las vidas de aquellos niños no valiesen nada.

Rápidamente todos se encaminaron hacia la gran mesa de metal que estaba flanqueada por cuatro de los hombres de Anker, y recogieron las armas a voleo sin ni siquiera mirar qué era lo que agarraban. Los ojos de mi instructor se volvieron hacia la ventana por la cual estaba olisqueando, me pilló de sorpresa y voceó:

—¡¡Williams!! ¡¡Al patio!!

A prisa me dirigí hacia la salida con la mirada gacha. Sabía que me estaba clavando sus ojos con intensidad, y me fui hasta la mesa de metal donde todavía rebosaban más armas de lo normal, ya que había suficientes como para componer otro equipo entero de niños. Las contemplé con destreza, como siempre hacía, y me di cuenta de que algunas estaban incluso

*sin cargador. Era una trampa. Continuamente las había.*

*Cerciorándome de que la escogida era la correcta, encaminé mis pies hacia el grupo que en fila de cara a Anker esperaba las siguientes órdenes para proceder.*

*—Como ya sabéis, para formar parte de mi equipo y llegar a ser temible en un futuro, debéis tener el valor suficiente de afrontar momentos duros sin rastro de temor cuando los haya. Por lo tanto, quiero que miréis a este niño asustadizo —lo agitó entre sus grandes manos con saña mientras el pequeño lloraba sin parar—, y que le apuntéis con vuestras armas sin pestañear.*

*Puso los pies del niño en el suelo, y pude ver que sus pantalones se mojaban debido al miedo que estaba experimentando en sus propias carnes. Le compadecí, ya que todos habíamos pasado por una prueba igual o peor cuando llegamos. Anker, al ver que ninguno de los que estábamos frente a él, excepto yo, acataba su orden, sacó su pistola y sin remordimiento alguno disparó al chico que se encontraba a mi izquierda, haciendo que este cayera de espaldas contra el suelo con un balazo metido en el pecho. El sonido del impacto resonó en mi oído con fuerza y sentí que mi corazón galopaba en mi interior de manera desbocada. Con rapidez, el resto que aún no habían elevado sus armas, lo hicieron con una agilidad pasmosa.*

*—Os he dicho muchas veces que no me gusta repetir las cosas —sentenció de manera ruda.*

*Otro chico que se encontraba casi al principio de la fila sollozó. Los ojos de nuestro temible instructor se desviaron a él con rabia, cuando de repente siseó:*

*—¿Por qué cojones lloras?, ¿te vas a mear encima como este renacuajo? —Volvió a moverlo entre sus manos como si fuese un trapo—. Dispárale. Y más te vale darle o el próximo muerto serás tú.*

*El chico alzó su pistola y apretó el gatillo sin pensarlo, momento en el que la pistola sonó dando a entender que no tenía balas. Anker sonrió como un tirano y, a bocajarro, disparó en su dirección, diciéndole:*

*—Las armas siempre hay que comprobarlas o estás muerto.*

*¡¡Pum!!*

*Cayó de espaldas igual que lo había hecho el anterior, instante en el que los demás que estábamos en el patio comenzamos a temernos lo peor. Anker sujetó la mano del nuevo miembro, o eso me imaginé, y depositó la pistola sobre ella, mirándole.*

—Arcadiy, ahora es el turno de que me demuestres lo que vales. Estoy seguro de que quieres vivir, ¿verdad? —Lo contempló como un demente—. Bien, pues tu vida por una de la de ellos. Decide a quién disparar. Tienes cinco segundos, y te aseguro que no soy paciente.

El niño tragó saliva visiblemente, aterrorizado. Sujetó la pistola, que pesaba más que él, y apuntó en dirección a nosotros con las manos temblorosas. Anker le dio un empujón para que estuviera más cerca del objetivo, y este señaló a un lado y a otro sin saber a quién disparar.

—Cinco.

La cuenta atrás por parte de Anker comenzó sin detenerse.

—Cuatro.

El niño encañonó el arma de un lado a otro hasta que se detuvo en mí. El gesto de Anker cambió, al saber el rumbo que tomaban los pensamientos del tal Arcadiy, y pude apreciar una mueca de disgusto reflejada en su rostro. Era uno de los mejores entre su equipo, y lo sabía.

—Tres.

Los ojos de Arcadiy y los míos conectaron y vi el temor que tenía por herir a alguien. Era tan pequeño, tan frágil... que no pude evitar compadecerme de él. Mojó sus labios con nerviosismo, escuchando el poco tiempo que le quedaba para reaccionar.

—Dos.

No dio lugar a que llegase al cero, y desvió su arma hacia la derecha con rapidez, disparando así al chico que se encontraba a mi otro lado. La bala impactó en mi compañero, de manera que este se retorció de dolor y cayó de rodillas con una gran mancha roja en su vientre.

—¡¡Perfecto!! —Dio dos palmadas en el aire con euforia—. Has superado la prueba, creo que me servirás.

Revolvió su pelo con malas formas y se encaminó hacia el interior de la mansión. Sus hombres recogieron los cuerpos inertes de los que habían sido mis compañeros de habitación, de juegos, de lucha, de todo. Esa era mi vida. Unos días estabas con alguien, pero poco después sus vidas eran arrebatadas como si no valiesen nada. Allí las únicas reglas las marcaba Anker, y estaba visto que a su manera.

Después de una intensa y constante pelea con el resto, de disparar a las dianas que improvisadas aparecían en el patio y de herirnos hasta la saciedad con cuchillos que nos habían dado esa mañana, llegamos a la

*habitación donde las sirvientas de la mansión se encargaban entre lágrimas de recoger todas las pertenencias de sus antiguos ocupantes.*

*Arcadiy apareció con aquel peluche usado, sentándose en una de las camas que le indicó una de las mujeres del servicio. Su boca permanecía cerrada, pero los sollozos no dejaban de salirle haciendo que hipase a cada segundo. Lo contemplé desde mi posición, y este no fue capaz de mantenerme la mirada ni por un solo instante.*

*—Gracias —pronuncié después de un largo rato inspeccionándole. Me miró aterrado, por lo que continué—: ¿Cómo has terminado aquí?*

*Negó con la cabeza sin saber qué decir ni qué hacer.*

*—No tengas miedo. Si lo haces, no durarás ni dos días en este sitio.*

*Silencio.*

*—Quiero irme a casa... —murmuró con un hilo de voz y una vocecilla que apenas le salía de su garganta.*

*—Todos queremos irnos a casa, Arcadiy —le contesté con tristeza, puesto que yo no sabía ni siquiera qué era eso a lo que llamaban casa.*

*Para mí el único hogar que siempre había tenido era la fortaleza. No conocía nada más lejos de sus altos muros de piedra.*

*—Tengo miedo... —susurró.*

*Suspiré y me levanté de mi asiento para dirigirme a él. Coloqué una de mis manos, sin saber por qué, en su pequeña pierna y lo miré.*

*—Haremos una cosa. Tú me has salvado la vida, y yo siempre devuelvo mis favores. ¿Qué tal si a partir de ahora yo cuido de ti y tú de mí?*

*Asintió con una tenue sonrisa en los labios, apretando mi mano con fuerza, pero también con una necesidad de cariño que yo mismo necesitaba. A partir de ahí, nada ni nadie pudo hacernos frente.*

*Éramos dos titanes.*

*Éramos, simplemente, letales.*

*Di dos pasos hasta que llegué a él, que seguía contemplando el viejo peluche sin dar crédito a lo que veía. Aparté aquellos pensamientos que tan malos recuerdos me traían, pero que también acudían a mi mente con bastante frecuencia. Me observó con atención, para volver sus ojos de nuevo a lo que tenía entre manos. Esperé paciente unos segundos hasta que decidí que era hora de hablar con él de una vez por todas, y el momento y lugar no era en el club precisamente. No quería que Micaela sufriera más de lo que ya lo estaba haciendo porque, aunque ella se mostrase fuerte e insensible, sabía que en el*

fondo su alma se rompía lentamente sin saber cómo evitarlo. Y ese era un gran problema, puesto que yo tampoco sabía cómo remediarlo.

—Sube al coche —le ordené.

Avancé hacia la salida y, antes de desaparecer por la puerta, miré a Ryan.

—Ryan...

No me dejó continuar.

—Lo sé, soplapollas dos. Vete.

Asentí despacio, viendo que Arcadiy me seguía sumido en sus pensamientos. Tecleé un mensaje a Riley, quien aterrizaba en menos de dos horas en el aeropuerto de Barcelona, y le pedí que se reuniera conmigo en el club en un rato. Abrí la puerta del vehículo y conduje en pleno silencio hasta que llegamos a las afueras de Barcelona. Paré el coche en una zona de naves industriales abandonadas donde nadie podía vernos.

Me bajé con rapidez haciéndole un gesto con la mano para que me imitase y, con semblante fiero y duro, lo hizo. Vi su entrecejo fruncirse hasta que se apoyó sobre el capó del coche mientras me colocaba delante de él.

—¿Por qué has venido? —le pregunté con firmeza.

—¿Es verdad? —Esquivó mi pregunta, centrándose en otra completamente distinta.

—Contéstame, Arcadiy, y no des más rodeos.

—¡Contéstame tú, joder! —me gritó enfurecido.

Suspiré un par de veces, antes de asentir lentamente a su pregunta.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —me reprochó.

—No lo sabía. Y a la vista está que tú tampoco recordabas nada.

—Ni lo hago ahora mismo, pero... ese peluche... —Señaló dentro del coche, donde lo había dejado.

—Dime qué haces aquí —le espeté perdiendo los papeles.

—Cuéntame quién es ella —me exigió.

De esa manera sabía que no llegaríamos a ningún sitio. Era un cabezota desmedido que no atendía a razones y cuando ambos nos enfrascábamos en una discusión no había Dios que lo aguantase.

—Cuando llegaste a la fortaleza, Anker había ordenado asesinar a tu familia por un ajuste de cuentas, como siempre ha hecho, el resto creo que es mejor que te lo cuente ella cuando esté capacitada para hacerlo. —Me aniquiló con la mirada, negando sin dejar de escucharme.

—Si hubiese tenido familia lo sabría. Yo soy hijo de Anker, me estás

mintiendo y todo esto es una patraña.

Reí. No pude evitar hacerlo de la manera más sarcástica.

—Anker siempre ha tenido la habilidad de lavar cerebros a su antojo y cuando tú llegaste no eras más que un niño de seis años que pronto olvidó sus verdaderos orígenes. Ya sabes que Adara es la única descendencia que tiene ese cabrón.

—¡Mientes! ¡No hables así de mi padre!

Propinó un golpe contra mi pecho que me hizo retroceder. Era cierto que le había entrenado lo mejor que sabía durante los últimos años que estuve con él, pero también se había convertido en alguien incluso más despiadado que yo, solo que eso todavía no era capaz de verlo.

Sujeté con fuerza su brazo retorciéndoselo cuando intentó propinar otro golpe sobre la misma zona. Este se dobló de dolor y acto seguido me miró con rabia.

—No pienso empezar otra pelea que, al final, solo terminará haciendo que te mate y lo sabes —añadí.

—Siempre te has creído que eras el más fuerte, pero te equivocas, he aprendido mucho durante estos años —me aseguró con enfado.

—Y no lo dudo, enano, pero ahora no es el momento de medir nuestras fuerzas, así que contesta a mis preguntas y márchate de aquí antes de que me hagas cometer un asesinato que no deseo.

—¡No me llames así! —bufó.

Lo odiaba y siempre lo hizo mientras estuvimos juntos.

—No estás en condiciones de exigir —afirmé con chulería.

Soltó un fuerte suspiro antes de decir:

—Te estás ablandando. —Intentó sacarme de mis casillas.

—Te equivocas, Arcadiy. Yo sé perfectamente qué y quién soy. —Apreté su brazo con más fuerza y un pequeño quejido salió de su garganta—. Ahora, me vas a decir el motivo de tu visita y quién más sabe dónde estoy.

Lo solté de malas formas viendo que se tocaba la zona afectada para volver a su posición inicial, solo que pensó que no vería sus movimientos antes de que los llevara a cabo. Se abalanzó sobre mí, intentando embestirme, me separé a un lado lo suficiente como para esquivar su golpe y di una pequeña patada en su espalda que le hizo caer de bruces contra la tierra.

—No pienso perder el tiempo —espeté con desdén.

—Tienes miedo.

Puse los ojos en blanco al ver que se levantaba para encararme de nuevo.

—Si tuviese miedo me habría ido corriendo. Deja de hacer el tonto y no compliques más las cosas.

Dio dos zancadas hasta que llegó a mi altura, colocando su frente casi junto a la mía en un intento de intimidarme, algo que no consiguió, ya que lo observé desde mi posición sin pestañear. Bufó al ser consciente de que no sería capaz de matarme así como así, y se pasó una mano por el rostro, confuso.

—No sé qué cojones te ha pasado por la cabeza para cometer semejante locura y desobedecer un trabajo de Anker. Ya sabes cómo es —se desesperó.

—Eso ya lo sé.

Crucé mis brazos a la altura de mi pecho, esta vez adoptando la posición inicial que había tenido él cuando se bajó del coche. Esperé paciente a que me contase lo que quería y no tardó mucho en hacerlo. Sabía que debajo de todo ese odio que podía llegar a tenerme por haberle abandonado a su suerte seguía estando el sentimiento que durante tantos años compartimos.

—¿Por qué? ¿Por una mujer? ¡Por Dios bendito, Jack! —Alzó la voz.

—Ese no es tu problema. Dime por qué estás aquí y no te busques otro enemigo.

—¿Enemigo dices? —ironizó—. ¿Te haces a la idea de cuántas personas te están buscando?, ¿acaso piensas que todo el mundo se ha tragado que estás en una cárcel en Brasil?

—Poco me importa. Habla.

Comencé a perder los nervios, y la preocupación por la mujer que había dejado a unos cuantos kilómetros de mí floreció con fuerza en mi pecho.

—Te van a matar. Y si vuelvo sin tu cabeza, lo harán conmigo.

—Eso es muy sencillo. —Me miró sin entenderme—. No vuelvas.

Me observó como si hubiese perdido el juicio.

—No pienso abandonar a mi padre a su suerte. No soy como tú.

—Él no es tu padre, Arcadiy. —Resoplé cansado de la misma idiotez.

—¡Sí que lo es! Y hasta que no se demuestre lo contrario no pienso creerme las tonterías que me estás contando por un puto peluche que ni siquiera recuerdo con claridad.

Sabía que estaba engañándome, solo necesitaba mirar sus ojos para comprobarlo, pero estaba convencido de que una vez se marchase recapacitaría y se daría cuenta, si investigaba un poco, de que lo que le decía era verdad. Claro que yo ya había aligerado esos trámites unas horas antes de

entrar en el club, pues le conocía de sobra y sabía que iría a buscar a Micaela con el fin de hacerme daño.

—Está bien, Arcadiy, tú ganas. Y ahora, dime, ¿de verdad pensabas matarme? O por lo menos intentarlo.

No pude evitar añadir el último comentario con cierto resentimiento hacia él. No me contestó y el nerviosismo empezó a hacerse eco en su rostro de manera consistente. Se paseó de un lado a otro, blasfemando sin parar. Ese gesto me hizo gracia, ya que con los años no había cambiado nada y, aunque él no lo supiese, había seguido sus pasos más de una vez, y muy de cerca, como siempre, para protegerle.

—Anker está desquiciado contigo, y con ella —anunció al fin. Esperé a que continuase—. No sé qué demonios le habrá hecho esa mujer, pero está perdiendo los nervios.

—Esa mujer es el único cabo suelto que le quedaba para asesinar a tu familia.

—Eso no es verdad. Ella no es nada para mí.

Resoplé.

—¿Te contó alguna vez para qué me llamó? —le pregunté cambiando de estrategia.

Tenía que hacerle entrar en razón de una manera u otra. Y la opción de hacerlo a golpes la había descartado. No quería seguir dañándole.

—Sí. Para un trabajo.

—¿Y sabes quiénes aparecían en esa lista?

Negó con la cabeza y pude ver que no deseaba escuchar la respuesta, aun así, se la di.

—Había seis nombres, el último de todos era el de Micaela. El de tu hermana, por mucho que te cueste asumirlo. Ella lleva intentando vengar a tus padres y a ti —le señalé—, durante muchos años porque se pensaba que estabas muerto.

—Mientes...

Ignoré su murmullo y proseguí:

—Solo me dio tiempo a cumplir mi deber con las tres primeras personas de esa lista. Gente importante que tapaba todos sus trapicheos, los mismos que ha estado forjando durante muchos años para llegar a su fin: la venganza —no me contestó, pero mantuvo la vista fija en mí—. Micaela no ha hecho nada más que ponerle piedras en el camino y Anker quiere terminar con la única persona

que dejó con vida sin ser consciente hace dieciséis años. Y, por un motivo que desconozco, la quiere viva.

Negó con la cabeza varias veces.

—Te lo estás inventando. No tiene sentido que me engañe sobre mi familia, sobre que él es mi padre, ¡sobre todo! —se enervó.

—Sí, sí que lo tiene, Arcadiy. Tú mismo lo estás comprobando ahora, no recuerdas nada. Pero yo ya sabía que este momento llegaría, al igual que tenía claro que intentaría enfrentarnos de cualquier manera. Anker Megalos es una de las peores personas que existen sobre la faz de la Tierra.

—¡Tú nos abandonaste! —me gritó.

Me puse en pie dejando mi posición y me acerqué a él harto de que no viese la situación en la que estaba envuelto.

—¿De verdad crees eso? ¿Alguna vez te has parado a pensar el motivo por el cual me marché?

—¡Desapareciste sin dar explicaciones! ¡Me abandonaste a mí! Y eras la única persona que tenía... —Su tono se fue apagando después de soltar la retahíla con furia.

Achiqué mis ojos para darle más énfasis a la situación y me acerqué tanto a él que casi el aire no podía pasar entre nosotros.

—¿Alguna vez has matado a un niño? —le pregunté para su sorpresa.

Abrió los ojos sin entender a qué me refería y le insté con la mirada para que respondiese.

—No.

—No, claro que no. Pero sabes que a Anker no le tiembla el pulso a la hora de hacer nada y, según creces, quiere más y más, ¿verdad? —No contestó—. ¿Tienes idea de lo que es apuntar a un niño con tu pistola? A un jodido niño de tres años que tiembla como una puta hoja porque estás a punto de matarle, porque acabas de cargarte a sus padres y porque, seguramente, sabrá que después de él vendrán sus hermanos aún más pequeños y les sucederá lo mismo. ¿Lo sabes, Arcadiy? —ironicé con rabia. —Volvió a negar—. Somos asesinos —siseé entre dientes—, estamos instruidos para eso y, aunque suene cínico, soy capaz de acabar con toda la morralla de la gentuza que anda a sus anchas en muchos de los países jodiendo a los demás. Pero jamás, y óyeme bien, jamás aceptaré una orden que tenga que ver con vidas inocentes.

Recordé aquel trabajo como si hubiese sido ayer. Entraba en aquella enorme casa de dos plantas a las afueras de Irlanda, donde un banquero vivía

con su mujer y sus tres hijos. Una mujer que le había sido infiel a su marido con Anker, y la cual decidió que era mejor vivir en su casa que con un asesino. Gesto que al gran Megalos no le sentó bien y decidió acabar con toda su familia de un solo estacazo.

Al pasar por la ventana de la vivienda un niño de tres años, como mucho, apareció de la nada sujetando una especie de gasa entre sus manos. Se asustó cuando levanté mi arma para terminar con una vida inocente que no se merecía aquel destino por culpa del ataque de celos de un hombre despechado. No. No quería ser así. No quería ser como él. Sabía que en la casa había dos niños más, un bebé y otro de un año y, aunque iba con las ideas claras, cuando llegué allí, después de darle muchas vueltas, no pude hacerlo.

—A veces tenemos algo que se llama conciencia —espeté como un energúmeno—. ¡Y mi conciencia no me lo permitió! Por eso desaparecí aquella noche de allí, por eso me alejé, y por eso ¡no te dejé ni una puta nota! Porque sabía que si lo hacía podrían pagarla contigo. Pero no, tú siempre pensando en que Jack hace todo mal, ¡pero Jack estaba hasta la polla de cumplir órdenes que no venían a cuento!, las mismas que no me daba la gana aceptar.

Me observó sin decir ni una sola palabra, con los labios sellados y, aun así, pude seguir viendo en su rostro el arrepentimiento tomando parte de él. Me volví hacia el coche y saqué una pequeña carpeta marrón que contenía información suficiente sobre Arcadiy, sobre su familia, sobre la persona que más quería... Y me jugué mis cartas a una sola porque necesitaba que confiase en mí, pero, sobre todo, que supiera quién era en realidad. La sostuvo con fuerza sin apartarme la mirada.

—Si con esto sigues sin creerme, esperaré impaciente a que vengas a por mí y —le miré temerario—, entonces, tendrás que demostrarme que eres mejor que yo o morirás.

Me di media vuelta metiéndome en el coche, dejándolo en mitad de aquel descampado solo, con la carpeta en la mano mientras observaba que me alejaba sin mirar atrás. Y recé para mis adentros, pues no deseaba otra cosa más que recapacitara o estaría perdido.

Cuando me quise dar cuenta llevaba más de dos horas dando vueltas por Barcelona sin rumbo, conduciendo para intentar olvidar a Arcadiy y todas las cosas que me atormentaban como el hecho de saber que había varias personas detrás de mí, ya que Riley había encontrado las alarmas suficientes después de

la gran noticia en todos los medios de comunicación. Era algo que no quería comentarle a Micaela, pues sabía que si lo hacía estaría en un constante vaivén de incertidumbre cada vez que tuviese que marcharme. Tenía que resolver la caza de mis enemigos cuanto antes o no podría vivir en paz en la vida. Arcadiy me había avisado, pero todo eso ya lo sabía más de sobra e incluso sabía los nombres de las dos personas que andaban buscándome y que pronto me encontrarían.

Llegué al club cuando ya entraba la noche y me sorprendí al ver la cantidad de gente que había en la puerta para ser jueves. Pasé por la entrada y vi que Ryan no estaba, algo que me preocupó. Miré al tipo que había en el acceso.

—¿Y Ryan?

Hizo un gesto con la cabeza para indicarme que estaba dentro y cuando fui a pasar me puso una mano en el pecho, negando con la cabeza.

—A esperar la cola como todo el mundo.

Alcé las cejas con cansancio.

—Si no me quitas la mano de encima —siseé—, te la parto.

Noté un nerviosismo extraño en mi interior que no me auguró nada bueno. En ese momento, vi que Eli salía cuando el armario empotrado que tenía delante se preparaba para darme el primer golpe.

—¡Eh! Déjale pasar, tranquilo.

Este soltó un rugido lanzándome una mirada asesina que ignoré.

—¿Dónde está Micaela? —le pregunté a la desesperada.

—Arriba, en el despacho. Ryan no ha podido entrar en todo el día.

La observé sorprendido por lo que me decía y me encaminé con rapidez escaleras arriba hasta que llegué al final del pasillo, donde vi a Ryan y a Riley en la entrada.

—¿Dónde está? —les pregunté con seriedad.

—No vas a poder entrar. Ha bloqueado la puerta desde dentro.

Le hice un gesto a Riley y este asintió, dándome a entender que podía abrirla en menos de lo que esperaba. Ryan tecleó el código en la puerta que nos separaba de otro de los pasillos y llegamos al despacho de Micaela. Mi amigo sacó el ordenador de la bolsa que llevaba en el hombro y, efectivamente, en menos de dos segundos se abrió helándome la sangre.

En el suelo, Micaela estaba apoyada contra la pared con la vista perdida en la habitación, ni siquiera se percató de que estábamos dentro. Cuando fui a dar un paso, Ryan me paró con su gran mano negando con la cabeza.

—Déjame a mí.

Me revolví incómodo y este me escrutó con la mirada.

—Hazme caso, soplapollas dos.

Su tono hosco me paralizó y no pude evitar volver mis ojos a la mujer que me quitaba el sueño, la misma que sostenía una botella de alguna bebida alcohólica en una de sus manos, prácticamente vacía, mientras que en el suelo pude ver lo que me parecieron restos de droga, un trozo de papel de aluminio y un pequeño tubo por donde la consumía. Se me cayó el alma a los pies, sintiendo un cabreo monumental por haberla descubierto de aquella manera. Ryan se agachó a su lado y esta lo miró sin llegar a verle siquiera. Esbozó una triste sonrisa que no iluminó sus ojos y suspiró observándolo.

—Mica... —le murmuró con pesar.

—No podía más. —Fue lo único que escuché de sus labios, de forma desgarradora.

—No tenías que haber llegado a estos extremos. No necesitas esto.

Soltó una carcajada que me congeló.

—Qué sabrás tú. Siempre pensáis que sabéis todo lo que tengo que hacer y, en realidad, no sabéis una mierda.

Ryan no se inmutó por su tono dañino y a mí me estaban dando ganas de matarla. Ni siquiera había reparado en mi presencia.

—Mica, estás colocada. Déjame que te lleve a casa y mañana lo verás todo de otra manera.

—Tráeme un poco de material y ya veremos cómo me levanto mañana. —  
Rio.

Di un paso para acercarme a ella, a punto de perder los estribos, pero Riley me sujetó con fuerza, negando con la cabeza. Noté mi respiración acelerada y no supe de qué manera controlarla.

—Vamos, que te ayudo a levantarte.

—He dicho que no —sentenció tajante.

—Mica, o vienes por las buenas o lo haremos por las malas. Tú decides.

—Ryan, no me llesves la contraria. Para eso te pago —ironizó.

Escuché el gran resoplido que Ryan soltó. Se levantó dejándola en el mismo lugar que estaba, me miró para pedirme calma con sus ojos, algo que en aquel momento me faltaba, y se dirigió hacia la vitrina de cristal que había detrás de una estantería. De allí sacó una gasa y echó algo que no pude ver. Volvió a donde estaba y comprobé que esta sonreía pensando que le había

obedecido. Seguía con la vista fija en ninguna parte, totalmente desconcertada. Ryan colocó sobre su boca la gasa y no pudo hacer ni el intento por moverse cuando se sumió en un profundo sueño quedando inconsciente.

—Llévala al apartamento. Mañana hablaré con ella. —Me miró pensativo—. No compliques su situación más, Jack. Déjame a mí.

# 8

## Recaída



*Micaela Bravo*

Un pinchazo procedente de mi cabeza me hizo arrugar los ojos sin llegar a abrirlos. El dolor me traspasó y parpadeé lentamente. Estaba de lado, sujetando la almohada como si se me fuera la vida en ello, cuando noté que unos ojos se clavaban en mí con interés.

Y ahí estaba él.

Con la mirada perdida en mi rostro sin explicarse qué cojones había hecho, pero sí, en ocasiones traspasaba la línea y consumía drogas, aunque, en realidad, eso había pasado muy pocas veces, pero cuando la desesperación y los acontecimientos empezaban a superarme era la única manera de olvidarme del dolor que sentía y no conseguía mostrar al mundo.

Escondí mi cabeza de manera inconsciente en la tela negra del almohadón, dándome cuenta de su escrutinio sin piedad. Su rictus estaba más que serio y sus labios mostraban una fina línea que no se despegaba. Los entreabrió una milésima, para después volver a cerrarlos. Se estaba debatiendo interiormente, pero, al final, optó por levantarse resoplando y salió del dormitorio pegando un fuerte portazo que resonó en todo el apartamento.

Bufé dando un manotazo al colchón, maldiciéndome por permitir que alguien que no fuese yo entrase en mi vida, para comenzar a pedirme explicaciones de por qué o por qué no hacía las cosas. Aparté las sábanas con rabia y puse mis pies en el suelo, necesitaba un café urgente, ya que el estómago se me agitó con ganas de vaciar lo poco que había en su interior. Llevaba un día entero sin suministrarle nada de comida.

Cuando abrí la puerta, escuché la entrada de la vivienda cerrarse de la misma manera y supe que se había marchado. Mejor. Tendría más tiempo para pensar, y yo para esquivar el tema con Jack. Llegué a la cocina y me preparé

lo primero que encontré en la nevera y me tiré en el sofá sin ganas de nada.

Poco después, me adecenté para ir al club donde debía de ponerme las pilas con las facturas y demás junto a Eli, que ya me esperaba allí. Al ver la mala cara que llevaba, alzó una ceja, pero le hice un gesto con la mano. No tenía ganas de hablar y menos de enfrentarme a una nueva regañina que, en realidad, me importaba una mierda.

—Menuda cara traes, ¿no has descansado? Ayer no te vi salir.

Ni siquiera sabía cómo había llegado a mi casa, ya que recordaba perfectamente haber visto a Ryan delante de mí antes de que la visión se me nublase. Negué con la cabeza para que no hiciera ninguna pregunta más y seguí mi camino hacia el despacho donde ambas nos pusimos manos a la obra con el trabajo acumulado.

—¿Las chicas están aquí? —le pregunté dejando uno de los folios sobre la mesa.

—Están a punto de llegar.

—¿Hay alguna nueva? —Me interesé, sin mirarla.

—Tengo el contacto directo del hombre que le conseguía las chicas a Óscar.

Asentí esperando a que continuase, enfrascada en mis quehaceres.

—Se llama Angelo Facchini.

—Italiano —afirmé.

—Exacto. Te he conseguido una reunión con él dentro de unas semanas. Es un mafioso de cuidado, pero le tenía un gran aprecio a Óscar por lo que hemos podido averiguar, así que no opuso ninguna pega para trabajar directamente contigo, sin intermediarios.

—Un sueldo menos que tendremos que pagar —apunté con frialdad.

—Cierto. Quizá convendría que no fueses sola a la reunión, no sabemos con quién vamos a tratar.

—Se lo diré a Ryan.

Un pensamiento cruzó mi mente cuando sostenía uno de los papeles en el aire. Eli me miró con confusión y alzó una ceja a la espera de que hablase. La observé sumida en mis pensamientos, cogiendo mi teléfono para teclear en él.

—¿Pasa algo? —me preguntó con preocupación.

Le pedí un minuto con el dedo esperando a que alguien al otro lado de la línea me contestase, pero no fue el caso. Dejé el teléfono encima de la mesa contemplándolo con confusión.

—Desi me llamó ayer.

Esta abrió los ojos de par en par.

—¿Hablaste con ella?

Negué con la cabeza, recordando cuando Arcadiy llegó y dejé mi teléfono sonando en la habitación de las chicas, hasta que por la mañana vi la llamada perdida antes de llegar al club.

—No me dio tiempo, pero tenemos que programar la visita a Ucrania cuanto antes. Esa zorra va a saber a quién ha traicionado.

—Y le importará bien poco. ¿Crees que merece la pena?

Arrugué el entrecejo por su pregunta sin sentido.

—¿La pena, dices? ¿Ocho años y que cada plan que tengas se vaya al traste te parece algo para dejarlo pasar? —bufé, Eli se arrepintió de su pregunta al instante.

—Lo siento, Mica. Ya sabes que no quiero que te metas en más líos de los necesarios. Y no sabemos quién puede haber del lado de Desi.

—Pues lo descubriremos —sentenció.

Cada paso que daba se veía interrumpido por algo o, en ese caso, por alguien, y ese alguien tenía nombre y era Desi. Siempre dudé de ella, y el hecho de pedirle que desapareciera y llevara tantos meses sin dar señales de vida, confirmaba mis sospechas sin lugar a duda.

Terminé con la gran montaña de papeles que tenía sobre la mesa y me dirigí con Eli a las habitaciones de las chicas donde empezó a explicarme paso a paso en qué lugar entrarían las nuevas, también me informó de dos bajas que habían desaparecido misteriosamente.

—No pago para que se pierdan las chicas, Eli. No lo olvides.

Asintió sellando sus labios al tiempo que contemplaba mi gesto serio. Pasé a una de las habitaciones que pertenecía a una de las desaparecidas y busqué con la mirada síntomas de violencia o algo que se hubiese podido escapar de mis manos.

—Revisa todas las cámaras de seguridad y encuéntralas a las dos.

—De acuerdo —musitó.

Observé la habitación, eran todas casi iguales excepto que los colores cambiaban. En ella había una gran cama con dosel, sus sábanas negras de satén la vestían de pies a cabeza y el cabecero de forja con una enredadera la hacían sumamente elegante. Entré en el baño inspeccionando el resto de las cosas de la habitación, pero no había nada, es más, la ropa de la chica que había

ocupado el lugar estaba toda allí.

—He pensado que dentro de dos meses podríamos elevar el porcentaje de los servicios para nosotras. Les quitaríamos un diez por ciento más a las chicas. Está habiendo mucho movimiento últimamente.

Asentí conforme a lo que me decía cuando la puerta de la habitación se abrió un poco y Ryan entró detrás de ella. Nos miró a ambas, antes de anunciar en tono serio:

—Eli, tienes un par de llamadas abajo.

Salió de la estancia, bajo los atentos ojos de Ryan que no se separaban de mí. Le contemplé de reojo, afirmando mi sospecha; estaba cabreado. Cuando Eli desapareció, la puerta del dormitorio se cerró con un leve empujón de sus grandes manos y este se posicionó cruzando sus brazos a la altura del pecho, haciendo de esa manera que se marcaran más de la cuenta. Era temible.

—¿Necesitas algo? —le pregunté como si nada.

—Darte una buena hostia —me contestó con seriedad.

Solté una carcajada sarcástica.

—Eso quiere decir que tienes ganas de quedarte sin trabajo pronto.

—No me vengas con gilipolleces, Mica. ¿A qué coño vino lo de ayer?

Su tono fiero me hizo mirarle con amenaza. Di un paso y me planté frente a él, altiva.

—Lo que yo haga o no, es problema mío y de nadie más. ¿Me has oído? No te metas en mis asuntos, te pago para que trabajes para mí, no para que lleves mi vida.

Su rostro se tornó más serio aún y vi que apretaba su mandíbula con rabia. Asintió con lentitud, sin decir ni una sola palabra y, dolido como sabía que estaba, salió de la habitación dando un fuerte portazo. Si no tenía suficiente con aguantar a uno, ya tenía dos.

Me pasé el resto del día en el club sin ser consciente de que no había visto a Jack en todo ese tiempo, hasta que cuando bajé a la sala que tenía en la parte baja, la puerta se abrió y entró él con mala cara. Tenía el pómulo un poco hinchado de la pelea que tuvo con Arcadiy, del cual tampoco sabía nada. Sus ojos se clavaron en mí, atravesándome de tal forma que sentí un fuerte agujoneo en mi sexo.

Di varios pasos hasta que llegué a su altura y miré hacia arriba desde mi posición, contemplando su rostro serio y enfadado. Paseé mi mano por su mejilla dañada y este cerró los ojos un segundo antes de suspirar. Acerqué mis

labios con cuidado a la zona afectada, para después seguir mi reguero de besos hasta su boca. No soportaba estar tan distante con él y eso era algo malo, muy malo.

Junté mis labios con los suyos, que no hicieron el amago de despegarse, hasta que nuestro beso comenzó a coger intensidad, haciendo que se convirtiera en algo salvaje y peligroso que ninguno de los dos quiso detener. Subí mis manos por sus fuertes brazos, entrelazando ambas tras su cuello, creando más presión sobre su boca. Noté que sus manos descendían por mis caderas hasta que las apretó con firmeza pegándome a su cuerpo. Un pequeño gruñido salió de su garganta cuando cerré la puerta con llave y encaminé mis pasos de espaldas sin separarme de él hacia el escritorio que tenía detrás.

Quedé atrapada entre la madera y su estrepitoso cuerpo que deseaba con todas las fuerzas del mundo. Agarré el filo de su camiseta, tirando de ella hacia arriba, hasta que saqué la prenda por su cabeza arrojándola de cualquier forma al suelo. Seguidamente, sus manos elevaron mi trasero posicionándome sobre la mesa y sus labios descendieron por mi cuello, mi hombro...

—¿Por qué no tienes suficiente conmigo? —me preguntó sin dejar de besarme.

—No he dicho que sea así —le contesté casi sin aire.

—Eso no es lo que vi ayer.

Detuvo sus caricias para posicionar sus ojos sobre los míos, que lo deseaban con lujuria. Crucé mis piernas alrededor de su cintura incitándole a continuar, notando que un enorme bulto emergía de entre sus piernas.

—A veces las situaciones nos superan —me excusé de mala manera.

—La droga no es la solución, sino la perdición —añadió tajante y dolido.

Paseé mis manos por su pecho desnudo, deleitándome con cada músculo que se insinuaba presuntuoso y deslicé mis dedos hasta llegar a la perfecta v que se marcaba perdiéndose en la cinturilla de su pantalón. Mordí mi labio con fuerza siendo consciente de que me inspeccionaba con delirio, pero a la misma vez con rabia y frustración, y le entendía. Bajé la cremallera de su pantalón, envolviendo mi mano alrededor de su miembro que ya estaba listo para atacar. Escuché un leve jadeo salir de sus labios, lo que me hizo alzar la mirada para observarle con admiración.

—Entonces, conviértete en mi droga —musité.

Apartó mis manos con rapidez soltando un gruñido varonil. Tiró de mis piernas haciendo que mi cuerpo cayese de espaldas sobre el escritorio de

manera ruda y deslizó mis pantalones con brusquedad a lo largo de mis piernas, llevándose consigo mi ropa interior que se desprendió de mí en un abrir y cerrar de ojos. Subió mi camiseta hasta la altura de mis pechos y se perdió lamiendo mi vientre con desesperación mientras sus manos tocaban mis piernas de arriba abajo, perdiéndose de vez en cuando en su propia ropa que se abría lo justo y necesario como para que una gran erección asomara por ella.

Su boca se desplazó hasta mi monte de Venus donde mordió con saña un par de veces, y pasó su lengua por mi abertura haciéndome perder la poca cordura que me quedaba. Sujeté con fuerza el filo de la mesa, notando cómo mis nudillos hacían una gran presión cuando uno de sus dedos se introdujo en mi interior con rapidez. Sus movimientos eran bruscos y sentía en cada embestida la rabia que contenía.

Fijó sus ojos en mí y sujetó con fuerza mi cabello para tirar de él hasta que me incorporó y su boca se estampó contra la mía en un brutal choque. Sentí que se me nublaba la razón por segundos cuando su dedo pulgar se colocó sobre el botón de mi perdición y no pude evitar gemir de manera descontrolada en su boca.

—Dime que no volverá a pasar —me exigió.

No contesté y este sacó los dedos de mi interior paralizando el gran orgasmo que estaba a punto de explotar. Me revolví incómoda al no sentir su contacto y me restregué contra él, que lo impidió cuando me rocé contra su abultado miembro que pedía a gritos consuelo. Negué con la cabeza bajo su amenazante escrutinio, que era más fiero, más temerario e implacable de lo que jamás había visto.

—Dímelo —me ordenó.

Apreté mis muslos en el instante en que se llevó los dedos a la boca, sintiendo que el deseo de que me poseyera me estaba matando.

—No.

Mi voz salió débil pero firme. Este asintió con convencimiento, para después volver a pasar sus dedos por mi humedad impregnándolos. Subió por mi vientre hacia arriba, dejando atrás mi sexo, a la vez que pegaba su cuerpo al mío, lo que hizo que notara su miembro en mi propia entrada. Jadeé sin ser consciente hasta que los mismos dedos que me habían torturado se colocaron sobre mis labios incitándolos para que los abriera. Le miré fijamente cuando penetraban en mi boca, donde los saboreé y chupé probando mi propia

humedad ante su expectante mirada. Vi que entreabría los labios e intensifiqué mi ataque hacia sus propios dedos y este gruñó arrugando su gesto. Él tampoco quería seguir alargándolo, pero le conocía y estaba cabreado de verdad.

Los sacó con rabia, tiró de mi mano poniéndome en pie y giró mi cuerpo de manera que quedé de cara hacia el escritorio. Apoyó mi cuerpo con brusquedad sobre la madera al mismo tiempo que se deshacía de mi camiseta y comenzaba a morder mi hombro, descendiendo con castos pero urgentes besos por mi espalda hasta que llegó a mis cachetes, los cuales golpeó en varias ocasiones haciendo que un gran estruendo resonase en la sala. Eso lo único que hizo fue ponerme más caliente, si es que era posible. Alcé mi trasero en busca de una penetración que no llegó con tanta facilidad, y este separó mis piernas colocándose detrás de mí.

—Jack... —casi supliqué.

Sentí su miembro por ambas entradas regodeándose en mi propio deseo que estaba a punto de estallar sin que ni siquiera se introdujese, pero poco le importó, pues continuó con su juego sin llegar a penetrarme. Alcé insinuante mi cuerpo, a lo que él hizo caso omiso, y sentí su hinchada cabeza rozando cada parte. Se posicionó sobre mi espalda sin llegar a dejar caer todo el peso de su cuerpo encima y escuché que decía con la voz cargada de deseo:

—Quiero ser esa droga que me pides. Que cada día la necesites más. —Volvió a rozarse, esa vez, tomando un poco de profundidad—. Que te levantes y te duermas pensando en las veces que he tomado tu cuerpo a mi antojo hasta llevarte a un abismo del que no puedas salir. —Se introdujo por completo en mi interior, haciendo que soltase un jadeo ahogado—. Quiero que no olvides cada rastro de mi boca sobre tu cuerpo y que recuerdes que no necesitas nada más para poder sobrellevar los problemas que te atormenten.

No pude contestar cuando noté cómo bombeaba con una intensidad desmedida contra mi sexo que palpitaba de placer. Hiqué mis uñas en la madera, sintiendo que me agitaba hacia delante de manera descontrolada, tratando de dominar la respiración que se escapaba con urgencia de mis pulmones. Escuché nuestros sexos chocar con fuerza en el mismo instante en el que los gruñidos roncós de Jack llenaban la estancia, y me perdí en aquel abismo que me prometía de manera aterradora cuando escuché sus últimas palabras:

—Quiero que me necesites en tu vida como el aire para respirar.

# 9

## Ataque sorpresa



Los días pasaban y la ausencia de noticias por parte de Tiziano sobre la fecha estimada para nuestro plan comenzaba a desesperarme. Por otro lado, la ayuda de Vadím ya se estaba comenzando a notar, cuando me llamó un par de veces, días atrás, para contarme que había conseguido que varios de los hombres de Anker le traicionaran contando sus futuros planes que él mismo impediría, aunque aquello le costase la vida. Ya tenía programado el viaje a Ucrania y lo haría en dos días, sin embargo, ese era un detalle con el que Jack no estaba del todo de acuerdo, según él, era poner mi vida en riesgo de manera innecesaria. Riley se quedó en la casa de Ryan, dándonos así la intimidad que según ellos necesitábamos en mi apartamento, y el trato con Ryan cada día era más distante.

Estaba de camino hacia la comisaría, ya que había recibido un mensaje por parte de Aarón minutos antes para que le diese una respuesta a nuestro no trato. Tenía claro lo que haría y, como siempre, usaría a quien hiciera falta para conseguir mis propósitos. Abrí la puerta de la entrada viendo, como de costumbre, al barrigón que estaba tras el mostrador, el mismo que me contemplaba con cara de asco, y pasé por su lado sin preguntarle siquiera por el inspector, alcé la ceja de manera intimidante y este se sonrojó de inmediato sin llegar a articular una sola palabra. Llegué a la puerta del despacho de Aarón y abrí sin llamar, encontrándome con una sorpresa. Estaba en una posición comprometida con la inspectora que vino a tocarme las pelotas al club, con Ariadna. Solté un silbido maleducado cerrando mientras ellos intentaban recomponerse con rapidez.

Me crucé de brazos sin apartar mis ojos de las dos personas que estaban a punto de follarse encima de la mesa de su despacho, y esperé paciente con una sonrisa divertida en mis labios. Aarón carraspeó, sin quitarme los ojos de

encima, y ella se sonrojó por segundos. La miré con la diversión instalada en mi rostro, observando los papeles que tenían esturreados en el suelo, casi sin mirarme, intentando poner un gesto serio que sabía que no sentía, ya que estaba muerta de vergüenza.

—¿No tenéis pestillo? —inquirí con picardía. Aarón me fulminó con la mirada—. ¿Qué? —Moví mis hombros como si no hubiera roto un plato en mi vida—. A todos nos da un calentón en nuestro trabajo, pero... —abrí las pequeñas rejillas de las persianas, mirando el exterior y sonreí ampliamente. Joder, cómo me estaba divirtiendo— desde aquí os puede ver cualquiera.

—¿Qué quieres, Micaela? —me preguntó con tono serio.

La otra seguía recogiendo y Aarón se agachó para ayudarla.

—¿No tenéis cámaras de seguridad? Seguro que vuestro nuevo comisario se estará haciendo una paja a vuestra costa —añadí, viendo que Ariadna estaba a punto de explotar de la vergüenza.

—Micaela...

Le interrumpí.

—¿A qué viene esa pregunta?

Me senté con chulería en una de las sillas que había tras la mesa, sin despegar mis ojos del hombre que tenía delante, y alcé una ceja de manera insinuante.

—¿No habréis echado vuestros fluidos donde me acabo de sentar, no?

—¡¡Micaela!!

El rugido de Aarón hizo que soltase una carcajada monumental. Ariadna se levantó de su sitio lanzándome una mirada fulminante y se dirigió hacia la salida.

—Tranquila, que no acabaré el trabajo por ti.

Me giré mostrándole mis perfectos dientes blancos, comprobando que me volvía a aniquilar con la mirada para después pegar un fuerte portazo que resonó en todo el despacho. Sentí la presencia del inspector muy cerca de mí y, efectivamente, estaba apoyado en los reposabrazos de la silla a escasos milímetros.

—Uhh... —murmuré sensual—, ¿no me digas que todavía te dura el calentón?

Me abrasó con la mirada y yo alcé mi mano colocándola sobre su entrepierna de forma malévola. Se retiró de inmediato y otra sonrisa floreció de mis labios cuando vi que seguía empalmado.

—¿Qué quieres? —bufó mirando hacia la pared.

—Que yo recuerde me has llamado tú.

Crucé mis piernas con chulería y esperé hasta que se giró para mirarme con detenimiento, para después tomar asiento en su gran sillón.

—¿Has pensado en lo que te dije?

Asentí con lentitud, sin apartar mis ojos de los suyos.

—¿Y bien?

Suspiré. Todavía me asombraba la facilidad con la que conseguía utilizar a la gente frente a todo pronóstico, y sin importarme en ciertas ocasiones una reverenda mierda lo que pasara después.

—Tengo un cambio —añadí.

—El cambio ya te lo he dado yo, no juegues conmigo, Micaela —me espetó furioso.

—Y no lo hago.

Aarón sabía de sobra el plan que tenía contra Anker, fue inevitable involucrarle en todo cuando sin ton ni son llegó a mi vida intentando desmontarme el club, y en el momento en el que secuestramos a Adara le conté la verdad. Por no hablar de que ciertos hechos en mi vida aparecían en esa carpeta que en su día le entregué. La sacó del cajón para recordarme que me tenía pillada, soltándola sobre la mesa.

—Este era el trato: tú me entregabas a Jack; yo te daba la libertad que tanto buscas, respaldada por la policía.

—Un inspector no puede respaldar a alguien como yo, Aarón. No soy estúpida.

Le miré con mala cara viendo que su sonrisa florecía por momentos en su rostro, lo que me inquietó. Estaba claro que él no era el jefe superior de la policía, y si alguno de mis trapicheos llegaba a manos de otros compañeros, estaría igual de perdida.

—¿Quién ha dicho que vayas a tratar con un inspector normal y corriente de aquí a un mes?

Alcé una ceja sin entenderle. Negó con la cabeza contemplando mi expresión confusa.

—Me van a ascender a jefe superior en la brigada de espías del estado. Por lo tanto, cualquier prueba que entre sobre ti desaparecerá.

Achiqué mis ojos con desconfianza, incorporándome un poco en mi asiento para darle más énfasis a la situación.

—¿Cómo dices? —le pregunté sorprendida por su confesión.

—Lo que acabas de oír. Tú necesitas una buena baza cerca de ti si no quieres acabar en prisión, y yo te la daré con un cambio muy simple.

Medité lo que me estaba diciendo sobre la marcha, y más confusión me creó.

—¿Por qué quieres con tanto ímpetu a Jack? —le pregunté con seriedad.

—Porque sí.

—Esa no es una respuesta, Aarón. Contéstame.

Fijó sus ojos en los míos durante un rato, hasta que se decidió y agarró lo que parecía una fotografía de su mesa dándole la vuelta para que pudiera verla. En ella aparecía una mujer con cierto parecido al hombre que tenía delante, mientras que a su derecha estaba Manel, el antiguo comisario de la misma comisaría en la que me encontraba. Elevé mis ojos y le contemplé a través de mis pestañas, esperando una respuesta que no tardó en llegar.

—Cuando mi padre murió, Manel se encargó de mí y de mi madre. Era mi tío por parte de padre y, en realidad, él fue quien se ganó ese nombre hasta el día en el que falleció. Siempre me trató como a uno de sus hijos y nunca hizo distinciones entre mis primos y yo.

Pensé antes de hablar:

—¿Me estás diciendo que todo esto lo haces por venganza? —Arrugué mi entrecejo.

Asintió con decisión.

—Vaya..., eso te convertirá en una mala persona, inspector. Todos a fin de cuentas termináis siendo corruptos de una manera u otra.

—No se merecía morir.

—Eso no lo sabes —contraataqué.

—Jack es un puto asesino a sueldo, ¿no puedes defenderlo!

Estampó su puño contra la mesa, algo que no me inmutó.

—¿Y qué se supone que harás con Jack? ¿Encerrarlo de por vida? —Sonreí—. Conseguirá escapar.

Una carcajada nada habitual en él salió de su garganta.

—No llegará a pisar la cárcel, y todo será gracias a ti.

—¿Cómo estás tan seguro de que haré lo que me pides? —le pregunté con curiosidad.

Volvió a reír.

—Micaela, has demostrado ser una persona carente de sentimientos, ¿crees

de verdad que me trago el cuento de que sientes algo por él? —Permanecí callada sin mostrar lo que en realidad pensaba—. Nunca serás capaz de amar a nadie, porque tienes una condición que no te deja. Porque eres una tirana que no sabe lo que significa esa palabra.

Asentí sin desviar mis ojos de los suyos y sin mostrar ningún tipo de emoción en mi rostro.

—¿Cuándo? —le pregunté por último antes de levantarme de mi asiento.

—Te avisaré del día, la hora y el lugar. Pero será más pronto de lo que esperas, así que disfruta de lo que te quede con él —puntualizó con saña.

Sonreí, me levanté y antes de abrir la puerta, concluí:

—¿Estás seguro de que todo esto lo haces por venganza? O, en su defecto, ¿es por despecho?

No esperé su respuesta, ya que sabía cuál era y, con una sonrisa triunfal, salí de su despacho sin mirar atrás.

Cuando la noche cayó me puse uno de mis habituales vestidos elegantes, era sábado y se percibía movimiento en el club. Miré a Jack que estaba enfrascado en su ordenador, buscando algo que todavía no sabía qué era. Elevó sus ojos en cuanto me vio salir del dormitorio y silbó con picardía.

—Espero no tener que ponerme celoso esta noche.

—Eso quiere decir que ya te va gustando menos mi trabajo —añadí con una sonrisa.

—No me gusta nada, en realidad.

Hice una mueca con los labios, acercándome a él. Me senté a horcajadas sobre su cuerpo y al instante sentí sus grandes manos rodeando mi cintura.

—Siempre podemos irnos unos días —murmuré besando su cuello—. Los dos solos, lejos...

—Mmmm... —ronroneó en mi oído.

Le miré a los ojos con deseo y este atrapó mis labios con urgencia.

—¿Vas a venir esta noche? —le pregunté esperanzada.

Asintió devolviéndome el beso.

Después de una cena de lo más deliciosa con un postre que terminó por rasgar mi vestido, me vi obligada a sustituir mi ropa por otra antes de pisar la calle. Nos encaminamos hacia la entrada del club, y Ryan miró hacia otro lado cuando llegaba a su altura. No me gustaba estar así con él, y ya eran muchos días los que intentaba esquivarme a toda costa. En el interior, Riley estaba en la barra junto a una de las camareras y me acerqué a él.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté.

—¿Qué remedio me queda? —se ofuscó.

Le hice un gesto a una de las chicas de compañía, que había a mi derecha y esta apareció a gran velocidad con otra a su lado. Riley me miró con los ojos abiertos de par en par, negando con la cabeza.

—No, no. Yo te lo agradezco de verdad, pero no. —Noté su nerviosismo.

—¡Vamos, Riley! ¿Qué tiene de malo?

—Que no, que no.

Escuché la risa de Jack a mi espalda y las miradas de las dos mujeres que tenía a mi lado se desviaron hacia él. Carraspeé con mala cara y estas agacharon su rostro de inmediato. La carcajada de Jack fue más grande todavía.

—Tenéis toda la noche ocupada para lo que quiera. Invita la casa.

Riley me miró histérico, las chicas asintieron y yo agarré el brazo de Jack con posesión bajo su mirada pícara y su sonrisa lobuna.

—¿Celosa? —me preguntó repitiendo el mismo tono que una vez usé yo.

—Mucho —le contesté mirándole de la misma forma que lo hizo él.

Soltó otra carcajada, pegando mi cintura a su cuerpo, y nos dirigimos hacia uno de los reservados para disfrutar un poco de nuestra soledad, de nosotros.

Bien entrada la noche, empezó a molestarme la ropa, los zapatos e incluso el maquillaje. Quedaba poca gente en el local y decidí acercarme un momento a mi apartamento para cambiarme, ya que el vestido me estaba asfixiando.

—¿Voy contigo? —me preguntó con promesas tentadoras en sus palabras.

—No —reí—, o no volveremos. Hoy tengo que cerrar, me gustaría hablar con Ryan.

Asintió, pues sabía que la relación entre ambos estaba muy fría y no podíamos seguir así. Encaminé mis pasos hacia la salida, viendo que Ryan adoptaba la misma posición que cuando entré. Pensé en decirle que hablaríamos al acabar la noche, pero prefería esperar, quizá con un poco de suerte se le pasaría el enfado del todo, aunque si llevábamos así varias semanas, dudaba que algo fuese a cambiar tan pronto.

Abrí la puerta del apartamento y le di a la luz que, curiosamente, no encendió. Arrugué el entrecejo y maldije en voz baja cuando me di cuenta de que había dejado mi teléfono móvil en el local. A tientas llegué hasta las escaleras, ya que las luces de las farolas parecían alumbrar menos de lo que habitualmente lo hacían, y cuando puse un pie en el primer escalón, alguien

tiró de mí hacia atrás haciendo que me diera un tremendo golpe en la cabeza contra el suelo.

Algo relució en lo que supuse que sería la mano de esa persona y me aparté con rapidez al ser consciente de que un rasguño había llegado a alcanzar mi brazo, haciéndolo sangrar. Un grito salió de mi garganta, a la vez que intentaba levantarme tirando a mi paso todo lo que había por medio. La persona en cuestión que intentaba matarme se lanzó sobre mí, inmovilizando mi cuerpo y pateé hasta que conseguí darle con una de las paletas de pintura que se había desparramado por el suelo. El golpe fue tan leve que no logré nada, ni siquiera que se apartara una milésima, pues era imposible dado que lo tenía sobre mí y mi cara pegaba al suelo.

—Vamos a ver cómo llora cuando vea tu cabeza.

No reconocí la voz.

—¿Quién cojones eres? —bufé.

—Alguien que no debe de importarte.

Agarró mi pelo con fuerza para poder envolver sus manos en mi cuello y presionarlo con rabia.

—¡¡Suéltame!!

El aire comenzó a faltarme y sentí un leve mareo que empezó a hacer que mis ojos se nublaran sin conseguir llegar a ver lo que tenía delante de mí. Moví mis manos en un intento en vano por alcanzar cualquier objeto lo suficientemente pesado como para quitar al hombre que trataba de asfixiarme, pero no tenía nada cerca para llevar a cabo tal plan.

Cuando creí que perdería la conciencia y que estaba a punto de morir, una bocanada de aire enorme entró en mis pulmones y las manos desaparecieron de mi cuello. Me giré como pude, quedando bocarriba mientras veía a Ryan partirle el cuello delante de mí. El tipo cayó al suelo haciendo un sonoro ruido. Apoyé mis manos en la fría losa tratando de recobrar la compostura, volviendo a respirar con normalidad solo que de forma agitada. Ryan se aproximó a mí con urgencia, hasta que se acuclilló a mi lado con el terror reflejado en su rostro.

—¿Estás bien? —no conseguí contestar, la tos se apoderó de mí—. Mica, ¿estás bien?

Movió mis hombros con desespero al ver que mi cuerpo se iba hacia atrás. Me sujeté de sus hombros mientras articulaba un leve «sí», que apenas escuché. Este volvió su mirada hacia el hombre que yacía en el suelo de mi

local, cuando Jack, seguido de Riley, entraba.

Jack se acercó al hombre que había en el suelo con una linterna en la mano. Riley arreglaba la luz y, de repente, las lámparas se encendieron dejándome ver a un hombre desconcertado que volvió su rictus más serio de lo normal mientras su cabeza funcionaba a dos mil por hora.

Le conocía.

Sus ojos se desviaron a Riley y este observó el cadáver del hombre, para después mirarme de reojo sin querer.

Jack se acercó a mí, y Ryan se hizo a un lado con rapidez, llegando a la entrada del local donde cerró la puerta comprobando que no había nadie en el exterior que hubiera podido ver lo que acababa de suceder.

—¿Estás bien? —me preguntó, abrazándome.

—Sí, supongo.

Se separó de nuevo y depositó un casto beso en mi sien, lo que me preocupó porque su gesto era muy extraño. No sabía por qué, pero podía ver sus pensamientos en la distancia.

—Jack —le llamé para que me mirara, cuando perdió la vista en otro punto del local—. No te preocupes, estoy bien.

—Si no llega a venir Ryan, no lo estarías —añadió con cierto enfado y pesadez.

—Pero no ha sido así. No le des más vueltas.

Asintió contemplándome, aunque, en realidad, no me veía a mí, sino a su mente.

—¿Qué hacemos con el cuerpo? —le preguntó Ryan, sacándome de mi ensimismamiento mientras inspeccionaba al hombre que tenía delante.

—Ya me ocupo yo.

Jack se levantó y miró a Riley.

—Quédate con ella.

—Jack... —intentó rebatirle su amigo.

Este le ignoró y se acercó al cuerpo del hombre. Se agachó a su lado y sacó su teléfono, lanzándolo en el aire para que su amigo lo cogiera. Lo atrapó entre sus manos de manera inmediata, asintiendo segundos después con su cabeza, supuse que sabiendo qué era lo que tenía que hacer.

Sin más, buscó una de las sábanas que usaba para los lienzos más grandes y desapareció con Ryan por la puerta.

# 10

## Nuestra primera vez



*Jack Williams*

*Empecé a saltar de escalera en escalera sobre los edificios de Manhattan, tratando que aquel maldito cabrón no se saliese con la suya y escapase. Al tocar el suelo de la calle salté con toda la rapidez que fui capaz de tener y corrí hacia él que intentaba salir de aquel callejón, trepando por una valla de metal.*

*Lo sujeté de la camisa con fuerza por la espalda, consiguiendo que este cayera al suelo con un sonoro golpe. Di una fuerte patada a su abdomen haciendo que se retorciera de dolor y agarré su cuello con rabia.*

*—Me estás dando mucho tormento para la basura que eres —le espeté con malas formas.*

*—¿¡Por qué quieres matarme!? —Lloriqueó—. ¡Yo te daré el doble de lo que te paguen!*

*—Porque eres un puto violador de niñas.*

*¡¡Pum!!*

*Golpeé su rostro todo lo fuerte que pude y tardé menos de lo previsto en conseguir abrirle la cabeza contra el suelo. Eso sí, no dejaría cabos sueltos para que después hubiese represalias que no deseaba. Saqué mi pistola y disparé sobre la cabeza de aquel desgraciado, acabando con lo poco que le quedaba de su miserable vida.*

*Dejé de mirarle cuando de reojo visualicé unos pies que se detenían al inicio del callejón, alcé mi mentón para encontrarme con un chico regordete, con gafas y pinta de empollón. Achiqué mis ojos al darme cuenta de que me había descubierto, al igual que sus ojos se iban al cadáver que reposaba en mis pies.*

*Mierda...*

*Le miré sin titubear, soltando el agarre que tenía sobre la camiseta de aquel hijo de puta, y comencé mi paso hacia el muchacho que retrocedía con el pánico reflejado en su cara. Elevé mi arma para dispararle, cosa que no llegó a producirse, ya que fue más rápido de lo normal y giró a toda prisa para marcharse de allí.*

*Urgí mis pasos en su dirección y cuando casi le alcanzaba se metió en uno de los centros comerciales más grandes que había en la manzana. Le busqué por todos los rincones que mis ojos me permitieron, sin dar con él.*

*Las voces de unos hombres me sacaron de mi búsqueda y me escondí tras una columna cuando divisé a lo lejos a Argus y Achilles. Los hombres de Anker. Hacía relativamente muy poco tiempo desde que había abandonado la fortaleza para volar como un pájaro, sin las órdenes de nadie, sin la sangre fría de aquel desgraciado. Y no es que yo fuese mejor que él ni mucho menos, pero no compartía sus planes y jamás lo haría.*

*A la cabeza iba Argus con cuatro hombres más, mientras que otro grupo se dividía en la otra ala del centro comercial dirigido por Achilles, ambos manos derechas de mi antiguo instructor. No tenía nada con lo que cubrirme, por lo que mi cuerpo estaba al descubierto y, si me veían, tendría serios problemas para acabar con diez hombres a la vez.*

*Me introduje en un supermercado de la planta baja, instante en el que uno de los secuaces me señalaba con el dedo. Había sido muy arriesgado llegar al punto clave donde se encontraba el violador de niñas, pero más arriesgado había sido aceptar el trabajo cuando sabía que, por otra parte, también se lo habían encargado a Anker. Me dio igual y creí que era una muestra más que suficiente para que entendiera de una vez por todas que no volvería con él.*

*Avancé a pasos agigantados por los pasillos, llegué a la sección de ropa y cogí una gorra junto con una chaqueta de otro color. La coloqué sobre mi cuerpo, como si nada, y seguí avanzando hasta que cuando entraba en otro pasillo, me choqué con el chico regordete que huía de mí. Abrió los ojos como platos, con el pánico sembrado en su rostro, y pude apreciar cómo le temblaban las manos.*

*—¿¡Tú!?* —bufé, arrugando el entrecejo.

*—¡¡Te juro que no diré nada!!*

*Elevó sus manos al cielo y el tono también. Le empujé al interior del pasillo cuando atisé a Argus en el inicio de tres pasillos más allá de donde*

*nos encontrábamos.*

*—Shhh, cállate si no quieres que te mate —le dije de malas maneras.*

*Hizo como que cerraba la boca y tiraba la llave, gesto que me hizo demasiada gracia. Ese chico parecía tener buen fondo, para nada algo que ver conmigo. Levanté mi pistola y cargué el arma a la espera de que Argus entrase en el mismo sitio en el que estábamos.*

*—¿No iras a usar eso aquí? —Se alarmó.*

*—Si queremos seguir con vida, sí. —Le miré fijamente.*

*El que arrugó el entrecejo, en ese instante, fue él.*

*—¿Perdona? ¿Desde cuándo te conozco y por qué me metes en tus problemas?*

*Admiré su valentía que salió improvisada y se dio cuenta tarde al ver mis ojos aniquilarle.*

*—Perdón. No quería ser un borde, y más si me perdonas la vida. Te juro que no vuelvo a abrir la boca.*

*—Más te vale.*

*Asomó su cabeza, por delante de mí, y tiré de él hacia atrás sin saber qué cojones estaba haciendo, cuando lo mejor era seguir camuflados entre las prendas para pasar desapercibidos.*

*—¿¡Que mierda haces!?! —le pregunté furioso.*

*Sacó una especie de miniordenador de la mochila que llevaba a las espaldas y comenzó a teclearlo a una velocidad de vértigo.*

*—En el pasillo por el que sale tu amigo...*

*—¿Por qué crees que es mi amigo? —le interrumpí sin dejar de mirarle.*

*Alzó su rostro y me contempló por encima de sus gafas.*

*—Porque tiene la misma pinta de matón que tú.*

*Su tono era despreocupado y tenía su punto gracioso.*

*—Menudo piropo —ironicé.*

*—Lo que te iba diciendo, en el pasillo de enfrente tenemos altavoces, equipos de música y coches teledirigidos, por no hablar de la cantidad de cacharros para niños.*

*—No te pilló —le dije sin humor alguno, pero sí contemplándolo con curiosidad.*

*—Espera y verás. Que tú serás un matón, pero yo sé lo que me hago.*

*Y lo hice.*

*Esperé con paciencia, la poca que tenía, porque aquel muchacho me*

*transmitía una confianza que pocas veces había sentido.*

*De repente, las alarmas de todo el supermercado comenzaron a sonar, los juguetes que tenían baterías anduvieron por sí solos, los equipos de música sonaron con un volumen que reventaba cualquier oído, los coches teledirigidos se movían y, así, con todo lo que tenía batería o se podía manejar desde un ordenador.*

*Le miré con asombro, haciendo un gesto afirmativo con mis ojos y una mueca con los labios mientras asentía complacido.*

*—¿Estás buscando trabajo?*

*—Riley Fox, hacker. —Me extendió su mano.*

*—Jack Williams, asesino a sueldo. —Le correspondí, dándole un fuerte apretón de manos.*

*Sonrió ampliamente.*

*Ese día Argus y Achilles se fueron con las manos vacías, porque mientras Riley se encargaba de volverlos locos, yo disparaba con mi pistola a diestro y siniestro.*

# 11

## Un favor por otro



*Micaela Bravo*

A la mañana siguiente me levanté sin haber podido dormir nada en toda la noche. Jack no había vuelto y no tenía noticias tuyas, algo que me inquietaba. Me dirigí al salón, cuando los rayos del sol alumbraban el cielo, y vi que Riley ya estaba con el ordenador y al lado de este, cuatro tazas distintas de café se encontraban vacías sobre la mesa. Esa noche se había quedado conmigo, para no dejarme sola.

—¿Has dormido algo? —le pregunté sabiendo la respuesta.

—No.

Me senté a su lado y este me miró de reojo.

—¿Te lo pasaste bien anoche?

Intenté que la tensión que tenía menguara, pero no fue posible.

—Sí.

Resoplé.

—Riley, ¿me vas a decir qué pasa?

Negó sin mirarme.

—Te prometo que no le diré nada.

Sonrió sin abrir la boca, pero sabía que poco le faltaba.

—¿Estás así por lo de anoche? Jack sabrá apañárselas solo...

No me dejó continuar.

—No es eso, Micaela. Jack se ha convertido en el objetivo número uno de muchas personas, y todo esto por...

—Por mi culpa —terminé por él cuando dejé la frase en el aire al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir.

—No quería decir eso. —Se arrepintió.

—No te preocupes. Sé que soy la causante de todo, eso no lo puedo obviar

ni tampoco soy tan tonta como para no darme cuenta.

Se echó hacia atrás en el sofá, soltando un fuerte suspiro.

—He cambiado su paradero no sé cuántas veces, no entiendo cómo es posible que hayan dado con él, cuando se suponía que estaba entre rejas y que todo iba como la seda.

—Me imagino que, al igual que él te tiene a ti, sus enemigos también tendrán la forma de saber cosas que no podáis ver.

—Ha sido todo muy extraño, Micaela. —Me miró—. La falta de información en las noticias, el hecho de que Grecia fuera el único lugar en el que no estaba en busca y captura, la desaparición tan inmediata en los medios de comunicación... Nada tiene sentido.

—¿Quieres decir que hay alguien más moviendo los hilos? —Arqué una ceja.

—No lo pregunto, lo afirmo. Y el problema es que no consigo dar con la persona en cuestión que lo está haciendo. Y eso no solo tiene atacado de los nervios a Jack, sino que a mí también.

El nerviosismo se reflejó en su rostro, al igual que el leve enfado al darse cuenta de que ya había hablado más de lo que debía. Le toqué la rodilla con cariño, presionándola suavemente, y musité:

—Tranquilo. Esta conversación nunca ha existido.

Me levanté de mi asiento, encaminando mis pasos hacia el cuarto de baño, donde me entretuve más de lo necesario en una extensa pero gratificante ducha. Un rato después, le dije a Riley que me marchaba al club, donde una conversación pendiente me esperaba con la gran roca que tenía como guardaespaldas. Le llamé por teléfono un rato antes y, cuando entré en mi despacho, apareció unos minutos más tarde con gesto hosco y circunspecto.

—Siéntate —le pedí.

—Estoy bien de pie —me contestó escueto.

Suspiré y me levanté de la silla para colocarme frente a él. Cruzó sus manos a la altura de su cintura y esperó hasta que llegué a él con gesto serio.

—Ryan, tenemos que hablar de lo del otro día.

—No tenemos nada de qué hablar. Ya me dejaste claro qué función tengo contigo, por lo tanto, no me debes explicaciones.

—Ryan...

—¿Algo más? —me cortó—. Tengo temas importantes que atender.

Tomé un gran suspiro, viendo que se daba la vuelta para marcharse y le

sujeté del brazo con fuerza para que no lo hiciera. Detuvo su paso y se giró enfocando mis ojos.

—Lo siento.

Me contempló sorprendido por mis palabras, pero, segundos después, cambió el gesto y su ceño se frunció de nuevo. Tuve que sonreír.

—¿Me perdonas? —Volví al ataque con un tono más dulce.

Movió sus ojos con gracia y chascó la lengua.

—Claro que te perdono. Pero la próxima vez que vea alguna sustancia de mierda como la del otro día cerca de ti —me señaló con el dedo—, te juro que no respondo.

—No lo haré —le aseguré sin soltarle.

—Eso espero.

Pasó su brazo por mis hombros, apretándome junto a su musculoso cuerpo, el cual me permití abrazar más de la cuenta, soltando un par de suspiros. Salimos a la planta baja del local y vi que Eli había llegado. Nos observó a los dos extrañada y preguntó:

—Si que habéis madrugado hoy, ¿no?

—Teníamos que resolver algunos asuntos —le contesté.

—Y ¿se puede saber qué asuntos son?

—No tienen tanta importancia o, por lo menos, ya no. —Le guiñé un ojo a Ryan.

Este sonrió y pude ver el gesto incómodo de Eli.

—Tengo que ir a hacer unas gestiones ahora para la fiesta de la semana que viene. ¿Me necesitas para algo?

Negué con la cabeza sin prestarle demasiada atención y vi de reojo que salía por la puerta sin mirar atrás. Estaba molesta. Avanzamos con pasos firmes hacia el centro del club.

—Creo que alguien tiene celos.

—No debería —añadí al comentario de Ryan.

—Es normal, la estás excluyendo de muchas cosas.

—Cuanto menos sepan mis planes, mejor saldrá todo. Lo tengo visto y comprobado. ¿Sabemos algo de Desi?

Le había contado a Ryan la llamada que tuve de ella y la que le devolví después, la misma que ni contestó ni volvió a responder. Era todo tan raro que no conseguía encajar las piezas del maldito puzle. La puerta trasera sonó en toda la estancia y arrugué el entrecejo. Si Jack tenía llaves, ¿quién demonios

era? Vi que Ryan se echaba la mano a la parte trasera de su pantalón para sacar la pistola y yo agarré una de las varas de hierro que había bajo la barra de cristal. Me encaminé con cautela hacia la puerta y miré por el portero, donde no había nadie. Guie mis ojos hacia Ryan, y este asintió cuando tomó posiciones unos pasos más alejado de mí. Abrí con lentitud, entonces la puerta se estampó prácticamente contra la pared, ya que la persona que había al otro lado le dio un fuerte golpe. Alcé la vara para estampársela en la cabeza y me quedé a medias cuando le oí.

—*Mamma mia!* Necesitáis un año para... —Me miró escandalizado—. ¿¡Qué haces!?! —exclamó elevando sus manos para detener el golpe.

Puse los ojos en blanco al darme cuenta de que era Tiziano quien entraba, y este miró a Ryan que seguía apuntándole.

—¡Baja la puta pistola, mamón!

Ryan negó con la cabeza, dejándola en su costado mientras que este se revolvía el pelo nervioso, girándose para cerrar la puerta.

—¿Así te estás acostumbrando a recibir a todas tus visitas? —renegó.

—¿Y tú no sabes que existen los teléfonos? —le pregunté en el mismo tono.

El que puso los ojos en blanco fue él. Se dirigió hacia la barra y cogió la primera botella que encontró, así, de buena mañana. Vertió gran parte del líquido en un vaso y nos observó a los dos que permanecíamos quietos en la misma posición.

—¿Qué? Tendré que recuperarme de alguna manera del sofoco que me habéis ocasionado.

Asentí con una sonrisa. Estaba loco, pero de verdad. Había peinado su pelo completamente hacia atrás, de manera que todo su cabello castaño se sujetaba en una coleta. Sus ojos brillaban más de la cuenta y pude ver que una nueva cicatriz se cruzaba en su cuello. Era reciente.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté acercándome a él.

Elevé su mentón cuando llegué a su altura y la miré por encima. Era de un cuchillo y habían ejercido la presión suficiente como para dejar marca. Este soltó un fuerte suspiro, después me miró con chulería.

—No sabes lo que hacer para tocarme —murmuró sensual.

Oí el resoplido de Ryan.

—Eso es lo que tú quisieras, italiano. —Sonreí—. Ahora, ¿me vas a decir

qué te ha pasado?

—Pelea de gatos. Hay un cabrón que quiere quedarse con mi zona, y no se lo voy a permitir.

—¿Por eso has estado tanto tiempo desaparecido?

—Más bien. Por cierto —pareció recordar algo—, tengo a la niñata insolente vigilada. De momento está en Alemania.

Hice un gesto de disconformidad con los labios al escuchar cómo la llamaba.

—¿Por qué le tienes tanta manía? Me ha ayudado las veces que me ha hecho falta, no deberías de tratarla así.

—Me destrozó la casa.

—No fue culpa suya —la defendí.

—De igual modo, pienso matarla cuando termines con su padre.

Su padre.

Y Jack apareció en mi mente como un jarro de agua fría. Le puse al día de los últimos acontecimientos, y este se escandalizó al ser consciente de que mi hermano seguía vivo.

—¿Y dices que no sabes dónde está?

Negué con la cabeza.

—No he vuelto a saber nada más de él desde el otro día.

—¿Has hablado con Jack? —volvió a preguntar.

—No he podido preguntárselo con todo el jaleo de anoche, además, no le he visto tampoco.

Tiziano hizo una mueca con los labios, para después sentarse en uno de los taburetes, tomando una postura rematadamente *sexy*, haciendo que su camisa dejara ver los extraordinarios músculos que había debajo de ella. Ryan me contó que después de salir del apartamento con aquel hombre envuelto en una sábana, desapareció en su coche sin pedirle ayuda.

—Tengo que pedirte un favor.

Sonreí, mirando al italiano que esbozaba una sonrisa más amplia.

—¿De qué se trata? —Me senté a su lado.

—Bueno, digamos que tengo... —mover sus dedos en el aire haciendo círculos— a un gilipollas rondando como una mosca cojonera.

—¿Y qué pinto yo en todo eso? —Esperé paciente su respuesta.

—Necesito que te pongas en contacto con él, ya sabes, para que te pase material.

Alcé una ceja.

—Todo el mundo sabe quién suministra al Diamante Rojo —añadió Ryan con tono hosco.

—Pero eso no quiere decir que se haya cansado de mí y quiera cambiar de bando.

—Eso es ponerte en peligro innecesariamente, Mica.

El duro tono de Ryan hizo que Tiziano resoplara como un toro. No le gustaba la idea y eso no hacía falta que lo jurase.

—Pareces su padre —añadió con chulería.

El rugido de Ryan no tardó demasiado en llegar y, segundos después, salía de la barra en dirección a Tiziano. El aludido alzó su mentón desafiante, para, seguidamente, mostrar su perfecta dentadura blanca.

—No te pongas celoso, te dejaré venir.

Ryan gruñó emitiendo un sonido que resonó en toda la sala, mientras que el otro reía por su gesto.

—No puedes hacer nada sin pedir un favor a cambio.

—¡Mentira! —Elevó sus manos al cielo de manera dramática—. Pero es cierto que eres mi mejor baza. —Volvió a sonreír.

Nos contó pasó a pasó lo que necesitaba y, realmente, no era tan complicado de llevar a cabo, a fin de cuentas, solo tenía que engatusar a un narcotraficante y del resto ya se encargaría Tiziano cuando estuviera comiendo de mi mano.

—Pasado mañana saldremos —anunció.

Asentí, quedando de acuerdo con él en vernos a primera hora de la mañana, para tomar un vuelo que nos llevaría a Sicilia, y me disculpé para marcharme. Tenía que tratar varios asuntos antes de que llegara la noche, pues Angelo vendría de Colombia, a la reunión que teníamos pendiente. Cerca ya de la puerta trasera, escuché de nuevo el timbre y me giré mirando a ambos.

—Yo no espero a nadie —aseguró el italiano.

Arrugué el entrecejo y me encaminé hasta la puerta con Ryan a mi espalda. La abrí con cuidado, comprobando que no había nadie en el exterior excepto un paquete de color marrón en el suelo, con forma de caja. Ryan se adelantó para cogerlo, temiendo que fuese algo peligroso, pero su rictus se tensó al darse cuenta de que pesaba bastante.

—¿Te han dejado un regalo? —me preguntó Tiziano.

Retrocedimos hacia la barra y, con sumo cuidado, quité el papel de lo que

parecía una caja de mediana estatura. Saqué la tapa y, tras eso, había un envoltorio en una especie de bolsa de basura. La abrí, echando mi rostro hacia atrás con mala cara y unas ganas de vomitar considerables.

—¿Pasa algo? —escuché a Ryan preguntar a mi lado.

Al no contestar, se aproximó y de reojo pude ver que abría los ojos en su máxima expansión. Tiziano hizo lo mismo, solo que este silbó de la impresión.

—Pues... no te quieren tanto, no.

—¡Oh, cállate, Tiziano! —le espetó Ryan.

Suspiré y posé mis ojos en el hombre que estaba a mi lado, mientras que el italiano seguía con una sonrisa en los labios.

—Espero que no le tuvieras mucho aprecio.

—Tiziano... —le advertí.

Detrás de esa bolsa de color negro, se encontraba la cabeza de Desi con signos de descomposición, lo cual me indicaba que hacía varios días de su muerte. Miré a Ryan de reojo y este bufó al saber que algo se nos escapaba de las manos.

—Esto no pinta bien —murmuré.

Negó con la cabeza, sacando su teléfono del bolsillo del pantalón, se alejó y tecleó sin parar. Tiziano hizo una mueca con los labios en el instante en el que Eli volvía a entrar en el club. Le lanzó una mirada amenazante al italiano, hasta que llegó a la barra donde no pudo reprimir la sorpresa.

—¿Es... es...? —Señaló con el dedo.

—Desi —terminé por ella.

Me puse un dedo en la barbilla, pensativa, dándole vueltas sin parar a quién podría haber sido. Si ella estaba detrás de todos los inconvenientes que había tenido durante los últimos años, ¿por qué la habrían asesinado?

—Tenía un vuelo a Barcelona mañana.

La voz de Ryan me sacó de mis cavilaciones. Lo observé extrañada alzando una de mis cejas.

—¿Entonces...? —Eli volvió a quedarse a medias.

—Quizá se arrepintió de lo que había hecho y venía a contarnos más cosas de las que sabemos —cuestioné.

—Puede ser, aunque intentaré hacer más llamadas para averiguar qué demonios ha pasado.

Asentí, indicándole a Ryan que podía seguir con su investigación.

—Deshazte de la caja.

Mi tono frío hizo que Eli cerrara la boca cuando fue a decir algo más. Obedeció y la agarró desapareciendo de mi vista con ella.

Salí a la calle y el aire fresco golpeó en mi rostro, calmando el pesar que llevaba a cuestas. Saqué mi teléfono y marqué el número de Jack, el mismo que siguió sin contestar.

<sup>1</sup> Madre mía: traducción del italiano al español

# 12

## Angelo Facchini



Terminé de darme una larga ducha, fui hacia mi habitación y descolgué el vestido negro con la espalda descubierta, para colocarlo sobre mi cuerpo de manera que se adaptó a mí como si fuese una segunda piel. Me calcé los zapatos y salí del dormitorio cuando al pasar vi a Riley haciendo algo con el ordenador.

—¿Trabajo? —le pregunté esperanzada de que supiera alguna cosa sobre Jack.

Negó.

—Estoy buscándole.

Soltó un resoplido sin dejar de teclear ni levantar la vista de su ordenador.

—Sigue buscando. Yo tardaré poco en terminar una reunión y saldremos en su busca.

—¿Y si no encuentro nada? —me cuestionó.

—Lo harás. —Le miré con firmeza cuando levantó la cabeza—. Por eso eres el mejor.

Abrí la puerta y bajé las escaleras con decisión, hasta que llegué a la calle donde pude divisar una cola que daba la vuelta a la esquina. Me acerqué al club, pasando por la puerta delantera. Observé de reojo que varias personas me inspeccionaban, algunos hombres con deseo en sus ojos, otros, simplemente con puro interés. Miré a Ryan, quien aniquilaba a todo aquel que durara más de un segundo contemplándome, y fijó sus ojos en mí.

—Está en el reservado uno —me informó en tono serio.

Asentí y, antes de continuar mi marcha, me detuvo agarrándome del codo.

—Mica... —me miró fijamente—, ten cuidado.

Repetí el gesto de nuevo, pero volvió a impedirme continuar. Se giró para que no le viesen y sacó una pequeña pistola de la parte delantera de su cintura.

Me quitó el bolso de mano y la metió en su interior.

—No tengo que decirte cómo debes usarla, pero si hay problemas, pulsa el interruptor y estaré allí al instante.

—No te preocupes. Solo es un hombre —le tranquilicé.

—Un hombre con mucho poder.

—A fin de cuentas —moví mis hombros con desinterés—, un hombre.

Dejé la conversación guiñándole un ojo, pero este no se quedó conforme y avanzó conmigo al interior del club. Le hizo un gesto con la cabeza a uno de los hombres que había en la entrada y se colocó junto al otro guarda de seguridad para controlar el acceso.

Encaminé mis pasos con firmeza hacia el reservado y, antes de abrir, le hice un movimiento de cabeza a Ryan para que se marchase, pero este negó. Resoplé abriendo las cortinas y me encontré a Angelo con dos de mis chicas sobando su cuerpo mientras que tres de sus hombres estaban de pie, mirándole con las manos entrelazadas en su regazo.

—Micaela Bravo —murmuró repasando mi cuerpo de pies a cabeza, con un acento que dejaba ver su origen italiano.

—Angelo. —Hice un gesto en señal de saludo.

Este se desprendió de las dos chicas de compañía con malas formas, levantándose de su asiento para estirar su traje de chaqueta en color crema, a conjunto de un chaleco morado que para mi gusto no le pegaba nada con la vestimenta, cosa que no hacía que el impresionante hombre que tenía delante de mí fuera menos atractivo de lo que ya lo era. Sus ojos marrones oscuros brillaron y pude contemplar su buen porte de primera mano. Tenía una estatura un poco más baja que la de Jack, pero la perfecta para irradiar respeto a kilómetros. Sus facciones eran duras y bien cuidadas, mientras que su cuerpo se moldeaba de manera suspicaz bajo la vestimenta que llevaba, dando a entender que era alguien que se trabajaba lo suficiente para estar en forma.

Bordeó la mesa delineándola con sus dedos, hasta que elevó una de sus grandes manos en mi dirección, la cual cogí sin titubear en el mismo instante en el que la apretaba con firmeza, para después depositar un casto beso en ella. Le contemplé altiva, sin pestañear, cuando vi que extendía su mano hacia los asientos, haciéndoles un gesto a las chicas para que desaparecieran del reservado. Estas se levantaron, agachando la cabeza según pasaban por mi lado y se marcharon de allí en menos de lo esperado. Sus hombres no se movieron del sitio y parecían más temerarios bajo las gafas de sol que los tres

llevaban tapando sus ojos.

—¿Qué le parece si tenemos esta reunión a solas? —le pregunté con una falsa sonrisa.

—¿Tu hombre también saldrá de aquí?

Asentí.

—Me imagino que tendrá las manos vacías —añadió con picardía.

Sonrió de medio lado, al mismo tiempo que se deshacía de su chaqueta, donde pude comprobar que llevaba dos armas escondidas. Se las dio a uno de sus hombres y después alzó una ceja interrogante en mi dirección. Abrí mi bolso sin dudar y le di a Ryan la pistola. Pude escuchar cómo gruñía por lo bajo, pero decidí no darle importancia a ese gesto. Angelo extendió sus manos en el aire y soltó una risotada.

—Veo que eres una mujer muy completa. Me gusta.

Sus ojos destellaron, los míos lo analizaron con intensidad. Me senté a su lado y les hizo un gesto a sus hombres para que salieran. Ryan me contempló dudoso, pero le insté con la mirada para que hiciese lo mismo y, a regañadientes, se fue.

—Bien, ¿cuál es el motivo por el que me honra una bella dama como tú? Su sonrisa me indicó muchas más cosas de las que pretendía hacer.

—Veo que va al grano, señor Facchini.

—Por favor, no me hables de usted, soy muy joven para eso.

—El respeto es algo que nunca se debe perder, Angelo —apunté con picardía.

—Al igual que la lealtad, Micaela.

Parecía una batalla de amenazas y, obviamente, lo era.

—No me gustan las medias tintas, por lo tanto, iré al grano —le aseguré y él asintió satisfecho—. Como bien sabe, Óscar era el hombre que negociaba con usted para que las chicas llegasen a este club.

—En efecto.

—No quiero intermediarios, no creo que sea necesario. Pactaremos un porcentaje, si así lo ve bien, y trabajaremos mano a mano.

—¿De cuántas chicas estamos hablando?

Se recostó sobre su asiento de manera chulesca, sin dejar de inspeccionarme de arriba abajo.

—De pocas. Unas veinte para dentro de unos meses. Le daré la fecha exacta si cerramos un buen trato.

Teníamos prevista una de las fiestas más privadas en el club en unos meses y vendría gente más que importante donde podrían fluctuar mis negocios de manera considerable. Algunas de las chicas que se encontraban trabajando en el club lo hacían de manera voluntaria, sin embargo, para lo que yo las necesitaba no era el caso, ya que había clientes que solicitaban cosas desmedidas y poco habituales, que las demás no estaban dispuestas a cumplir.

—¿Me imagino que estaré invitado a esa fiesta? —Alzó una ceja con un interés aparente.

—Imagina bien, siempre será recibido con agrado en mi club.

—Eso me gusta. —Arrastró la última vocal.

Mantuvimos nuestras miradas firmes durante lo que pareció una eternidad, intentando inspeccionar el interior de cada uno y, con seguridad, supe que me traería más de un quebradero de cabeza, pues no me miraba como un simple negocio, sino que también quería meterse entre mis piernas.

—Volviendo al tema. —Pareció intimidado por mi escrutinio, pero enseguida se recompuso—. ¿Cuál es el porcentaje que vamos a pactar?

Dio un largo sorbo a su copa, para después dejarla con fuerza sobre la mesa.

—Eso me lo tendrá que decir usted.

Movió sus labios de manera *sexy* y, a continuación, esbozó una sonrisa de superioridad que no me gustó ni un pelo. Su ronca voz no se hizo de rogar y su agresividad a la hora de hacer negocios me quedó más que clara, pero con lo que no contaba el señor Facchini era con que yo también era una gran contrincante.

—No pactaremos una cantidad previa para el acuerdo como se hacía antes con Óscar. Sé de sobra que este club —movió su dedo en el aire—, mueve más dinero de lo que aparenta, por lo tanto, te pondré otras condiciones.

Esperé paciente con mi semblante serio y sarcástico que le daba a entender que todavía no sabía con quién jugaba. Carraspeó lo suficiente, aproximando su figura a mí. No me moví del sitio hasta que quedó casi pegado a mi costado. Mantuve mis manos sobre mi rodilla, que permanecía de manera desinteresada sobre la otra pierna, y le miré.

—Un setenta será para mí, y el resto es tuyo.

Solté una pequeña risa haciendo un gran sonido en la estancia. Levantó una ceja para inspeccionarme, arrugando su entrecejo.

—¿No te parece bien? —me preguntó confundido.

Me levanté de mi asiento, evitando la cercanía que me asfixiaba. Y no porque fuese un tipo extremadamente guapo y atractivo, sino porque no me transmitía la confianza que necesitaba en aquel momento. Contempló mis gestos con una sonrisa lasciva en sus ojos y me repasó de nuevo.

—¿Un setenta por ciento? ¿Tan estúpida me cree, Angelo? —Alcé una ceja.

—Estúpida no lo sé. Hermosa lo es bastante.

Obvié su último comentario, volviendo a la conversación inicial.

—Una persona no se hace de oro quedándose con un diez por ciento —le espeté con arrogancia.

—Redúceles el porcentaje a las chicas o, directamente, no les des nada. A fin de cuentas, no vienen de manera voluntaria.

—Yo no trabajo así —bufé.

—Piensa en cambiar de condiciones. Te irá bien.

Negué con la cabeza.

—Esta es mi casa, las normas las pongo yo.

Mi tono no le gustó. Se levantó de su asiento, dio el último sorbo a su copa y se colocó delante de mí, de tal manera que ni una mosca podría pasar entre nosotros. Entreabrió sus labios de manera provocativa, pero mis ojos no se trasladaron hacia esos labios finos y llamativos en ningún momento.

—¿Y cuáles son las condiciones de la gata?

Sonreí.

—Cuarenta, sesenta.

Chascó la lengua con disconformidad.

—Eres una buena negociadora, pero conmigo no te funcionará —sentenció.

—Piénselo —añadí como si nada.

—No tengo nada más que pensar. Si cambias de idea, llámame.

La tensión se palpaba en el ambiente bajo nuestras miradas intimidatorias, hasta que dio por finalizada la reunión pasando por mi lado para, segundos después, desaparecer tras las cortinas rojas que nos separaban del resto de la sala. Ryan entró al instante alzando su mentón para que le dijese algo, a lo que yo negué con la cabeza.

—Tengo que salir un minuto, necesito saber si Riley ha encontrado el paradero de Jack.

Sujeté mi bolso con fuerza bajo la atenta mirada de Ryan.

—Tiziano te está esperando en la planta de arriba, ¿le digo que volverás

tarde?

—Sí.

Pasé por su lado y cuando salí, vi que Angelo se marchaba del club, no sin antes lanzarme una mirada demoledora con una sonrisa que no auguraba nada bueno, pero sí algo temerario.

Pocos minutos después, crucé la calle en dirección hacia mi apartamento y subí las escaleras de cuatro en cuatro, esperando encontrarme a Riley con buenas noticias.

—¿Sabemos algo? —le pregunté cerrando la puerta.

El silencio de Riley, que estaba en la misma posición en la que lo había dejado, se hizo permanente y sus ojos se desviaron hacia mi dormitorio.

—¿Está ahí? —Señalé con el dedo.

Este asintió y yo encaminé mis pasos con rapidez hacia la zona.

—Micaela, espera. —Me intentó frenar.

Lo esquivé, abriendo la puerta del dormitorio a toda velocidad. Me lo encontré cargando un par de armas como un desquiciado, mientras que, sobre la cama, reposaba la bolsa negra que siempre llevaba a cuestas, abierta de par en par, a la vez que con otra mano buscaba algo en ella.

—Jack... —murmuré.

Me miró de soslayo, y pude ver que sus ojos estaban cargados de rabia, al mismo tiempo que me percataba de sus grandes manchas de sangre en el labio, en las manos y en la ropa que llevaba. Volvió a girar su rostro, esta vez con mala cara, repasando mi cuerpo.

—¿Dónde has estado?

—Me han tenido entretenido.

Fue lo único que pronunció antes de pasar por mi lado e intentar salir de la habitación. Coloqué una de mis manos en su pecho impidiendo que se marchara con un rifle en una mano y una pistola en la otra.

—¿Adónde vas? —le pregunté alterada.

—A terminar la caza.

Me apartó de su lado, atravesando la puerta en dirección hacia la salida.

—Pero... ¡Jack! —le grité al ver que no se detenía—. ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué vas lleno de sangre? ¡Dime algo!

Me lanzó una mirada abriendo la puerta del apartamento y, antes de salir, dijo:

—Volveré.

Cerró tras de él sin dejar que pudiera decirle nada más y miré a Riley estupefacta en el pasillo. Este sonrió, sacando un teléfono móvil, enseñándomelo. Entrecerré mis ojos sin saber qué era a lo que se refería.

—Le he puesto un localizador sin que se dé cuenta. Cámbiate que nos vamos.

La seriedad de Riley me dejó helada. Siempre lo había visto con miedo y sin ningún aliciente por poner su vida en peligro, cosa que me extrañó más de la cuenta y de la que no pude evitar preguntar.

—Y ¿se puede saber qué cojones quieres que hagamos nosotros?

Se levantó recogiendo sus cosas, incluida un arma que guardó en sus pantalones.

—¿Recuerdas el tipo que entró en el apartamento?

Asentí confusa, ¿cómo no iba a hacerlo si casi me mata?

—Pertenece a los hombres de un político alemán que Jack exterminó hace un año y, después de las noticias, hay varias personas que se están tomando por su propia manga la venganza. Estoy seguro de que la causa de todos los golpes que lleva Jack en la cara, no son solo de un hombre.

—Pero... —No daba crédito a lo que me contaba.

—Si no hacemos algo, lo van a matar. Esa gente no va sola nunca.

No lo pensé, aun sabiendo que era una misión suicida, ya que nosotros no disponíamos de las habilidades de Jack ni por asomo.

—Espero que sepas protegerme o me matarán antes de abrir la boca. —  
Rio con nerviosismo.

—No te entiendo —añadí desabrochando mi vestido.

Riley abrió los ojos de par en par, girándose para no mirarme, muerto de vergüenza. Me dirigí hacia mi dormitorio, cogí unos pantalones y una camisa oscura y salí a toda prisa, poniéndome la ropa.

—¡Micaela, por Dios!

—Riley, ni que nunca hubieses visto a una mujer desnuda. Deja de hacer el tonto y coge lo que podamos usar.

Se giró intentando evitar que sus ojos coincidieran con mi cuerpo, que ya se encontraba vestido, y pude ver sus mejillas enrojecidas por el nerviosismo. Sonreí, él extendió sobre la mesa otra de las bolsas en las que había un sinfín de armas. Cogimos unas cuantas y me sorprendí al ver que sabía cómo se montaban, al igual que las cargó ante mis ojos sorprendidos.

—¿Qué te creías, nena, que solo tú eras una amazona salvaje? —Chascó

sus labios con chulería—. Eso sí, intenta que no me maten. —Pareció suplicante y me tuve que reír.

Le di un pequeño golpe en el brazo, indicándole que debíamos marcharnos. Salimos en dirección a mi coche, que se encontraba aparcado en la calle que daba a la puerta trasera del club, y no vi a Ryan en ningún sitio. A distancia, abrí el vehículo en el que Riley se colocó en el asiento del copiloto mientras que yo lo hacía en el del conductor. La puerta de atrás se abrió, para nuestra sorpresa, y mi reacción fue sacar la pistola y encañonar a la persona que se había colado sin pedir permiso.

—¡Eh, eh, eh!

Tiziano levantó las manos en señal de no haber roto un plato en su vida y puse los ojos en blanco.

—Vamos a tener que dejar de vernos, porque creo que me estás cogiendo manía —bufó.

—Tiziano, baja del coche, nos tenemos que ir con urgencia.

Arranqué y el rugido se hizo evidente en mitad de la calle.

—¿Y se puede saber adónde vais?

Nos contempló a ambos con una sonrisa demente. Miró a Riley y lo que llevaba en las manos.

—¡No me puedo creer que el friki lleve una pipa!

Riley renegó por lo bajo, yo, en mi caso, lo fulminé con la mirada para que dejara de tocar las pelotas.

—Tiziano, que te bajes, joder.

—¿Vais a robar un banco?

—Vamos a intentar que no maten a Jack —añadió Riley.

Tiziano sonrió, recostándose en el asiento trasero, sin intención de bajarse.

—Podéis ponerme al día mientras llegamos, total, llevo esperándote una hora y no aparecías.

Suspiré, saliendo marcha atrás a toda velocidad para incorporarme a la carretera por la que Riley me fue guiando. Toqueteaba su móvil sin descanso, teniendo a Jack localizado cerca del puerto de Barcelona, en la parte donde había unas naves abandonadas. Conduje de manera temeraria a altas horas de la noche, hasta que llegamos a una de las calles traseras de la nave que le indicaba el aparato.

—Está aquí —nos anunció Riley.

Apagué el motor del coche, abriendo la puerta con cuidado de no hacer

ruido por si lo estaban esperando fuera y, efectivamente, no me equivoqué. Divisé a un hombre parado tras la esquina de otra de las naves y, justo frente a él, otro armado hasta los dientes. Di dos pasos cuando Tiziano me paró.

—¿Dónde coño vas?

—Si no eliminamos a estos dos, no vamos a poder entrar.

Escuché varios disparos dentro de la nave y el corazón se me aceleró. Tiziano asintió en el mismo instante en que le eché una mirada rápida a Riley.

—Quédate en el coche, a la mínima que veas que la cosa se pone fea, vete.

—¡He venido para ayudar no para irme como un cobarde! —Se ofendió.

—Riley —intenté tranquilizarlo—, y lo harás, pero de esta manera no correrás ningún riesgo. Si viene alguien, ya sabes.

Apreté su mano que sostenía el arma temblorosa. Asentí tratando de transmitirle la fuerza que ya empezaba a faltarle, y miré a Tiziano.

—Ve a por el de la derecha, yo me encargo del otro.

Me dirigí con pasos precisos a la parte trasera de uno de los contenedores, saqué mi arma colocándole el silenciador con un rápido movimiento y me escondí esperando el momento oportuno. Miré a mi derecha, viendo que Tiziano se acercaba como un depredador al hombre que, de espaldas, no se daba cuenta de los pocos minutos que le quedaban respirando. Hice lo mismo que él, en el momento que le propinaba un golpe en la espalda y se enfrentaba a mí. El tipo a por el que iba lo vio y se giró cuando ya estaba a dos pasos de él. Me lancé sobre su cuerpo, recibiendo el primer golpe en mi costado.

Hiné mi rodilla en su estómago y con mis manos presioné su cabeza hacia abajo para conseguir darle un rodillazo en el rostro. Este cayó desubicado en el suelo y, antes de que pudiera levantarse, disparé a bocajarro en su pecho. Observé a Tiziano que giraba el cuello del otro hombre, sin necesidad de usar el arma, y asintió en dirección hacia la nave. Me acerqué a él, inspeccionando de manera minuciosa la zona donde no había nadie más esperando, hasta que algo sonó en los pantalones del tipo que teníamos a nuestros pies.

—¿Estás ahí? ¿Me oyes?

Tiziano agarró mi codo arrastrándome casi a otro de los contenedores que se aproximaban más a la nave.

—¡Sal de tu escondite, Williams!

Escuché que alguien gritaba en el interior, fue el pistoletazo de salida que necesité para entrar, pero el italiano me contempló desafiante, negando con la

cabeza.

—No podemos entrar por esa puerta, nos coserán a tiros.

—¿Y cuál es tu solución? ¡Lo van a matar! —me desesperé.

Puso los ojos en blanco, tirando de mí hacia uno de los ventanales que estaban rotos por algunas partes. Dio un golpe en seco haciendo ruido y me urgió para que entrase. Él lo hizo detrás de mí, comprobando que la nave se encontraba a oscuras, iluminada por las escasas farolas de la calle. Tiziano disparó dos veces cuando un hombre comenzó a acercarse a nosotros con urgencia, y este cayó a plomo.

—Uno menos. Vamos.

Nos subimos encima de unas cajas, viendo el interior de la nave y, a lo lejos, pude divisar a Jack peleándose con dos hombres que lo atacaban a la vez. El italiano volvió a levantar su revólver, apuntando sin que le temblara el pulso, y terminó con uno de ellos.

—¡Le podías haber disparado a él! —me quejé.

—Tengo buena puntería, *bella*<sup>2</sup>.

Suspiré, moviéndome sobre las cajas que cada vez estaban más cerca de la planta superior. Tiziano me instó para que continuara por la zona de arriba mientras él se encargaba de que no dispararan a Jack por la espalda. Lo hice con rapidez, colándome entre las barras de metal de la barandilla, hasta que llegué a un pequeño almacén con la puerta rota por la mitad, donde dos hombres más se encontraban escondidos. Saqué mi pistola, disparé a uno de ellos y el otro me golpeó en el cuello ocasionando que cayera al suelo.

Conseguí levantarme veloz y di gracias a que, por lo menos, ese no era tan corpulento y grande como el otro. Un grito de rabia salió de la garganta de mi contrincante cuando se abalanzó sobre mí. Golpeé con saña su hombro para tratar de quitármelo de encima y, finalmente, un codazo en las costillas lo hizo posible. Me posicioné a horcajadas sobre él, golpeándole con fuerza, hasta que sujetó mi cuello asfixiándome. Tiré de la pata de la mesa que tenía a mi izquierda y de esta cayó un pisapapeles que cogí entre mis dedos para golpearle. Le di uno tras otro, hasta ver que de su cabeza salía una gran cantidad de sangre y que el tipo caía con lentitud hacia atrás. Me levanté y terminé de rematarlo, para asomarme por la ventana donde Jack disparaba sin piedad a tres de los hombres que intentaban, sin éxito, capturarlo, ya que tenía como escudo a otro de ellos, el cual recibía el impacto de las balas de sus

propios compañeros.

El corazón se me aceleró cuando sentí que alguien tiraba de mí hacia atrás; esa persona era nada más y nada menos que el cabecilla, o eso supuse cuando salimos a la plataforma de metal de la primera planta y este gritó:

—Veo que has traído compañía.

La cara de Jack se contrajo y soltó al tipo que mantenía como escudo, enfrentándose de manera directa a su enemigo.

—Suéltala y pelea como un hombre —siseó.

Escuché una carcajada muy cerca de mi oído mientras este me apuntaba con su pistola de manera amenazante.

—No sabía que el gran Jack Williams necesitaba ayuda. Pero es buena —murmuró esto último.

Los ojos de Jack se cruzaron con los míos en el momento que divisé a Tiziano peleándose con otro de los tipos que, al final, terminaron por salir a la estancia principal siendo vistos por todos.

—Vaya... —susurró el hombre que me tenía pegada a él—, veo que no viene sola.

Por la manera que tenía de sujetarme del cuello, supe que temía por su vida, y más comprobando con mis propios ojos que no había nadie en los alrededores, por lo tanto, estaba solo.

—Si bajo, ¿me matarás? —ironizó.

Los puños de Jack se apretaron en un acto enfadado y desesperado. Sabía que verme solo sería un impedimento para que su mente no estuviera fría, pero de no ser así, no tenía muy claro que hubiese sobrevivido.

Comprobé que en la planta de abajo había unas cajas de cartón apiladas y que, si me tiraba, la caída no sería tan dolorosa. Vi los ojos de Jack temblar al percibir mi idea, a la misma vez que negaba de manera casi impredecible.

Asentí levemente mientras la cotorra que tenía detrás no dejaba de decir cosas incoherentes, gracias al miedo que sentía. Coloqué mis manos en el gran brazo del tipo y presioné hacia abajo haciendo que ambos descendiéramos por la barandilla semirota, hasta que caímos en los cartones.

El impacto hizo que abriera la boca soltando una gran exclamación, y antes de darme cuenta, Tiziano tiraba de mí para sacarme de allí mientras Jack sujetaba al hombre con fuerza y le pegaba un puñetazo tras otro en el rostro. Le busqué de reojo, comprobando cómo su cabeza se abría en el suelo y las manos de Jack se bañaban de sangre. Me observó ido por completo.

—¿Estás bien? ¡Menuda idiotez! —se desesperó el italiano.

—Era la única manera —gruñí al sentir dolor en mi espalda.

—¡Te podía haber disparado, insensata!

—Oh, ¡cállate, Tiziano! —me quejé.

Resopló como un toro, pero no tenía ni punto de comparación con quien ya estaba detrás de mí, aniquilándonos con la mirada.

—Me parece que a alguien no le ha sentado bien la ayuda.

Ignoró su comentario sin despegar los ojos de mí. Me levanté con ayuda del brazo de Tiziano y pude comprobar que Jack respiraba a una velocidad desmedida al mismo tiempo que sus ojos echaban un fuego demoledor.

—¿Se puede saber qué coño haces aquí!?

—¿Ayudarte? —ironicé.

—¿Ayudarme? ¿¡Ayudarme!?! —me gritó desencajado.

—Jack, no...

No me dejó continuar cuando dio un fuerte puñetazo a la puerta de salida y se marchó sin mirar atrás, no sin antes disparar al hombre con el que había caído. Podía notar su cabreo a mil kilómetros de donde estaba. Salimos detrás de él, viendo que se aproximaba a pasos agigantados hacia el coche donde Riley se encontraba, el cual no se había percatado de su presencia. Al hacerlo, este se giró con las manos temblorosas y lo apuntó con el arma, tal y como yo le había indicado.

—Madre mía... —murmuró Tiziano al ver el panorama.

El rugido de Jack llegó hasta nosotros, que todavía no le habíamos alcanzado.

—¿¡Qué cojones hacéis aquí? —se desesperó.

De un manotazo le quitó la pistola a Riley, que temblaba más que una hoja, y pude escuchar la risa de Tiziano cerca de mí, lo que me hizo mirarle con mala cara.

—Bueno..., yo... te... Bueno... Un... yo... —balbuceó Riley.

—¿¡Tú, qué?! —le chilló a pulmón abierto.

—Te puse un localizador en la camiseta y...

Este se giró más veloz que el viento, pegando un fuerte tirón de la camiseta que llevaba, donde pudo comprobar que había una diminuta pegatina negra que no se veía a simple vista en la tela. La arrancó de cuajo, rompiendo la prenda y tirándola al suelo para pisotearla.

—Jack... —intentó explicarse Riley.

—¡¡Ni Jack ni mierdas!! ¡Escúchame bien! —Le señaló con el dedo—. Que sea la última vez que ponéis vuestras vidas en peligro por algo que no os importa.

Pegó su rostro tanto al de Riley que vi cómo empezaban a darle incluso espasmos del miedo que sentía. Carraspeé cruzando mis brazos a la altura de mi pecho en el instante en el que Tiziano se metía en el coche sin decir ni una sola palabra.

—Ya está bien, Jack. Solo lo ha hecho por tu bien, si no llegamos a venir...

—¡¡Casi te matan!! —gritó esta vez en mi dirección.

—Es un riesgo que yo he querido asumir —sentenció.

Achicó sus ojos tanto que pensé que desaparecerían. Cambió de blanco y vi que Riley se subía al coche de manera inmediata, lo mismo que escuché entre el silencio, que solo era interrumpido por la agitada respiración de Jack, cómo Tiziano le decía a Riley:

—Esta noche será mejor que te vengas a mi hotel. Prometo no tocarte.

Lo imaginé con una sonrisa sádica en sus labios y pude ver de reojo cómo Riley asentía convencido. Jack se acercó tanto a mí que sentí su pecho resonando en mi cuerpo.

—¿Te piensas que esto es un juego? —bufó—. ¿Que es lo mismo que estar en tu torre de cristal?, ¿eso crees? —Sonó sarcástico.

—Si mi torre de cristal es segura o no, no viene a cuento —le contesté desafiante en el mismo tono—. Ha sido por tu bien.

—No os necesitaba —siseó con rabia.

—Ya veo...

Mi comentario no le sentó bien y di por finalizada la conversación, abriendo la puerta del coche mientras él seguía sin apartarme la mirada de encima, sin moverse de su posición.

—Sube al coche —le ordené.

—Me voy andando —rugió.

Solté un fuerte resoplido y apreté los dientes con rabia.

—He dicho que subas al puto coche.

Fue a girarse para comenzar a andar y conseguí desesperarlo un poco más. Saqué mi pistola de la parte trasera de mi pantalón y le apunté. El sonido del arma al quitarle el seguro resonó en mitad de la calle, este se giró, como si estuviera poseído, para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Vas a dispararme? —Alzó una ceja con ironía.

—Sube al puto coche —recalqué cada palabra, sin que mi pulso temblara.

Dio dos pasos hasta que llegó justo a la parte donde estaba el cañón de la pistola y se colocó delante de él, pegando su pecho a este. Me miró con los ojos brillantes porque, aunque estuviera cabreado, se estaba divirtiendo con mi valentía.

—Dispara. —Achiqué mis ojos—. Vamos, hazlo.

Extendió sus manos, para después sonreír de manera sarcástica.

—¿Me apuntas con tu arma porque no me subo al coche?

Asentí a sabiendas de que era una idiotez de las gordas, pero era la única manera de llamarle la atención y de que no se marchase. Movié su mano un segundo, consiguiendo arrancar la pistola de la mía, para después pasar por mi lado y abrir la puerta del copiloto donde la lanzó de malas maneras.

—Valiente cabrón... —escuché que murmuraba Tiziano.

Me subí al volante y arranqué el vehículo saliendo de allí a toda velocidad.

<sup>2</sup> Bella: traducción del italiano al español

# 13

## Un ángel



Llegamos al apartamento en un silencio sepulcral, le di las llaves a Tiziano para que se marchase a su hotel y quedamos en vernos al día siguiente, ya que se suponía que por la noche nos marcharíamos a Italia. Este me miró con la duda aparente en sus ojos, mientras que Jack salía como un vendaval del coche y subía las escaleras que daban al apartamento de cuatro en cuatro.

—¿Estás segura? —me preguntó con preocupación.

—No le va a hacer nada —murmuró Riley.

Vi su gesto derrotado y no pude evitar entristecerme por él. Me apoyé en la ventanilla del coche y toqué su brazo con cariño.

—No te preocupes, Riley. Hablaré con él, ya verás que cuando entre en razón, se le pasa.

Hizo una mueca con sus cejas, dándome a entender que no lo tenía tan claro, y yo asentí reafirmandome en mis palabras. Me despedí de ellos con un gesto de la mano y divisé, antes de meterme en el interior, que el club ya había cerrado. Eran las cinco de la mañana y ya no quedaba nadie, imaginé. Hice el mismo recorrido que Jack, cerrando la puerta de la casa tras mi espalda, suspirando por lo que estaba por venir.

Dejé la pistola sobre la mesa del salón y escuché el agua correr en la parte del cuarto de baño. Me descalcé, continuando con mi paso hasta que llegué a la puerta que estaba entrecerrada.

Vi a Jack sentado en el suelo del plato de la ducha con la ropa puesta excepto los zapatos, las rodillas flexionadas y la cabeza apoyada en los azulejos. Sus ojos estaban cerrados y se apretaban visiblemente mientras que el agua caía sin miramientos sobre su rostro, llevándose los restos de sangre, dejando ver las marcas de guerra. Sus brazos descansaban a ambos lados y noté cómo la mala leche que había guardado al comportarse de esa manera

menguaba cada vez más.

Me desvestí, quedando completamente desnuda y aligeré mi paso hasta que abrí la pequeña mampara. Él no abrió los ojos.

Me senté a horcajadas encima de él, cogiendo el bajo de su camiseta para tirar de ella hacia arriba. Abrió los ojos mostrándome su enfado, pero a la misma vez su tranquilidad. Sus labios permanecían en una fina línea que no dejaba traspasar ni una sola palabra y, por mi parte, tampoco rompí la conexión que nos unía en aquel momento.

Conseguí sacarle la camiseta empapada lanzándola al otro lado de la ducha, haciendo un gran sonido al chocar en el suelo. Tragué saliva al ver que tenía varias zonas que comenzaban a ponerse moradas, sobre todo en la parte de las costillas, y repasé minuciosamente su pecho. Paseé mis manos por él, bajo su expectante mirada que no dejaba de contemplar cada gesto que hacía, y llegué hasta el cardenal más grande. La mano de Jack atrapó la mía antes de que pudiera siquiera rozarlo y me miró con fiereza. No titubeé al ver su gesto, tampoco cambié el mío. Me aproximé lo suficiente a él tomando sus labios con rabia por cómo había tratado a Riley y, en cierto modo, a mí.

Respondió a mi beso apretándome con sus grandes manos, haciendo que mi cuerpo se juntara al suyo de manera que casi nos fundimos en una sola piel. Sentí que sus dedos se clavaban en mi cintura con desespero y solté un gemido que inundó sus labios. Me separé de él lo suficiente como para poder coger una gran bocanada de aire y mis manos volaron por su duro pecho, descendiendo hasta llegar a la cinturilla de su pantalón que desabroché en un abrir y cerrar de ojos. Una de sus manos subió hasta mi cabello, el cual apretó con fuerza para devorar mis labios nuevamente. La respiración me agitó el pecho de manera considerable cuando noté que su cuerpo se movía, terminando ambos de pie. Me giró por completo quedando de cara a los azulejos, pude apreciar antes de ese acto su escultura imponente que me reseca la garganta.

Con la imagen fija en mi retina de sus pantalones semidesabrochados y su desnudez en la parte de arriba, cerré los puños clavándome las uñas a la espera de algo distinto a lo que recibí.

Sus manos estrujaron mis nalgas con ímpetu, para, seguidamente, colarse entre mis muslos y terminar acariciando con suspicacia mi zona más íntima. Sentí su dedo presionando mi clítoris, lo que me obligó a echar la cabeza hacia atrás con el deseo palpitando en mis venas. Sus expertos dedos se

introdujeron con brusquedad en mi interior, bombeando con una fuerza desmedida que me quebró. El inminente orgasmo hizo acto de presencia cuando su mano libre sujetó mi cadera, al notar que mis piernas flaqueaban. De nuevo vi la nube en la que tantas veces estaba cada vez que me amaba de aquella forma tan particular que me rompía como un pequeño puzle de papel.

Al terminar su ataque improvisado, se apartó de mí y me giré para continuar con lo que había empezado, pero mi sorpresa fue que, cuando posicioné mi mano en su entrepierna, este me frenó rotundo:

—No.

Arrugué el entrecejo, presa del desconcierto mientras me clavaba sus esmeraldas de manera intensa. Abrió la mampara de la ducha bajo mi estado de confusión y salió de allí con rapidez desapareciendo tras la puerta del cuarto de baño. Me apoyé en los azulejos con la respiración entrecortada, intentando recomponerme cuanto antes de lo que acababa de pasar, sin llegar a entender el porqué de ese gesto. Terminé de ducharme lo más rápido que pude, me puse una camiseta de estar por casa con unas bragas cómodas, y salí siguiendo su rastro, puesto que había dejado el suelo del apartamento lleno de agua.

Me lo encontré en la pequeña terraza que daba a la otra calle, en la que desde el club no podía verse, y vi que apretaba sus manos en la barandilla. Llegué hasta la ventana y me apoyé en ella. Sabía que estaba detrás de él, pero eso no hizo que se moviera ni un milímetro para mirarme. No entendía su actitud desmedida, y tampoco dejó que lo descubriese. Se giró con incomodidad, me miró por encima del hombro con mala cara y pasó por mi lado como si no estuviese allí esperando a que dijese algo.

—Jack...

Ignoró mi tono al llamarle y continuó por el pasillo en dirección al cuarto de baño de nuevo. Suspiré al ver que no conseguiría nada, reafirmandome en mi pensamiento cuando oí que echaba el pestillo de la puerta del baño. Cogí la fregona y me dispuse a eliminar los rastros de agua que habían quedado en mitad del salón, para después meterme en la cama a la espera de que apareciese en algún momento.

Tras un largo rato dando vueltas sin parar, escuché que la puerta del baño se abría y me giré de cara a la pared haciéndome la dormida. Poco después, la luz del pasillo se coló por la entrada de la habitación, apagándose cuando estuvo dentro.

Noté que la cama se movía y durante unos segundos no sentí su tacto, pero sabía que me estaba contemplando desde su posición. Creí que se daría la vuelta para quedar de espaldas a mí, sin embargo, su cuerpo se pegó al mío y escuché que inspiraba mi olor cuando su nariz se colocó en mi cabello. Pasó su brazo por mi cintura rodeándola por completo y apoyó su rostro en mi hombro, besándolo con mimo.

—Te amo...

Su leve aliento me rozó el oído e hizo que mis vellos se pusieran de punta con solo oírlo. Jamás en la vida alguien me había dicho algo parecido, ni siquiera él, que aunque nos hubiésemos mostrado nuestros sentimientos, nunca habíamos pronunciado tales palabras y, aquel gesto, hizo que mis ojos comenzaran a picarme. Me entraron ganas de darme la vuelta y besarle hasta desfallecer, de decirle a los cuatro vientos que yo le amaba de la misma forma, de intentar que su enfado menguase. Sin embargo, apreté mis ojos con más fuerza y permanecí en silencio hasta que sentí su respiración tranquila pegada a mi espalda.

Cuando los rayos de sol empezaron a colarse por la ventana de la habitación, no habían pasado ni dos horas desde que me había metido en la cama. Seguía despierta, esa vez mirando a través de las pequeñas láminas que separaban la luz de la habitación mientras Jack dormía plácidamente agarrado a mí. Aparté su brazo, con cuidado de no despertarlo, y me levanté para prepararme un buen café que me hiciera dejar de pensar en las dos palabras que habían salido de su boca. Lo contemplé desde la puerta y pude ver a un ángel, el mismo que había iluminado cada día desde que le conocí de una manera u otra. Habíamos pasado demasiadas cosas en tan poco tiempo...

Me senté en uno de los taburetes de la barra de la cocina, sosteniendo mi cabeza con ambas manos, enterrándola entre ellas. Me froté el rostro con desespero, escuchando la puerta de la habitación abrirse de nuevo. No tuve que girarme para saber que estaba detrás de mí.

—¿Por qué te has levantado? —me preguntó somnoliento.

Tragué saliva y suspiré, sin girarme, pero ya lo hizo él cuando llegó a mi lado, volvió el taburete y se colocó muy cerca de mí. Apoyó sus dos manos en la barra de forma intimidante, dejándome de esa manera entre él y la encimera.

—Porque no podía dormir.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa divertida, que no supe descifrar, y después me abrasó con sus hermosos ojos dormidos.

—Vuelve a la cama —añadí como si nada.

Asintió, sin dejar de traspasarme con la mirada, supuse que a la espera de que le dijera algo acerca de sus palabras. Sellé mis labios más que nunca, no quería romperme como una jodida muñeca de porcelana delante de él por un sentimiento que sabía que existía para ambos, pero del que nunca habíamos dicho nada más.

—Lo que has hecho ha sido una estupidez, ¿lo sabes, verdad?

Cambió de tema al ver mi mutismo.

—No ha sido una estupidez. —Me enfadé—. Solo lo hicimos por tu bien.

—Podrían haberte matado.

—¡Y a ti también!

Las tornas cambiaban y era yo la que me desesperaba, mientras que él mantenía la calma. No llegaba a saber por qué se comportaba de esa manera, si un rato antes estaba que se lo llevaban los demonios.

—Micaela, no actuaste bien. Ni tú ni los demás.

Su tono era tan normal que me alteraba por segundos. Le miré ceñuda, sin saber de qué manera responderle para que dejara de contemplarme de esa forma que tan nerviosa me ponía, cuando mi bajo vientre palpitó de forma considerable.

—Eso no te da derecho a ponerte como una fiera —le espeté de malas formas.

—No, no lo hace.

Suspiró abatido y agachó la cabeza cerrando los ojos. Lo miré sin creermelo que estaba viendo y abrí los míos un poco, esperando a que me dijese algo que me sacara de dudas. Alzó su bonito rostro apartándome la mirada para contemplar la nevera que, en ese momento, era el único punto fijo que podía tener. Viendo que no se dignaba a hablar, agarré su mentón con firmeza y lo giré en mi dirección.

—¿Qué pasa? —le pregunté con un hilo de voz.

Abrió sus labios para volver a sellarlos. Lo insté con la mirada, para que hablase, y lo que dijo no me gustó:

—No sé controlar mis emociones cuando estoy contigo, ni siquiera cuando pienso en ti, ¡joder!

Dio un pequeño golpe en la encimera, para después separar sus manos y pasarse una de ellas por la barbilla. Le miré sin articular una sola palabra.

—Podrías haber muerto de la misma caída o, ¡vete a saber si te hubiese

disparado antes de llegar al suelo! —Elevó sus brazos hacia el techo—. Pero tú ni siquiera pensaste en eso, ¿qué habría pasado después, Micaela?, ¿qué?

Se señaló, dando a entender qué habría pasado con él.

—Una menos.

Apretó sus dientes ante mi comentario que salió antes de lo previsto, gracias a mi viperina lengua que habló desde mis pensamientos.

—¿Una menos? —Achicó los ojos—. ¿Cómo te puedes quedar tan conforme con esa respuesta?

Estaba a punto de escupir fuego por la boca, podía verlo a distancia, y sabía que mi comentario le dolía.

—No ha pasado nada. ¿Por qué no eres capaz de dejarlo estar y listo? —Moví mis hombros restándole importancia.

Volvió a cerrar los ojos, esta vez con más fuerza. Posicionó sus manos en la cintura, dejándolas en jarras, y miró hacia la nada.

—No hago nada más que ponerte en un peligro constante... —musitó.

—Eso no es verdad —le aseguré con rapidez.

Sentí que mi pulso se aceleraba y lo que vi en su rostro no me gustó nada: determinación. Determinación por algo que ni yo misma sabía.

—Sí, sí que es verdad. —Me miró con enfado—. ¿Acaso no te das cuenta?

—Si estoy o no en peligro es mi problema, Jack.

—¡Y el mío también!! —me gritó.

Empecé a ver mis defensas flaquear y tragué el nudo que se formó en mi garganta cuando le escuché que decía:

—Si seguimos juntos... —suspiró—, solo conseguiré que te maten.

Sellé mis labios al quedarse quieto en el sitio, contemplándome. Mi teléfono móvil sonó, como si fuese la salida que tanto estaba esperando para evitar un tema en el que no quería ni pensar. Agarré el aparato que reposaba sobre la encimera y descolgué al ver quién era.

—Dime, Aarón.

Jack me contempló fijamente, y yo a él.

—Tenemos que vernos. En media hora en la cafetería que hay frente a la comisaría —anunció al otro lado de la línea.

—Allí estaré.

Colgué, sin apartar mis ojos dolidos por las palabras que Jack me había querido decir, las mismas que me negué a seguir escuchando y mucho menos llevar a cabo. Me levanté de mi asiento bajo su escrutadora mirada y paré a su

lado antes de continuar hacia mi dormitorio.

—Tengo que irme. Luego hablamos.

Asintió con lentitud. Encaminé mis pasos hacia el dormitorio y me apoyé en la puerta cuando cerré tomando una gran bocanada de aire que llenara mis pulmones, pero eso no fue suficiente para que la horrible presión que se había creado en mi pecho menguara.

Media hora después, tal y como habíamos quedado, estaba esperando a Aarón en la cafetería con un vaso de ron entre mis manos. Vi que salía de la comisaría con unos papeles, y su gesto chulesco se me antojó gracioso. Era tan atractivo que fue imposible que no recayeran sobre él varias miradas cuando entró en la cafetería.

—Un poco fuerte para ser las nueve de la mañana, ¿no crees?

Arrastró la silla hacia atrás, haciendo un gran ruido. Lo miré a través de mis pestañas, perdida en mis pensamientos.

—Imaginarás también que ese es mi problema —le contesté arrogante—. Dime qué quieres, no tengo toda la mañana.

Pude comprobar su sonrisa lobuna instalada en su rostro varonil poblado por una barba incipiente. Dejó la carpeta sobre la mesa y negó con la cabeza cuando la camarera se acercaba a nosotros. Yo, en mi caso, seguí mirando por la ventana a sabiendas de que sus ojos se clavaban en mí.

—Bien, necesito saber si aceptas el trato o no.

—Si no lo acepto, ¿me detendrás ahora? —ironicé sin mirarle.

—Es una probabilidad.

Sonreí con sarcasmo y giré mi rostro hacia él de manera firme.

—Claro que lo haré.

—Ya me imaginaba —añadió con chulería.

Fue a levantarse, pero se sentó de nuevo cuando le dije:

—Aun así, quiero una cosa a cambio.

—¿Otra más aparte de tu libertad?

—Otra más —sentencié.

Hizo un gesto de disconformidad con sus labios, esperando paciente a que continuara.

—¿Y bien? —me instó con la mirada.

—Dentro de unas semanas habrá una fiesta en Madrid.

—Pues que te diviertas. —Rio.

Solté un suspiro cansada de tanta tontería por su parte y continué:

—Necesito que la policía esté de mi parte y que no haya incidentes.

—¿Y qué pretendes hacer? —me preguntó con desdén.

—Sacar a Anker Megalos con los pies por delante.

Su gesto cambió, y pude ver que el tema ya no le parecía tan gracioso.

—Nadie te detendrá, estos papeles no han salido de aquí.

Movió la carpeta en el aire.

—Sí, pero, indistintamente de eso, no quiero que nadie me lo impida pase lo que pase. Además, iré con Jack. Lo necesito. —Un detalle muy importante debido a su descubrimiento.

—Ya se han encargado de borrar su rastro —ironizó—, no tienes por qué tener problemas.

—Aun así, me gustaría saber si cuento con ello o no. También necesito unas invitaciones para poder entrar en la fiesta. —Soné tajante, pero no me importó. Me cabreaba en exceso cuando se le daban tantas vueltas a un tema.

Resopló y asintió con lentitud.

—Un último favor, Micaela. No hay más. Tendrás lo que me pides y después me entregarás a Jack.

—Eres mi alfil. No esperaba menos.

Imité su gesto, cogí mi vaso y bebí el contenido de un solo trago. Saqué mi cartera, dejando sobre la mesa una cantidad más que suficiente para pagar aquel ron, y me levanté. Antes de marcharme, me coloqué al lado de Aarón, agachándome justo a la altura de su oído, desde donde tenía una vista perfecta de mis pechos.

—Espero que no duermas con esa carpeta bajo la almohada. Me imagino que tus sueños serán más que húmedos si es el caso —susurré.

Ví que tragaba saliva y, esa vez, fui yo la que sonrió con picardía mientras ordenaba a mis pies para que caminaran.

Un rato más tarde llegué al club donde le di instrucciones a Ryan, porque Eli no estaba. No se quedó conforme con lo que iba a hacer, pero ese día era uno de los que poco te importaba lo que los demás te dijeran.

Al llegar al apartamento abrí una bolsa en la que eché mi ropa de cualquier manera. Jack no estaba y la ausencia de Riley también se notaba, por lo menos podría haberme hecho sonreír, ya que llevaba un día de mierda considerable. Cerré la mochila y salí en dirección hacia el aeropuerto, donde nos estaba esperando el avión de Tiziano en una de las pistas privadas.

Al entrar en el aparcamiento del aeropuerto, comencé a caminar siguiendo

las indicaciones de Tiziano que ya se encontraba allí y mientras llegaba a la pista concentrada en mis pensamientos, noté que alguien me seguía. Miré hacia atrás esperando encontrarme a la persona en cuestión, pero no fue el caso.

En el avión, que en este caso era uno parecido a los que usaba el ejército del aire, subí por la gran rampa que estaba abierta, hasta que llegué al interior donde Tiziano terminaba de colocar unas cuantas cosas en las cajas que se agarraban a un lateral.

—Ya pensaba que no venías.

—He tenido que resolver un asunto. ¿Dónde dejo esto? —Levanté la mochila.

—Ahí mismo. —Señaló una esquina sin mirarme. Gesto que me extrañó.

—¿Pasa algo? —le pregunté alzando una ceja.

No acostumbraba a ver a Tiziano serio. Me miró, cogiendo una gran bocanada de aire que soltó seguidamente.

—Lo siento, *bella*.

Arrugué el entrecejo sin saber a qué se refería. Hasta que una presencia erizó mi piel, detrás de mí. Me giré y, efectivamente, ahí lo tenía. Sus brazos se encontraban cruzados a la altura de su pecho, dejando ver lo marcados que estaban, mientras que su rictus se encontraba tenso y serio.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté ceñuda.

—¿Y tú? —bufó con un cabreo monumental.

—No sé si tengo que contártelo o no —añadí con maldad.

—Deberías —sentenció.

Di un paso hacia él, altiva, y clavé mis ojos en los suyos.

—Creo que ya has hablado tú esta mañana por los dos.

Me giré dejándolo con la palabra en la boca, bajo la atenta mirada de Tiziano que tarareaba una canción como si con el no fuese la cosa. Recogí mi bolsa del suelo, apoyándola en un lateral del avión y noté que se pegaba a mi espalda. Colocó una de sus manos en mi cintura, la misma que aparté como si me quemara.

—Micaela...

—Ni Micaela ni hostias. —Le fulminé con mis ojos—. Déjame.

Volví a pasar por su lado, esquivándolo, y sus palabras se quedaron en el aire.

—Espera, tengo que decirte...

Mis pies se quedaron fijos en el suelo como si un bloque de hormigón se

hubiera anclado a ellos. Riley apareció a su lado, pero yo no podía despegar los ojos de aquel hombre alto, fornido, con semblante fiero, y unos ojos azules tan iguales a los míos.

Arcadiy.

Noté que mi pecho se aceleraba en el instante en el que Jack se posicionaba a mi lado mirándome de reojo. Nuestra conexión no se rompió, pero no fue capaz de sostenerme la mirada y la desvió a la persona que tenía a mi izquierda. Escuché el carraspeo del italiano.

—No es por nada, y tampoco es que no me alegre por un reencuentro tan... poco expresivo. —No fui capaz de apartar mis ojos de mi hermano, y mejor para Tiziano, ya que si no le habría reventado la boca—. Pero nos tenemos que marchar.

Un pitido comenzó a resonar en todo el avión indicando que la puerta se estaba cerrando. Tiziano pulsó otro botón informándole al piloto que podíamos marcharnos. Arcadiy se sentó junto a Riley, y yo dirigí mis pasos sin abrir la boca hasta mi asiento. Tiziano y Jack se sentaron cada uno a un lado de mí mientras mi confusión era más que evidente.

La mano de Tiziano apretó mi muslo con cariño y pude escuchar el gruñido de Jack al ver ese gesto. Ya podía reventar por dentro, estaba cabreada hasta la médula por su comentario desmedido.

# 14

## Has vuelto



*Jack Williams*

*—¡Levanta!*

*Su boca emanaba una buena cantidad de sangre y sus manos no conseguían sostenerse para impedir que su cuerpo no impactara de nuevo en el suelo. El rugido de su contrincante no se hizo de esperar.*

*—¡¡Arcadiy!! —le grité a viva voz para que reaccionara.*

*Pude ver las grandes ojeras que surcaban sus ojos, seguidas de todos los golpes que llevaba en esa misma semana. Los casquillos de las balas del resto de hombres de Anker resonaron en el patio. Estaba rodeado y lo iban a coser a balas si no reaccionaba de verdad.*

*Era el último entrenamiento que tenía antes de salir a la calle para hacer trabajos y, sin duda, el más duro y el que haría que siguiese respirando o no. Me moví con nerviosismo por el pasillo que cubría el acceso a la entrada de la mansión, bajo los expectantes ojos de Anker.*

*—Es un chico listo —aseguró sin emoción en su voz.*

*—No lo parece —bufé.*

*Siete hombres lo machacaban sin piedad. No tenía muy claro qué haría Anker si finalmente no era capaz de salvarse por sí solo de aquella masacre que pretendían organizar, pero lo que sí sabía era que no permitiría que lo hicieran.*

*Había cumplido recientemente los trece años. Edad suficiente para salir de la madriguera y comenzar con la dura realidad a la que yo llevaba enfrentándome nueve años ya.*

*El hombre que estaba machacándolo levantó la rodilla y se la estrelló en la boca. Cayó de espaldas lanzando un grito de derrota al aire.*

*—¡¡Arcadiy, joder!! —volví a gritar.*

—Jack..., no... no...

*Hecho una furia al ver que le quedaban menos de cinco minutos de vida si seguía por el mismo camino, me encaminé a su posición con la atenta mirada de Anker tras mi espalda. No dijo nada, nunca lo hacía cuando ayudaba a los demás o, mejor dicho, cuando le ayudaba a él. Y eso solo quería decir una cosa: era bueno y le quería.*

*Sujeté con fuerza el cuello de su camiseta, tirando de él hasta que lo puse en pie. Pegué mi frente a la suya notando que el primer ataque hacia mí llegaba directo, y eché mi puño hacia atrás ocasionando que cayese de espaldas.*

—¡Eh! ¡Eso no está permitido!

*Mis ojos se giraron hacia el foco de la voz y le fulminé con un simple vistazo.*

—Cállate la puta boca si no quieres que te la reviente.

*Porque entre toda aquella locura de ver quién era el mejor, también éramos enemigos. Enemigos que luchaban por su vida todos los días en los entrenamientos, en la calle, incluso cuando dormíamos. Las envidias iban de un lado a otro, y los grupos también. En mi caso el único grupo que tenía era Arcadiy, algo que no mejoró mi situación, al revés, siempre la empeoró porque sabían que juntos, éramos invencibles.*

*Coloqué mi frente sobre la suya otra vez.*

—Como te maten, después vendré yo y terminaré de rematarte. ¡Deja de hacer el gilipollas!

—No puedo más —murmuró derrotado.

—Cuando sabes que vas a morir está permitida esa frase. Antes no —sentencié, apartándome de él—. ¡Pelea!

*Me lanzó un último vistazo antes de tomar una gran bocanada de aire y llenar sus pulmones por completo. Se giró y la fiera que parecía haber estado durmiendo se desató.*

*Pude ver la sonrisa satisfecha de Anker.*

Le miré sin pestañear en el mismo descampado que le había dejado. Este me observaba entre confundido y nervioso. Algo raro en él. Por lo menos las últimas veces que lo había visto no había demostrado eso conmigo.

—¿Y bien?

Me crucé de brazos. No podía seguir perdiendo el tiempo, puesto que Tiziano me había dicho que se marchaba a Sicilia, junto a su plan dantesco en

el que Micaela estaba incluida sin saberlo. Cómo no.

—He estado investigando.

—Muy bien, ¿quieres que te aplauda? —ironicé.

Se echó la mano a la parte trasera de su pantalón y ese gesto me puso alerta. Ya tenía mi pistola encañonándole antes de que sacase un papel de detrás de su espalda. Me miró con comprensión.

—No he venido a matarte.

—No me fío de nadie —afirmé.

—¿Ni siquiera de mí? —Le molestó.

—Puedes haber vuelto con el fin de ser el chivato de Anker. Quizá ahora me tengas que demostrar tú de qué pasta estás hecho.

—Sabes que no haría algo así. —Entrecerró sus ojos en mi dirección.

—Tampoco pensaba que serías capaz de matarme, y le pusiste bastante empeño.

—Eran órdenes —se excusó.

—Las mismas que puedes tener ahora.

Alcé una ceja viendo que se quedaba sin argumentos y bajó la cabeza, derrotado.

—Está bien. Dime cómo tengo que ganarme tu confianza. —Me miró—. Quiero que me lles con ella. —Silencio—. Con mi hermana.

# 15

## Benvenuti



*Micaela Bravo*

Salimos del aeropuerto en dos vehículos, obviamente, yo iba con Tiziano a solas, a sabiendas de las miles de veces que Jack renegó por tener que irse en otro coche en el que no estuviera yo. Por supuesto, no me pronuncié en todo el camino, ni tampoco lo hice cuando llegamos mientras ellos discutían y Tiziano le aconsejaba que la mejor manera de solucionar las cosas era yéndome con él.

—¿Quieres hablar?

Fue lo primero que dijo al subirse al coche, poniéndose en marcha y encendiéndose un cigarro. Subí mis pies al asiento de manera que quedé con mis rodillas entre mis brazos y apoyé mi barbilla en ellas. Suspiré mirando a la carretera, viendo que Tiziano conducía como un verdadero experto y, de vez en cuando, me contemplaba de reojo con preocupación.

—El amor es una puta mierda —bufé.

Giré mi rostro, observando su mueca de disgusto con los labios y los ojos.

—Yo no sé qué es eso, pero para estar así, me imagino que sí tiene que ser una mierda, sí. —Se hizo un pequeño silencio, y añadió—: Pensaba que era por tu hermano.

—Eso también influye. ¿Por qué ha venido? —le pregunté confusa.

—Vayamos por partes. Yo solo sé que ha aparecido en el avión con él. Riley estaba conmigo, eso ya lo sabes. Y, ahora, cuéntame lo de Jack.

—Me da la sensación de que quiere apartarme de su vida.

—¿Y? —Alzó una ceja interrogante.

—¿Cómo que «y»? —Le miré como si tuviera tres cabezas.

—Creo que tu postura es desmedida. ¿Desde cuándo te importa tanto un hombre?

Miré por la ventanilla incómoda.

—Desde nunca —le contesté en un susurro que apenas oí.

—¿Entonces? Si piensa que está mejor sin ti, déjale que se vaya.

—No me ha importado nunca porque no había tenido motivos para ello, Tiziano.

Ignoré su comentario y escuché un gran suspiro por su parte.

—Eres una gran mujer, no te conformes. Y si no te quiere cerca...

—No es eso —le corté.

—Ilumíname, entonces —ironizó.

—Según él, si sigo a su lado solo conseguiré que me maten.

—¿Es por lo del otro día?

Hice una mueca de no saberlo, y el silencio nos envolvió de nuevo. Condujo por un sendero que daba a su mansión y antes de bajarse del coche, sujetó mi mano con fuerza.

—Micaela, yo no sé qué narices es ese sentimiento raro, pero si de verdad quieres seguir adelante, hazle entrar en razón.

Su tono fue tan serio que no podía creer que estuviera hablando con el mismo Tiziano que conocía, sin embargo, olvidé ese pequeño detalle cuando seguidamente dijo:

—Y si necesitas que alguien suplante a ese cabezón... —Se señaló y me tuve que reír.

Salí del coche con una sonrisa en los labios, la misma que se me borró de un plumazo cuando me encontré cara a cara con Jack que salía del suyo justamente al lado. Fui a marcharme, pero cogió mi brazo con fuerza y yo me solté de malas maneras. Bordeé el coche para que no pudiera alcanzarme de nuevo, y le lancé una mirada a Arcadiy que permanecía estático sin quitarme los ojos de encima.

«Cómo has crecido...».

Tragué el nudo de emociones que se formó en mi garganta, pasando por delante de Tiziano hacia el interior de la casa. Su mano se colocó en mi cintura, empujándome con suavidad y no pude evitar decirle:

—Si sigues por ese camino, te matará.

—O yo a él, vete a saber. —Hizo un movimiento con los hombros, con una sonrisa instalada en su boca.

—Eres un capullo desmedido.

—Y me encanta. —Sonrió ampliamente.

Pasamos por uno de los largos pasillos de la zona este de la casa, hasta llegar a las mismas habitaciones en las que estuvimos la vez anterior. Riley se metió en la última, al final del pasillo, el italiano abrió la puerta de la que había frente a la que yo me detenía, y por ella entró Arcadiy sin despegar los ojos de mí. Comprobé que Tiziano dudaba mirando a Jack, pero no le dio tiempo a decir ni una sola palabra cuando este último me arrastraba hacia el interior del dormitorio sin darle tiempo a nada.

Cerró de un puntapié y tiró la bolsa que llevaba en las manos con malas formas al suelo, clavándome su fiera mirada bajo el ceño fruncido que tan *sexy* le hacía. Crucé mis brazos a la altura de mi pecho, a la espera de la retahíla que estaba por venir, y lo supe cuándo comenzó a caminar de un lado a otro, desquiciado.

—Vamos a ver...

Se masajeó las sienes con ambas manos intentando calmar lo que supuse que sería el pesar y el calentamiento de cabeza que llevaría. No reparé hasta ese momento en el pobre de Riley, y tenía que preguntarle si le había caído una buena por lo del día anterior. Siguió caminando de un lado a otro como un desesperado mientras hablaba:

—Primero apareces como una suicida en una nave donde no sabes qué cojones te vas a encontrar, después te coges la maleta y te vas, eso lo segundo. Para rematar, me tengo que enterar por terceros que vienes a «ayudar» a Tiziano a Sicilia, porque sí.

Le interrumpí:

—Porque sí o porque no, no es...

—No he terminado —rugió.

Cerré la boca, poniendo mala cara.

—Y lo más gracioso no es eso, no. Lo más gracioso es que, encima —recalcó esa última palabra—, vienes para reunirte con un narco que le está robando la zona. Y yo me pregunto —ironizó—, ¿a ti se te ha ido la cabeza? —no le contesté—. ¿No pensabas ni siquiera decirme que te ibas? —Entrecerró sus ojos, paralizando su paso para mirarme con determinación.

Por mi parte, seguí con mis labios sellados bajo su escrutinio que cada vez era más intenso y más calentaba mi bajo vientre. Dio dos zancadas hasta mí y se colocó con los brazos en jarras, sin apartar sus furiosos ojos de los míos, pero no me intimidó y mucho menos le respondí.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿O es que no tienes nada que decir?

—No. No tengo nada que decir —sentencié tajante.

Asintió con convicción, se volvió sin darme ni un segundo más de margen y, antes de agarrar el pomo de la puerta, se paró para meditar unos instantes que se hicieron eternos mientras escuchaba su gran suspiro. Abrió y se marchó sin mirar atrás. Me senté en la alta cama y balanceé mis pies, pensativa.

Un rato después decidí que ya era hora de dejar de estar escondida, evitando lo inevitable, que era hablar con Arcadiy en algún momento, pero mis planes se vieron interrumpidos cuando llegué al salón y me los encontré a todos alrededor de la mesa principal, con un montón de planos y cosas varias. Enmudecieron cuando aparecí, no obstante, Tiziano, experto en soltar cualquier tontería cuando la situación se tensaba, habló:

—¡Por fin! La pieza principal que faltaba para mi rompecabezas.

Extendió su mano invitándome a colocarme a su lado, y lo hice quedando frente a Jack y mi hermano que me observaba con detenimiento a cada paso que daba. Riley se encontraba a mi derecha con su ordenador buscando información, por lo que pude adivinar.

—Bien, tengo un contacto que te facilitará una reunión con el gilipollas de Marco mañana. Tendrás que ir donde él diga, que me imagino que será en un lugar público, y ahí es donde tendrás que sacar tus armas de mujer para que confíe en ti.

—O también podemos ir a buscarle a su casa y acabar con él sin tanta tontería —añadió Jack molesto.

—No, amigo, no puedo permitirme el lujo de crear semejante escándalo o pondré en peligro la reputación que tanto tiempo me ha costado conseguir.

—Y por eso es mejor ponerla en peligro a ella, ¿no? —ironizó dando un fuerte puñetazo en la mesa.

—Sabe cuidarse sola —le aseguró con diversión.

—¡Tú qué mierda sabrás! —le espetó con malas formas.

Pude ver el aparente enfado de Jack, al igual que todos los que estábamos en la sala.

—La conozco desde hace más tiempo que tú —le chuleó.

Jack dio dos pasos hasta posicionarse frente a Tiziano, mirándolo con el semblante cargado de amenaza, cosa que hizo que sonriera con más énfasis y gesto que enfureció a Jack de manera desmedida.

—Te voy a borrar la sonrisa de un puñetazo el día menos pensado —siseó.

—Ya lo intentaste. No malgastes tus fuerzas en eso, titán —se burló.

El rugido de Jack resonó en toda la estancia mientras los demás permanecían callados.

—Quizá tenga que intentarlo con más ímpetu.

—Bueno..., tú mismo —le vaciló.

—Ya está bien —añadí con tono firme—. Para eso he venido, ¿no? — Ambos me miraron. Tiziano con diversión; Jack con un cabreo monumental—. Pues dime adónde tengo que ir y cuándo.

—Hay más formas de hacer las cosas.

Ignoré el comentario de Jack y miré directamente a Tiziano que se divertía con la escena.

—Pues...

Antes de que pudiera hablar, Jack le cortó de nuevo:

—He dicho que no.

Esta vez fui yo la que dio un paso hacia él.

—Y yo he dicho que sí.

—Me importa una mierda que digas que sí. Es un plan suicida y no vas a ir. Concreta la cita y yo te lo traeré. —Sonó tajante.

—Tú eres un hombre, por no hablar de la reputación que tienes y de que te reconocerá —añadió Tiziano.

—Pues iré Arcadiy.

—He dicho que no —bufé.

—No hay más que hablar.

Dio por finalizada la conversación y salió del salón como alma que llevaba el diablo, Riley se levantó de su asiento para ir tras él. Cuando comprobé que había desaparecido, miré al italiano.

—¿Y bien? —inquirí.

—¿Es un poco cabezota o me lo parece a mí? —Alzó una ceja con gracia.

—Dos opciones tiene. Continuemos.

Concluimos la manera de convencer a Marco durante gran parte de la tarde y cuando estábamos terminando, por primera vez desde que llegué, escuché la voz de mi hermano.

—Es un plan muy arriesgado. Si descubre que le está mintiendo, la matará.

Le miré de reojo sin atreverme a fijar la vista en él, ya que seguía inmerso en mí.

—Iré preparada.

—Jack tiene razón. Además, pienso que no deberías de ir sola.

—Con él no puede ir —añadió Tiziano refiriéndose a Jack—. En cuanto Marco la mire le matará él mismo.

—Iré yo con ella.

La dureza de su voz me hizo fijarme en él, y comprobé que sus ojos recaían sobre mí. Tiziano barajó las opciones y, finalmente, asintió convencido. Recogió los planos que había sobre la mesa, en el instante en el que una chica del servicio entraba por la puerta del salón anunciando a su jefe que la cena estaba lista. El italiano asintió dándole permiso para que la sirvieran y esperamos pacientes quitando todas las cosas. Riley apareció un buen rato más tarde y le miré interrogante, a lo que él negó con la cabeza.

—Está fuera —anunció.

Suspiré.

—Es mejor dejarle solo hasta que se le pase el enfado —terminó murmurando.

Me acerqué a él cuando Arcadiy se marchó con Tiziano a su despacho para dejar todo lo que teníamos en el salón, y toqué su brazo con cariño.

—¿Te ha dicho algo de lo de ayer?

—Bueno..., me renegó un poco con enfado, pero después se le pasó gracias a ti.

Sonreí de medio lado, sin poder evitar preguntarle:

—¿Y eso qué quiere decir?

—Te ibas a marchar sin decirle nada, a algo que no deberías. —Movié su rostro en señal de evidencia.

—Bueno, habíamos medio discutido. No ha sido para tanto la cosa.

—Pues él no piensa lo mismo.

Resoplé, al escuchar su comentario, y me giré cuando las dos personas que acababan de irse entraban en el salón.

—Micaela... —Paralicé mi paso hacia la mesa volviendo a oírle—. No es un mal tipo, pero a veces es... demasiado protector. Por lo menos con lo que le importa de verdad.

Hice una mueca con los labios, y deseé tener un Riley en mi vida. Era tan adorable que me parecía imposible seguir mi día a día sin que él existiese. Siempre tan risueño, tan miedoso, tan inteligente, capaz de sacarte una sonrisa en el peor de los momentos, sencillamente, era él. Me acerqué con delicadeza y deposité un beso en su mejilla que lo enrojeció al instante.

—Eres un amigo de verdad, o por lo menos un amigo que le quiere.

Sonreí al ver sus coloretos y tiré de uno de sus mofletes con cariño, en el mismo momento en el que Jack entraba, aniquilándome con la mirada. Suspiré al ver su gesto, pero decidí no darle importancia.

Durante toda la cena Tiziano no dejó de decir cosas sin sentido mientras Riley y Arcadiy le seguían la corriente. Pude ver que mi hermano era una persona que también ansiaba los instantes de diversión, y al que no le temblaba el pulso a la hora de contestar con cualquier burrada más grande. Jack, por su parte, ni abrió la boca en toda la velada, tampoco probó bocado de su plato, al igual que yo, que lo único que sabía hacer era darle vueltas a la comida. Suspiré un par de veces, hasta que no soporté más la tensión que había entre los dos, y eso que estábamos cada uno en una punta de la mesa.

—Si me disculpáis, voy a acostarme. Estoy cansada.

Todos los ojos se clavaron en mí, excepto los de Jack que seguían fijos en el plato: no levantó la cabeza. Me encaminé hacia la salida y llegué a mi dormitorio a toda prisa. Cerré la puerta tras de mí comprobando que el equipaje de Jack había desaparecido de su sitio, por lo que imaginé que dormiría en otra habitación.

—Maldito cabezón... —murmuré para mí misma llena de rabia.

Abrí mi maleta sacando un pijama de manga larga, estábamos en pleno invierno y el frío en Sicilia ya era considerable. Me cambié lo más rápido que pude porque, aunque había calefacción en todas las habitaciones, era una persona friolera y no lo aguantaba.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos cuando terminaba de colocarme la camiseta. Me dirigí hacia ella y abrí esperando encontrarme con el cabezón que comenzaba a sacarme de mis casillas, pero me equivoqué. El que estaba en el umbral de la puerta era mi hermano.

—¿Podemos hablar? —me preguntó con seriedad.

Abrí un poco más invitándole a pasar sin llegar a contestarle. Este cruzó con las manos metidas en los bolsillos de su ajustado pantalón, que marcaba cada músculo haciéndolo perfecto. Era un hombre digno de admirar.

Cerré y me apoyé en la pared a la espera de que comenzara a hablar. Por primera vez en mi vida no sabía barajar la situación, qué decir o, simplemente, qué hacer.

—No sé cómo debería empezar esta conversación.

Se pasó las manos por la cara con desesperación alejándose unos pasos para mantener la distancia y poder pensar con claridad, o eso imaginé. Le dejé

su espacio, sentándome en el filo de la cama a la espera de una conversación que no llegaba.

—Se supone... —Negó con la cabeza—. Esto es una puta locura.

—Suéltalo sin más, Arcadiy.

Cuando pronuncié su nombre una presión se instaló en mi pecho sin dejarme respirar. Se acercó a mí para sentarse justamente a mi lado, lo que provocó que un nerviosismo extraño me recorriera de pies a cabeza. Lo notó y carraspeó inundando la estancia, moviéndose incómodo.

—Se supone que he vivido engañado desde bien pequeño, y... —Volvió a negar—. ¿Por qué nunca me buscaste?

Sonó más a reproche que a otra cosa. Alcé mi rostro posicionando mis ojos en los suyos que brillaban más de la cuenta, y un pinchazo me atravesó el pecho cuando vi que sacó de la parte trasera de su pantalón el jodido peluche que me había perseguido durante media vida. Tragué el nudo de emociones con las que luchaba a cada segundo, contemplándolo.

—Pensé que habías muerto.

—Pero no lo sabías —añadió con enfado.

—Era más que evidente —me defendí sin apartar los ojos de él.

—Tan evidente no era, pues me tienes delante de ti.

Solté un fuerte suspiro volviendo mi mirada hacia la puerta. No podía soportarlo.

—No puedes llegar después de tanto tiempo y echarme las cosas en cara —le espeté con enfado—. ¿Sabes cuántos años me he pasado buscando la venganza de nuestros padres? ¿La tuya? —Moví mi rostro y le miré con un odio que no sentía—. ¿Te haces a la idea de lo que ha sido mi vida? —Me señalé.

No contestó. Me levanté de mi asiento colocándome frente a él y achiqué mis ojos.

—No puedes venir pidiendo explicaciones que ni tú mismo quisiste creer hace unos días y, encima, intentar echarme en cara que no te buscase porque no sabes una puta mierda —escupí con desdén—. He rebuscado hasta debajo de la más pesada piedra para llegar al hombre al que tú —le di un pequeño golpe con el dedo en su duro pecho— llamas padre, el mismo que me usó como a un puñetero trapo a su antojo cuando acabó con las personas que más me importaban. ¿Tienes idea de eso? —Negué—. No, no la tienes.

—No quiero convertir esto en una disputa, Micaela.

—¡Entonces no digas cosas absurdas! —Elevé mis brazos.

Se levantó para colocarse frente a mí dejando entre nosotros una distancia muy reducida. Alcé mi rostro lo suficiente para encontrarme con sus ojos que me contemplaban confusos, al igual que imaginé que lo estaban los míos.

—Solo intento entender todo esto —murmuró.

Suspiré pasándome una mano por la mejilla cuando noté que una lágrima había escapado de mis ojos sin permiso. Él la atrapó antes de que pudiera limpiarla y ese contacto me partió el alma. Nos contemplamos durante un buen rato y pude ver en sus ojos la tristeza que sentía sin decirlo. Sin darme cuenta, me encontré abrazándome a él como si fuese mi salvavidas en medio de un océano, y sus brazos me rodearon ejerciendo una presión que me dejó sin respiración.

—Si quieres..., cuando estés preparada podemos hablar de todo con calma. Todavía no sé cómo actuar, ni mucho menos cómo controlar los sentimientos que tengo ahora mismo, pero lo que menos quiero es hacerte más daño del que ya has sufrido.

Por sus palabras pude adivinar que sabía más de la cuenta e imaginé que Jack le habría puesto al tanto de muchas más cosas de las que pensaba. Elevé mis ojos hasta que encontré los suyos y asentí. Me solté de su abrazo a regañadientes, dirigiéndome hacia la vitrina que Tiziano tenía en esa habitación y saqué la primera botella de alcohol que encontré, sin coger ni siquiera dos vasos.

Me senté en el suelo como solíamos hacer cuando éramos pequeños y crucé mis piernas, dejando la botella a mi derecha. Él hizo lo mismo observándome con admiración. Di un largo trago a la bebida, tomando una gran bocanada de aire.

—Empecemos.

Durante un largo tiempo, ambos nos contamos los años perdidos de nuestras vidas, hasta que una pregunta cruzó por mi mente.

—Si pensabas que eras el hijo de Anker, ¿no sabías quién era Adara?

—Claro que lo sabía.

—¿Entonces? ¿No la trataste como a una hermana?

Negó con la cabeza.

—Ella nunca estaba en la fortaleza, al revés. Anker aseguró que había sido un desliz y que no tenía la mayor importancia. Por lo tanto, todos la ignoramos. Además, ella nunca se encontraba allí, lo poco que supe es que estaba en

internados cada dos por tres.

—¿Os trata a todos por igual?

—No. Él nunca muestra afecto por nadie, pero se le nota a quién le tiene más aprecio y a quién no. En este caso, Jack y yo siempre fuimos su ojito derecho.

—¿Tú fuiste el que me destrozó el apartamento y el local? —le cuestioné.

—Yo solo estuve en tu apartamento.

Otra duda se creó dentro de mí. ¿Y quién me había reventado el local dejando su peluche?

—¿Y por qué dejaste únicamente «con vida» —ironicé— el cuadro en el que salías tú?

—No lo sé, Micaela. Sentí algo extraño, pero no reconocí el peluche por aquel entonces. No sabría darte una explicación coherente. Quizá la parte dormida de mí sí supiese quién eras.

Asentí pensativa durante un buen rato, hasta que él mismo sacó otro tema de conversación.

—Háblame de nuestros padres.

Sonreí con nostalgia y me cercioré de que jamás en la vida volviese a olvidar sus orígenes. Por lo menos, los que tuvo desde que nació hasta que le borraron la memoria.

# 16

## Los celos me matan



*Jack Williams*

Tiré la enésima piedra sobre el jardín decorado que tenía el italiano mientras estiraba mis piernas engarrotadas. Los rayos comenzaban a alumbrar el cielo sobre mi cabeza y suspiré antes de levantarme de los escalones de la entrada principal.

No había dormido nada en toda la noche y, en realidad, me encontraba hecho una porquería, pero el cabreo y mis pensamientos me impidieron conciliar el sueño, y mucho menos ir a la habitación donde la mujer por la que bebía los vientos estaba, ya que hubiera sido capaz de hacer cualquier idiotez o, mucho peor, comportarme como un auténtico salvaje en un intento por apaciguar lo que mi cabeza pensaba.

Sabía que seguir con ella solo le repercutiría de mala manera, y eso no lo deseaba por nada del mundo, pero, por otra parte, me veía incapaz de decirle adiós y no regresar nunca más a su lado. Oí que alguien abría la puerta de la calle y un Tiziano sin camiseta se estiró bajo mi atenta mirada, abriendo los brazos en forma de cruz exagerada.

—¿No te has muerto de frío? —me cuestionó.

Negué con la cabeza sin apartarle la mirada.

—Qué raro. —Hizo una mueca con los labios y su humor habitual.

Dio dos pasos y llegó hasta mi altura donde se tiró al suelo. Colocó sus manos por encima de sus rodillas y chascó la lengua para después posar su mirada sobre mí.

—¿Qué? —me preguntó alzando una ceja.

—¿Qué quieres, Tiziano? —inquirí con pesadez.

—¿Yo? —Se apuntó con el dedo—. Nada, solo vengo a sentarme en estas cómodas escaleras.

Volvió a gesticular cuando se clavó el escalón en la espalda al intentar recostarse un poco.

—No es una cama de las mejores, pero puede valer. —Le miré negando con la cabeza—. En sitios peores he dormido.

—Me imagino... —murmuré con desgana.

—¿Por qué eres tan rancio?

Volví mis ojos hacia él, arqueando una ceja.

—¿Rancio? —repetí.

—Sí. ¿Tú me has visto a mí? —Asentí con ironía—. Siempre estoy feliz. Tú, cada vez que te veo, estás cabreado. Y no me digas que mi presencia te molesta, porque soy un amor.

Él se lo guisaba y él se lo comía. Muy al estilo Tiziano.

—Si esperas que te cuente mi vida, no lo vas a conseguir.

—No lo pretendo. —Alzó sus manos negando con ellas—. Pero sí espero que sepas valorar lo que tienes.

—Ya lo hago.

Sabía que se refería a Micaela y no pude evitar que una punzada de celos me atravesase.

—Lo que no entiendo es por qué motivo te importa tanto —continué.

—Porque le tengo un aprecio especial.

—El mismo que espero que solo se quede en eso.

—No lo dudes. A mí no tienes que amenazarme.

Solté una pequeña risa sarcástica en el momento en el que su teléfono comenzaba a sonar. Este descolgó sin moverse de su posición y habló sin tapujos.

—Sí, dime. —Hizo una pausa, mirando el reloj de oro que llevaba en su muñeca derecha—. Está bien, ciérrala. Nos vemos en cuatro horas.

Colgó, dirigió sus ojos hacia a mí y habló:

—La reunión es dentro de cuatro horas. Ve a despertar a tu bella durmiente, que tenemos trabajo.

—Como le pase algo...

No me dejó terminar la frase.

—No le pasará nada porque su hermano no lo permitirá. Y, no obstante, nosotros estaremos fuera y podrás entrar como Superman si la cosa se pone fea.

Sonrió con diversión.

Desde luego que era un jodido demente que no le temía a nada y tampoco le importaba tener esa condición. Se levantó de su asiento tarareando y entró en la casa dirección a la cocina. Hice lo mismo que él, pero, en mi caso, me encaminé hacia la habitación donde Micaela dormía.

Abrí la puerta con cuidado para no despertarla y me la encontré sentada en el suelo, entre los brazos de Arcadiy. Levantó la cabeza para mirarme y me pidió silencio colocando un dedo en sus labios. Asentí y cerré la puerta de nuevo, apoyándome en ella cuando noté la jodida sensación que tan poco me gustaba al verla entre los brazos de otro que no fuera yo, aunque ese alguien fuese su hermano. Esperé impaciente a que saliera del dormitorio, hasta que, minutos después, lo hizo cerrando con suavidad. No pude evitar mirarle con reproche.

—¿A qué viene esa mirada? —Alzó una ceja.

—Vístete, que nos vamos.

Encaminé mis pies hasta la última habitación vacía donde había guardado mis cosas la noche anterior, y escuché los pasos de Arcadiy acercarse a mí con gran velocidad. Empujé la puerta para que se cerrase con brusquedad y este lo impidió colocando su pie en ella. Dio un fuerte empujón entrando en el interior y después la cerró arrugando su entrecejo más de la cuenta.

—Jack...

—Ya te he dicho que te cambies que nos vamos —sentenció.

—¿De verdad estás celoso porque estaba con ella? —me preguntó ofendido.

—No.

Mentí. Y me cabreeé más todavía al no poder controlar esos malditos sentimientos.

—¡No me lo puedo creer!

Me moví de un lado a otro tratando de calmar el pesar que llevaba por dentro o terminaría explotando con el primero que tuviese cerca que, en ese caso, era él. Saqué la ropa de mi bolsa tirándola de cualquier manera sobre la cama y aparté lo que iba a ponerme en breve.

—Jack, te estoy hablando.

Era muy joven, pero cabezón a más no poder, y cuando algo se le ponía entre ceja y ceja no había quien le parase, en eso, se parecía a su hermana.

—Y yo no tengo nada más que decir. Márchate.

Noté su mano agarrarme por el codo y me solté de malas maneras

aniquilándolo con la mirada. Este se enfureció al ver mi gesto, plantándome cara.

—¿De verdad me lo estás insinuando?

Solté un resoplido que sonó en toda la habitación.

—No te he insinuado nada. Te estoy diciendo que te vayas y dejes las cosas como están. No caldees más el ambiente, Arcadiy.

—¡Una mierda! —me gritó. —Me volví con furia marcando la amenaza en mi rostro—. No puedo creerme que estés pensando que ha pasado algo más entre nosotros, cuando únicamente hemos tenido una conversación, ¡una conversación necesaria! —se desquició.

—No te he dicho nada, por lo tanto, deja el puto tema ya —siseé entre dientes con seriedad.

—Pero...

Dejó la frase en el aire cuando la puerta de la habitación se abrió y una hermosa mujer apareció tras ella con cara de haber dormido muy poco. Miró a Arcadiy y después fijó sus ojos en mí.

—¿Hay algún problema? Se oyen vuestras voces desde la calle.

—Pregúntaselo al gilipollas este —añadió Arcadiy entre dientes.

Pasó por mi lado para salir de la habitación, propinándome un buen golpe en el hombro. Estaba ofendido y cabreado. Bien, mi situación no hacía más que mejorar y se me estaba yendo de las manos porque no sabía cómo calmarme. Cerró la puerta de un portazo bajo la atenta mirada de Micaela. Estaba tan preciosa con ese pijama dos tallas más grandes de la suya, por lo menos, que fue imposible que no me quedara embobado contemplándola hasta que habló:

—¿Y bien? —Alzó una ceja.

—Vístete. Nos tenemos que ir —le contesté con brusquedad.

—No era eso lo que te estaba preguntando.

Cruzó sus brazos a la altura de sus pechos, realzándolos de una forma provocativa de la que no era consciente. Sentí mi bragueta a punto de reventar y me giré para tratar de tomar el control de mí mismo. No podía perder los papeles y mucho menos con ella.

—Jack, te estoy hablando, ¡deja de ignorarme! —se enervó.

No le contesté y eso no hizo más que acrecentar su enfado. Escuché sus pasos firmes sobre la moqueta hasta que se colocó tras mi espalda tocando mi brazo para girarme. Al no hacerle caso, sujetó con más brusquedad mi piel y

tiró de ella.

—Contéstame de una puta vez.

Me giré hecho un basilisco, pegándome a ella como un desquiciado y grité hecho un energúmeno:

—¿¡Qué coño quieres que te diga!?

—¡Lo que te pasa! —Igualó mi tono, añadiendo un fuerte golpe en mi pecho.

Fue a repetir el acto cuando la abrasé con mis ojos, pero se lo impedí sujetando su muñeca con fuerza. Tiró de ella para soltarse y no lo consiguió. Su pijama se entreabrió por la parte que le cubría los pechos, dejando ver más de lo que debería.

—Intentas dejarme como si nada, ¡y ahora el ofendido eres tú! ¡El que me ignora eres tú! ¡Y encima el que tiene que estar enfadado, cómo no, también eres tú!

—Yo no he intentado dejarte —gruñí pegando mi frente a la suya.

—¡¡Sí que lo has hecho!!

Se soltó con un brusco movimiento arrugando su entrecejo tanto que pude contemplar el tamaño de un cabreo considerable. Sujetó con fuerza el borde de la tela de su pijama para taparse lo que pudo, cosa que no consiguió. Se giró en dirección a la puerta y sentí un gran vacío del que ni yo mismo me aclaraba.

Avancé con decisión hasta que llegué a su altura, agarrando su cintura de manera salvaje, dándole la vuelta por completo y la pegué de un fuerte empujón a la puerta.

—¿Adónde coño vas? —murmuré con rabia sobre sus labios.

—Lejos de ti —bramó.

Intentó despejarse por lo que apreté mis caderas contra ella haciendo que mi dura erección se clavara en su vientre. No quería cometer semejante locura sabiendo que la poca paciencia que me quedaba estaba a punto de esfumarse como el humo. Antes de pensar, me encontré con mi boca buscando la suya de manera desesperada y recé para que me pidiese que parase. Obviamente, no fue así. Cuando coloqué mis labios sobre los suyos, agarró el inferior con sus dientes tirando de él con ganas. La miré sorprendido por su gesto y esta sonrió como una gata.

—No te tengo miedo, Jack. Más me tienes que temer tú a mí.

Achiqué mis ojos tanto que creí que la perdería de mi punto de visión. Volvió a sonreír de esa manera que me desarmaba, dándome cuenta de que la

razón era lo que me faltaba. Presioné su cuerpo junto al mío y bajé con rudeza por su cuello mordiéndolo, tirando de la parte de arriba de su ropa y lanzando la prenda de malas maneras a la otra punta de la habitación.

—Creo que te has equivocado de persona —añadí con voz ruda y ronca a partes iguales.

Alcé su trasero con fuerza, hasta conseguir que cruzara sus piernas en mi cintura, a la misma vez que mi cuerpo la presionaba de tal manera que creí que la estaba aplastando. Mis besos se volvieron más desenfrenados, la llevé hasta el filo de la cama donde la lancé en ella y mis manos volaron hacia la cintura de su pijama, llevándose consigo su ropa interior. Dio una patada al aire hasta que cayeron al suelo.

Me observó igual que una auténtica fiera, para después sujetar mi trasero con sus pies, de manera que caí encima de su cuerpo. La miré con devoción paseando mis manos por su delicada figura, la misma que ansiaba cada segundo del día. Cogí su pierna derecha y descendí con mi lengua creando un reguero de besos hasta llegar a su rodilla. Subí la mano que tenía libre hacia uno de sus pezones, torturándolo con saña mientras la escuchaba gemir. Volví sobre mis pasos hasta que me quedé en su vientre y noté que sujetaba mi pelo con fuerza tirando de él hacia arriba.

Una sonrisa malévolamente asomó en mis labios cuando su sexo se restregó contra el mío, desabrochando mi pantalón con urgencia. Atrapé su boca escuchando nuestros dientes chocar con rabia en más de una ocasión, y me sorprendí de nuevo cuando sus uñas se clavaron en mi nuca ejerciendo una presión desmedida.

—Vamos, Jack, demuéstreme lo loco que estás.

Su tono felino acrecentó mis ganas por llevarla hasta el extremo, y no esperé ni un segundo más para ensartarme en su interior de una sola estocada que hizo que ambos soltáramos un jadeo ahogado. Tiré de sus piernas con brusquedad mientras levantaba una de ellas dando salvajes acometidas contra su sexo. Noté que la mente se me nublaba de tal manera que no sabía con certeza si le hacía daño siquiera y, de nuevo, volvió a dejarme asombrado con su comportamiento que no conocía. Se incorporó como pudo hacia delante sujetándose de mis brazos, consiguiendo rodear mi cuello hasta que, de un momento a otro, me encontré con ella a horcajadas moviéndose encima de mí como una amazona.

—Me temo que eso no basta... —musitó.

Pegó sus labios a los míos devorándolos con ansia. Noté que su cuerpo comenzaba a temblar cuando arqueó la espalda y volvió a pegarse a mi pecho dejando su boca a un milímetro de la mía. Su mirada ardiente me sobrecogió, dándome cuenta de que siempre conseguía derribar mis barreras con sus simples ojos.

—¿Por qué lo retienes más tiempo? —le pregunté ahogado en mi propia respiración.

Sonrió lobuna, pasó su dedo índice por mi labio inferior tirando de él hacia abajo con fuerza, siguiendo con sus ojos aquel gesto y, cuando quise darme cuenta, escuché:

—No juegues conmigo, Jack.

Me quedé paralizado con su comentario, viendo que se levantaba, agarraba su pantalón y, colocándose las simples bragas, abría la puerta de la habitación para marcharse.

—¡Micaela! —le grité enfurecido.

Pero de poco me sirvió, ya que cerró con la sonrisa de una tirana y desapareció sin más. Pensativo, miré hacia la puerta con la mínima esperanza de que apareciera otra vez, pero todo eso se fue al traste cuando escuché la voz de Tiziano llamándome desde la otra punta del pasillo.

Llegábamos tarde.

Salí viendo que no había nadie en él, y llegué a la calle con el gesto torcido y un humor de perros. Tiziano estaba apoyado en el capó de su coche, mientras que Riley se disponía a subirse en el asiento trasero.

—¡Vamos, hombre! —Alzó los brazos al cielo—. ¡Que llegamos tarde!

Le aniquilé con la mirada y busqué con mis ojos a la maldita mujer que no encontraba, hasta que al mirar a mi derecha, vi que Arcadiy estaba subiéndose a otro de los coches observando la puerta de entrada. Me giré para ver hacia dónde miraba y allí estaba ella.

Apreté los dientes sin poder evitarlo, apreciando el corto vestido que cubría su cuerpo. Descendí con mis ojos observando los altos tacones que hacían sus piernas más esbeltas de lo que ya lo eran, y grabé en mi retina cada curva de su figura que me secaba la garganta a grandes escalas. El carraspeo de Tiziano me sacó de mi embobamiento.

Ella bajó los pocos escalones que separaban la entrada de la vivienda de la puerta, pasando por mi lado a la misma vez que me miraba de reojo con una sonrisa instalada en su rostro. Noté que mis dientes rechinaban, me giré

tomando una gran bocanada de aire y me fui en dirección al asiento del copiloto cerrando la puerta de un golpe en seco que casi la arranca de cuajo. El italiano se subió con mala cara, pero al ver mi semblante decidió no hacer ningún comentario de los suyos.

Llegamos a la parte trasera de lo que parecía una cafetería normal y nos metimos en el aparcamiento por separado. Micaela se bajó del coche cubierta por Arcadiy y ambos llegaron hasta una gran furgoneta que nos esperaba aparcada unos cuantos metros más alejada de nosotros. Seguí a Tiziano, hasta que entramos y cerró las puertas tras de sí.

—Ven aquí.

Riley llamó a Arcadiy colocando una lentilla en su ojo derecho, haciendo aspavientos con la mano para comprobar que se veía perfectamente en el ordenador.

—Si te pegan un puñetazo, intenta que no sea en este ojo.

Soltó una pequeña carcajada que me recordó a los viejos tiempos cuando ambos entrenábamos juntos, retándonos a ver quién era mejor. Miré a mi izquierda encontrándome a un Tiziano nervioso mientras le explicaba paso a paso lo que tendría que ofrecerle Micaela, y ella le contemplaba con cara de «ya lo sé», sin terminar de hacerle caso, pues sabía que todo lo que le estaba diciendo no serviría para nada y terminaría haciendo lo que le diese la gana.

—¿Me estás oyendo? —le preguntó desesperado.

—Que sí —le contestó tajante—. No seas tan pesado, no vas a venir a enseñarme a cerrar un negocio a estas alturas.

—No estoy muy seguro de ello... —renegó.

—¿Quieres ir tú, listo? —Arqueó una ceja.

El italiano se pegó demasiado para mi gusto a ella y susurró muy cerca de su rostro:

—Ya me gustaría, pero tú posees algo que yo no tengo. —Alzó una ceja con ironía y Tiziano sonrió con cara de pícaro—. Unas tetas y un buen culo. ¡Andando!

Fui a dar un paso para partirle la boca y la mano de Arcadiy me frenó. Micaela reparó en ese gesto, pero no hizo amago por buscar mis ojos, al revés, los rehuyó.

—Para ya con los celos, Jack —murmuró.

Me solté de su agarre yéndome a la otra punta de la furgoneta, para intentar calmar la desazón que tenía y no conseguía hacer que desapareciera. Arcadiy

se colocó a su lado mirándola con una sonrisa sincera en el rostro. Antes de que salieran me dirigí hacia ella y la giré para que me mirara. Fijó sus ojos en los míos a la espera.

—Ten cuidado.

Fue lo único que conseguí decir como un gilipollas. Ella asintió con sus labios sellados, y salió sin más con su hermano. Cerró la puerta, momento en el que estampé mi puño con fuerza en esta, haciendo un pequeño bollo.

—Venga, primero casi te quedas con la puerta de mi coche en la mano, y ahora me abollas la furgoneta también.

El tonito de Tiziano me desquició y me giré como un energúmeno. Este levantó las manos en señal de paz tirándose a la silla que tenía frente a dos grandes ordenadores, desde donde Riley ya trabajaba para mantener todas las cámaras de la cafetería visibles, incluida la que llevaba Arcadiy en una de sus lentillas. Me coloqué detrás de ellos con los brazos cruzados, hasta que en el campo de visión apareció Marco. Me tensé de pies a cabeza y escuché a Tiziano:

—Ahí está el mamón.

Micaela se acercó a él de manera seductora, extendiendo su mano para agarrar la del hombre con firmeza. Era una mujer digna de admirar, de eso no me cabía la menor duda. Se sentó con la elegancia de una diosa en la silla que le indicó Marco, mientras que Arcadiy se quedaba justamente detrás de ella. La reunión comenzó con normalidad. Escuchamos la conversación que ambos tenían y el tono de ella me alteró al ser consciente de que era seductor no, lo siguiente.

Aprecié las babas de aquel miserable caer sobre la mesa, y apreté mis puños cuando contemplé que arrastraba su silla hacia ella para susurrarle algo al oído. Tiziano sonrió con orgullo, propinándole un pequeño golpe a Riley en el hombro al mismo tiempo que este se mantenía firme en su posición para que nada fallase. Durante toda la conversación, Micaela puso a Tiziano a la altura del betún para que el motivo por el cual dejaría de hacer negocios sonara más convincente, y el otro imbécil la creyó.

—Lo tiene en el bote, ¡lo tiene en el bote!

Casi saltó de la silla, miró hacia atrás y le fulminé con mis ojos. Este puso los suyos en blanco y volvió su mirada hacia la pantalla sonriendo.

—Los celos te matan —añadió como si nada.

No contesté, puesto que sabía que era verdad, y lo peor de todo: no era

capaz de controlarlo por más que lo intentara. La reunión finalizó después de treinta minutos interminables en los que apenas sentía mis dedos de tanto apretar los puños y, cuando esta se levantó, Marco lo hizo a su lado colocando una de sus asquerosas manos sobre su cintura. Ella le sonrió recogiendo un mechón de su largo cabello tras su oreja, y pude apreciar cómo la miraba con deseo.

Tragué saliva cuando se saltó los formalismos y acercó su rostro a sus mejillas para depositar dos besos en ellas. Micaela le correspondió y se despidió con un movimiento de mano, saliendo de la cafetería contoneando sus caderas de manera sensual. Me dirigí hacia la puerta del vehículo sin escuchar las voces que Tiziano me daba para que no lo hiciera.

—¡Eh, eh, eh! ¡Que nos pueden ver y estaremos perdidos!

Abrí la puerta de par en par, viendo que doblaba la esquina del edificio, y comencé a andar como un depredador fijo en su presa. Sus ojos conectaron con los míos y el gesto confuso de Arcadiy mientras miraba hacia atrás se acrecentó cuando agarró su cintura instándola a que caminara con rapidez. Llegué antes de lo previsto, y sujeté su muñeca con brusquedad, separándola de su hermano.

—¿Estás loco? ¡Puedes mandar a la mierda todo lo que hemos conseguido con tu estupidez! —me recriminó él.

Le miré de soslayo con superioridad y casi arrastré a Micaela hacia el interior del coche en el que ambos hermanos habían llegado. Comprobé con mis propios ojos la confusión de ella que intentaba soltarse de mi agarre.

—Suéltame, ¡que nos van a ver! —murmuró con urgencia.

La contemplé con mala cara y sentencié:

—Me importa una mierda.

## Yo también te amo



*Micaela Bravo*

Me subí al coche tratando de que nadie me viese y, en realidad, no sabía si lo había conseguido o no, puesto que Jack salió de allí quemando las ruedas. Le miré con rabia y me giré para estar de cara a él mientras conducía como un loco sin saber ni adónde iba.

—¿Se puede saber a qué cojones ha venido eso? —le pregunté furiosa.

No me contestó.

Aceleró más de la cuenta sin apartar la vista de la carretera. Pero a mí me daba igual que fuese a doscientos si le daba la gana, yo quería una explicación y la iba a tener sí o sí. Toqué su hombro hincándole el dedo y este desvió los ojos de la carretera un nanosegundo para fulminarme con la mirada, sin perder el control del coche.

—Contéstame.

Y no lo hizo.

Claro que no lo hizo.

Unos minutos más tarde me crucé de brazos mostrando mi evidente enfado, en el preciso instante en el que daba un fuerte volantazo hacia la derecha, para después tirar del freno de mano con brusquedad. Paró el motor, abrió la puerta del coche y, como un tirano, bufó:

—Baja del coche.

Lo hice sin dudarle, no por su tono, sino por las terribles ganas que tenía de matarle dada su actitud. Me bajé pegando un portazo similar al suyo, viendo que caminaba de un lado a otro desquiciado. La noche comenzaba a echarse encima de nosotros y el frío también hizo acto de presencia, aunque, en ese momento, ni siquiera pudiera notarlo. Fui a abrir la boca, pero le escuché y sellé mis labios de nuevo.

—No sé qué coño me pasa. No sé por qué reacciono de esta manera y no sé ¡por qué mierda me están comiendo los celos!

Dio una patada a la rueda que me hizo dar un respingo sin darme cuenta. «Así que todo se reduce a eso...», pensé. No me atreví a pronunciar una sola palabra mientras notaba que mis ojos lo observaban con devoción, o más bien lo miraban con tanto amor que dolía en el pecho.

—Sé que no es tu culpa, sé que el problema es mío, pero no tengo cojones de controlarlo y eso ¡me está superando! —Siguió peleándose consigo mismo a pleno pulmón.

Continuó su paso, pasándose las manos cada dos por tres por el rostro sin llegar a mirarme directamente.

—No quiero dejarte, ¡claro que no quiero! No sé ni siquiera si podría soportar tenerte lejos más de un día —gruñó, parando su paso. Pensó, y volvió a caminar como un demente—. Pero el simple hecho de pensar que pueda pasarte algo por mi culpa, por mis problemas o por mis mismos verdugos... —Dirigió sus ojos a mí—. No puedo con eso, Micaela.

Pareció derrotado y eso me quebró el alma. Se colocó a mi lado, apoyando ambas manos en el techo del coche, metiendo la cabeza entre ellas de tal manera que sus hombros se acentuaron más y sus esplendorosos músculos relucieron con picardía. Exhaló un fuerte suspiro antes de continuar:

—Si seguimos juntos, el día menos pensado...

Dejó de hablar y pude notar que su voz se rompía poco a poco. Contemplaba el suelo sin ser capaz de levantar la cabeza, y aprecié que apretaba sus labios en una mueca dolorosa, a la vez que sus ojos se mantenían fijos en la tierra sobre la que pisábamos. Agaché mi cuerpo lo suficiente para colocarme entre él y el vehículo, de manera que quedé atrapada entre sus brazos. Este levantó su rostro para mirarme y no me gustó la tristeza que vi en sus esmeraldas. Moje mis labios antes de hablar, colocando mis manos en sus mejillas para que no desviara el rostro de mí cuando me percaté de sus intenciones.

—Yo solo tengo ojos para ti —murmuré—. Eres el único que despierta un sentimiento que jamás he conocido e... —pensé antes de hablar— imagino que los celos forman parte de todo esto, y que es difícil controlarlos, pero no lo sé, y no puedes olvidar quiénes somos y el mundo en el que nos movemos. —Hice una pausa. Él, por su parte, no apartaba la mirada de mí—. Lo que sí tengo claro es que ningún hombre que no seas tú podrá ganarse esto. —Me toqué el

corazón sintiendo que me vaciaba de verdad, y decidí que aquel era el momento para contarle más de una cosa—. El otro día... —no sabía por qué me sentía una espía al confesárselo—, cuando entraste en la habitación —miré hacia abajo, pero él agarró mi mentón con fuerza a sabiendas de lo que iba a decir—, no estaba dormida.

—¿Y? —Su voz apenas se escuchó.

Alcé la barbilla con decisión, dispuesta a soltar algo que nunca había salido de mis labios.

—Yo también te amo, Jack.

Durante lo que pareció una eternidad, nos miramos sin conseguir separar nuestros ojos el uno del otro. Noté que mi pecho subía y bajaba a grandes escalas, a la vez que aprecié el destello que nacía en los suyos. Toqué con suavidad su mejilla, y cuando fui a besarle con ternura, escuché el pitido de un coche tras nosotros. Asomé la cabeza con rapidez, aunque Jack permaneció en el mismo sitio sin poder apartar la mirada de mí. Eran ellos. Tiziano sacó medio cuerpo por la ventanilla del coche y gritó:

—¡Vamos, seguidme, que no sabéis ni dónde vivo!

Esta vez los ojos de Jack se volvieron hacia él de manera interrogante, a sabiendas de que él solito había ido a su casa cuando secuestramos a Adara. A regañadientes, se apartó de mí y me metí en el coche para seguirles.

Durante todo el camino no pronunciamos ni una sola palabra. Observé la carretera por la ventanilla, pensando en el gran giro que había dado mi vida desde que le conocí, algo que estaba comenzando a hacer demasiadas veces y no sabía si era porque era lo que había estado esperando siempre, o por la sencilla razón de que había puesto mi vida patas arriba. Paramos el coche en la entrada de la mansión de Tiziano y suspiré antes de hablar:

—Jack, tengo que contarte una cosa.

Este me contempló de reojo soltando un gran suspiro. Tiziano tocó la ventanilla de mi coche al ver que no bajaba y puse los ojos en blanco. Jack ya salía y me maldecí por ello. Tenía que contarle que Agneta seguía viva, o eso suponía, y lo peor de todo, quién era su verdadero padre. Ya no podía demorarlo durante más tiempo.

—¿Qué? —le pregunté de malas maneras.

—¡Oye! ¡Que yo no te he hecho nada! —se molestó.

Bufé, viendo que Jack se dirigía al interior de la mansión a grandes zancadas. Le inquirí con la mirada para que hablase, obviando su gesto

gruñón.

—Me acaban de avisar de que la niñata está en un internado de Roma.

Asentí. Le prometí a Agneta que me la llevaría conmigo y eso pensaba hacer. Durante el tiempo que estuvimos en Cuba, seguí todos sus pasos de cerca y sabía que la señal sería cuando cambiase de internado: el momento había llegado. Todos se pensaban que era una simple distracción para coger a Anker de nuevo y tener una moneda de cambio si fuese necesario, pero, en realidad, no era ni mucho menos así. Tenía que sentarme con Tiziano para explicarle lo que realmente pasaba, ya que tendría que ser él quien se hiciera cargo de Adara, por lo menos hasta que consiguiera matar a su padre. La única persona que conocía de verdad la historia, al completo, era Ryan.

—Eso lo podéis dejar para luego —añadió Jack cuando llegó a mi lado.

Tiró de mi mano con delicadeza, apartándome del italiano que me observaba confuso por mi no reacción. Subimos los pocos escalones bajo la atenta mirada de los tres hombres que nos contemplaban y, antes de traspasar la puerta, escuché a Tiziano de nuevo.

—Imagino que no os esperamos para cenar. —No contestamos, pero me tuve que reír—. Ya os cenaréis vosotros mismos... —ironizó.

Llegamos al dormitorio a grandes pasos que apenas podía seguir. Cerró la puerta dejándome entre ella y su imponente cuerpo, para después agarrar mi rostro con ambas manos. Colocó sus labios sobre los míos con una ternura que me sobrecogió, y no pude reprimir que mi voz saliese en un susurro.

—Tenemos que hablar...

—Ahora no —murmuró en el mismo tono que el mío.

Una de sus manos se posicionó en la cremallera de mi vestido mientras mimaba mis labios con sumo cuidado. Su lengua se coló en mi boca buscando la mía con desesperación, haciendo que el beso se intensificara. Presionó mi cuerpo junto al suyo en un intento de fundirme dentro de su propia piel. Acarició mis costados con suavidad, ascendiendo hasta llegar de nuevo a mis hombros donde deslizó mi vestido hasta que cayó arremolinado a mis pies.

Poco a poco nuestra ropa fue desapareciendo, y sentí que mis piernas tocaban el filo de la cama donde, segundos después, caía de espaldas con el escultural cuerpo de Jack sobre mí. Alcé mis caderas en un intento en vano por sentirle, ya que él siguió recreándose en las miles de caricias que mi cuerpo absorbía. Sujeté su rostro con fuerza en una de las ocasiones en las que abandonó mi cuello y pegué mi boca a la suya.

—No te pega ser tan... —Pensé la palabra antes de decirla.

Un jadeo salió de mi garganta al sentir sus expertos dedos rozando mi zona más íntima.

—Tan... ¿qué? —me preguntó en un susurro ronco.

—Cuidadoso, tierno... —Le miré, y sus ojos impactaron con los míos, perdidos en aquel deseo que amenazaba con abrasarnos—. Tan romántico.

Sus labios dibujaron una media sonrisa que imité.

—¿No te gusta?

Volvió su viperina lengua hasta mi pezón derecho.

—Eso es lo peor —añadí arqueando mi espalda.

Sus ojos me contemplaron a través de sus pestañas, en el momento en el que mi garganta se secaba al ver aquel cuerpo desnudo sobre mí. Alzó una ceja esperando la respuesta y, de nuevo, abrí mi corazón de par en par.

—Que me gusta demasiado.

Noté la punta de su miembro en mi entrada poco después, introduciéndose tan despacio que incluso fue doloroso. Sus acometidas eran lentas, medidas por una velocidad que me asombró. Me deleité con sus besos, con sus manos volando por mi cuerpo y por la fusión que ambos teníamos cuando sin darme cuenta, ya caía en un abismo que no me dejaba respirar, el mismo que me oprimía el pecho cada vez que estaba cerca de mí.

Y dejé que me amase.

Que me amase de verdad hasta que él quisiera. Como si solo fuese una marioneta en las manos de un amante experto, de la persona que podría romperme cualquier día con solo una palabra.

A mitad de la noche, sentí un frío extraño y abrí los ojos con pesadez, dándome cuenta de que no estaba a mi lado como hacía unas horas. Alcé el rostro, pero pensé que podría estar en el cuarto de baño y sin querer volví a sumirme en un sueño profundo y delicioso.

Abrí los ojos de nuevo e imaginé que solo habían pasado unas horas, pero para mi sorpresa no era así. Levanté el rostro del pecho de Jack sobre el que reposaba y no supe en qué momento había llegado a ponerme en esa posición. Este giró su cara para mirarme directamente y sonrió.

—Buenas tardes.

—¿Tardes? —le pregunté extrañada.

—Son las cuatro. —Chascó la lengua.

—¿Las cuatro?! —Me alteré pegando un brinco de la cama.

Alcanzó mi brazo antes de que saliera despavorida, pero me lo impidió tirando de él hasta que caí a su lado.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Tengo que hablar con Tiziano —me aceleré—, si no vamos a por Adara ahora, no tendremos otra oportunidad.

Traté de levantarme de nuevo, pero volvió a negar, esta vez, colocándose a horcajadas encima de él. Mi pelo cayó como una cascada sobre mis pechos y sonreí al ver su rostro.

—Ya está todo preparado. Entraremos y nos la llevaremos.

—Qué fácil —ironicé.

—Conmigo todo es fácil —chuleó—. Así que tenemos un par de horas antes de marcharnos.

Sus dedos volaron por mi cintura, erizando mi piel.

—Tendremos que comer por lo menos —añadí.

Asintió pícaro, alzando una de sus cejas de manera divertida y, sin esperármelo, sujetó mi trasero con fuerza de manera que me impulsó hacia arriba y quedé con mi sexo expuesto ante su boca.

—Yo ya tengo mi desayuno.

Su aliento rozó mi parte más íntima, y tuve que reprimir el jadeo que pugnaba por salir de mi garganta, hasta que sus labios se colocaron sobre mi sexo y su lengua comenzó a trazar pequeños círculos llenos de delirio. Puse mis manos en el cabecero de la cama intentando de alguna manera que ese fuera mi apoyo para no desfallecer encima de él. Sus manos agarraron mis caderas con ímpetu, para pegarme más todavía a su boca delirante que me arrancaba un gemido tras otro sin poder evitarlo. Arqueé mi espalda cuando una de sus manos abandonó su posición colándose en mi interior, haciéndome perder la cabeza.

—Jack...

Gruñó pegado a mi sexo, sin dejar de hacer movimientos que me nublaban los sentidos. Noté que mi cuerpo empezaba a temblar y necesité con urgencia tenerle en mi interior de cualquier manera. Me separé lo que pude viendo que su gesto cambiaba y, a regañadientes, serpenteé por su cuerpo hasta que mi trasero se topó con su dura erección. Se incorporó de su asiento cuando recogía mi melena para saborearle, cosa que no me dio tiempo a llevar a cabo, ya que su mano tiró de la mía, quedando bajo su cuerpo. Elevó mis piernas alzando mi trasero para facilitarle un acceso que tomó con bestialidad,

ocasionando que un pequeño grito saliera de mi garganta.

Bombeó con brutalidad mi interior sin detenerse en sus acometidas. Vi sus hombros tensarse cuando mi cuerpo lo hizo bajo el suyo y sentí que explotaba como un volcán sin retorno. Sujeté sus manos que aprisionaban mis pechos con fuerza y me dejé llevar cayendo en picado. Su cuerpo cayó encima de mí, escuchando su respiración agitada al igual que la mía que era incapaz de poder controlar. Elevó sus ojos hasta que recayeron sobre los míos, y mis manos se desplazaron hasta su cabello enredándolas en él. Besó mis labios con lentitud, con desespero, y con un ímpetu aplastante.

—No sé qué has hecho conmigo, pero sea lo que sea, me está haciendo perder la cabeza.

Sonreí cuando sus labios se curvaron, a la misma vez que notaba su miembro crecer a gran velocidad en mi interior. En esa ocasión la salvaje sería yo, y nada ni nadie podría detenerme.

Unas horas después abrí la puerta de la habitación mientras Jack se duchaba y salí en dirección a la cocina. Mi estómago rugía como un león hambriento y necesitaba comer algo o no conseguiría recargar las energías que había gastado desde que llegamos. Tiziano estaba junto a Arcadiy mirando unos papeles, que me imaginé que serían del internado donde Adara estaba, cuando me vio, colgó el teléfono que no pude apreciar en su otra mano.

—¡Al fin! —exclamó dramático—. ¿Te he dicho que mi casa no está insonorizada?

Arqueé un poco una de mis cejas a la par que una sonrisa se instalaba en mis labios. Arcadiy rio, y Riley, que estaba sentado junto al ordenador, enrojeció de repente. Tiziano se acercó peligroso hacia mí, hasta que llegó a mi altura y me miró desde su imponente posición.

—Me van a salir callos en las manos —añadió con gracia—. Déjame participar una vez. —Me señaló con el dedo—. Solo una... —murmuró sensual.

Le di un pequeño golpe en el hombro, apartándome de él para encaminar mis pasos hacia la nevera. Este me siguió colocándose detrás de mí a la espera de una respuesta. Cogí un cartón de leche, para dejarlo en la encimera mientras reunía las cosas que me hacían falta.

—Vale, si no puedo, por lo menos podríais dejar que me sentara en una silla como espectador. —Movié sus hombros como si estuviera dando la solución del siglo.

Reí, en el momento en el que Jack entraba por la puerta.

—Me estás ignorando... —Le miré de soslayo, acentuando esa sonrisa, a la misma vez que mis ojos se iban al tremendo hombre que aparecía tras él. El italiano le miró y añadió—: ¿No se te va la cabeza cuando oyes ese «mmm»? Aunque algunas veces no es solo ese sonido, sino que te dejas los pulmones, *bella*.

Le di un sorbo a mi vaso de leche, viendo que Jack me contemplaba con verdadera devoción. Pensé que le daría un puñetazo en la boca, pero no fue así, sino que sonrió y dijo:

—Sí, pero siempre me queda el consuelo de que es gracias a mí.

La carcajada de Arcadiy no tardó mucho en llegar, el gesto de Tiziano se contrajo en una mueca de pena y el de Jack en uno triunfal al mismo tiempo que llegaba a mi altura y rodeaba mi cintura con sus brazos. Me observó con delirio, y escuché que Riley carraspeaba.

—Los cambios de personal están listos para dentro de una hora.

El bufido que Tiziano soltó no pasó desapercibido para nadie. Se dio la vuelta mirando a la persona que acababa de hablar, y elevó una de sus manos al techo haciendo círculos con dos de sus dedos. Pude apreciar la tirantez de sus pantalones mientras se dirigía por el pasillo hacia su habitación, imaginé que para cambiarse la ropa. Sonreí cuando Jack depositaba un casto beso en mis labios, el mismo que hizo que le observase con una intensidad desbordante.

—Me temo que tenemos que irnos —murmuré.

—Sí... —respondió con pesadez—, pero luego volveremos.

Una sonrisa lobuna se instaló en su rostro. Cogió mi mano encaminándose hacia el pasillo y nos cambiamos con rapidez para salir cuanto antes de allí.

Tenía que cumplir mi palabra, se lo debía y, aunque mi vida peligrara después, Adara tendría que estar bajo mi protección durante un tiempo.

## Muñeca de porcelana



Después de un rato dando vueltas por los alrededores del internado en el que Adara estaba, fuimos conscientes de que dos hombres de Anker custodiaban a la chica día y noche, justamente en la entrada. No sabíamos si había alguien más dentro y ese dato me inquietó. Teníamos que cuidar nuestros pasos si queríamos que no se percataran de nuestra presencia, o mucho peor, que ella pudiera sufrir algún daño mientras nos la llevábamos. Sabía que Anker se enteraría de lo sucedido, pero para cuando llegase aquel momento, la fiesta benéfica en Madrid ya habría llegado y solo uno de los dos quedaría vivo, por lo tanto, era algo que me traía sin cuidado.

Tiziano tenía instrucciones precisas de devolverla a Atenas si algo me ocurría, siempre y cuando Agneta estuviera viva. Otro pequeño detalle del que no conseguimos saber nada ni Ryan ni yo, ya que habían borrado cualquier rastro de ella, y aparecía muerta desde hacía muchos años, desde la fecha en la que Jack pensaba que había muerto.

Aparcamos cerca de una arboleda que tapaba el vehículo al completo, cuando la noche cayó sobre nosotros. Riley se había quedado en la casa del italiano controlándolo todo como de costumbre, mientras que yo me dirigía con los tres imponentes hombres a mi espalda hacia el interior de la finca. Observé con admiración la tenebrosa entrada de piedra que había antes de cruzar el umbral para acceder al camino de tierra que llegaba hasta el internado.

—*Mamma mia!* Si ya de por sí esto acojona, no me quiero ni imaginar lo que tiene que ser vivir aquí.

—Shhh, ¡cállate que nos van a oír, imbécil! —murmuró Jack a Tiziano.

Este último arrugó su entrecejo, agarrando su escopeta con más fuerza.

—Pero ¿por qué *merda*<sup>3</sup> me insultas?

—Porque...

—¡Ya vale! —les corté.

Jack puso los ojos en blanco, gruñendo. A hurtadillas avancé hasta esconderme detrás de un gran matorral, desde donde comencé a divisar las luces de las habitaciones apagándose. Presioné el pinganillo, que llevaba en mi oído izquierdo, y hablé:

—Riley, ¿has localizado la habitación?

—Sí, dame un segundo.

Saqué mi pistola de la parte trasera del pantalón y coloqué el silenciador rápidamente. Vi los ojos de mi hermano mirarme con asombro mientras una pequeña sonrisa iluminaba sus labios.

—Hay que tenerle más miedo a ella que a los hombres de Anker —añadió Tiziano con tono bromista, para no variar.

Le di un pequeño golpe en el pecho y este se quejó riéndose con falsedad. Busqué una entrada por la que poder acceder de manera silenciosa, sin ser vista por las monjas que custodiaban el sitio, o por los mismos hombres de Anker que se encontraban sentados en los escalones.

—Si subimos por esa ventana —señaló Jack en dirección contraria a donde estaba mirando—, quizá podamos llegar a la segunda planta sin montar mucho escándalo.

Y eso era, en parte, lo que menos podíamos permitirnos. Si nos tomábamos la libertad de ser descubiertos, ya no solo Anker se enteraría antes de la cuenta y mis planes en Madrid se irían al traste, sino que Marco sería consciente de la gran mentira que le había contado respecto a Tiziano.

Asentí poniendo un pie en la tierra para salir del escondite, y Jack pegó un tirón de mi brazo haciendo que cayera encima de él. Las matas resonaron con fuerza y me giré para mirarle mal.

—¿¡Qué haces!?! —musité moviendo las manos.

—¡Que te van a ver! —Negó con la cabeza como si hubiera perdido el juicio.

Chasqué la lengua en un gesto disconforme y volví a asomarme, comprobando que uno de los hombres venía en dirección a la salida. Me coloqué detrás de la mata de inmediato, asintiendo con urgencia, dándoles a entender que se aproximaba. Jack se colocó delante de mí, posicionando una de sus manos sobre mi abdomen de manera que quedé detrás de él. Sacó un cuchillo de la parte delantera de su pequeño cinturón y me pidió silencio

poniendo uno de sus largos dedos sobre su boca.

El tipo caminó por nuestro lado sin percatarse de nuestra presencia, ya que pasábamos desapercibidos por nuestras vestimentas de color negro. Jack le hizo un gesto con la cabeza a mi hermano para que se encargara de él mientras nos esperaba en el coche flaqueando la zona exterior. Este se movió con rapidez detrás del hombre que seguía absorto en su caminata, después de cruzar la entrada de piedra cayó a plomo al suelo de un solo golpe que Arcady le dio en la cabeza. Cogió una de sus piernas y lo arrastró por la tierra hasta salir del campo de visión del otro. Y vi el reflejo de un fogonazo cuando terminó con él.

Había llegado la hora.

—Id hacia la ventana que os he dicho y subid. Yo entraré por otro lado para asegurarnos de que nadie nos impide el paso.

Asentí.

Tiziano se encaminó hacia la esquina que acababa de decir Jack, y yo fui a hacer lo mismo, pero me lo impidió sosteniendo mi brazo. Me miró como estaba acostumbrado cada vez que la situación era peligrosa y volví a mover mi cabeza en señal afirmativa cuando supe que quería decirme que tuviese cuidado. Mis ojos volaron hacia sus labios, y no me lo pensé antes de besarlos con intensidad.

—Si alguien te pone una mano encima —me contempló con determinación—, córtale el cuello.

Sonreí pegada a sus labios y me giré encaminando mis pasos hacia el italiano que ya me esperaba en la otra parte del internado. Me quedé quieta, viendo que Jack se dirigía al otro que faltaba, y miré hacia arriba comprobando la gran altura de la ventana por la que se suponía que teníamos que meternos.

—¿Cómo vamos a llegar ahí?

La sonrisa de Tiziano iluminaba hasta el sitio más siniestro cuando era necesario.

—*Bella*, aquí tienes a tu gato. —Se señaló—. Subiré por la enredadera y cuando llegue, solo tendrás que imitarme y te cogeré entre mis brazos —esto último lo dijo con una sonrisa que prometía más de una cosa.

Sujetó la hiedra que se alzaba presuntuosa hasta el filo del tejado en los muros de aquel sitio tan tenebroso y escaló con una maestría que me dejó pasmada. Llegó a la ventana donde colocó sus pies en un pequeño muro que

había en ella. Con su codo dio un pequeño golpe, haciendo que los cristales saltaran en mil pedazos. Todavía seguía esperando las instrucciones de Riley, y viendo que no hablaba mi nerviosismo creció. Si no dábamos con ella, no tendríamos otra oportunidad igual.

Abrió antes de lo previsto y se coló dentro sin mirar atrás. Escuché un ruido en la habitación, seguido de un pequeño grito proveniente de la voz de una chica, y supe que eran las habitaciones donde dormían los internos. Miré hacia arriba, esperando las instrucciones de Tiziano que no llegaban hasta que, finalmente, asomó la cabeza indicándome que podía subir. Me agarré con fuerza a la hiedra, colocando mis pies con suspicacia en cada uno de los muros del resto de ventanas. Me imaginé que, probablemente, si alguien estaba despierto nos podría ver, pero no detuve mi paso, al contrario, repté más rápido alcanzando la mano de Tiziano.

Cuando creí que entraría, algo sujetó mi tobillo con fuerza tirando de mí hacia abajo. Un grito salió de mi garganta sin pretenderlo, y bajé mis ojos hasta encontrarme con otro que, supuse, sería uno de los hombres que custodiaban a Adara. Vi que sacaba un arma con la mano que tenía libre y maldecí a mi suerte.

—¡Pégate a la pared!

Tomé impulso cuando escuché la voz de Tiziano mientras seguía intentando soltarme de aquel agarre. El dolor de un fuerte golpe recorrió todo mi cuerpo cuando me quedé unos segundos en el muro, hasta que volví a balancearme con rapidez hacia el otro lado, sosteniendo aún la mano del italiano con fuerza. Una bala salió proyectada en mi dirección y temí por mi integridad física, pero no le dio tiempo a repetir el acto, ya que Tiziano fue más rápido y acabó con su vida de un solo disparo en la frente. Sujetó con más ímpetu mi mano, arrastrándome por la pared como una pluma, y caí encima de él en el suelo de la habitación. Me miró con una sonrisa lobuna en sus labios.

—Mira dónde has terminado al final. Estamos predestinados.

Negué con la cabeza y giré mis ojos hacia la izquierda, encontrándome con una chica asustada que intentaba protegerse con su simple manta, como si eso nos fuera a hacer desaparecer. Puse mis manos en el duro pecho del italiano y me levanté escuchando un gruñido por su parte cuando me rocé con su entrepierna, percatándome de que estaba dura como una piedra. Tuve que suspirar. Me acerqué a la chica que temblaba como una hoja y me agaché para que viera mi fiera mirada.

—¿Sabes algo sobre una interna llamada Adara Megalos?

Afirmó con miedo.

—¿En qué habitación está? —volví a preguntarle.

—En el pasillo de la tercera planta —murmuró a punto de echarse a llorar.

Asentí separándome de ella. «Mierda», teníamos que subir otra planta.

Tiziano se levantó del suelo minutos después, recolocándose la ropa y sus partes que abultaban más de la cuenta. Me hizo un gesto con los ojos en señal de que él no podía hacer nada, y le di un pequeño golpe en el hombro para que saliese conmigo. Miré una última vez a la chica de la cama y le dije:

—¿Verdad que vas a dormir de nuevo sin decir nada?

Asintió cuando las lágrimas ya comenzaban a salir de sus asustadizos ojos. Le hice un gesto con la cabeza a Tiziano indicándole que se asegurara, y este al salir cerró la puerta dejándola atrancada desde fuera por si se le ocurría alguna tontería.

Si el exterior era siniestro, el interior no era mucho mejor. Los muebles eran de madera antigua desgastada, sus paredes tenían aspecto raspado y no parecía que sus colores fueran mucho más vivos. Había más flores que en un cementerio en cada uno de los muebles del pasillo. Anduvimos a oscuras por la moqueta con la única iluminación de las luces de emergencia que apenas dejaban ver poco más de los recibidores y las flores.

—¡Riley! —murmuré con pesadez.

No contestó nadie.

—¡Riley! ¿Me oyes? —volví a preguntar.

Tiziano se giró para mirarme, negando con la cabeza.

—Hemos perdido la conexión. No funcionan. —Se fastidió.

—¿Y ahora qué?

Bufó.

—Ahora, tenemos que dar con ella. Esto no me huele bien.

Al final del enorme pasillo había una gran abertura que indicaba el camino a otro sitio. Seguimos hacia allí con rapidez hasta dar con unas enormes escaleras que llevaban a la siguiente planta, pero nuestro paso se vio interrumpido cuando la sombra de una persona apareció reflejada en la pared de la planta de arriba, en nuestra dirección. Tiziano tiró de mi brazo pegándome a su cuerpo en un pequeño hueco que había tras un enorme reloj de pie. Estábamos tan juntos que si nos movíamos una milésima, nuestros labios se rozarían. Me contempló lujurioso, yo, en mi caso, lo fulminé con mis ojos y,

aun así, no pude evitar notar de nuevo su bulto.

—Hoy te estás pasando... —murmuró.

—Tú sí que te estás pasando —renegué en el mismo tono.

—Eres una provocadora.

Abrí los ojos a la vez que mi boca por lo que había dicho. Este sonrió, haciendo un gesto con su rostro para mirar si la sombra había desaparecido, lo que hizo que sus labios se rozaran con los míos sin poder evitarlo.

—Si me dices que vas a quererme de la misma forma que a él, te juro que lo encierro en este internado —bromeó.

Alcé una ceja sugerente. Realmente estaba loco.

—Pero... —se apenó— sé que eso es imposible.

Asentí con convicción, viendo que sus labios se curvaban más. Contemplé la zona de las escaleras otra vez, y su gesto se endureció volviéndose serio e implacable.

—Vamos.

Salimos en dirección a las escaleras, subiendo pegados a la pared para no ser vistos, si se daba el caso, y llegamos al siguiente rellano. Asomé la cabeza por el pasillo, y no me costó identificar la habitación de Adara. Básicamente, porque estaba protegida por dos hombres que parecían dos armarios empotrados.

—¿Ahora qué coño hacemos?

Solo había una entrada, y era por donde estábamos nosotros. Para llegar al otro lado había que bordear todo el pasillo y salir por el otro extremo. Tiziano sujetó la escopeta con más fuerza y asintió.

—Bien, que comience la fiesta.

Me observó fijamente y le imité en el gesto en el momento que este salía a cuerpo descubierto para llamar la atención de los dos gigantones que esperaban con sus manos cruzadas en la puerta del dormitorio. Los hombres, al percatarse de la presencia de Tiziano, salieron tras él, tal y como había previsto.

—¡Eh, tú!

El italiano no se detuvo, doblando la esquina cuando estos corrían en su busca. Me lancé en dirección a la puerta al verificar que habían desaparecido, y para mi sorpresa estaba cerrada.

—¡¡Adara!! —Golpeé con insistencia, pero nadie abría—. ¡¡Adara, abre!!

Concentrada en que el pomo girase no fui consciente de que alguien estaba

a mis espaldas hasta que la puerta se abrió, haciendo que entrase como un huracán gracias al terrible golpe que me dieron desde atrás. La chica encendió la luz con premura mientras el tipo me cogía del pelo con saña, para golpear mi cabeza contra el escritorio que tenía frente a mí.

—¡¡¡Estás viva!!! —gritó, por la sorpresa.

—¡Claro que estoy viva! —gruñí, esquivando el segundo golpe.

Nos enzarzamos en una pelea. Su puño se lanzó a mi cara, me moví un paso y este se estampó contra la pared. Aproveché el momento para arremeter contra su vientre con mi rodilla, a la misma vez que mi codo se clavaba en su espalda, el tipo se dobló lo suficiente hasta que sacó el puño de la pared. Eché mi cuerpo hacia atrás cuando se tiró encima de mí, gruñendo, y nos dimos un fuerte golpe con el armario, más bien me lo dio a mí. De reojo vi que Adara temblaba sin saber qué hacer. Su tez blanquecina estaba más blanca que nunca y miraba en todas las direcciones pensando en cómo ayudarme.

—¡¡Adara, cojones!! —grité, intentando que reaccionara.

—¿Qué... qué... ha...?

La corté.

—¡Ayúdame, joder! —volví a chillar, esta vez sin conseguir quitarme al armario empotrado de encima.

Elevé mi pierna para darle una patada que surtió efecto cuando se estampó contra su entrepierna y, seguidamente, alcé mi mano cerrada en un puño y conseguí que cayera de espaldas. Me agaché para recoger la pistola, que estaba en el suelo debido al enviste que me dio cuando entramos, y le apunté cuando se levantaba. Adara se tiró temblando como una hoja sobre la espalda del tipo, forcejeamos cuando mi muñeca se dobló en mi dirección, pero antes de que llegara a apuntarme directamente, conseguí darle la vuelta de nuevo y disparé.

—¡¡Micaela!! —vociferó aterrada.

Cayó al suelo con el hombre sobre ella, y le aparté como pude para que se levantara.

—¿Estás bien?

Asintió con miedo.

—De acuerdo, no tenemos tiempo, escúchame.

Pero antes de que pudiera decirle que tenía que mentir y no contar nada sobre lo que pasó en Atenas, Tiziano entró por la puerta colocando ambas manos en el marco. Llevaba la camiseta rajada y aprecié sangre en su vientre,

atisbando que su pecho subía y bajaba a gran velocidad.

—Tenemos que irnos. Me he encontrado a dos más en mitad de la escalera —añadió.

—¿Y Jack? —le pregunté al no verle.

¿Dónde cojones estaba? El italiano negó con la cabeza en señal de no saberlo. Pulsé de nuevo mi pinganillo, pero seguía sin funcionar. Le miré temiendo no encontrarle.

—Quédate con ella, voy a buscarle.

Ya encaminaba mis pasos hacia la puerta cuando el italiano puso su mano sobre mi pecho, y Adara me cogió de la muñeca, suplicante. El gesto no pasó desapercibido para Tiziano que me contempló con desconfianza, achicando los ojos. Yo cerré los míos en señal de la primera cagada.

—Yo iré a buscarle. —Movió la cabeza hacia su derecha y miró el agarre que Adara comenzaba a soltar con lentitud—. ¿Desde cuándo tienes esa confianza con la niñata? —Señaló el agarre con la pistola.

—¡No me llames así!

Me giré para ver si realmente era ella la que le había pegado esa voz. Sus mejillas estaban enrojecidas y sus ojos echaban fuego mirando con intensidad al italiano. Él alzó una ceja sugerente, y pasó por mi lado hasta plantarse delante de ella de manera intimidatoria. Le sacaba dos cabezas casi.

—Te llamaré como me dé la real gana. —La miró con una sonrisa en los labios—. Niñata.

La mano de Adara voló en dirección a su mejilla y yo no pude hacer otra cosa que abrir los ojos y la boca de manera desmesurada. Escuché el rugido de Tiziano, y vi la mirada demoledora que le lanzó. Se aproximó lo justo y necesario como para que Adara comenzara a temblar sin control, frunciendo su entrecejo de tal manera que su gesto ya no era el de un tirano solo, sino que estaba rematadamente *sexy*.

—Como tu manita se vuelva a estampar con mi cara... —se tocó la zona con el semblante turbio, y su acento se me antojó demasiado italiano—, tu culo pillará un color más rojizo que el que tienen tus mejillas ahora mismo —siseó sensual pegado a su oído.

Juraría que Adara estaba a punto de echarse a llorar, pero mientras veía el miedo que recorría sus venas me daba cuenta de que cuando le plantaba cara su gesto se volvía más fiero y no parecía la niña asustadiza que un día conocí. Me desconcertaba y lo único que me quedaba claro era que, si solo tenía esos

cambios con él, eso significaba mucho más de lo que dejaba ver. Su gesto serio se reafirmó hasta que se separó de ella y me contempló con la duda clara en su rostro.

—¿Y bien?

Escuché voces al fondo del pasillo, en el mismo instante en el que las luces de todo el internado se encendían y una alarma sonaba.

—Te lo contaré después. —Pasé entre él y agarré a Adara de la mano—. Tienes que hacerme caso, disimula.

—¿Pero no...?

—Adara, ¡hazme caso! —espeté de malas maneras, viendo que Jack entraba desencajado por la puerta.

Solté la muñeca de ella antes de que lo viera. Se hizo paso entre Tiziano y llegó hasta mí. Agarró mi mentón con gesto fiero y me observó de arriba abajo con urgencia un par de veces, asintiendo.

—¿Estás bien?

Imité su gesto comprobando que llevaba varias manchas de sangre en la cara y en la ropa, y pude adivinar que no eran suyas, ya que no había nada que indicara lo contrario. Se fue hasta la ventana y la abrió de par en par para mirar hacia abajo. Chascó la lengua y volvió su rostro hacia nosotros.

—Nos toca saltar.

—¿¡Qué!?! —gritó Tiziano—. ¿Se te ha ido la cabeza? ¡¡Estamos en una tercera planta, por si no te has dado cuenta!!

—Hay una buena masa de matas debajo. Si nos agarramos bien, no tenemos por qué partirnos la cabeza.

—¡Menuda solución!

Este último se encaminó a la ventana, yo miré a Adara de reojo para transmitirle una tranquilidad que no sentía, y Tiziano le lanzó otra con desdén que la puso más histérica si es que podía. Jack sacó la pierna por el marco de la ventana, sujetándose a la hiedra y asintió.

—¡Vamos!

Resoplé, asomándome cuando vi que descendía con rapidez, hasta que llegó a la primera ventana gracias a la hiedra y los murillos que había debajo y, por último, saltó llegando al suelo. Movié la mano indicándonos que nos diésemos prisa y la siguiente en bajar fue Adara.

—No puedo, ¡no puedo!

Se agarró a mí con tanta fuerza que sus uñas se clavaron en mi brazo.

—Adara, ¡vamos! —murmuré esto último para que Jack no me oyera.

Sus labios se entreabrieron con histeria y escuché el resoplido de Tiziano, cuando unos pasos se aproximaban a nosotros.

—O saltas o te empujo —la amenazó.

Le miré con mala cara y este se pasó mi amenaza por el forro de los pantalones. Se agarró con firmeza a la hiedra, descendiendo. Le insté a Tiziano para que pasase él, pero negó.

—Yo iré el último.

—¡Venga, Tiziano! ¡Estás herido!

—Estoy bien.

Pero sabía que mentía, pues su rostro estaba palideciendo por segundos y la herida no dejaba de sangrar. Agarré su camiseta con fuerza, empujándole hacia la ventana, en el momento en el que dos hombres entraban a punta de pistola en la habitación. Saqué mi arma y disparé tres veces acabando con la vida de los dos, y me dirigí de manera apresurada hasta la puerta para cerrarla desde dentro.

—¡Ayúdame a mover este mueble!

—¡Micaela! —Escuché que Jack me llamaba desde la calle.

Tiziano resopló y comprobé que la pierna le fallaba cuando estaba llegando. Sujeté el escritorio con fuerza, moviéndolo hasta llegar a la puerta con su ayuda, y le miré.

—¿Estás bien?

—Que síiiii —me aseguró con pesadez.

Nos dirigimos hacia la ventana y le insté con la mirada para que saliera el primero. Este volvió a negar. Harta de que estuviera dando vueltas, cuando oí que aporreaban la puerta, le apunté con el arma indicándole que, o bajaba por las buenas o lo haría por las malas.

—¿Me estás amenazando, *bella*? —murmuró sensual, con una sonrisa en los labios.

—¡Que saltes, coño! —Perdí los papeles.

Su larga pierna pasó por el marco de la ventana, para después pasar la otra. Vi que una mueca de dolor se instaló en su rostro y supe a ciencia cierta que se encontraba grave, aunque no quisiera reconocerlo. Cuando estaba en la segunda planta, sus pies trastabillaron y quedó colgando con sus manos de la ventana.

—¡Oh, *merda*!

—¡Madre mía, Tiziano, salta! —se desesperó Jack al ver que accedían por la habitación de la segunda planta.

Este puso los ojos en blanco y, finalmente, se tiró al vacío cayendo sobre Jack para estamparse con el suelo. Escuché un quejido por parte de ambos en el momento en el que se levantaban. Adara me miraba con horror y moví mis ojos apretando mis labios, para que se tranquilizara.

—Micaela... —murmuró Jack al ver que seguía arriba.

Un hombre se asomó por la ventana de la segunda planta, apuntando en dirección hacia arriba. Pero Jack fue más rápido y terminó con él antes de que me disparase.

—¡Vamos! —me urgió.

Salí todo lo rápido que pude, al ver que el escritorio cedía y las balas empezaban a salir disparadas por toda la habitación. Mi mano se resbaló cuando soltaba el marco de la ventana para sujetar la hiedra, y el grito desesperado de Jack no se hizo de rogar.

—¡¡Salta!!

—Joder... —murmuré para mí misma.

Imité a Tiziano y me tiré sin pensarlo. Los reconfortantes brazos de Jack me acogieron, y sonreí cuando me contempló soltando un resoplido de alivio.

—Tampoco ha sido para tanto. Me gusta la adrenalina.

Le guiñé un ojo quitándole importancia y este se tuvo que reír. Un coche derrapó a nuestras espaldas y Arcadiy bajó la ventanilla.

—¡¡Vamos, vamos, vamos!!

Movía su mano de manera urgente y salimos corriendo en dirección al coche, pero cuando estaba abriendo la puerta trasera, después de meter a Adara, vi que Tiziano no nos seguía. Me giré presa del pánico, dándome cuenta de que estaba apoyado en el muro con la mano sujetándose la herida.

—¡¡Tiziano!!

Retrocedí sobre mis pasos, oyendo cómo Jack me gritaba, hasta que fue consciente de que nos faltaba uno y me siguió. Llegué hasta él, escuchando que varios pasos se acercaban a nosotros a la carrera. Puse su brazo sobre mis hombros y le urgí.

—¿Puedes caminar?

Asintió soltando un gruñido.

—Creo... creo que...

—Ahora no es momento de desmayarse, italiano —renegó Jack, viendo las

claras intenciones del otro.

No consiguió terminar la frase. Jack se colocó a su lado haciendo más fuerza que yo, y entre ambos llegamos al coche. Lo metimos como pudimos y su cabeza cayó sobre las piernas de Adara, que se quedó quieta como una estatua.

—Y encima caigo sobre esta... —renegó.

Arcadiy pegó un fuerte pisotón al acelerador y salimos de allí como un rayo. Levanté la camiseta de Tiziano, dándome cuenta de que la herida parecía más grave de lo que había pensado en un primer momento. Miré a Jack, y este movió su rostro haciendo una mueca con los labios. Estaba en lo cierto. Tiziano cerró los ojos un segundo y le abofeteé.

—¡Tiziano! ¡Déjate de tonterías y abre los ojos!

—Mmmm... No sé... No sé...

Y no.

No los abrió porque se desmayó instantes después.

<sup>3</sup> Mierda: traducción del italiano al español

# 19

## Secretos



El coche derrapó en la entrada de la mansión de Tiziano, en el mismo instante que abría la puerta con él aún en marcha. Puse los pies en el suelo y tiré de la cintura de él, que seguía inconsciente, hasta que Jack salió y me apartó para echárselo al hombro. Hizo un gesto con sus ojos, cuando comprobó lo que pesaba, y le seguí hasta que llegamos a la entrada donde Riley salió como un terremoto.

—¡No sé qué ha pasado con la conexión! ¡Dios mío! ¿Qué le pasa?

—Busca lo que sea, Micaela.

Le adelanté y recorrí los pasillos hasta que di con uno de los hombres de Tiziano que bajaba por las escaleras aprisa, al darse cuenta de que su jefe llegaba herido. Paré su caminata, agarrándole de la camiseta.

—¿Tenéis algo para curarle? —le pregunté en italiano.

Asintió, dándose la vuelta para dirigirse hacia una habitación que estaba cerrada con llave, y supuse que sería su despacho. Buscó en el armario del fondo mientras yo admiraba la gran estancia con un montón de estanterías llenas de libros hasta la saciedad. Algunos incluso parecían tener siglos, pero se conservaban en perfecto estado. Me extendió el botiquín sin pronunciar ni una sola palabra y salí a toda velocidad obviando su gesto siniestro e intimidante, a la misma vez preocupado por la salud de Tiziano.

Llegué al salón, viendo que el color de Tiziano cambiaba por momentos, y Jack me observó negando con la cabeza.

—Necesita que le llevemos a un hospital —murmuró Riley, tapando la herida de su vientre.

—No podemos ir a un hospital, ¡no digas tonterías!

—Voy a llamar al médico —añadió el mismo hombre que me había dado el botiquín.

Todos lo ignoramos. No le daría tiempo ni a pisar un escalón antes de que muriese.

—¡Se está desangrando!

Arcadiy puso unos paños fríos sobre su frente mientras los otros dos se enzarzaban en una discusión que no llevaba a ninguna parte. Puse el botiquín sobre la mesa del salón, donde Tiziano estaba tumbado, y comencé a sacar cosas como una posesa notando que mis manos temblaban sin saber qué hacer. Yo no era médica, y mucho menos conocedora de cómo coser una herida o hacer que dejara de sangrar.

—¡Mierda! —maldije cuando el algodón cayó de mis manos.

—Tenemos que taponar la herida, si sigue sangrando morirá —añadió mi hermano.

—¿Y tú sabes cómo hacerlo, verdad, listo? —Jack le habló de malas maneras.

—Discutiendo no vamos a llegar a ningún sitio —voceé por encima de los dos que se ensañaban el uno con el otro.

—¡Por lo menos estoy buscando soluciones que no sean estúpidas! —dijo Arcadiy con enfado.

—¿Vas a coserle tú? —le preguntó el otro con sarcasmo.

—¡Alguien tendrá que hacerlo! —Esa vez fue Riley quien se desesperó.

Adara nos contemplaba desde la otra esquina del salón con ojos temerosos hasta que, en un susurro, mientras todos discutíamos como gallinas, escuchamos que decía:

—Yo estoy estudiando medicina...

Todos los ojos de la sala se volvieron hacia ella, quedándonos paralizados. Hasta que el bocinazo que Jack le dio hizo que diéramos un pequeño respingo del suelo.

—¿¡Y a qué coño estás esperando!?

Temblando, se acercó a nosotros. Cogió todo lo que necesitaba y su rostro se volvió serio y sereno cuando sujetó la aguja junto a un trozo de hilo. Miró por la sala buscando algo para desinfectar, supuse, y el hombre de Tiziano le pasó una botella de *whisky* de la vitrina principal. Tragó saliva, hizo lo necesario, y tiró de su camiseta hacia arriba. Volcó buena parte de la bebida sobre la herida, y Tiziano abrió los ojos de par en par.

—¡Me cago en la puta putísima! ¿Qué hacéis?

Adara retrocedió unos pasos cuando las grandes manos de Tiziano se

colocaron sobre la mesa del salón dando un fuerte golpe. Sus ojos enfurecidos se fijaron en ella con rencor. Coloqué una de mis manos sobre su pecho viendo que perdía el color, y este no desvió la mirada de la niña que, asustada, no sabía dónde meterse.

—Tiziano, si no dejas que te cure la herida te vas a morir desangrado.

—¿Que, qué!? —nos chilló—. ¿Vais a dejar que la niñata me cosa? ¡¡¿Habéis perdido el juicio?!!

Se revolvió y Jack sostuvo uno de sus brazos y Arcadiy el otro. Este dio una patada al aire para intentar levantarse mientras se insultaban los unos a los otros sin medida.

—Tiziano, está estudiando medicina. ¡No podemos llevarte a un hospital!

—¡Me da igual! ¡Me muero antes de que me ponga las manos encima!

—¡¡No seas infantil!! —le gritó Jack, fuera de sus casillas.

—¡He dicho que no!

Intentamos reducirle, pero, aun estando débil, el muy cabrón conseguía revolverse. Adara se encontraba al margen de todo, no sabía qué hacer. La miré de reojo y pude ver sus ojos llorosos y supe que la situación le estaba superando. Si ella se ponía histérica, no conseguiríamos nada.

Apreté mis dientes con fuerza, sabiendo que no lograría que Tiziano se estuviese quieto, y eso que mi cuerpo estaba prácticamente sobre él. Con mi mano di un fuerte golpe en su herida y este soltó un chillido de dolor que resonó en toda la estancia. Jack abrió los ojos como platos al verme hacer aquello y yo contemplé al italiano furiosa.

—¡Estate quieto, joder! ¿Te duele? Pues como te muevas otra vez, te meteré la mano hasta sacarte las tripas.

Lo fulminé con la mirada y él hizo lo mismo. Noté que la fuerza se perdía mientras batallábamos con nuestros ojos. Alcé la mano instando a Adara para que llegase adonde nos encontrábamos y esta obedeció cabizbaja. Cogí la botella de *whisky* y se la di para que diera un trago. Este me miró con mala cara, pero, al final, sin quitarle los ojos de encima a Adara, bebió. Dio un fuerte golpe contra el cristal al dejarla y se la pasé a la chica que temblaba, pero que cuando cogió el hilo me pareció otra persona. Asentí mirándola, y esta pasó sus ojos de refilón por el italiano que no despegaba la vista de ella.

—Mejor que muerda algo.

Miré hacia ambos lados buscando cualquier cosa y, al final, me decanté por pegar un fuerte tirón de la camiseta de Jack dejando parte de su vientre

desnudo. Este me contempló sin decir nada, pero sus ojos hablaban por sí solos. Tiziano puso los suyos en blanco cuando acerqué la tela a su boca, y achiqué mis ojos amenazándole de nuevo. Abrió la boca como si no tuviera otra opción, que tampoco la había, y la mordió a la espera de que Adara comenzara.

Oí que la chica suspiraba, en el mismo instante en el que Tiziano cerraba los ojos con fuerza a la par que un quejido de dolor salía de su garganta y los chicos hacían presión en sus brazos para que no se moviese ni un milímetro. Sentí su dolor con solo verle la cara, pero si no hacíamos lo imposible, no aguantaría mucho más y, obviamente, la herida no se iba a curar sola. Comprobé la destreza de Adara mientras cosía sin levantar la cabeza, concentrada como nunca en su trabajo.

De repente sentí que la mano de Tiziano dejaba de hacer presión en la mía, y me giré para mirarle con rapidez.

—Se ha desmayado —informó Riley.

Suspiré de alivio al mismo tiempo que los chicos lo dejaban tumbado sobre la mesa, con un pequeño cojín donde reposaba su cabeza. Adara terminó antes de lo esperado y limpió toda la zona de la herida hasta dejarla impoluta.

—¿Tenéis medicamentos? —Miró directamente al hombre de Tiziano.

Este asintió sin decir ni una palabra y le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Acompañé a Adara por el gran pasillo hasta que bajamos las escaleras en dirección a la cocina del servicio. Allí, varias de las empleadas de Tiziano nos miraron con interés, y una de ellas, la más mayor, se atrevió a preguntar:

—¿Cómo se encuentra el señor?

—Bien. Ella le ha curado. No nos habría dado tiempo ni a llamar al médico antes de que se desangrase.

Por primera vez escuché la voz del que supuse era su guardaespaldas, que en algunas ocasiones iba con él. Le pidió los medicamentos, y esta se levantó con rapidez en busca de lo que Adara le solicitaba. Le entregó un montón de cajas que dejó sobre la mesa, inspeccionándolas con tiento hasta que dio con las que necesitaba. Sonrió a la mujer mayor agradeciéndoselo y cuando se iba a dar la vuelta para marcharse, esta agarró la muñeca de Adara.

—Cúrale, por favor.

Adara asintió sin timidez, saliendo de allí en dirección al salón.

—¿Por qué no se lo has contado? —me preguntó de repente.

—Porque no he tenido oportunidad de hacerlo. —Me miró sin creermelo—. Tampoco me he atrevido. No sé cómo enfocar el tema —me sinceré.

—¿Y cuál se supone que es la excusa de mi «secuestro»?

Detuve mi paso antes de llegar al salón por si nos oían.

—Usarte como moneda de cambio si es necesario cuando...

Dejé la frase en el aire. Tampoco quería hacerle daño, empezaba a darme cuenta de que ella no era como Anker y no se lo merecía.

—Mates a mi padre —terminó por mí, sellando sus labios en una fina línea—. Lo entendí desde el primer día.

Avanzó con decisión hasta la sala y miró de reojo a Jack, que seguía delante del italiano, que comenzaba a coger buen color.

—Necesito que lo llevéis a su habitación. Tiene que descansar —murmuró.

Asintieron y entre los dos agarraron su cuerpo malherido. Una vez allí, lo tumbaron en la cama y Adara me miró.

—Tiene que tomarse estas pastillas cuando despierte. Me imagino que, por el dolor, no tardará mucho en hacerlo.

Asentí, y esta salió de la habitación cuando le recolocó la gasa que tapaba su herida. Le lanzó una última mirada y cerró la puerta tras ella.

—Me quedaré con él hasta que despierte. Intenta que esté en nuestro mismo pasillo. Hay que tenerla vigilada.

Miré a Jack y salió de la habitación. Arcadiy me contempló unos instantes, dudoso, pero no preguntó nada y lo siguió. Cogí una de las sillas y me senté frente a él, a la espera de que abriese los ojos. Pensé en el momento en el que le contara a Jack la verdad, no sabía cómo iba a reaccionar, pero sí tenía claro que su cabreo sería monumental por habérselo ocultado durante tanto tiempo.

Un rato después, tal y como había dicho Adara, este abrió los ojos y, seguidamente, me fulminó con ellos, para después poner un morro que le llegaba a Lima. Me levanté de mi asiento, cogí el vaso de agua y las pastillas y se las extendí para que se las tomase.

—¿Esto qué es? —me preguntó desconfiado.

—Tómatelas. Todavía no quiero matarte.

Me senté en la cama quedando a su lado. Arrugó el entrecejo, molesto, mientras las cogía y se las llevaba a la boca sin preguntar nada más. Se quejó un poco cuando se sentó, y bebió del vaso de agua poniendo cara de disgusto. Me observó, esperando que le diera una explicación, y suspiré mirando hacia la puerta.

—Cuando Anker me retuvo, Adara fue la que me ayudó a escapar. —Me observó sin abrir la boca, algo raro en él—. Agneta me indicó la salida, gracias a ella, a cambio de que la llevara lejos de su padre.

—¿Por eso me pediste que la tuviese aquí conmigo? —me preguntó serio.

—Sí.

—¿Y quién es Agneta?

—Su madre.

Moví mis manos con nerviosismo.

—Y... ¿por qué no se lo has contado a Jack?

Exhalé un fuerte suspiro y volví mis ojos a él.

—Agneta es la madre de Jack, y sigue viva.

Sus ojos se abrieron sin dar crédito a lo que estaba oyendo, y lo paré con mi mano para que no dijese nada. Lo peor estaba por venir. Tiziano era conocedor de la vida de Jack, ya que un día los escuché hablar de su pasado, y este le contó su procedencia y cómo comenzó a ser un asesino.

—Anker es el padre de Jack, Tiziano —murmuré con pesar.

Su rostro se contrajo, palideciendo por segundos. Tragó saliva, sin poder creérselo, y me miró con el horror sembrado en su rostro. Asentí para que tuviese claro que no lo estaba engañando, y este no supo hacia dónde mirar.

—*Mamma mia...*

Mis labios se cerraron en un visible desconcierto. No quería imaginar el momento, aunque sabía que tarde o temprano tendría que llegar, me permití pensar en el más tarde que pronto.

—Eso quiere decir que la niñata es su hermana —añadió con sorna.

—Sí. Ella me lo contó cuando se escapó del internado en España. Parece ser que Anker no ha querido que tengan relación entre ellos.

Suspiró mirándome con aprecio, pensando: «La que te espera cuando se lo cuentas», que supe descifrar en cuanto sus ojos impactaron con los míos.

—No me puedo creer que me hayas dejado en las manos de esa niñata.

Sonó molesto, pero sabía que en el fondo le estaba agradecido. Me alivié al ver que cambiaba de tema, para eso siempre había tenido una facilidad innata.

—Tiziano, te ha salvado la vida.

—También podría haberme matado.

—Pero no ha sido el caso. No saques el asunto de quicio, si no llega a ser por ella, ahora mismo no estaríamos hablando.

Bufó, y pensé que la simple presencia de Adara junto a él podría ocasionarle muchos más problemas de los que deseaba, así que cambié de opción.

—He pensado que cuando volvamos a España me la llevaré. Le diré a Ryan que se encargue de ella, así te ahorraré el mal trago.

—Sí, eso es lo más acertado —añadió sin convencimiento.

Me levanté de mi asiento sin quitarle los ojos de encima y, antes de salir por la puerta, escuché que decía:

—Si por lo menos la quieres con vida, claro está.

Con el pomo en mi mano moví el rostro lo suficiente como para mirarlo y preguntarle sin esperar contestación:

—¿Solo te produce instintos asesinos?

Sonreí, sin que me viera antes de salir, ya que su respuesta no llegó. Era muy joven y Tiziano demasiado problemático para alguien tan noble como Adara. Aproveché mientras el servicio limpiaba los restos de sangre que Tiziano había dejado, y llamé a Ryan con el que hablé durante un buen rato, hasta que Arcadiy apareció al final del pasillo recién duchado. Yo también necesitaba esa ducha con urgencia.

—¿Qué tal está?

—Bien —le respondí tajante mirándole de reojo.

—¿Pasa algo? —me preguntó confuso.

Giré mi rostro hacia él y pensé antes de hablar. Era una costumbre que aprendí desde que llegué al oscuro mundo de los negocios en un club. Me acerqué lo suficiente como para que nadie nos escuchase y musité:

—¿Qué sensación tienes después de abandonar a la que ha sido tu familia durante tanto tiempo?

—¿A qué viene esa pregunta? —se extrañó.

Yo no.

Había visto perfectamente sus ojos cuando salía de la habitación de Tiziano, y que no hiciera referencia siquiera a Adara cuando sabía de sobra de dónde procedía, me desconcertó.

—Contéstame —exigí.

—Ninguna. He estado engañado toda mi vida.

Alcé mi rostro de manera altiva, desconfiando de sus palabras y con todo el dolor de mi alma, le dije:

—Si me traicionas... —lo observé fijamente; él hacia lo mismo—, no

tendrás lugar en la Tierra donde esconderte.

Avancé para separarme de su lado, pero este fue más rápido y sujetó mi brazo. Se acercó lo suficiente para llegar a mi oído, y mi vista permaneció contemplando el pasillo.

—Creo que deberías plantearte cuándo se lo vas a decir. —Hizo una pausa—. Puede que se entere antes de lo que esperas.

Sonreí con ironía. Sabía más de lo que había dicho, y me dolió. Después de la otra noche, me dolió de verdad, que no hubiera sido capaz de incluir en su trayectoria que sabía de dónde provenía Jack realmente.

—¿Me estás amenazando, Arcadiy? —murmuré con maldad.

—En ningún momento ha sido mi intención. Tú desconfías de mí, no me conoces, pero yo también lo hago de ti y de tus intereses por alguien que es como mi hermano.

—¿Estás insinuando que estoy con él por puro interés?

Esta vez le miré atentamente y él no titubeó.

—Te he visto con el poli. ¿De verdad no vas a jugársela?

Ese detalle me dejó fuera de lugar, puesto que me dio a entender que no sabía que Anker era su padre, sino que me había visto con Aarón las veces que habíamos quedado. Intenté disimular mi desconcierto como pude y sonreí marchándome de allí sin mirar atrás. No tenía claro si realmente lo hacía por protegerle o no. Una cosa sí sabía: no le conocía.

Yo no le conocía de nada.

# 20

## Nuestro retrato



Marco me llamó unos días después, para indicarme que nos veríamos en su particular centro de reuniones al día siguiente. Tiziano se curaba rápidamente, sin dejar de quejarse cada vez que Adara tenía que ponerle las manos encima, y aquel día en especial, se pasó más de la cuenta.

—Ya puedo hacerlo yo solo —renegó.

—Tengo que ver cómo tienes la herida —musitó con un hilo de voz.

—He dicho que no hace falta, así que deja de poner tus tiernecitas manos sobre mí —le espetó con desdén.

—Pero...

Fue a colocar su mano sobre la gasa que tapaba la herida y este la paralizó, apretando su muñeca con fuerza.

—He dicho que no me toques.

Su tono desmedido y tirano hizo que me levantara de mi asiento con pesadez y dirigiera mis pasos hacia él con mala cara. Adara se apartó esquivando los ojos de Tiziano que la abrasaban y, seguidamente, salió sin mirar atrás con las manos temblorosas.

—Adara —la llamé.

No detuvo su paso, me volví con los brazos cruzados hacia el italiano, y él desvió la mirada hacia la gasa que se arrancó literalmente sin ningún miramiento.

—¡Eso! Sigue siendo un bruto y revientate la herida. ¡Gilipollas!

Enfurecida, encaminé mis pasos por el pasillo bajo la atenta mirada de Riley que callaba apartado en una esquina. Llegué hasta Adara y la giré sujetando su muñeca.

—No le hagas caso, es un capullo sin medida.

Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Solo he intentado ayudarlo sin tener por qué —su voz se quebró—. No entiendo el motivo por el cual me trata así cuando solo ha sido por su bien.

Tragué saliva, comprobando que realmente le dolían sus gestos sin motivo. Se dio la vuelta cuando vio que no era capaz de decirle nada para rebatirle, metiéndose en su habitación la cual cerró con un leve movimiento que apenas se escuchó. Ni siquiera en los momentos de enfado se hacía notar. Me giré hecha un basilisco y entré a grandes zancadas en el salón bajo los ojos de Arcadiy, que todavía me observaban con desconfianza.

Tiziano estaba de pie con la camiseta abierta, bebiéndose un vaso de *whisky* como si no hubiera roto un plato en su vida, pero lo cierto era que desde que trajimos a Adara, su humor iba de mal en peor, y la típica sonrisa que iluminaba su cara desaparecía cuando ella estaba cerca.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—A mí nada.

—¿¡Por qué la tratas así!?! —le chillé sin poder contener mi furia.

—Micaela...

La voz de Arcadiy me sacó de mi fijación por el italiano y me volví para mirarle con mala cara.

—A ti nadie te ha dado vela en este entierro —sentencié.

Enmudeció, saliendo del salón hacia la calle, y puse toda mi atención de nuevo en el italiano que se paseaba con chulería por la estancia sin prestar atención a mis palabras. Se paró a mi lado cuando vio que no le quitaba los ojos de encima y me contempló altanero sin una chispa de arrepentimiento.

—Nunca me ha molestado que estuvieras conmigo. Pero a ella —señaló el pasillo—, la quiero fuera de mi casa. —Hizo una pausa y recalcó—: Ya.

Apreté mis dientes tanto que creí que saltarían en mil pedazos. Alcé mi mentón, con más chulería de la que él disponía, y le dije:

—Y eso haremos.

Me giré para marcharme, cuando su voz detuvo mi paso.

—He dicho ella, no tú.

Sin darme la vuelta, resoplé antes de contestar:

—Tendría que haber dejado que te desangrases encima de la mesa del salón.

Avancé hasta la salida, momento en el que creí escuchar de sus labios un «ojalá», pero no lo tuve claro, por lo tanto, decidí no darle más vueltas al asunto. Al día siguiente acabaría todo el tema de Marco y nos marcharíamos.

Encaminé mis pasos hacia mi dormitorio donde un esplendoroso Jack descansaba sobre las blanquecinas sábanas de la cama. Solo le cubría una pequeña parte de su pelvis, mientras que sus piernas estaban cruzadas entre la tela, dando una vista de su escultural cuerpo que me secaba la garganta. Me acerqué hasta él intentando no despertarle, pero no pude evitar pasear mi mano por su cabello hasta llegar a su fuerte mentón, delineándolo con mis dedos. Su mano se colocó justo encima de la mía, besándola con suavidad. Estiró su endemoniado cuerpo y me contempló con delirio.

—Mmm... ¿Qué hora es?

—Las cinco de la tarde. —Sonreí.

Una enorme sonrisa se instaló en sus labios, cuando tiró de mí hacia la cama de manera que terminé a su lado. Apartó las sábanas de su cuerpo colocándose en medio de mis piernas. Con su rodilla se abrió paso y comenzó a quitarme los pantalones. Me repetí mentalmente que había llegado la hora de contarle la verdad, no podía seguir callándome lo que sabía por más tiempo, ya que me estaba consumiendo lentamente.

—Jack.

Besó mi cuello sin dejar de arrastrar mis pantalones, hasta que se deshizo de ellos. Me revolví un poco tratando de que me prestara atención, no podía permitirme una distracción de ese tipo y menos con un tema tan delicado como el que teníamos que hablar.

—Para, para —le pedí.

—Mmmm... No.

—Escúchame un momento, por favor.

—Que no.

Bajó su mano hasta posarla sobre la tela de mi ropa interior, lo que hizo que pegara un respingo sin querer, y noté que sonreía en mi cuello. Me zafé de él como pude y este renegó poniendo mala cara. Achicó los ojos cuando puse mis manos sobre su pecho para evitar que volviese a acercarse, pero insistió.

—Tengo que contarte una cosa —le dije aceleradamente.

Miré hacia abajo con indecisión, pero la determinación llegó a mí de inmediato y volví a fijarme en sus bellos ojos. No quería ni pensar la que iba a montarse en menos de unos minutos cuando supiera toda la verdad. Este arrugó su entrecejo y sus ojos se clavaron en mi vientre de manera veloz. Entreabrí los labios, al darme cuenta de lo que me quería decir, e inmediatamente negué con la cabeza cuando su mano se colocó sobre este.

—¡No estoy embarazada!

—¿Entonces? —Mostró confusión.

—Es...

Unos golpes en la puerta me interrumpieron y me enfadé por ello. Desvió la vista de mí cuando esta se abrió, y un Tiziano sin camiseta entraba en el interior de la habitación sin pudor alguno.

—Siento mucho la intrusión, pero tenemos que irnos.

Sonrió lascivo al ver que nada me cubría las piernas, y tuve que poner los ojos en blanco bajo su escrutadora mirada.

—¿Adónde vamos? —pregunté confundida.

—¡Ah! —Jack pareció acordarse de algo y pegó un bote de la cama para levantarse de ella dejándome desprotegida ante la felina mirada del italiano.

Se vistió bajo los ojos de Tiziano en menos de un minuto y me lanzó una mirada para que comenzara a vestirme con una ropa que había sobre uno de los sillones.

—Si quieres yo puedo suplantar tu lugar mientras te preparas.

—¿Prepararse para qué? —les pregunté, aunque me ignoraron de nuevo.

Jack le propinó un golpe en el hombro, lanzándole una mirada desafiante y este elevó sus manos al cielo en señal de paz. Chascó la lengua repasándome de nuevo y minutos después salían por la puerta los dos juntos. Fui al sillón encontrándome una especie de mono de color amarillo, que me puse sobre mi cuerpo con rapidez, y salí en su busca viendo que los demás se quedaban en la casa y que Adara seguía encerrada en su habitación sin dar señales. Abrí la puerta del dormitorio con cuidado, comprobando que estaba dormida sobre la cama.

Llegué a la calle donde Tiziano ya esperaba con su guardaespaldas al mando del helicóptero, y me sorprendí al ver a Jack coger una bolsa negra y subirse. Este alzó la mano instándome a subir con él y lo hice sin pensarlo, preguntándome a dónde narices íbamos con una prenda tan llamativa.

—¿Me vas a decir qué hacemos aquí?

El helicóptero comenzó a tomar altura y Tiziano volvió a ser el que era cuando Adara no estaba con él, en el momento en el que escuché que soltaba un grito de júbilo mientras ascendíamos hacia el cielo. Arrugué el entrecejo con la mirada fija en Jack, que parecía más feliz de lo que lo había visto en toda mi vida.

Un rato más tarde, seguimos en un silencio en el que solo se escuchaban las

grandes aspas moverse y el viento resonando con fuerza, cuando se levantó de su asiento bajo mi mirada inquietante, para abrir la bolsa que antes le había visto coger. Sacó de ella varias cosas y pude atisbar que era un casco, unas gafas, unos guantes y un arnés de sujeción.

Achiqué mis ojos pensando en lo que podría significar todo lo que estaba haciendo y esperé con impaciencia a que dijera algo. Se aproximó a mí colocándose casi de rodillas, para empezar a ponerme el arnés y después los guantes.

—¿Recuerdas cuando descendimos por la montaña en Anafi?

Asentí, notando que mi piel se erizaba con el simple hecho de recordar aquella caída, mientras sus fuertes brazos me sostenían cuando salimos de la fiesta de Achilles. Puso las gafas sobre mis ojos y asintió.

—Bien, pues vamos a soltar adrenalina.

Me quedé paralizada, viendo cómo terminaba de colocarse su equipo antes de saltar, y noté un leve temblor en mis piernas. De nuevo vislumbré aquella sonrisa que se me antojó demasiado espectacular, pero preferí no hacer mención de ello y solté lo que realmente me inquietaba:

—¡Yo nunca he hecho paracaidismo!

Sonrió.

—Pues hoy será tu primera vez.

Una carcajada salió de su garganta, a la misma vez que negaba con la cabeza y se ponía las gafas igual que yo. Extendió su mano para que me levantara, y pude apreciar que el cielo comenzaba a oscurecerse, lo que acrecentó el temblor de mis piernas. Me puse en pie pegándome a su cuerpo y este me miró con verdadera adoración.

—¿Sabes que eres lo mejor que me ha pasado en la vida? —murmuró sin apartarme la mirada.

Sentí un nudo en mi garganta que no me dejó respirar, y no fui capaz de hacer otra cosa que contemplarle. La voz de Tiziano me sacó de mi ensimismamiento en el momento en el que el helicóptero daba un leve tirón y Jack me sostenía con fuerza entre sus brazos para no caer.

—*Andiamo, andiamo*<sup>4</sup>!

Jack abrió la puerta y una gran ráfaga de viento se coló en el interior haciendo que el helicóptero se tambaleara de buena manera. Agarró mi mano, posicionándose detrás de mí, y supuse que me estaba atando a su cuerpo.

—¿Vamos juntos? —le grité para que me oyera.

—Hasta el fin del mundo, Micaela.

Giré mi rostro para mirarle y, aunque él estaba concentrado en su tarea, pude seguir viendo ese brillo especial que tanto me estaba desconcertando.

—Si decides que no, yo me quedaré contigo toda la vida.

Esta vez mis ojos se posaron en Tiziano de manera confusa, y Jack le sacó el dedo corazón de manera vulgar. Aprecié en sus labios como le decía: «Antes te mato», y el italiano comenzó a reír a carcajadas, insistiendo con un gesto de su mano para que saltásemos.

Cerré los ojos cuando coloqué el casco sobre mi cabeza y las manos de Jack se colaron por debajo para atarlo. Noté su respiración acelerada tras mi espalda mientras me aproximaba al borde. Mis ojos volaron hacia abajo, y tuve que tomar una gran bocanada de aire para no desmayarme debido a la altura.

—¿Lista? —me gritó por encima del ruido que nos envolvía.

Asentí con una sonrisa en los labios, al ser consciente de las enormes ganas que tenía de soltar adrenalina con un salto mortal de ese calibre. Sujetó mi cintura con fuerza, de manera que quedé pegada a su cuerpo o, mejor dicho, casi fundida con su cuerpo.

—Bien, y ahora, disfruta.

De reojo vi que giraba su rostro hacia Tiziano y este asentía con una sonrisa más grande que la mía, ¿desde cuándo se llevaban tan bien? Un leve empujón bastó para que mi cuerpo cayera al vacío, sujeto por el de Jack. Cerré los ojos un momento al sentir el viento golpear mi rostro con fuerza, a la misma vez que mi estómago y todos mis sentidos luchaban por escapar en cualquier instante. Los abrí de nuevo, girando mi rostro hacia el hombre que estaba tras de mí, y sonreí feliz por lo que estábamos haciendo.

Vivir.

—¡¡Guauuuuuu!! —solté llena de euforia, escuchando cómo Jack reía.

A gran velocidad fuimos descendiendo, las nubes parecían algodones de azúcar que me tentaban a tocarlas perdiéndose entre mis dedos cuando en una ocasión lo hice. No conseguí que la sonrisa se borrara de mi rostro y me alegré por ello. Hacía tanto tiempo que no era feliz de verdad, que no sentía que la vida significaba algo más que una simple venganza, tanto..., hasta que él llegó a mí.

Extendió mis manos junto a las suyas, pareciendo dos parapentes en medio

de un sitio que no sabía ni dónde estábamos, pero poco me importaba, ya que todo lo que el salto se estaba llevando me vaciaba por dentro como una cascada de agua que no dejaba de correr.

Cerré los ojos por enésima vez y el estómago me volvió a dar un tremendo vuelco cargado de esas cosquillas que una siente cuando, simplemente, baja por una gran cuesta a toda velocidad con el coche. El suelo, a cada segundo, se veía más cerca, o eso me parecía a mí, y el final de nuestra locura se aproximaba para mi tristeza. Jack entrelazó una de sus manos junto a la mía con más fuerza, en el momento en el que escuché que decía pegado a mí:

—Cásate conmigo.

Noté que un cierto nerviosismo recorría cada parte de mi cuerpo y no pude evitar volver mi rostro hacia él esperando ver una sonrisa o algo que me indicara que se trataba de una broma.

Y no fue así.

Estaba serio, a la espera de una respuesta que, por lo que se veía, ansiaba. Tragué saliva sin saber qué contestar y, con un hilo de voz, dije intentando que me escuchara:

—¿Te has vuelto loco?

Asintió varias veces, hasta que un leve tirón me sacó de mi ensimismamiento, cuando el paracaídas se abrió ralentizando nuestra marcha. Me indicó con los ojos que mirase hacia la izquierda y volví mi vista hacia el sitio que me decía, para encontrarme algo que me dejó sin respiración.

En el amplio campo, bajo la escasa luz que ya iluminaba el cielo, miles de antorchas se encendían a la velocidad del rayo, retratando el lienzo que dibujé en Santorini, en el que ambos salíamos con el mar a nuestras espaldas.

La silueta de nuestros cuerpos estaba completamente encendida por aquellos fuegos, mientras que todos los elementos del mismo lienzo aparecían a escalas gigantescas por detrás, con lo que me imaginé que serían telas o algo por el estilo. ¿Cómo no lo había visto antes? Estaba tan absorta en saltar que ni siquiera había sido capaz de mirar hacia ese punto que no se encontraba exactamente donde nosotros caíamos, sino en un lateral. Volví mis ojos hacia el hombre que me observaba expectante y, antes de poder pronunciar una sola palabra, le escuché:

—Me siento igual de vivo que ese fuego cuando estoy contigo. Y no pienso dejar que se apague nunca.

Mis ojos se nublaron por completo, siendo consciente de que era lo más

bonito que jamás me habían dicho y hecho en la vida. Noté un leve mareo, a la misma vez que mi lengua me abandonaba y me vi incapaz de contestar siquiera una palabra. Mis ojos volvieron a aquella silueta que amaba con toda mi alma y, seguidamente, noté que mis gafas comenzaban a mojarse. La mano de Jack se colocó en mi cintura, mientras que la otra tiraba de una especie de cuerda cuando nuestros pies empezaron a raspar el suelo hasta quedarse inmóviles.

No sé en qué momento sucedió, pero me descubrí intentando desatarme el arnés sin éxito. Necesitaba respirar y lo necesitaba con urgencia. Me fijé en el fuego que poco a poco se apagaba, focalizando a varios hombres de Tiziano montarse en sus coches y desaparecer de allí, como lo hizo el helicóptero que sobrevolaba sobre nuestras cabezas.

Me ayudó a desatarme, al darse cuenta de mi urgencia, y cuando estuve libre me giré como un huracán para mirarle. Se quitó de la forma más *sexy* que había visto en mi vida las gafas y el casco, al igual que yo me desprendía de aquellos objetos y los tiraba al suelo sin romper nuestra conexión.

—Di algo... —me pidió en un susurro que apenas escuché.

Me observó con un sentimiento que no era muy distinto al miedo, y mis ojos no eran capaces de volver a su posición por el asombro.

Y no dije nada.

Reaccioné.

Me tiré a sus esculturales brazos pegando un bote del suelo hasta que conseguí entrelazar mis piernas en su cintura y lo besé. Lo besé con tanta fuerza que creí hacerme daño a mí misma, pero lo que en realidad sentí era algo tan extraño que no sabía de qué manera actuar. Repartí pequeños pero grandes besos en sus labios, hasta que este, con una sonrisa preguntó:

—¿Eso es un sí?

Reí quitándome las pequeñas lágrimas que escapaban de mis ojos, y volví a abrazarle.

—Eso es un mil veces sí.

<sup>4</sup> Vamos: traducción del italiano al español

## El demonio

*Adara Megalos*

Me senté en el filo de la cama con nerviosismo.

El mismo que sentía cada vez que Micaela se alejaba lo suficiente de mí y me dejaba sola con el demonio que andaba dando vueltas en el salón de su casa. No sabía cuánto tardaría, pero deseaba con todas mis fuerzas que volviese pronto o de lo contrario, no sería capaz de conciliar el sueño en toda la noche.

Cada vez que los ojos de Tiziano se cruzaban conmigo mi cuerpo temblaba de manera considerable, y no solo sentía algo que no era capaz de reconocer, sino que el pánico se apoderaba de mí a grandes escalas.

Pánico de verdad.

De auténtico miedo.

Oí el leve sonido del pomo de la puerta al intentar abrirse y me puse en pie como un vendaval con el corazón latiendo en mi pecho a mil por hora mientras me decía mentalmente que ojalá fuese Micaela la que entrase por esa puerta, pero no.

Cómo me equivoqué...

Se abrió de par en par bajo la oscuridad de la noche que, únicamente se alumbraba por la diminuta lamparita que había en una de las mesitas del dormitorio. La imagen de Tiziano con la camisa medio abierta dejando ver su esplendoroso pecho, al mismo tiempo que sus mangas se remangaban en sus antebrazos, hizo que un escalofrío de verdadero terror me recorriera la espina dorsal.

Me clavó sus castaños ojos hasta el fondo de mi alma, y contemplé su porte temerario. Llevaba el pelo recogido en una pequeña coleta sobre su cabeza, y en una de sus manos una botella se lucía presuntuosa. No despegó su mirada de mí, hasta que entró en la habitación con una tranquilidad aplastante, cerró la puerta y, seguidamente, echó el pestillo con un simple gesto.

Momento en el que empecé a temblar, de verdad.

No conseguí controlar los espasmos que ya empezaban a recorrer mi delgado cuerpo, cuando vi que avanzaba con pasos decididos en mi dirección.

Retrocedí de espaldas sin dejar de mirarle, hasta que topé con la pared cercana a la gran cama.

—¿Que... qué... haces... aquí? —balbuceé con nerviosismo.

Este dio un trago a su botella con una chulería inhumana, para después lanzarla al suelo con un rápido movimiento haciendo que se rompiera en mil pedazos sobre la moqueta que lo cubría. Elevó sus manos haciendo una mueca con sus labios a modo de no saberlo.

—Hace unos días mientras me cosías el vientre no temblabas tanto —añadió con sarcasmo.

Vi su mirada cargada de reproche y no supe qué contestarle.

—¿Qué pasa, Adara? ¿Te doy miedo? —me preguntó con una sonrisa diabólica.

Dio dos pasos más y casi ya estaba sobre mí. Pegué mis manos a la pared en un intento de fundirme con ella, o bien desaparecer para que no pudiera hacerme daño. Colocó sus brazos a ambos lados de mi cabeza y a muy pocos milímetros de mí, dijo:

—Ahora no está tu ángel de la guarda para salvarte. ¿Qué vas a hacer? —ironizó.

Mis ojos estaban al borde del llanto y la carcajada que salió de su garganta me heló la sangre. Vi que uno de sus dedos subía por mi vestido hasta llegar a mi clavícula, donde delineó con brusquedad cada filo de mi piel. Tragué saliva cerrando los ojos con fuerza, sin saber cómo reaccionar o qué hacer.

Tenía tanto miedo...

—¿Por qué cierras los ojos?

Su rudo tono de voz hizo que los apretara con más fuerza, y no los abrí en ningún momento. El olor a alcohol y a tabaco inundó mis fosas nasales y creí que moriría allí mismo cuando noté su lengua pasearse por mi cuello con destreza. Apreté mis dientes presa del terror, mientras que una lágrima se derramaba empapando mi mejilla derecha.

—¿Estás llorando? —Volvió a reír.

Lo que ocasionó que el pánico fuera aún más grande de lo que ya sentía. Bajó sus manos por mi cintura, hasta que llegó a mi cadera la cual apreté contra su miembro para que sintiera su dureza en mi vientre. Abrí los ojos, asustada, contemplando el suelo, ya que, aunque de por sí me sacaba dos cabezas, no era capaz de mirarle.

—Déjame —le pedí en un susurro ahogado.

Escuché su risa de nuevo mientras contorneaba mi cuerpo hasta que se paró sobre mi sexo. Junté mis piernas en un acto reflejo y este colocó una de sus rodillas entre ellas, separándolas.

—Tú eres la que me has estado provocando todo este tiempo, *bambina*<sup>5</sup>...

Su tono sensual hizo que sintiese cosas que no sabía descifrar y que nunca me habían pasado, pero eso no quitaba que el miedo siguiese sembrado en lo más hondo de mi ser. Metió una de sus manos por el bajo de la tela del vestido y subió hasta que tuvo mi ropa interior entre ellas.

—Por favor... —musité, derramando más lágrimas de las que quería.

Ignoró mi petición tirando de la tela hasta rasgarla. Ví que metía su triunfo en uno de sus bolsillos y con la mano que tenía libre alzó mi mentón. Mis ojos se clavaron en él que, deseoso, me contemplaba con la mandíbula tensa y los labios apretados.

Mi labio inferior comenzó a temblar a la misma vez que más gotas de agua recorrían mi rostro, perdiéndose en su mano o en mi cuello. Noté que uno de sus dedos pasaba por mi abertura y yo misma me avergoncé cuando supe que mi sexo estaba húmedo sin saber por qué.

Volví a oír esa diabólica risa que asustaba con solo escucharla, en el momento que agachaba su cabeza para mirar en dirección a sus dedos que se paseaban libremente por el borde de mi sexo.

—Estás mojada... ¿De verdad quieres que me vaya? —Alzó una ceja con ironía.

Estaba histérica, y no conseguí pronunciar una sola palabra.

Volvió a sonreír, esa vez fijando sus ojos gatunos en mí, sacando sus dedos de mi interior, metiéndoselos en la boca para saborearlos. Después, repitió el proceso introduciéndolos bajo mi vestido, hasta que llegó a mi boca y los mojó con mi propio sabor. Se pegó a mi oído y, en un leve susurro ronco, murmuró:

—Me iré de aquí cuando te folle como te mereces.

Temblé.

Las sacudidas que ya tenía mi cuerpo no eran normales y no sabía de qué manera controlarlas, cuando lo único que hacía ese tono bestial y rudo era provocar que mi sexo creara más humedad si es que era posible, y yo, inocente de mí, seguía sin saber el motivo, ya que jamás en mis dieciocho años había estado con un hombre.

Sus manos tiraron de mi brazo con brusquedad hasta que llegué al filo de la cama donde me empujó, haciendo que cayera sobre ella. Puse mis brazos a ambos lados de mi cuerpo mientras veía cómo se quitaba la camisa con urgencia, para colocar una de sus piernas en medio de las mías, haciendo que la cama se moviera por su peso.

—Tiziano, por favor... —le supliqué sin convencimiento—, márchate.

Sujetó mi vestido por el filo con rapidez y pegó un tirón tan fuerte hacia arriba que se quedó encajado en mi cuello y mis brazos. Me cubrí mis pequeños pechos con las manos, con una vergüenza que ya notaba en mis mejillas que ardían como un volcán. Las apartó sosteniéndolas con fuerza a ambos lados de la cama.

—No te tapes.

Negué con la cabeza e intenté moverme bajo el peso de su cuerpo que ya me aplastaba, tratando en vano de escapar de sus garras, pero me fue imposible.

Noté sus dientes tirar con rudeza de uno de mis pezones, lo que hizo que se endureciera al instante mientras la humedad de mi sexo mojaba mi pierna. Sonrió contra mi pecho cuando una de sus manos se coló de nuevo en mí.

Sin dejar de torturar ambos pezones, presionó mi clítoris con fuerza haciendo círculos en él. Un pequeño calambre me recorrió la espalda y sin querer, un gemido ahogado salió de mi garganta sorprendiéndome. Elevó sus ojos hasta que se posicionó en los míos llorosos y sonrió al ver el desconcierto que había en ellos.

—Eres tan inocente que no te das cuenta de que estás deseando que te toque.

Bajó su lengua por mi blanquecino vientre y antes de que pudiera hacer algo, porque el miedo me impedía moverme del sitio, agarró mis piernas por detrás de mis rodillas y con un ágil movimiento subió mi cadera a la altura de su rostro. Creí que me desmayaría dada la tensión que emanaba, y pensé que explotaría como una bomba, ya que mis mejillas ardían de manera considerable.

—Tiziano... —volví a suplicar.

Obvió de nuevo mi petición porque se alejase de mi dormitorio, notando que su lengua se introducía directamente en mi sexo. Cerré los ojos con fuerza, pensando en que, si lo dejaba terminar, que hiciese lo que quisiera conmigo, se marcharía y nunca más volvería a ponerme la mano encima. Estaba claro que

si me resistía, sufriría mucho más de lo que ya podía adivinar, pero, para mi sorpresa, mi cuerpo estaba reaccionando de una manera que no comprendía.

Siguió con su ataque repentino hacia mi sexo, para minutos después posicionar uno de sus dedos en mi botón, apretándolo con fuerza. Volví a sorprenderme cuando mis piernas se aferraron a su cuello y mi pecho se agitó con brusquedad al sentir otra corriente extraña que subía de nivel según avanzaba en sus acometidas. Lamió con destreza cada parte de mí mientras yo me moría de la vergüenza cada vez que su lengua se introducía, pero, poco a poco, yo misma escuché que algunos jadeos salían de mi garganta y me odié por sentir aquello cuando en ningún momento fue mi intención.

No quería que continuara.

No quería que sucediese.

Clavó sus dedos con más brusquedad en mi trasero cuando comencé a tensarme sin motivo aparente, y pocos minutos después, un gran cosquilleo lleno de placer se hizo eco en todo mi cuerpo. Mi respiración se agitó, mis manos temblaron, al igual que todas las partes de mi figura, y cuando se separó satisfecho con lo que había hecho, bajó mis piernas hasta el colchón y pude apreciar que su miembro ya estaba fuera de sus pantalones.

Deslizó su mano ante mi mirada para tocarse con esmero sin despegar la vista de mí. Miré hacia el lateral con los labios apretados, pero no me dio tiempo a mantenerlos en aquel punto ni un minuto, ya que sus firmes dedos volvieron mi mentón haciendo que mis ojos se desviaran al mismo sitio, para que pudiera ver la longitud de su erección.

—¿Ves? Esto es lo único que provocas en mí, y eso, lo provocas tú. — Casi escupió esa última palabra.

—Márchate, por favor... —le pedí al borde del llanto.

Tomó mi cuerpo con una sola mano, apartando las sábanas que se interponían entre nosotros, para dejarme colocada de tal manera que su cuerpo seguía encima de mí, y mi cabeza sobre la almohada. Tragué saliva cuando sus enormes brazos se posicionaron en los laterales de mi rostro, y este acercó el suyo hasta casi tocar mis labios, los cuales no besó en ningún momento.

—Te acabas de correr en mi boca, *bambina*. No voy a marcharme sin follarte.

—Yo... no... he hecho... —balbuceé sin poder mirarle.

—Oh, sí, sí que lo has hecho —murmuró esto último muy cerca de mi oído, como un auténtico demente.

Tragué saliva ante sus palabras, evadiendo sus ojos con verdadero pánico. Sentí sus manos abriendo mis piernas lo suficiente como para encajarse en ellas.

Temí por mí, por el mañana, por todo, pensando en que se le había ido la cabeza por completo, cuando yo lo único que quería era ayudarle aquel día. No entendí su comportamiento, y por más que lo observaba no sabía qué hacía en mi habitación cuando lo que realmente desprendía al verme era un asco monumental.

Mi pecho subía y bajaba a una velocidad de vértigo, en el momento en el que noté la punta de su miembro en mi sexo. Mis piernas temblaban bajo su contacto y me revolví incómoda en un intento de que se marchase antes de que cometiera una locura como aquella. Apretó con una de sus manos mi vientre, fulminándome con la mirada.

—¿Por qué no te has apartado cuando te estaba comiendo el coño? —me preguntó con brusquedad.

Mis labios se sellaron incapaces de pronunciar una sola palabra.

Y, realmente, no tenía ni idea del motivo por el cual no me había quitado, o eso quería pensar. Por lo tanto, no me estaba obligando a nada, sino que yo también le estaba dando la libertad que se tomaba, aunque lo temiese, sabía que lo único que me ocurría era que su presencia me intimidaba.

No soportaba ver lo seguro de sí mismo que podía llegar a ser, mientras que yo era una persona que no se valoraba y mucho menos, tenía seguridad de cualquier cosa que hiciese en la vida.

Volví a sentir su dura y gruesa cabeza en la entrada de mi sexo y me tensé. Se posicionó pegado a mi cuerpo dejando su frente junto a la mía, sin apartar sus ojos, cuando sentí que avanzaba arrancándome un pequeño grito de dolor que me hizo removerme. Bajó su boca por mi cuello al mismo tiempo que una de sus manos sujetaba mi pierna derecha con precisión, para conseguir mejor acceso, y la otra se entretenía en mis pezones de nuevo haciendo que varios suspiros se escaparan de mis labios.

—Déjame entrar, pequeña —musitó roncamente en mi oído.

Las excitantes caricias pasaron a ser más bruscas, y noté que mi cuerpo se relajaba sin poder evitarlo, cuando de repente, se clavó en mi interior de una sola estocada apretando la mandíbula.

Una exclamación salió de mi boca junto a un dolor punzante, al igual que unas lágrimas descendieron por mis mejillas perdiéndose en las sábanas y, sin

darme cuenta, vi que mis brazos estaban envueltos en los suyos agarrándose con fuerza.

Separó su rostro de mi cuello, posicionándose de nuevo frente a mí, tan cerca, que cualquier movimiento de mis labios haría que impactaran con los suyos. No se movió del sitio, quedándose enterrado en el interior de lo más profundo de mi ser, contemplándome con un sentimiento que no supe descifrar. No solté mi agarre cuando salió con lentitud de mi interior para volver a enterrarse de la misma manera, haciendo que mi sexo lo envolviera con ansias. Noté que un líquido impregnaba mis piernas y parte de mi trasero, cuando sus acometidas empezaron a ser más rudas y exigentes.

Alzó mis piernas con ímpetu para conseguir la profundidad que requería, y noté que su miembro me llenaba de tal manera que no había el espacio suficiente en mi interior para acogerlo, pero volví a equivocarme. Escuché sus gruñidos desmedidos, sin que sus ojos se apartaran de mí ni un solo instante. Mi cuerpo comenzó a moverse de manera involuntaria acompañando sus embestidas, buscando el placer que minutos antes había sentido mientras su boca me devoraba, y me avergoncé de nuevo al ver sus ojos que me comían lujuriosos.

Cerré los ojos con fuerza cuando creí que no conseguiría seguir sosteniéndole la mirada de tal forma, pero un rugido como el de un león hizo que los abriera de nuevo sin darme tiempo a pensar.

—¡Abre los ojos, Adara!

Su cuerpo bailaba sobre mí con una maestría inhumana, arrancándome pequeños espasmos que me eran imposibles de controlar, al igual que los gemidos que ya no pretendía esconder. Vi que sonreía en más de una ocasión por lo que me estaba haciendo sentir, e intenté desviar la mirada de él, aunque solo fuese un breve instante para intentar recomponerme. Al tratar de hacer ese gesto, una de sus manos agarró mi rostro mientras se incorporaba lo justo para sujetar con fuerza la parte izquierda de mi cadera, sin dejar de bombear en mí como un loco. Comencé a notar un breve dolor que no supe diferenciar, puesto que el placer acaparaba gran parte de todo lo que estaba pasando.

—Córrete.

Apretó mi mandíbula con firmeza. Pegó sus labios a los míos, casi rozándolos, pero no llegó a besarme.

—Empapa mi polla de tu esencia, *bambina*.

Mi espalda se arqueó, momento en el que creí desfallecer cuando las

mariposas que anteriormente sentí revolotearon indicando que aquella sensación desconocida volvía. Entreabrí mis labios lo suficiente como para que un jadeo saliera de mi boca, y supe que estaba en el límite cuando con dos embestidas más, me dejé llevar.

Estampó su boca con fiereza devorando cada resquicio de mis labios, batallando con mi propia lengua mientras pensaba que me ahogaría con mis propios gemidos, a la vez que los absorbía perdiéndose en la suya, quedándose para él. Segundos después, y aún convulsionando bajo su cuerpo, salió de mi interior y noté un líquido caliente caer sobre mi muslo derecho a la par que sentía que su mano hacia contacto con mi piel cuando movía su miembro con rabia para terminar.

Me contempló desde su posición con el rictus serio, sin menear ni un solo músculo, ya que lo único que se agitaba era su pecho que subía y bajaba.

El mundo pareció detenerse para nosotros, pero todo eso se rompió cuando se levantó, recolocó su pantalón, agarró su camisa con rabia y salió de la habitación sin mirar atrás.

Cerré mis piernas y me giré mirando hacia el mismo sitio por el que Tiziano había salido, sujeté la almohada con fuerza y hundí mi cabeza en ella intentando desaparecer del mundo, desaparecer de sus ojos, olvidarme de lo que acababa de pasar y, sobre todo, intentar calmar el vaivén de emociones que tenía en aquel instante.

«¿Qué has hecho?».

Esa noche lloré sin medida, ahogándome en mis propias lágrimas, pensando en que lo que tenía que hacer era apartarme de ese hombre con aspecto devastador que únicamente me traería problemas si continuaba cerca de mí.

<sup>5</sup> Pequeña, niña: traducción del italiano al español

## Italianos



### *Micaela Bravo*

A la mañana siguiente desperté envuelta en las sábanas con el cuerpo de Jack casi aplastándome. El calor que sentí fue asfixiante y me revolví intentando no despertarle. Su enorme brazo estaba sujetando mi cintura con fuerza y no había manera de moverlo, así que, finalmente, tuve que cogerle de la mano y apartarla lo suficiente como para conseguir levantarme.

La noche anterior volvimos en uno de los coches que había aparcado en el campo, imaginé que lo había dejado Tiziano. Cuando llegamos a la mansión, después de hacer alguna parada con urgencia, no había nadie despierto para recibirnos o, por lo menos no fuimos conscientes de ello. Así que entramos a trompicones en el dormitorio sin dejar que nuestros cuerpos se separasen ni un ápice.

Llegué hasta el cuarto de baño sintiendo cada uno de mis huesos a punto de romperse. Estaba dolorida por todas las partes y necesitaba una ducha con urgencia para apagar el sofocón que tenía. Abrí el grifo del agua, metiéndome debajo de manera que cayó helada sobre mi cuerpo desnudo. La acogí soltando un suspiro, permitiéndome cerrar los ojos durante un instante, el mismo en el que la puerta del baño se abrió dando paso a un Jack recién levantado, con una cara de sueño más que hermosa.

Tragué saliva al ver que se dirigía hacia mí con pasos firmes, con unos andares que rozaban la línea de lo peligroso y una sonrisa dormida que me daban ganas de borrar con salvajes besos.

Abrió la mampara de cristal sin quitarme los ojos de encima y la cerró con un brusco movimiento.

Así era él.

Salvaje, adictivo, endiabladamente sensual.

Mojé mis labios inconscientemente y este fijó la vista en ellos cuando aprisionaba el interior de estos, con fuerza. Pasó una mano por mi mejilla para llegar a ellos y de un breve tirón los separó. Dio un paso más llegando a mí, notando en mi vientre su prominente erección que clamaba atenciones. Deslicé mis manos por su excitante cuerpo, hasta que llegué a su miembro y lo agarré con fuerza. Lo toqué hacia delante y hacia atrás con breves pero precisos movimientos, y pude ver en sus labios una exclamación de placer junto a un diminuto rugido que salía de su garganta.

—Micaela...

Sonreí al darme cuenta de su tono de advertencia y bajé por su cuerpo creando un reguero de besos hasta terminar de rodillas ante él. Delineé su figura mientras mi lengua se entretenía con picardía por toda su longitud hasta que segundos después paladeaba su cabeza para introducirla en mi boca. Esta vez un gemido ahogado salió de él, y noté que se tensaba por momentos cuando su mano se colocó sobre mi cabello, al mismo tiempo que la otra se cerraba en un puño sobre los azulejos de la ducha.

Con maestría succioné sin descanso, ayudándome con mi mano para que el placer fuera más extenso, contemplándole de reojo, y viendo que echaba su cabeza hacia atrás mientras notaba en mi boca cómo se hinchaba. Sus dedos se clavaron en mi cabello, en el mismo instante que escuché que maldecía:

—Joder...

Moví mi boca con más soltura, llevándolo hasta el extremo en el que sabía que se perdería en breve, sujetando su trasero con ambas manos cuando su erección me llenaba por completo. Clavé mis uñas en él, haciendo que un gruñido varonil escapara de su boca, y en el instante en que se tensó a punto de correrse, cogí su miembro y lo masturbé con fuerza haciendo que su semen cayese sobre mis pechos de manera descontrolada.

Cogió mis hombros con fuerza poniéndome de pie, a la misma vez que una de sus manos me alzaba la pierna derecha, mientras que la otra se mantenía en el suelo, y me penetró con una bestialidad inhumana que me dejó sin respiración. Sentí sus acometidas a cada cual más ruda, y tuve que arquear mi espalda cuando el primer orgasmo me arrolló de manera devastadora.

Pensé que ya tenía bastante, pero me equivoqué, siempre lo hacía. Me giró pegando mis manos a la pared, arrastrando mi trasero de manera bestial hacia atrás e introduciéndose de nuevo en mi sexo de una sola estocada. Moví mi cuerpo pegándome más a él, cuando supe que no podría evitar que otro

orgasmo me arrollara y que tardaría poco en llegar, pero, de repente, su miembro salió de mí para introducirse por detrás segundos más tarde.

Creí morir.

—Dios..., qué estrecha estás... —Jadeó.

Sus movimientos no cesaron, pues estaba lo suficientemente dilatada como para que siguiera, y mi cuerpo se pegó más a él en busca del placer máximo que sentía cada vez que me follaba por detrás. Una de mis manos bajó hacia mi clítoris, y no me dio tiempo a posicionarla sobre él, cuando los expertos dedos de Jack ya toqueteaban aquella zona tan sensible que solo me llevaba a la locura.

Sentí que mis piernas fallaban, y con la mano que tenía libre me agarró de la cintura para que no cayera desplomada al suelo. Estaba agotada, nunca mejor dicho. Sus movimientos seguían siendo constantes y directos, y noté que mi final se acercaba otra vez, hasta que escuché de sus labios, en un hilo de voz, susurrar:

—Espera.

Apreté mis puños contra el azulejo cuando un grito salió de mi garganta, dándome a entender que no podía seguir conteniendo las ganas de correrme como una loca y, minutos después, cuando creí que me desmayaría si no terminaba, clavó sus dedos con bestialidad en mi cintura y me dejó ir oyendo un gruñido desgarrador saliendo de su garganta.

Rendida, caí de rodillas en el suelo y me arrastré con la respiración a mil por hora, hasta conseguir apoyarme en la pared. Él hizo igual, resbalando por esta hasta quedar sentado en el suelo con la boca abierta, intentando coger el aire que nos faltaba a ambos. Me miró de reojo y después cerró sus bonitas esmeraldas tratando de recomponerse. Extendió su mano para que la aceptara, y lo hice sin pensar hasta que terminé en su regazo de medio lado. Apoyó su frente en mi pelo, depositando un casto beso en él.

—¿Alguna vez nos vamos a cansar? —me preguntó entrecortadamente.

—Espero que no. —Sonreí.

Después de la extensa ducha, salí corriendo del cuarto de baño cuando Jack me dio un pequeño latigazo con la toalla y supe sus intenciones a distancia. Me cambié de ropa mientras él terminaba de cerrar la maleta y, arreglada con uno de mis elegantes vestidos ceñidos, salí sobre mis altísimos tacones que repiqueteaban sobre el suelo, haciendo un gran escándalo.

Había llegado la hora de terminar con el favor de Tiziano, y yo era como

aquel que dice, el cebo para cazar a Marco. Antes de llegar al salón donde supuse que todos estarían desayunando, me paré en la puerta del dormitorio en el que estaba Adara y entré. Se encontraba acurrucada a la almohada, vestida y lista para marcharse de allí cuanto antes. Me senté en la cama a su lado, y esta me miró de reojo.

—En unas horas estaremos en España. Le diré a Ryan que se quede contigo, ¿te acuerdas de él?

Asintió con tristeza.

—¿No puedo quedarme contigo? —musitó.

Aquellas palabras me asombraron, a la misma vez que me enternecieron.

—Sería demasiado peligroso. Pero eso es mejor que quedarte con Tiziano, me imagino.

Sus ojos se cargaron de miedo y lágrimas, al segundo de pronunciar su nombre, y pegó un bote de la cama que consiguió apartar sus sábanas. En ese momento, pude ver manchas de sangre y volví mis ojos hacia ella cuando se tapó a toda velocidad.

—¡No! ¡No me dejes a solas con él, por favor!

Se tiró a mi cuello y noté que empezaba a temblar como una hoja. Coloqué mi mano sobre su cabello, arrugando mi entrecejo cuando sentí que la rabia empezaba a devorarme.

—Adara... —Esta lloraba sin consuelo, y me temí lo peor—. Adara, ¿ha pasado algo?

Negó con la cabeza insistente, pero no la creí.

—Sabes que puedes confiar en mí para lo que sea, ¿verdad?

Asintió, pero no se pronunció.

—¿De quién es la sangre que hay en las sábanas?

Sorbió su nariz, y en vista de que no me respondería, aparté la tela para comprobar que, efectivamente, había más sangre de la que esperaba. Pude ver que sus piernas también estaban manchadas y me levanté como un tornado de la cama en dirección a la puerta.

—¡No, Micaela! ¡No! —chilló.

Salí al pasillo en busca del italiano de tal manera que el mismo diablo se asustó al escuchar mis pasos, y nada más llegar al salón le vi apoyado en la ventana mirando al exterior. Arcadiy, Jack y Riley me observaron cuando pasé en dirección hacia él con el rostro más que serio y, este, al verme, alzó una ceja.

—¿Qué pa...?

No lo dejé terminar.

—¿¡Qué le has hecho!?

Eché su cuerpo hacia atrás cuando el mío casi le rozaba de manera intimidante, hasta que una sonrisa lobuna apareció en su rostro.

—Nada que ella no quisiera.

La rabia se agolpó en todos mis sentidos y escuché los pasos de Jack dirigirse hacia mí cuando ya levantaba mi mano para golpearle hasta la saciedad. ¡Era una cría! Oí las voces de Adara detrás de mí, y esta se colocó entre el italiano y yo antes de que pudiera hacer nada.

—¡Micaela, Micaela! —Sonó suplicante—. No ha pasado nada, de verdad, son cosas de... —Tembló—. De nosotras. Él no me ha hecho nada, de verdad. ¡Tienes que creerme!

Sus lágrimas bañaban su rostro y sus manos temblaban sin cesar. Miré a Tiziano llena de rabia, dado que su rostro no mostraba ninguna emoción y supe a ciencia cierta que ambos me estaban mintiendo. Tragué saliva, me di la vuelta agarrando con fuerza el brazo de Adara y casi la arrastré hasta el dormitorio. Cerré la puerta con un gran portazo, y la miré intimidante.

—Espero que no me estés engañando o te juro que...

—¡Te estoy diciendo la verdad! —me gritó llorando.

Apreté mi mandíbula, fijándome de nuevo en las sábanas manchadas y asentí dándole vueltas a mis pensamientos. ¿Por qué cojones me estaba mintiendo?

—Dúchate y prepárate. En unas horas estaremos en España.

Cerré de nuevo con un portazo, y llegué hasta el salón donde todos me observaban con gran interés. Fulminé a Tiziano con mis ojos, y este mostró una sonrisa que me desarmó. Definitivamente, había algo que no sabía, pero que averiguaría. Me olvidé del desayuno y salí para intentar calmar los nervios.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

La voz de Jack me sacó de mis pensamientos. Sujeté la barandilla que daba al mar con más fuerza, y hablé:

—Ayer pasó algo, y Adara no me lo quiere contar.

—¿Y por qué te preocupa lo que le pase ahora? —cuestionó extrañado.

Me di cuenta de mi error en ese mismo instante.

—Porque es una cría.

Lo fulminé con mis ojos y este pareció creer la excusa que le estaba

poniendo. Se colocó a mi lado y miró en mi misma dirección.

—¿Por qué sospechas que ha pasado algo?

Le conté lo que acababa de ver y él intentó quitarle hierro al asunto.

—Tiziano puede tener a la mujer que quiera. No creo que vaya a abusar de ella. No tiene sentido, Micaela. Quizá te esté diciendo la verdad, y solo sea su habitual periodo. No le des más importancia.

Me abrazó por detrás, depositando un casto beso en mi pelo, pero, aun así, yo sabía que no me estaban diciendo la verdad. Al italiano lo tenía calado desde hacía mucho tiempo y a mí no me engañaba tan fácilmente.

Vi que se giraba de nuevo al interior de la vivienda, a la misma vez que los otros salían de la mansión. Le eché una mirada a Tiziano que esquivó con facilidad, colocándose sus gafas de sol abriendo la puerta trasera del vehículo. Yo, por mi parte, lo hice en otro, con Arcadiy...

La tensión se podía cortar con un cuchillo e intenté por todos los medios no dirigirle la palabra, pero él sí lo hizo.

—Cuando salgas tendré la bolsa preparada para que te cambies en el primer lugar que veamos. Con ese vestido es imposible que puedas correr. — Esto último sonó más a bronca que a otra cosa.

—No puedo ir con un pantalón y una camiseta cualquiera para cerrar un trato de este calibre.

—Ya imagino...

Lo miré de reojo dado su tono de despotismo, y volví mi vista al frente de nuevo. Suspiré. Maldita era mi suerte. Me reencontraba con mi hermano después de años pensando que estaría muerto y que jamás volvería a verle, y lo que hacíamos dos días después de entablar una conversación y sincerarnos, era destruirnos de nuevo. ¿Por qué el destino era tan cruel?, o, por el contrario, ¿por qué las personas éramos tan absurdas?

No podía contarle mis planes, ya que no los entendería seguramente, y que él me hubiese visto con Aarón no hacía otra cosa que ponerme piedras en el camino. Tenía que disimular de la mejor forma que sabía, y todo ello lo conseguiría como siempre lo había hecho. No quería hacerle daño, pero si llegaba el momento y se interponía en mis decisiones, tendría que tomar medidas drásticas para que no me perjudicara ni a mí ni a mi futuro.

Llegamos a una carretera solitaria en la que, únicamente, grandes bosques se encontraban en los alrededores. Los demás se habían quedado a una distancia prudencial, y esta vez Riley había comprobado que todos los

aparatos electrónicos funcionaran como era debido. No podíamos permitirnos un incidente como el del internado y menos con alguien como Marco.

Entramos en un camino de tierra, hasta que a lo lejos vi una pequeña iglesia abandonada, y un poco más adelante una gran casa que pasaba desapercibida con los enormes árboles que la cubrían. Aparcamos el coche en la entrada y, antes de bajar, Arcadiy me contempló con cautela sin ser capaz de fijar sus ojos en mí más de dos minutos seguidos.

—Ten cuidado ahí dentro.

—No creo que te importe mucho. —Abrí la puerta—. De todas formas, no te fías de mí.

Cerré con un leve portazo, al mismo tiempo que se posicionaba detrás de mí sin decir ni una sola palabra más.

Miré mi reloj en mi muñeca izquierda, comprobando que llegábamos dos minutos antes. Anduve con decisión hasta la entrada, que se encontraba flaqueada por cuatro hombres, y estos al verme abrieron la puerta principal de la mansión.

El plan era sencillo; mientras yo cerraba el «trato», Tiziano y Jack barrían la zona y dejaban a Marco sin seguridad, para que minutos después, escapáramos por el mismo camino que habíamos venido o, si la cosa se ponía fea, por la iglesia que había unos metros más lejos de la mansión, de la cual Riley había sacado unos planos averiguando que tenía pasadizos que conducían hasta el pueblo más cercano.

Entré en la ostentosa vivienda, comprobando con mis propios ojos que no le faltaba ni el mínimo detalle. Esperé hasta que Marco apareció con un traje blanco reluciente ante nosotros, y este sonrió con alegría al vernos.

—¡Por fin! Qué puntuales, seguidme.

Un hombre paró el paso de Arcadiy cuando llegamos a un salón que tenía como poco cincuenta metros cuadrados. Era impresionante y tan amplio que todo mi apartamento cabía en él. ¿Por qué la gente de dinero se empeñaba en tener grandes mansiones? Me indicó un asiento en la larga mesa, arrastrando la silla a la espera de que me acomodara en él. Lo hice sin pensármelo, y sentí que una de sus manos se posaba en mi hombro de manera tentadora.

—No sabes cómo me alegro de que hayas venido. Estoy seguro de que haremos grandes negocios —me dijo pegado al oído.

Mis ojos se mostraron firmes, a la vez que el pensamiento de partírle la mano como me volviese a tocar cruzaba mi mente. La silueta de Arcadiy en la

puerta del salón no me pasó desapercibida, y volví mi atención hacia el hombre que me miraba con una admiración desmedida.

—Bien, ¿cuándo quieres que empecemos a trabajar?

—Mañana mismo, si es posible.

—¿Tan rápido quieres acabar con Tiziano Sabello?

—Ya te dije que no me gustan las traiciones. —Lo miré fijamente—. Y espero poder confiar en ti.

—No lo dudes. Cuando doy mi palabra, la cumplo. Lo mismo espero de ti.

—Ese detalle puedes ahorrártelo, Marco. Soy una mujer de negocios —sentencié con rudeza.

—De acuerdo. —Movié sus manos en el aire—. Entonces, ¿qué te parece un veinte por ciento de las ganancias para ti?

Reí. Si me conformaba no sonaría creíble, y más tratando con ese tipo de personas.

—¿De verdad me crees tan estúpida como para aceptar un trato así?

—Veo que no —murmuró desganado.

Se levantó de su asiento, ofreciéndome una copa que decliné. Arrastró, esa vez la silla que había justo a mi lado, y puso una mano sobre mi muslo. Lo miré con seriedad, y la retiró.

—Perdona, hermosa, no pretendía ofenderte.

—Mis servicios se pagan, Marco, pues mi cuerpo también —añadí con seguridad en mis palabras.

Escuché un gran resoplido al otro lado del auricular, y supe de quién provenía. Contuve la sonrisa que me provocaba cada vez que los celos se apoderaban de Jack, y seguí con la conversación cuando Marco se levantó, para colocar ambos brazos en la silla, de manera que quedaba encajada entre él y su cuerpo.

—Entonces, tendrás que decirme qué precio tengo que pagar para que te quedes esta noche conmigo.

Su rostro se pegó tanto al mío que pensé que sin esperarlos sus labios me rozarían, y eso no lo iba a permitir.

—Lo primero de todo —posicioné mi mano sobre su pecho—, es mantener las distancias y después, ya se hablará.

No se movió ni un ápice, hasta que, segundos más tarde, mientras nuestras miradas se batallaban dado que él pensaba que tenía el mando de la situación, escuchamos disparos en el exterior. Marco levantó la mirada, con temor en sus

ojos, y voceó:

—¿¡Qué está pasando ahí fuera!?

Aún tenía un rato más para mi papel de actriz que no pude terminar, ya que, al momento, un titán que tenía nombre y apellidos entraba en el salón con la cara desencajada en dirección al italiano que ya sacaba su pistola del pantalón. Coloqué un cuchillo que siempre llevaba en el muslo sobre su cuello, y este me miró con los ojos abiertos de par en par.

—Putá zorra... —siseó con rabia.

No le dio tiempo a nada más cuando el puño de Jack impactó en su rostro de manera bestial, haciendo que cayera de espaldas en el suelo. La pistola de Marco acabó casi a la altura de uno de los sillones que había en la sala, y lo siguiente que escuché fue el silbido de triunfo por parte de Tiziano que se acercaba a nosotros con ojos brillantes por la emoción.

—Vaya, vaya, vaya, mira a quién tenemos aquí —se chuleó con el mismo tono de un demente.

—¿¡Tú!? —bufó mirándome con rencor.

Mantuve mi posición inicial sin levantarme de la silla, contemplando que Jack se colocaba a mi lado lanzándome una mirada de reproche que obvié. La culpa no había sido mía. Tiziano elevó su arma con una sonrisa deslumbrante en el momento en el que Marco intentaba convencerle.

—No, no, no —suplicó—. Haremos negocios juntos, ¡dejaré de pisarte la zona!

Y no le dio tiempo a decir nada más, puesto que el italiano de mi derecha no pensaba entretenerse más de la cuenta. Disparó dos veces en el pecho de este y dejó de respirar segundos después.

—Un poco más y tu amorcito me jode el plan —renegó.

Jack le miró con mala cara justo cuando dejaba mi asiento viendo a Marco, y después a Tiziano con una cara de felicidad que no se tenía en pie. Me encaminé hacia la puerta, quedándome casi al lado de Arcadiy.

«Italianos...», pensé.

La voz de Riley, al otro lado del pinganillo, me sacó de mis pensamientos.

—Oh, oh, tenemos un problema. Y grande.

# 23

## Ahora



—¿Qué...?

Esa palabra fue la única que le dio tiempo a Jack de pronunciar, ya que una gran nube de balas empezó a cubrir el salón de punta a punta. Vi que levantaba sus manos intentando cubrirse, hasta que terminó debajo de la mesa detrás de una simple silla, mientras que Tiziano agarraba el cuerpo sin vida de Marco que se llevaba un balazo tras otro, haciendo que la sangre salpicara en todas las direcciones. Los cristales y adornos de cerámica saltaban por los aires sin ningún reparo, y fue justo en ese momento cuando los ojos de Jack se fijaron en mí, con miedo.

Arcadiy me giró envolviéndome con su cuerpo, empujándome hacia la parte trasera de la mesa. Tiró de la estantería para colocarla delante de nosotros, pero eso no era suficiente para que las balas no traspasaran la madera. Nos agachamos en el instante en el que un tiro impactaba de lleno en su hombro izquierdo. Este hizo una mueca con los labios, como al que le dan un arañazo, al tiempo que yo abría los ojos presa del pánico.

—¡Te han dado! ¡Te han dado! —chillé histérica sujetando sus brazos.

Cogió mis hombros con un rápido movimiento mientras seguía intentando protegerme con su estrepitoso cuerpo, y yo me revolvía en sus manos para que se quitara. Era el blanco más fácil que había en todo el salón.

—¡Tranquilízate!

Sus ojos se clavaron en mí pidiéndome una paciencia que no supe encontrar. Traté de moverlo un poco hacia el lateral, pero poco conseguí, ya que no tenía pantalones, parecía una roca. Me aniquiló con sus ojos en señal de que no volviese a intentarlo, lo que hizo que arrugase mi entrecejo.

—¡Riley! —gritó Jack, del que no había reparado en ningún momento.

Llevaba la mano llena de sangre y me alteré. Si no salíamos de allí ya,

acabaríamos muertos del primero al último. La voz desesperada de Riley no se hizo de rogar.

—¡Va, va, va, va! Os estoy ubicando con los planos. —Se hizo el silencio después de la carrerilla que pilló al principio—. Adara, ponte en ese ordenador. Dale ahí. Sí. Perfecto.

Instintivamente miré al italiano que, tumbado, se cubría con el cuerpo de Marco haciendo de escudo, y pude apreciar su mala cara cuando pronunció el nombre de ella. Jack me miró de refilón, negando con la cabeza, al ver que mis ojos se quedaron fijos en su mano que no dejaba de sangrar.

—Cinco coches están repartidos en la puerta delantera y trasera de la mansión. Es imposible que salgáis con vida de allí si lo hacéis por la puerta principal. Creo que son unos treinta hombres.

—¿De quién? —le preguntó Jack acelerado, en el instante en que las balas impactaron de nuevo sobre las sillas que había conseguido colocar delante.

El silencio se hizo eterno al otro lado del pinganillo, mientras que las balas cada vez traspasaban más la estantería que nos cubría. Miré a Arcadiy de reojo, sin poder evitar que el temor apareciera en mis ojos. No saldríamos con vida.

—Tranquila, vamos a salir de aquí. Cueste lo que cueste.

Agarró mi mano con determinación y ese gesto me ablandó el corazón. No le temía a la muerte, siempre lo dije, pero sí temía perder a las personas que más me importaban y últimamente parecían crecer en escala, al igual que cada vez nos exponíamos más al peligro.

«Mi hermano», me repetí.

Le tenía delante y le podía perder en menos de un segundo si se daba el caso. Volví a observar su hombro, pero él parecía no darle importancia a la herida que empapaba su ropa. Estiró la mano como pudo, alcanzando la bolsa negra en la que llevaba la ropa para cambiarme, la abrió, y sacó de ella una prenda cuadrada.

—¿Qué haces? —le pregunté confusa.

Se puso de rodillas intentando esconderse lo máximo posible y, con una urgencia desmedida, abrió sus laterales y lo metió por mi cabeza.

—Saca los brazos.

Un rápido movimiento de cabeza intentando agacharnos surgió de los dos, cuando las balas volvieron a nuestra zona.

—¡¡Riley!! —Esa vez Jack estaba fuera de sus casillas.

Observaba todas las direcciones buscando una salida, hasta que detrás de Tiziano vio que había una abertura a lo que parecía un pasillo. Arcadiy tiró de los laterales del chaleco antibalas y me miró.

—La ropa me parece que no te va a dar tiempo a cambiártela. —Sonrió.

Sin pensarlo, me abracé a él como si fuese mi salvavidas. Al principio se quedó paralizado ante mi contacto, pero después envolvió sus brazos en mi cuerpo presionándome con fuerza hasta que me separé de él y deposité un beso en su mejilla. Asentimos a la vez, queriendo decirnos que saldríamos de allí para mantener una conversación como mínimo.

—Vamos a salir por ahí —indicó Jack que nos miraba en la distancia.

Me arrastré por el suelo seguida de mi hermano hasta que llegamos a Tiziano. De repente, las balas cesaron y un montón de bolas por las que empezó a salir humo llenaron el salón.

—¡Levanta, corre, ya lo has dejado muerto para siete vidas!

El bufido de Jack hacia Tiziano hizo que este último soltara una carcajada mirando con desdén hacia su contrincante que parecía un colador.

Salimos a toda prisa hacia el rellano gigantesco, en el mismo momento en el que la puerta de la calle se abrió de par en par, y unos diez hombres, por lo que pude contar, empezaban a recorrer la sala.

—¡Aquí está! —la voz de Adara nos sobresaltó—. Donde estáis, si seguís cuatro pasos adelante, hay una puerta que baja hasta la zona de las cocinas. Seguid por ahí.

Tiziano tiró de la puerta, pero estaba cerrada, a lo que Jack, con un movimiento de mano, le pidió que se apartase a un lado y disparó cuatro veces hasta que cedió un poco. Le dio una patada bestial dejándola descolgada.

—Puerta abierta.

Le miré con una sonrisa en mis labios que me correspondió con gesto chulesco y depredador. Era igual de bruto para todo, y a mí... A mí me perdía ese carácter.

Arcadiy pasó por delante de nosotros poniéndose la mano en el hombro mientras sostenía la pistola con la misma. Tiziano bajó el primero y, seguidamente, entré yo. Detuve mi paso cuando vi que Jack no me seguía, y me fijé en que cuatro hombres venían armados hasta los dientes a por nosotros.

Encañonó su arma en la dirección de los cuatro y disparó sin piedad. Las balas que salieron proyectadas no consiguieron alcanzar su cuerpo, pero eso no quitó que yo temiese por su vida cuando el intercambio de pólvora se hizo

efectivo. Un hombre apareció por detrás de él, Jack levantó su hombro y con un simple gesto le golpeó, para después acabar con su contrincante en un santiamén. Sujeté su brazo con fuerza, arrastrándolo al interior.

—¡Te van a matar!

Una sonrisa vacilona se mostró en sus labios, dándome a entender que no permitiría que eso llegase a suceder, pero yo, como siempre, no las tenía todas conmigo. Bajamos las escaleras a gran velocidad y para nuestra sorpresa ya no había nadie dentro. Se notaba que todo el servicio había salido despavorido al escuchar el jaleo.

—¿Quién nos sigue? —preguntó Jack mientras llegábamos a la única puerta en la cocina.

—Megalos.

Contestó Riley en tono serio. Nos contemplamos, pero entre Jack y Arcadiy la mirada era distinta, era una mirada de lealtad. Jack asintió, y mi hermano no pudo evitar decir:

—¿De verdad pensabas que iba a fallarte?

No contestó, pero el leve gruñido de Jack se hizo eco en toda la sala. Tiziano puso los ojos en blanco y espetó por el pinganillo:

—A ver, chica lista, ¿qué mierda hacemos?

Le lancé una mirada demoledora que este ignoró con un gesto de mano. No volví a escuchar a Adara ni una sola vez más.

—Si abris esta puerta, llegaréis a un sótano por el que podréis acceder a los pasadizos que llegan a la iglesia que había justo antes de llegar a la mansión. —Hizo una pausa, mientras que Jack repetía el proceso para abrir la puerta—. Adara, busca los planos de la iglesia, estas son las coordenadas, y encuentra la salida. Tendréis una puerta con una codificación para salir, voy a desbloquearla —esto último lo dijo dirigiéndose a nosotros.

Traspasábamos el pasillo cuando tuve que detenerme por los zapatos y el cuerpo de Jack impactó en mi espalda. Arcadiy se giró y me miró como si estuviera loca, momento en el que la puerta por la que habíamos entrado se abría.

—¿Estás loca? ¡Corre, que somos cuatro y ellos treinta!

—Menos de treinta, chaval —añadió Jack con chulería.

Me quité los putos tacones con rapidez y este puso los ojos en blanco.

—¡A quién se le ocurre! —elevó la voz mi hermano de nuevo.

—No podía venir a una reunión así sin los zapatos de vestir —me quejé.

—Ya hablaremos de eso, vamos, camina —siseó Jack entre dientes.

Avanzamos hasta llegar al dichoso sótano que para nuestra sorpresa estaba abierto. Movieron una estantería de metal que había en el lateral, atrancando el acceso. Jack subió el automático que había tras la puerta, pero no dio señales de querer encenderse, así que estábamos completamente a oscuras.

Tiziano rebuscó en sus pantalones, hasta que dio con su teléfono móvil y encendió la linterna. Buscó por el inmenso sótano tratando de dar con la dichosa puerta de salida, pero no la encontraba.

—¡Riley! ¡La madre que te parió! ¿Dónde coño está la puta puerta?

—La tenéis delante.

—¡¡No tenemos nadaaaaaaaa!! —Alargó la última vocal con cansancio.

—Tirar lo que haya, está ahí.

Arcadiy y Tiziano se pusieron manos a la obra. Me giré y vi que Jack iba hacia ellos a gran velocidad, pero le paré antes de que llegase. Alcé su mano y comprobé que no dejaba de sangrar. Me contempló queriéndome decir que no le diese importancia y resoplé. Cogí el bajo de mi vestido y pegué un fuerte tirón hasta romper un buen trozo de tela, con el que hice un vendaje improvisado en su mano.

—Ahora está mejor —añadí, y vi que sus ojos me observaban con devoción.

La voz del italiano nos sacó de nuestro ensimismamiento.

—Vamos, vamos, cerebritito —le urgió a Riley.

Dicho y hecho, la puerta hizo un breve sonido y se abrió en el instante en el que los hombres de Anker entraban por el otro lado. Jack cerró tras sus espaldas, no sin antes soltar algún disparo que alcanzó a dos que venían hacia nosotros.

—¡Ciérrala, Riley!

Y el clic volvió a sonar en todo el pasillo indicando que no podrían entrar.

—Ahora, os toca correr antes de que descubran la salida del pasadizo.

—¿Sabemos si hay alguien al otro lado? —le preguntó Arcadiy.

—Me temo que no. No he encontrado nada con lo que poder ver la zona.

Tomé una gran bocanada de aire mientras mis pies descalzos empezaban a pisar el suelo con fuerza debido a la carrera. Pocos minutos después, llegábamos al final del pasillo donde solo había una trampilla con una cuerda por la que se suponía que debíamos tirar para salir. Jack pasó por delante de todos cargando su arma, y agarré su brazo.

—Iré yo primero —sentenció.

Tiró de ella indicándonos que nos pegásemos a la pared y, para alivio de mi corazón que latía desbocado al pensar que podría ocurrirle algo, no había nadie. Salimos en mitad del bosque, hasta que a unos pasos más lejos, la iglesia se encontraba sin nadie a su alrededor.

—Bien, en la iglesia tenéis que entrar por la puerta principal y después de eso, los pasadizos están a la izquierda, entrando por una habitación. Primera puerta a la derecha.

Jack asintió, sujetó mi mano con fuerza y tiró de mí. Noté que las ramas de los árboles se clavaban en mis pies de manera considerable, pero no me paré a pensar en ello y continué mi paso, ya que casi me llevaba a rastras.

Al entrar, un hombre se encontraba en medio del altar limpiando los libros que había sobre este y nos miró a todos con horror. Tragó saliva dando un paso hacia atrás.

—Tranquilo, que nosotros no vamos a hacerle nada —añadió Tiziano, con la pistola en alto, como si no tuviera que darle importancia a que cuatro personas con armas entraran en su iglesia.

Este se santiguó mientras doblábamos la esquina en dirección hacia la puerta que Riley nos había indicado.

—Estamos subiendo al helicóptero, estaremos ahí en diez minutos para recogeros. Detrás de esa puerta, buscad la única salida que hay, tenemos un gran campo donde podremos aterrizar.

La voz de Riley hizo que suspirase de alivio, pero ese sentimiento se esfumó cuando Anker volvió a mi mente. Ahora, ya no solo me quería a mí, sino a las dos personas que tenía conmigo, también.

Jack se paró en medio del arco que daba a una especie de subplanta por donde estaban las habitaciones, y Arcadiy se detuvo para mirarle.

—¿Pasa algo? —le preguntó mi hermano.

Se giró hacia mí con el rostro contraído.

—Siempre vivimos al límite —afirmó.

Sonreí. Era verdad, pero eso no quitaba que le quisiera de la misma forma. Pasé por su lado para depositar un casto beso en su mejilla, y oí cómo Tiziano resoplaba por nuestra tardanza. Si nos demorábamos mucho, nos encontrarían. Fui a dirigirme hacia el italiano gruñón, pero Jack me lo impidió agarrando mi brazo. Se quedó justo frente a mí, sujetando mi rostro con ambas manos.

—¿Hasta el último día? —me preguntó con los ojos brillantes.

—Hasta el último día —le respondí sin dudar.

Asintió levemente, cogió mi mano con fuerza y me arrastró hasta quedar delante del altar donde el hombre que había nos miraba con temor.

—¿Es usted cura?

Este asintió muerto de miedo.

—¡Venga ya! —Se fastidió, Tiziano—. ¡Que nos van a matar!

Jack obvió el comentario del italiano y fijó sus ojos en el hombre de nuevo.

—Cásenos.

—¿Ahora? —le pregunté sorprendida.

—Ahora —me respondió tajante.

Tuve que reírme, sin soltarme de su agarre.

—¿Que... qué...? —preguntó el hombre con confusión.

—¡Que nos case, cojones! —espetó Jack.

El cura se levantó como un vendaval de su asiento, sin dejar de asentir. Tiziano se encaminó hacia el primer banco de la iglesia, sentándose en él de manera chulesca mientras dejaba su pistola sobre el pecho y estiraba las piernas a todo lo largo. Colocó sus brazos sobre el espaldar e invitó a Arcadiy para que lo hiciera. Mi hermano, con la mano en el hombro herido, lo hizo y optó una postura parecida a la de él.

—Vaya al grano, o nos van a coser a tiros —añadió de nuevo el loco que tenía a mi lado.

El hombre abrió los ojos de par en par.

—Pero... necesitan unos testigos, necesitan firmar unos documentos que no dispongo ahora mismo y...

—Déjese de rollos y empiece. Ya vendrá él a por esos papeles y nos entenderemos como es debido, ¿verdad? —Alzó una ceja. Obviamente el cura no puso impedimento alguno—. Y para testigos..., ya los tiene a ellos. —Movió su cabeza en la dirección de los dos hombres del banco—. ¡Al grano!

Mientras le decía esas palabras, alzaba su pistola de vez en cuando para gesticular, y el cura no podía abrir más los ojos y la boca, asintiendo sin dudar.

—Y que sepa que... volveré —afirmó Tiziano moviendo sus cejas con chulería.

Jack le hizo un gesto con su cabeza para que comenzara, y el cura nos miró a ambos.

—Pero... ¿y sus nombres?

—Improvisé —espetó sin quitarme los ojos de encima.

No conseguí despegar mi vista del hombre más temerario que había visto en mi vida, pero también el más loco y al que más deseaba con todas mis fuerzas.

—Eh... Bien. ¿Sois plenamente libres para contraer matrimonio?

—Sí, lo somos —contestamos al unísono.

Sujetó mi cintura con fuerza, pegándome a él.

—¿Os comprometéis a amaros y respetaros durante toda vuestra vida?

—Y más allá —contestó Jack.

—¿Os comprometéis a colaborar en la obra creadora de Dios, asumiendo vuestra responsabilidad en la comunicación de la vida y en la educación de los hijos de acuerdo con la ley de Cristo y de la Iglesia?

—Sí, nos comprometemos —respondimos de nuevo a la vez.

El cura carraspeó mientras en la iglesia solo se escuchaba un silencio sepulcral. Oí unos coches por la tierra a toda velocidad, en el momento que los dos hombres que venían con nosotros se levantaban y encajaban la puerta de la iglesia encañonando sus armas para quedar delante de nosotros.

Jack agarró mi cintura con más posesión y casi quedé doblada hacia atrás en sus brazos. Lo miré con una sonrisa graciosa al mismo tiempo que podía contemplar el deseo por devorarme que le quemaba las entrañas.

—Al grano, señor cura —le insistió—. En un minuto su iglesia dejará de existir si no se da prisa.

Parecía nervioso, pero continuó:

—¿Quieres recibir por esposa a... ella, y prometes serle fiel, tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándola y respetándola durante toda su vida?

—Sí, quiero —le respondió con seriedad, acercándose más a mis labios.

Junté los míos cuando pensé que otra risa nerviosa se me escaparía y esperé mi turno.

—¿Quieres recibir por esposo a... él, y prometes serle fiel, tanto en la prosperidad como en la adversidad, en la salud como en la enfermedad, amándolo y respetándolo durante toda su vida?

—Como le digas que no, es para matarte a ti.

El comentario de Arcadiy me arrancó una sonrisa. Coloqué una de mis manos sobre su mejilla, cuando unos pasos que no eran nuestros se

aproximaban a la puerta.

—Sí, quiero —murmuré embobada con sus ojos.

Me lancé a sus labios y sentí que dejaba de tocar el suelo cuando sus brazos me aplastaron de tal manera que creí morir de asfixia.

—¿Los anillos? —nos preguntó el cura.

Tiziano se giró hacia él como si no hubiese visto que estábamos locos para encerrarnos.

—Imagine que son invisibles —le indicó Jack.

—Pues..., por el poder que me ha sido otorgado, yo os declaro marido y mujer. Puede... —no le dio tiempo a continuar cuando Jack se había abalanzado sobre mi boca de nuevo— besar a la novia...

Los golpes resonaron en la entrada de la iglesia, momento en el que las balas lo hacían también intentando abrirla.

—Pues..., si habéis terminado, yo creo que ya va siendo hora de irnos —canturreó Tiziano, al que el humor le había vuelto de manera considerable.

Jack sujetó mi mano para salir de allí, haciéndole un gesto al cura para que nos siguiese. Este no se lo pensó y siguió al italiano que cogió carrerilla para llegar a la puerta. Arcadiy metió su mano entre Jack y yo, y me observó al mismo tiempo que depositaba un casto beso en mi mejilla.

—Espero que sepas valorar al hombre que te llevas —añadió mirándome fijamente con un signo de emoción diferente al que siempre había visto en él.

El tipo duró que conocía desde hacía poco cambió, y vi a la persona que realmente se preocupaba por Jack.

—Lo haré.

Asintió y pasó sus ojos a la persona que más apreciaba. Palmeó su espalda y sonrió.

—Felicidades, hermano.

## Último día



En el exterior, Riley junto con un equipo de diez hombres de Tiziano cargados de armas, nos esperaban junto al helicóptero y tres *jeeps* del italiano. Este sonrió al verle con tales armas y alzó la mano para que terminasen con todo bicho viviente que hubiese alrededor.

Subimos al helicóptero donde Adara estaba sentada pegada a una de las ventanas. Asomó su cabeza y cuando nos vio suspiró. Miré a Jack de reojo, al que no le pasó desapercibido aquel gesto de la muchacha.

—Para ser una moneda de cambio, te tiene un cariño especial.

—Eso no tiene nada que ver, Jack.

Me observó de lado queriéndome decir: «¿Piensas que soy tonto?». Pero no le dio más importancia y siguió hacia el helicóptero sin pronunciarse. Me fijé en su mirada que analizaba a Adara minuciosamente, sin embargo, por lo que pude apreciar no llegó a ninguna conclusión, ya que juntó sus labios en una mueca de confusión. Tenía que hablar con él, y lo tenía que hacer ya. Subimos, y le extendí la mano a Arcadiy para que lo hiciese, mientras que Jack tiraba de su cuerpo como si fuera un saco.

—Ya puedo yo, me estás haciendo más daño del que tengo —se quejó.

—Deja de ser nenaza —le espetó el otro con chulería.

Arcadiy le lanzó una mirada asesina, pero después sonrió. Se sentó al lado de Adara, y esta, muda, se fijó en su hombro.

—Tenemos dos heridos, ¿nos ayudas? —le pregunté cuando vi que no se movía del sitio.

Asintió sin decir nada, momento en el que el italiano se subía, sentándose al lado de mi hermano. Por lo tanto, estaban los tres frente a Jack y a mí. Doblé mi cuerpo lo suficiente para coger su mano, y quité la tela de mi vestido para curar la herida que a simple vista, parecía que sangraba por los cortes de

los cristales que se rompieron.

Adara se colocó de rodillas entre las dos filas de asientos cuando el helicóptero comenzaba a ascender, lo que hizo que su pequeño cuerpo se tambalara y casi cayese de espaldas, sino llega a ser por la mano de Jack que la sujetó con un rápido movimiento. Ella le miró dándole las gracias en silencio y Jack asintió con un sentimiento que no supe descifrar en su rostro.

Nerviosa, se giró hacia Arcadiy, cuando este levantaba su camiseta como podía hasta conseguir sacársela por la cabeza. No pude evitar fijarme en los marcados músculos que cubrían su pecho hasta el filo de su pantalón, junto al gran tatuaje que resaltaba su costado derecho, y noté que el ambiente se tensaba por parte del otro hombre que, mirando hacia el frente, sabía que los observaba de reojo. Adara agachó su vista hacia el botiquín que tenía a mis pies y empezó a sacar cosas con las manos echas un amasijo de nervios. Escuché el carraspeo de Jack cuando mi mano se quedó entre la suya sin hacer ningún movimiento, y me giré con una sonrisa tonta a lo que él respondió negando con la cabeza.

Terminé de vendarle la mano, esta vez con las curas pertinentes y comprobando que no quedaba ningún cristal en su piel, y me senté fijándome detenidamente en la chica histérica que tenía delante de mí. Subió sus manos hacia la herida de mi hermano, empapando la gasa al mismo tiempo con desinfectante, pero estas no llegaron al lugar adecuado, sino que se cayeron en sus rodillas. Escuché el resoplido de Tiziano, y Arcadiy le lanzó una mirada demoledora. Sujetó la mano de Adara con suavidad y le dijo:

—Tranquila, yo no te voy a gritar como un energúmeno.

Sonrió a la misma vez que le decía aquellas palabras, y después pasó los ojos al italiano que le observaba con mala cara indicándole con la mano que tenía libre que ya podía entretenerse mirando por la ventanilla. Aprecié la pequeña sonrisa de Adara que se concentraba en su tarea, primero desinfectando la zona, para después coger las pinzas y proceder a la extracción de la bala. Miró a Arcadiy, indicándole que llegaba lo más doloroso, y este con un simple gesto de cabeza le dijo que continuase.

Pegó su cabeza al asiento, mirando a Tiziano que no había movido sus ojos de la chica. El entrecejo de Adara se pronunció cuando atravesó su piel con las pinzas, viendo que la cara de mi hermano se contraía, pero el cual no se pronunció hasta que la sacó. Colocó el diminuto objeto de metal ante sus ojos, sosteniéndolo en el aire lleno de sangre, y Arcadiy lo cogió para después

lanzárselo con chulería a Tiziano.

—Toma, para que tengas un recuerdo.

El gruñido del italiano no se hizo de rogar, momento en el que los ojos de Jack se cruzaban con los míos, dando a entender que se la había tirado de buena manera por su anterior comportamiento con la muchacha. Adara obvió aquel gesto y cosió la herida lo mejor que pudo con el constante movimiento del aire azotándonos, hasta que terminó y vendó su hombro repetidas veces, para que la herida dejase de sangrar.

Pocos minutos después, llegamos a la casa de Tiziano, donde se suponía que nos esperaba el avión para marcharnos a España, pero, finalmente, lo haríamos al día siguiente.

—Te estás viendo reflejada en ella, y lo sabes.

Contemplé a Jack desde el cristal del baño mientras me secaba el pelo con la toalla.

—No me estoy viendo reflejada en ella. Yo era mucho más pequeña.

—Pero sabes que tiene un padre que es un tirano y que jamás valorará lo que hace.

—Eso no tiene nada que ver.

—¡Vamos, Micaela! Por mucho que quieras esconderlo, se te nota. Si no, ¿qué narices te hubiese importado que Tiziano se la hubiera tirado o no?

—Es una niña —me defendí.

—Una niña, no una moneda de cambio.

—También lo es —sentencié.

—La primera vez que Anker vino a por ella a esta casa, fue para dar contigo. No le des tantas vueltas, en el fondo sabes que tengo razón.

Dejé de mover mis manos, y me giré para contemplarle mientras se vestía.

—Puede que en el fondo sienta pena por ella. Además de que tampoco la veo mala persona como para merecerse la furia de alguien como Anker...

No me dejó terminar.

—O alguien como Tiziano.

Asentí con un breve movimiento de cabeza.

—Entonces, no dejes que se quede a un lado. Ha estado toda su vida apartada de la realidad, de internado en internado. Si por lo menos tú eres capaz de concederle la libertad que necesita, no se la quites, aunque solo sea durante unas horas.

—¿Desde cuándo eres tan comprensivo? —le pregunté sin entender su gesto

hacia ella.

—Desde que sé cómo piensas y por qué actúas de una forma u otra.

Suspiré, tomando una gran bocanada de aire cuando ya salía por la puerta hacia el dormitorio.

—En realidad, hay una cosa que quería comentarte antes de que...

La voz de Tiziano irrumpió como un vendaval en la habitación, y maldije al italiano por ser el culpable de interrumpirme las dos veces que había intentado hablar con Jack sobre un tema que era más importante que cualquier otra cosa, pero me di cuenta de que yo misma rehuía y respiraba aliviada cuando, finalmente, no tenía que entablar aquella conversación.

—Yo no sé vosotros, pero tengo un arsenal de botellas encima de la mesa.

Nos miró a ambos reparando un rato más sobre mi cuerpo que, únicamente, se cubría por una toalla. Jack pasó por su lado colocándose la camiseta informal, tapando su esplendorosa espalda para mi desgracia, y le dio un golpecito a Tiziano en la cara para que dejara de mirarme.

—Te esperaré fuera, o si no tendré que matar a tu amigo —gruñó.

—¡Eh! Que te he ayudado con todo el jaleo de tus proposiciones y mierdas, no me vengas con tonterías ahora.

Tiziano arrugó su entrecejo mirándole molesto, y Jack abrió la puerta de la habitación.

—Eso no quita que tenga que matarte como le pongas una mano encima a mi, ya, mujer.

—Qué mal suena eso. Te acabas de condenar —le dijo dramáticamente mientras yo observaba el monólogo que ambos tenían.

—No es tan grave.

—No lo sabes todavía.

Cerraron la puerta siguiendo con su conversación entretenida, y terminé de arreglarme minutos después con una ropa cómoda y sin maquillaje alguno que adornara mi rostro.

Salí del dormitorio dirigiéndome directamente a la puerta de Adara, la que suponía que seguiría allí encerrada desde que llegamos. Toqué dos veces, pero nadie contestó. Abrí sin esperar una respuesta por su parte y vi que su cuerpo se tensaba frente al espejo mientras se apresuraba a cubrirse.

—No voy a comerte, Adara —pronuncié cansada, cerrando.

Se dio la vuelta y comenzó a recoger sus pocas pertenencias, la gran mayoría compradas por mí antes de que la trajésemos del internado.

—¿Nos vamos ya? —me preguntó en un susurro que apenas oí.

—No, nos marchamos mañana.

Resopló pensando que no la había oído, y me dirigí a ella. Cogí su mano para que se detuviese y esta me miró con miedo desde su posición.

—No tienes que temerme. Te lo he dicho muchas veces.

Asintió presa del pánico.

—No sé ser de otra manera.

—Eso no quiere decir que tengas que ir temblando por la vida.

—Supongo que, con los años, aprenderé.

Sonreí ante ese comentario. Me fijé en su pelo rubio casi platino, que se recogía en un improvisado moño dejando algunos mechones fuera de su sitio, lo que la hacía parecer más angelical si es que podía.

—He pensado que podrías salir de estas cuatro paredes y cenar con nosotros. Tenemos que celebrar que estamos vivos.

Intenté ponerle un poco de humor a la situación, ya que en el ambiente se respiraba una tensión inhumana.

—No me apetece, pero no te preocupes por mí, me acostaré pronto —se apresuró a decir.

—No quiero que te metas en la cama, Adara, quiero que salgas conmigo ahí afuera.

—Podrían sospechar de tu acercamiento hacia mí. No quiero que tengas problemas con mi..., con Jack.

—Tu hermano no sabe nada —musité—, pero te prometo que hablaré con él en cuanto lleguemos a España.

—Eso no excusa tu preocupación conmigo. Con una moneda de cambio.

Esto último lo dijo con resentimiento, a la par que su rostro mostraba el arrepentimiento por sus palabras.

—Adara, fuiste una moneda de cambio la primera vez que te conocí. Pero te ganaste mi respeto cuando me ayudaste. No pienses así, y quita esa cara, no puedes arrepentirte en cada ocasión que digas algo fuera de lugar.

—Esas cosas solo me traen problemas. A la vista está.

Suspiré dada la poca autoestima que tenía sobre ella misma, y la arrastré junto a mí cuando nos sentamos en el filo de la cama, preguntándole algo que llevaba rondando mi mente desde que supe que Arcadiy estaba vivo.

—¿Conocías a mi hermano?

Asintió.

—¿Y nunca le dijiste nada a sabiendas de que podía ser tu hermano?

—Mi padre ha tenido muchas mujeres. —Movi6 los hombros en un gesto de no darle importancia—. Yo llevo desde los seis a6os de internado en internado, Micaela. Nunca repar6 en si era mi hermano de verdad o no, adem6s, siempre me guie por lo que mi madre me cont6. Y eso solo quer6a decir que mi hermano era otro, y no 6l.

—¿Y nunca hablasteis?

Neg6 con la cabeza.

—Jam6s lo hice con ning6n hombre de los de mi padre. Ni siquiera con Jack, yo... me enter6 de qui6n era en realidad cuando mi padre te llev6 a la mansi6n. Estoy segura de que si no llega a ser por eso, jam6s me hubiese enterado. Mi madre siempre ha sabido protegernos de una manera u otra.

Asent6 quedando satisfecha con la explicaci6n que me daba, y me apen6 al saber que no hab6a podido siquiera disfrutar de su madre por culpa de un tirano que no la quer6a ni ver. Cosa que afirm6 con m6s fuerza que el motivo por el cual vino a buscarla meses atr6s era simple: quer6a atemorizarme con su presencia y volver a verme. Tal y como hab6a dicho Jack.

—¿Quieres hablar sobre Tiziano? —le pregunt6 con tiento.

—No tenemos nada de qu6 hablar sobre 6l. —Sus ojos se colocaron en otro punto de la habitaci6n, esquiv6ndome—. No le caigo bien, y 6l a m6 tampoco.

—Adara...

Empec6 a cansarme del tema, puesto que lo que m6s me preocupaba era lo que aquel endemoniado le habr6a hecho.

—No quieras buscar algo que no ha pasado. Te dije la verdad, fin de la discusi6n y tema zanjado para siempre.

Se levant6 como un vendaval hasta que antes de llegar a la bolsa que terminaba de preparar, se qued6 paralizada pensando en el tono que hab6a usado conmigo. Se gir6 lentamente para mirarme con preocupaci6n.

—Perdona, no quer6a hablarte as6. —Entrelaz6 sus manos entre s6—. Solo te preocupas por m6, y yo soy una impertinente. Quer6a decir que... —titube6, nerviosa—, que no tienes de qu6 preocuparte, que estoy bien, de verdad. Lo... Lo siento —balbuce6.

Me levant6 de la cama para colocarme frente a ella. Cog6 su cara con ambas manos, y la traspas6 con mis ojos.

—No pidas perd6n cuando no es necesario, Adara.

Me observó con devoción.

—Si después de todo esto sigues queriendo verme —analicé sus ojos que se llenaban de un sentimiento extraño—, prometo que te enseñaré a ser una persona que no tema por lo que dice. Una persona a la que no le asuste el que pasará mañana y, sobre todo, alguien a la que, cuando se despierte por las mañanas, el mismo diablo tiemble al escucharla caminar.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Deposité un beso cariñoso en su frente y la abracé. No era una persona que mostrara sus sentimientos, pero con ella era otro cantar. Era una muchacha tan dulce que no sabía cómo barajarla entre mis manos para no romperla, para no dañarle el corazón. Y no quería convertirla en el monstruo que yo era ni mucho menos, pero sí haría lo necesario para que esa mirada cobarde fuera la de alguien temible.

—Y ahora, vamos a comer, a beber y a divertirnos por una vez en la vida. Nos lo merecemos, y tú también, porque sin ti dos de nosotros, seguramente, no estarían en ese salón.

Sujeté su mano con fuerza, momento en el que ella asentía con determinación, la misma que se fue en cuanto abrí la puerta y Tiziano pasaba por delante de nosotras en dirección a la suya. Le lanzó una mirada de asco que fue desmesurada para mi gusto, y yo apreté la de la muchacha para insuflarle la fuerza que le faltaba.

Al llegar al salón, la música sonaba en su medida, mientras que en la mesa ya relucían grandes platos de comida, a la misma vez que Arcadiy y Jack se lanzaban pullas llenas de improperios sin importarles que acabáramos de llegar.

Riley reía a carcajadas con los comentarios de esos dos y me pareció estar en el sitio adecuado, con la gente adecuada. La misma que, quizá, había esperado durante toda mi vida para sentir que mi corazón latía por más de un motivo. Me senté al lado de Jack, quien apretó mi mano con cariño, y yo le devolví una sonrisa sincera, viendo que Adara tomaba asiento a mi lado.

—Ya tengo compañera de equipo, deberíamos reclutarla en la plantilla de zumbados.

Alzó su copa con vino hacia ella, y esta sonrió.

—Lo mío es la medicina, Riley. No creo que pueda llegar a ser ni la mitad que tú —comentó con un hilo de voz.

—Que se lo digan a mi hombro —añadió mi hermano, sentado en el otro extremo de la mesa.

Se sonrojó ligeramente al escuchar el halago por parte de Arcadiy, y toda esa alegría que destellaba en sus ojos se esfumó como el viento cuando Tiziano apareció en el salón. Arrastró la silla que quedaba justo al lado de ella, que presidía la mesa, mirándola de reojo.

—¿Ahora cena con nosotros? —Me miró a mí, después a ella—. ¿Es que tienes hambre, *bambina*? —ironizó, recalcando el apelativo.

Sus mejillas ardieron por partida doble, al mismo tiempo que agachaba su rostro hasta la mesa. Los anteriores días había estado comiendo tanto a mediodía como por las noches en su habitación, cuando yo misma le llevaba la comida, ya que se negaba a salir de su dormitorio. Arcadiy le lanzó un trozo de pan al italiano y este gruñó.

—Deja de meterte con ella y come, idiota.

Tiziano lo fulminó con la mirada, en el momento en el que yo agarraba el mentón de la muchacha, subiéndolo hacia arriba con fuerza.

—La vista nunca se agacha, ante nada ni ante nadie —sentencié con firmeza—. Y tú —me dirigí a Tiziano—, como vuelvas a decirle alguna gilipollez, tendrá que coserte la otra parte del vientre o dejar que te mueras desangrado —le amenacé.

Abrió los ojos sorprendido por mi reacción, y escuché la leve risa de Jack a mi izquierda, el mismo que palmeaba mi muslo en señal de orgullo.

Después de ese breve inciso en el que no volvió a decir ni una sola cosa más hacia Adara, cenamos con tranquilidad hasta que dimos paso a las copas, donde más de uno se pasó bebiendo.

Adara, por su parte, se retiró poco después de comer, bajo la atenta mirada de Tiziano que no dejó de reparar en ella durante toda la noche, y supe que se marchaba por la incomodidad del momento. Me repetí mentalmente mantener una conversación con Tiziano, aunque me costase sacarle una confesión a base de golpes.

# 25

## La vuelta a casa



A la mañana siguiente salimos temprano en dirección a la pista privada de la que disponía Tiziano y cogimos uno de sus aviones que nos dejaría en Barcelona ese mismo día. Antes de marcharnos, este se aproximó a mí.

—Te mandaré la fecha y hora exacta de la fiesta en Madrid. Si no me fallan mis fuentes, será en estos días.

Asentí, agradeciéndoselo.

—Micaela, ten cuidado. No sabes a qué te vas a enfrentar.

—Tranquilo, tengo varios ases en la manga, y Jack me acompañará.

—Aun así, tienes que pensar en lo peligroso que puede llegar a ser. No olvides encajar todas las piezas.

Volví a imitar el gesto, cuando sus manos cubrieron mi cuerpo con un abrazo desmedido. Me separé de él segundos después y este pasó una de sus manos por mi mejilla.

—Nos vemos pronto, *bella*.

Se despidió de los demás con cariño, excepto de Adara que se encontraba de pie en la entrada del avión, hasta que, al final, cuando ya salía para marcharse de allí la miró de reojo y lo único que pronunció fue:

—Hasta nunca, *bambina*.

La puerta se cerró tras ese comentario que tensó el ambiente. Miré a Adara que permanecía quieta, con los ojos llorosos mientras contemplaba la misma puerta que, segundos antes, se había cerrado dejando al italiano fuera del avión. Se sentó, y miré a Jack pidiéndole un minuto con mi mano. Fui a su lado, sentándome con ella.

—¿Estás bien?

Asintió mirando por la ventana, pero no hizo ningún comentario.

—Intenta descansar un poco. Cuando lleguemos te llamaré.

Imitó el gesto con los labios sellados y antes de marcharme de su lado pude apreciar una pequeña lágrima que resbalaba de sus ojos. La limpió con rabia, sin decir nada. Lo peor de todo era que no sabía si su estado de ánimo era porque le odiaba de verdad, o porque un sentimiento más fuerte que el odio crecía en su interior, y pedí al cielo que fuese lo primero, aunque no sabía por qué, pero algo me decía que me equivocaba.

Unas horas más tarde llegábamos a una de las pistas privadas en el aeropuerto de Barcelona, donde Ryan nos esperaba con una amplia sonrisa. Bajamos del avión y el aire azotó mis mejillas con furia cuando me dirigía al gigantón que tanto había echado de menos.

—¿Dónde está Eli? —le pregunté mientras me abrazaba a él.

—En el club. Molesta.

Le miré interrogante.

—Le dije que estabas en Sicilia y se enfadó porque no le comentaste nada antes de irte.

Pensé.

Pensé para mí.

Y mucho...

—Hablaré con ella —sentencié antes de separarme de él, para que pudiera saludar a los demás.

Antes de avanzar, pude ver de reojo que le echaba la mano a Arcadiy, receloso, para después imitar el gesto con los demás sin obviar su comentario habitual hacia Jack.

—Soplapollas...

—¿El soplapollas uno ha desaparecido? —le preguntó Jack con sorpresa.

—Me temo que sí —se disgustó.

—¡Vaya...! No sé qué va a ser de ti ahora.

—Me conformo con tener un soplapollas único. —Rio, y Jack le siguió en su carcajada.

Nos subimos al coche en dirección hacia el club, cuando la voz de Arcadiy me sacó de mis pensamientos confusos que empezaban a cabrearme por segundos.

—Micaela, no deberías de seguir en tu apartamento. Tendrás que buscar otro sitio que no conozca Anker.

—¿Qué más puntos conoce Anker?

—El apartamento, el club, una casa en Huelva que creo que es de algún

familiar tuyo... —Tragué saliva. Sabía que tenía claro que mi abuela seguía viva, ya me lo dijo él—. Y un piso a las afueras de Barcelona.

Miré a Jack, que asintió dándome a entender de dónde había sacado la dirección cuando vino decidido a realizar el intercambio con su antiguo jefe.

—Entonces, estamos sin posibilidades. ¿Y de los demás?

—De momento, que yo sepa, nada.

—¿Y si le decimos a Eli que os deje su casa? —me preguntó Ryan al volante.

—No —sentencié.

Todos me miraron, excepto Adara que no tenía muy claro mi comportamiento.

—Necesitamos un sitio más grande —repuse—. Somos muchos.

—Bien, en ese caso, podemos irnos a mi casa. No creo que nadie sepa de su existencia, además, no figura siquiera a mi nombre. Y mi mujer no vendrá este mes.

Asentí mirando a Ryan, quien me contemplaba de manera extraña desde el espejo retrovisor. Quedamos en pasar a recoger todas las pertenencias que tenía en mi apartamento y de momento dejarlas en casa de Ryan. Era lo más acertado, por lo menos hasta que acabásemos con Anker. Adara se quedaría con nosotros y después de eso, la llevaríamos a Atenas con Agneta, contando con que Jack ya supiera toda la verdad sobre su familia.

—Déjame en el club, Ryan.

Volvió a mirarme, Jack hizo lo mismo.

—Encargaos de recoger todas las cosas, yo volveré en un rato. ¿Está mi coche allí?

Asintió serio.

—¿Por qué no vas después? Eli puede controlar la situación bien, ¿no? —me preguntó con confusión el hombre que tenía a mi lado.

Le miré, pero no contesté. Mi gesto se había vuelto fiero y temible, y no podía articular una simple palabra sin que la rabia se diese a relucir. Deposité un beso en su mejilla cuando Ryan paró el coche en la entrada mientras él me observaba con confusión.

—Espera, me quedaré contigo.

—No.

Me giré cuando estaba a punto de cerrar la puerta, lo que hizo que su incertidumbre por saber qué me pasaba creciera. Le lancé una breve mirada de

tranquilidad y este asintió dejándome mi espacio.

Enfrenté el lugar que tanto tiempo y dinero me había costado crear y encaminé mis pasos con firmeza hacia el interior. Toqué al timbre de la puerta trasera un par de veces hasta que Eli me abrió desde dentro sin salir.

Entré buscándola con la mirada, me paré a escasos metros de ella y la visualicé con calma, intentando que el fuego que sentía en mi interior dejara de crecer, algo que parecía meramente imposible.

—Veo que por fin apareces —me espetó con sarcasmo.

—Sí.

Mi voz tajante no hizo que levantase la cabeza de sus quehaceres mientras colocaba todas las botellas en la posición correcta.

—El otro día estuvo por aquí Angelo, andaba buscándote.

—Le llamaré —añadí en el mismo tono.

—¿Qué pasa? ¿No ha ido bien? —me preguntó sin interés.

—Ha ido como siempre, Eli. Con encerronas por el camino.

—Vaya, veo que la cosa no cambia. Si Desi ya no está en medio, ¿quién crees que puede ser?

Me senté en el taburete de la barra y la miré fijamente, tamborileando mis dedos sobre el cristal.

—No lo sé —le contesté pensativa.

—Pues tenemos que buscar al culpable. Al final tendrás problemas de verdad.

Mi ira cada vez crecía más y más. Siempre la vi como mi alma gemela, como la persona que me salvó de una ciudad desconocida el primer día que pisé Barcelona, y no cabía dentro de mi cabeza la posibilidad de una traición por su parte, pero las piezas que desde hacía tiempo comenzaban a encajar parecían querer unirse sin ninguna dificultad.

—Y ¿qué se supone que tengo que hacer cuando encuentre al culpable? —ironicé.

—Me imagino que lo mismo que pensabas hacer con Desi. Está claro que ella fue el punto fuerte de todos nuestros problemas.

Me repateaba la manera en la que hablaba de mis cosas como nuestras, y más siendo la culpable de muchos de mis problemas. No podía poner la mano en el fuego, pero tenía casi todo perfectamente colocado, de tal manera que no dejaría ni un solo cabo suelto antes de apuntarla con el dedo, o con mi pistola en este caso.

—¿Cuándo te enteraste de que estaba en Sicilia?

Le pregunté a sabiendas de la respuesta, ya que era algo que sospechaba y todo con un solo fin: que se delatara ella sola. Pero era una persona muy inteligente, y esa vez no iba a ser menos. Me estaba bailando el agua a mi antojo para después apuñalarme por la espalda.

—Pues un poco más y me entero cuando estás de vuelta. Últimamente te lo tienes todo muy callado, pero claro, en Ryan sí puedes confiar —aseguró con desdén.

Moví la figura de la reina en ese gran tablero de ajedrez donde parecía que todos mis fuertes estaban en mi contra.

—¿Estás celosa? —Arqueé una ceja.

Dejó lo que estaba haciendo para apoyar sus brazos sobre la barra y mirarme con detenimiento, el mismo que estaba teniendo yo con ella en ese instante. Se mostró insinuante, dejando ver el gran escote que tenía ante mis ojos, lo que acrecentó más mi ceja.

—Bastante.

Sus labios se cerraron en una fina línea. Me levanté de mi asiento para colocarme en la misma posición que ella y la reté con la mirada hasta que tuvo que apartarme la suya con incomodidad.

—¿Y este gesto? ¿Es para saber a qué altura estás?

Me fulminó con la mirada.

No me gustaban los retos impuestos por otras personas y si pensaba que me rebajaría a ella por una simple chiquillada, iba apañada, y más teniendo «casi» claro que había sido mi piedra en el camino durante ocho años, cosa que cada vez que la pensaba más me encabronaba debido a la decepción. Escurrí mi cuerpo hacia atrás, dejándolo caer en la silla, cuando la puerta trasera resonó y ella se dirigió hasta allí para abrir.

Contemplé el cristal, pensativa, hasta que unos pasos se acercaron a mi posición y cuando alcé la vista un imponente rubio con ojos azules, al que había echado de menos durante unos meses, apareció ante mí como una salvación, como un respiro que necesitaba. Sonreí sin moverme del sitio.

—He esperado tu llamada, pero en vista de que no dabas señales de vida, he cogido un vuelo y aquí me tienes. —Se sentó a mi lado—. ¿Dónde has estado, mi reina?

—He estado de viaje. Las cosas han ido tan rápido que ni siquiera me acordé de llamarte —me disculpé.

—No te preocupes. Lo importante es que estás bien.

Le hice un gesto de cabeza a Eli para que desapareciese de la sala, y asintió sin más. Vi que los ojos de Vadím se iban hacia ella con mala cara y cuando desapareció los fijó en mí. Me levanté, yendo tras la barra, en el momento en el que le hacía un gesto de mano a sus hombres para que salieran del local.

—Noto cierto recelo con tu amiga.

—Lo hay —le dije con sinceridad.

—¿Y eso, por qué? —me preguntó sorprendido por mi confesión.

—Creo que todos los problemas que he tenido hasta ahora tienen nombre y apellidos. Solo me falta encajar las últimas piezas, y tendré el puzle listo.

Me concentré en llenar dos vasos; uno de vodka para él y otro de ron para mí. De reojo contemplé su rictus serio e implacable que no me dio buenas sensaciones. Alcé mi vista esperando que me dijese algo, y no se hizo de rogar.

—Tu vida depende de que las personas que tienes alrededor sean fieles a ti. No puedes permitirte el lujo de tener a una chivata en tu entorno. Y ya sabes dónde terminan los chivatos, Micaela.

—Y nunca los tuve. Pero parece ser que estoy rodeada de gente traicionera.

Me miró con confusión y le conté con todo lujo de detalles lo que pasó con Desi y los acontecimientos más o menos importantes, saltándome algunas cosas. Me escuchó con atención, recopilando toda información que le daba hasta que de pronto dijo:

—Debes descubrir cuanto antes si ha sido ella. No puedes seguir dándole información y, según me cuentas, está claro que lo que os pasó en Sicilia ha sido cosa de última hora. —Su acento ruso se intensificó.

—Lo haré —sentenció—. ¿Has conseguido algo más?

Sonrió y pude apreciar sus signos de la edad, aunque eso no era impedimento para su extrema belleza. Recordé a mi padre, y no pude evitar que un atisbo de tristeza cruzase mis ojos. Él se dio cuenta.

—Tengo a los traficantes de armas en el bolsillo. Megalos está jodido, y a base de bien —sonó satisfecho—. Cuentas desviadas, con cantidades de dinero desorbitantes, gracias a ti, aunque seguramente tendrá mucho más, pero eso le ha tenido que hacer daño. —Recordé aquel día en la fiesta de Achilles, con él. Con mi hombre. Con mi marido—. Traficantes de armas fuera del

mercado, y... he conseguido que algunos de sus hombres se vengan a Moscú.

Abrí los ojos con sorpresa, gesto con el que volvió a reír, esa vez, relajando más su expresión.

—¿Vas a volver a casa alguna vez? —me preguntó con tristeza.

—Es lo que más deseo, Vadím.

Recordé mi adorado país, mi Rusia. Cuántas ganas tenía de volver allí, de pisar sus tierras, de ser capaz de ir hasta la puerta de mi casa y entrar sin miedo, de poder sentir la Navidad que tanto me gustaba de la misma forma. Y todo eso se veía tan lejano...

—¿Todavía sigues con ese «asesino»? —dijo esa última palabra con cierto desprecio.

—Vaya..., hoy estás muy hablador.

«Demasiado», y eso solo significaba que algo más ocurría. Algo de lo que yo no era consciente. Vadím era un hombre parco en palabras y, aunque siempre estuvo cuando me hizo falta, no extendía mucho sus visitas.

—Me preocupo por ti. Como he hecho siempre. —Me miró con ternura.

Achiqué mis ojos en su dirección, colocando ambas manos en la barra.

—¿Te encuentras bien?

Sonrió, y esa sonrisa no iluminó sus ojos azules como otras veces.

—¿Sabes que habrá una fiesta en Madrid a la que Anker acudirá? — Cambió de tema.

—Lo tengo todo controlado.

—No podrás entrar así como así. No tienes invitación —me aseguró.

—Tengo mis contactos. La policía nos dará vía libre.

—¿Y se puede saber qué le has ofrecido a la policía para que te ayude? — Alzó una ceja interrogante.

—Eso son cosas que no se pueden desvelar. —Sonreí.

—Un gran jugador de ajedrez siempre tiene que tener claros sus últimos movimientos para ganar —añadió, esbozando una sonrisa.

No quería que se calentara más la cabeza con mis problemas, bastante estaba haciendo ya ayudándome a hundir a Anker en la miseria, como para que encima le contase mis problemas amorosos, o lo simple que era una ayuda de la policía si le entregaba al único hombre al que había amado durante toda mi vida. Levanté mi vaso en su dirección, y este chocó con un ligero golpe el mío.

—Porque todo acabe pronto.

—Lo hará —aseguré.

—Bien, ahora, me gustaría que vinieses conmigo a comer. Tengo que explicarte un par de cosas y darte información sobre unos contactos que he conseguido para que puedas terminar con la red de asesinos de Anker.

Volví a sonreír, esta vez con más profundidad.

Acabaría con él, pero no sin antes quitarle todo cuanto poseía.

## ¿Noche de bodas?



Sobre las ocho de la tarde conseguí llegar al club de nuevo, después de hablar largo y tendido con Vadím, quien me dejó un gusto amargo tras despedirse de aquella forma tan extraña, como si jamás nos volviésemos a ver o como si todo lo que estábamos haciendo con Anker le fuera a repercutir incluso después de morir.

Abrí la puerta comprobando que no había nadie en el interior todavía. Era muy pronto y por lo menos hasta unas cuantas horas más tarde, no aparecería nadie. Me dirigí a mi despacho con la intención de terminar de ordenar unos cuantos papeles, que había dejado pendientes desde varios días atrás, mientras me regañaba a mí misma.

Jack, Tiziano, Anker, todo en general, estaba haciendo que dejase a un margen el club y eso tampoco podía permitírmelo. No debía de olvidar quién era y la gente que tenía a mis espaldas gracias al negocio. Recordé la llamada de Angelo, según Eli, y solo con acordarme de ella la sangre me hirvió.

Esperaba, no, deseaba, que ojalá mi corazonada más que evidente fuera incierta o de lo contrario, me dolería más que si me clavasen ocho puñales juntos. Pues, las personas que nos rodeaban eran traicioneras y el tiempo me había demostrado que no podía fiarme ni de mi sombra, pero esos detalles tan insignificantes y grandes a la vez, por mucho que uno no quisiera, dañaban.

Encaminé mis pasos con rapidez por las escaleras metálicas hasta llegar a la puerta, al final del pasillo, y cuando la abrí escuché ruido en el otro extremo. Paralicé mi paso quedando en medio de los pasillos y miré de reojo sin conseguir ver mucho más, ya que las luces estaban apagadas. No tenía fuerzas para más asaltos, y comenzaba a estar cansada de correr de un sitio a otro sin quedarme en una zona fija por temor a que alguien me cortara el cuello mientras dormía.

Saqué mi pequeño puñal, que en esta ocasión lo llevaba en la parte trasera del pantalón en vez de en el muslo, y comencé a caminar hacia el ruido que procedía de una de las habitaciones al final del pasillo.

A oscuras, me pegué a la pared cuando vi que una de las luces se encendía, la de color rojo en concreto. Escuché el tintineo de unos vasos y llegué a la entrada, parándome en el marco de la puerta.

Unos pies andaban por la moqueta como si estuvieran en su casa, lo que acrecentó mi pesadez. Ryan no podía ser, puesto que él jamás se inmiscuía en las habitaciones de las chicas de compañía a no ser que fuese necesario. Una sombra se reflejó en la pared, que tenía justamente delante, y pude contemplar que no se trataba de alguien pequeño precisamente. Segundos después, sentí que mi estómago se agitaba cuando alguien sacó la cabeza por la puerta, en el momento en el que yo le ponía el cuchillo en el cuello presionando sobre este. Lo solté como si quemara de inmediato, cuando echó su cabeza hacia atrás por el susto.

—¡¿Qué narices haces aquí?!! —le pregunté alterada.

Sonrió con picardía. Puse una de mis manos sobre mi corazón que latía desbocado al ser consciente de lo que había estado a punto de hacer.

—¿No podías decirme que habías venido al club? ¡Que casi te mato!

Todavía estaba alterada y, viendo que no me contestaba, lo miré interrogante intentando calmar la desazón que sentía. Sujetó la mano que tocaba mi pecho, impulsándome de esa manera hacia él. Me quedé pegada a su cuerpo, elevé mis ojos hacia los suyos, y este musitó junto a mi boca:

—Has tardado mucho.

—Lo justo y necesario, créeme, ¿qué haces aquí? —Alcé una ceja interrogante.

—No hemos tenido noche de bodas, te recuerdo que alguien que tengo delante bebió más de la cuenta.

—Y yo te recuerdo que alguien que tengo delante, también.

Sonreí recordando que acabamos casi dormidos en el salón de Tiziano, los unos encima de los otros. Chascó la lengua sin querer darme la razón, pero sabía que la llevaba.

—La casa de Ryan no me parecía muy acertada —movió sus hombros—, sin embargo, aquí puedes gritar.

Me reí, al igual que él que seguía sosteniéndome esa mirada endemoniada que me hacía perder la cabeza cada vez que estaba cerca de él, y ese era un

gran problema, ya que todo se me olvidaba cuando Jack estaba a mi lado. Mostró su perfecta dentadura, al tiempo que dirigía mis pasos hacia el filo de la cama.

Era una de las habitaciones más «especiales», por así decirlo, pues tenía unos cuantos utensilios para los clientes que exigían otro tipo de sexo, o incluso compañía sin más.

Sobre los pies de la cama se posicionaba un pequeño banquito forrado con terciopelo y, un poco más arriba, una barra de metal llegaba de una punta a la otra, quedando sujeta por los grandes postes de madera.

—¿Qué vas a hacer? —le cuestioné curiosa.

—Mmm... Mejor te lo enseño —murmuró pegado a mi cuello.

Comenzó a desprenderse de mi camiseta, para luego desabrochar con ligereza mi sostén y lanzarlo al suelo junto con la otra prenda. Colé mis manos por el filo de la suya, tirando de ella hacia arriba hasta que conseguí quitársela para reunirla con el montoncito que descansaba en el suelo.

Sentí que el frío erizaba mis pezones, cuando Jack se entretenía besando mi cuello, mi hombro y después terminaba por mi clavícula donde recorrió cada línea de mi rostro con su lengua. Su mano se metió en mi cabello tirando de la pequeña goma que lo sujetaba, de manera que lo dejó libre y este cayó como una cascada hasta tocar mi espalda. Deslizó sus manos llegando a mis cachetes, y los impulsó con agilidad hacia arriba haciendo que sus músculos se marcaran de forma delirante para mis sentidos.

Subió mi cuerpo sobre el banco y se separó de mí colocándose a mi lado. Se puso en pie, concentrado en su tarea, y elevó mis manos hasta la barra. Sacó una especie de tela fina de los bolsillos y fijó mis muñecas en el metal, apretando lo justo y necesario.

—No sabía que te gustaban estas cosas. —Alcé una ceja insinuante.

—Me gusta todo lo que quieras darme —me dijo con la voz ronca.

Se detuvo delante de mí, sujetando mi mentón con fuerza, para después depositar un ligero beso que me supo a poco. Se bajó y tiró de mi pantalón, llevándose con este mi ropa interior de manera que quedé desnuda ante sus ojos que brillaban de deseo. Sin dejar de contemplarme desató el suyo, abriendo el botón y la cremallera. Noté que mi sexo comenzaba a humedecerse a pasos agigantados, y fue peor cuando su boca se posicionó en mi pierna derecha ascendiendo por toda mi piel, señalando cada resquicio de mi cuerpo hasta detenerse en mi vientre.

Mi espalda se arqueó cuando sentí que su mano pasaba de refilón por mi sexo y escuché el breve gruñido que salió de su garganta al ser consciente de lo poco que necesitaba para encenderme. Sus manos volaron por toda mi figura repartiendo suaves masajes, impregnándome de su tacto que tanto ansiaba. Su rostro se quedó justamente a la altura de mi barriga y un calambre me recorrió la espina dorsal cuando escuché que decía:

—Y ahora, vamos a celebrar que eres mi mujer.

Coló sus manos por la parte trasera de mis rodillas, sujetándolas con fuerza, hasta que las subió sobre sus hombros, de manera que mi sexo quedó a la altura de su cara. No pude separar los ojos de él y, como un depredador, elevó sus esmeraldas hacia mí estableciendo la conexión que tanto buscaba. Su lengua se paseó con maestría por mis pliegues y me vi obligada a echar mi cabeza hacia atrás agarrando la barra con fuerza.

Me encajó completamente a su cuello, viendo que conseguía mantenerme firme en mi posición, y una de sus manos se abrió paso por mi hendidura llegando al sitio que andaba buscando. Su lengua experta creó círculos llenos de perversión sobre mi clítoris, cuando mis gemidos salieron descontrolados de mi garganta. Observé su cabeza entre mis piernas y no pude evitar que esa simple imagen me acelerara de manera considerable, puesto que los terribles espasmos llegaban a pasos de gigante pidiéndome a gritos que los liberara.

Sus olvidados dedos jugaron entrando y saliendo de mí, haciéndome delirar por segundos, hasta que su lengua se hizo cargo de aquella zona que tanto placer me daba. Me frustré tirando de la barra por no poder tocarle y noté cómo sonreía pegado a mi sexo.

—¿Esto es un castigo? —le pregunté extasiada.

—No —se limitó a decir.

—Entonces, suéltame —casi le supliqué.

—No. —Volvió a ser tajante.

Con su mano libre apretó mi nalga con intensidad quedándome más encajada en su rostro, si es que eso era posible. Creí desfallecer cuando apretó mis piernas sobre su cuello. Sus movimientos se volvieron más rudos, más ansiados y más desesperantes para mí. Jadeé todo lo que pude y más cuando volvió a maltratar mi clítoris, tirando de él, mordiéndolo o incluso creando círculos que me hacían perder el juicio. Una oleada de placer me arrasó y temblé como una hoja entre sus expertas manos. Sentí que absorbía cada resquicio de mí, momento en el que mis piernas fallaban y mis manos se

resentían de tanto tirar de la tela que las sujetaba.

Su lengua recorrió con esmero la cara interna de mis muslos y cuando se separó pude apreciar el enorme bulto que emergía de sus pantalones. Me relamí provocadora ante sus ojos, pero este solo se limitó a esbozar una tenue sonrisa, negando. Arrugué mi entrecejo por su negativa, viendo que se deshacía de los zapatos y pegaba un pequeño brinco para subir al banco. Me giré lo suficiente para ponerme frente a él, y antes de que pudiera hacer nada, este arrastró las telas —aflojadas dados mis intentos de soltarme—, por la barra, llegando al poste de la izquierda donde me volvió quedando de cara a él.

—Jack... —le advertí.

No quería seguir estando sujeta, necesitaba tocarle con urgencia de la misma manera que él lo estaba haciendo, grabando mi cuerpo a fuego lento en sus manos, en su retina, en su boca.

Tiró de mis caderas hacia atrás dejando que mi trasero quedara expuesto a él, y un palmetazo resonó en uno de mis cachetes. Sonreí y me restregué contra su miembro duro y terso, que ya se encontraba fuera de su ropa, la misma que todavía llevaba encima.

Notaba que la sangre empezaba a faltarme en las muñecas, cuando estas comenzaron a tener un breve cosquilleo, pero obvié el comentario, ya que estaba tan concentrado en su tarea que sabía que no me soltaría. Masajeó mi trasero con delirio, a la misma vez que notaba su hinchada cabeza pasearse por la abertura de mi sexo con descaró. Empujé hacia atrás, pero este retrocedió.

—No seas impaciente.

Su tono rudo y salvaje me aceleró todas las partes del cuerpo, incluidas las pulsaciones. Presionó con sus dedos mi carne mientras su lengua volvía a crear un reguero de caricias por mi espalda sin dejar ni un solo rincón sin tocar. Su miembro seguía intentando entrar en mí, sin su permiso, y eso me desquició.

—Jack... —volví a advertirle, pero esa vez pronuncié su nombre más como una amenaza.

—¿Quieres intimidarme? —susurró en mi oído, sensual.

—No —sentencié. Noté cómo sonreía y terminé la frase—: Pero si sigues así, arrancaré la tela como sea y entonces el que tendrá que temer serás tú.

Sujetó mi rostro con fuerza girándolo lo suficiente como para que le

mirara. Mis mofletes quedaron estrujados entre sus manos, a la misma vez que una risa malvada se apoderaba de su boca. Asintió con gesto temerario, me soltó y se bajó del banco.

Le observé confusa, este arrastró una de las sillas que había en la habitación, la colocó delante de mí mientras yo seguía contemplándolo con el ceño fruncido y bajó sus pantalones hasta quedar completamente desnudo.

Se sentó en ella dejándome ver su gran erección que, aunque él quisiera seguir conteniéndose, estaba esperándome para un primer asalto. Me miró con una chulería desmedida agarrándosela con su mano derecha, deslizándola hacia abajo, para después repetir el proceso hacia arriba. Le fulminé con mis ojos y este sonrió.

—La paciencia es algo que nunca se debe perder. —Hizo un movimiento con sus ojos, indicándome que era el punto número uno como yo solía llamar a esas cosas—. En un matrimonio siempre hay disputas, y si pierdes los papeles, mal vamos.

Mi garganta se reseco cuando su cabeza asomó por completo al llegar su mano hasta el final.

—También tienes que saber cuándo estás en disposición de exigir y cuando no.

El punto número dos.

Y su sonrisa malvada se acentuó.

Vi que entreabría los labios por el placer y noté mi garganta reseco al mismo tiempo que mis ojos lo miraban con lujuria. Moví mis manos con saña, deleitándome con cada uno de sus movimientos que cada vez eran más frenéticos, dejando que grandes gruñidos salieran de su boca, sin romper la conexión que tenía fija en mí.

Suspiré con la respiración agitada en un intento en vano por tranquilizar las sensaciones que verle así me producía. Intenté pensar con frialdad, como si de uno de mis negocios se tratase, y dejé de hacer fuerza innecesaria en mis muñecas que ya se resentían. Recordé su movimiento al moverlas en la barra, y con mis dedos agarré el filo de una de ellas. Sonreí interiormente, ya que pude ver que él no se daba cuenta de ese acto.

Mientras castigaba su miembro con constantes sacudidas, conseguí deslizar la tela hasta que esta se deshizo de su agarre, dejando una de mis manos libres de aquella prisión. La mantuve alzada para que en ningún momento se percatara de aquel gesto, y desaté la otra con maestría.

Cuando sus ojos se intensificaron más en mí, no lo pensé y extendí mis brazos en cruz con una sonrisa de victoria en mi rostro. Me contempló con más énfasis y pude vislumbrar una pequeña sonrisa que escapaba de sus labios, sin olvidarse de sus frenéticos movimientos. Di un pequeño salto ordenando a mis pies caminar por la moqueta hasta que llegué a él. Coloqué ambas manos en los reposabrazos de la silla, y muy cerca de su boca susurré:

—Punto número tres —recalqué la última sílaba, presionando mi labio inferior con fuerza—. Piensa antes, y ten claro si la otra persona puede o no tener las mismas habilidades que tú.

Me puse de rodillas, arrebatándole su miembro de las manos para llevármelo a la boca con urgencia. Sus ojos destellaron, en el momento en el que su cabeza se echó hacia atrás soltando otro gemido ronco de su boca. Chupé con destreza cada resquicio de su erección, recreándome con las sensaciones que estaba sintiendo y cuando comenzó a hincharse previniendo que se correría en pocos minutos, me aparté para su desconcierto.

Volvió a posicionar su rostro hacia mí, con confusión. Retrocedí unos pasos, me senté en el mismo banco en el que antes había estado de pie y abrí mis piernas todo lo que pude. Elevé mi mano derecha y bajé arrastrando mi labio inferior, hasta llegar a mi sexo con sensuales movimientos. Posicioné la mano sobre este y sin romper nuestra conexión comencé a tocarme, observándole. Cuando mis gemidos se hicieron sonoros, se levantó de la silla como un depredador en busca de su presa y, antes de que llegase a mí, levanté una de mis piernas y apoyé mi pie en su vientre para que no pudiera avanzar más. Para mi sorpresa se detuvo anhelante, sin quitarme los ojos de encima.

—Punto número cuatro —murmuré jadeante—. Aprende bien quién es tu contrincante. Puede que te la juegue sin darte cuenta.

Seguí con mis ataques hacia mi clítoris, a la misma vez que introducía dos de mis dedos en mi interior, buscando el placer que tanto ansiaba y tan poco me quedaba para alcanzar. Noté que su mano se cernía a mi tobillo apartándolo con brusquedad, y no me dio tiempo a conseguir pararlo puesto que antes de que me diese cuenta, lo tenía prácticamente encima de mí, respirando con una agitación desmedida.

—Punto número cinco —añadió rudo—. Se han acabado los putos puntos —sentenció.

Sujetó mi trasero con fuerza elevándolo lo suficiente hasta que mi cabeza quedó a los pies del colchón y mi cuerpo, prácticamente, se sostenía entre sus

fuertes brazos. Una embestida bestial bastó para que saliera un gruñido descomunal de la garganta de ambos. Sentí que llegaba al límite donde rozaba el dolor, pero no paró en sus acometidas que cada vez eran más desquiciantes, más mordaces, más... él.

Mi cuerpo se agitaba de tal manera que no conseguí mantenerme en la misma posición mucho tiempo, ya que mi cuerpo se tambaleaba desplazándose sin poder remediarlo hacia atrás. Hincó una de sus rodillas en el banco, elevando una de mis piernas para así tener más profundidad si es que eso era posible, ya que pensé que en aquel momento me partiría por la mitad. Sus dedos apretaron la parte izquierda de mi cadera hincándose con fuerza, y noté que explotaba en mil pedazos cuando Jack dejaba ir un largo gemido que me indicó que él también había llegado a su límite.

Nuestro límite.

Unas horas más tarde, me encontraba acurrucada a su pecho con la simple sábana que medio nos cubría a ambos mientras él enroscaba uno de mis cabellos en sus largos dedos, y yo por mi parte delineaba cada músculo definido de su vientre, notando que la boca se me hacía agua. Escuché su pregunta, cosa que me hizo levantar el rostro y mirarle.

—¿Adónde vamos a ir?

—¿Qué quiere decir eso?

Se incorporó un poco en la cama, arrastrando mi cuerpo junto a él.

—No quiero seguir dando tumbos, Micaela. Ni mucho menos tener que irme a Grecia cuando todo esto acabe y que tú te quedes aquí, en España. Esa no es una opción viable, por supuesto. —Sonó firme.

Tragué saliva, puesto que esa pregunta no me la había planteado hasta el momento y era algo que, realmente, teníamos que hablar. No quería pensar en el mañana, mi abuela siempre me decía que cuando hacías los planes antes de tiempo las cosas se torcían, y hasta el día, había llevado razón.

Le contemplé a través de mis pestañas, encogiendo mis hombros indicándole que no lo sabía. Resopló colocándose el brazo por detrás de la cabeza, gesto que me pareció rematadamente *sexy*.

—¿Dónde te gustaría quedarte?

—Mmm... ¿No lo sé?

—¿Quieres seguir aquí?

Su tono era normal. No había exigencias ni presiones, pero era un tema que le atormentaba, aunque no me lo dijese directamente.

—¿Qué quieres hacer tú?

—Esa no es una respuesta, Micaela.

Me atravesó con sus esmeraldas y tuve que reírme.

—Es una costumbre entre nosotros. —Chasqué la lengua.

—Me da igual. Solo quiero que estemos tú y yo, y lo que venga después, obvio.

Una punzada me atravesó el pecho al saber que se refería a tener hijos.

—¿De verdad piensas que tener una familia, siendo quienes somos, es lo más sensato? —le cuestioné.

Posó sus ojos de nuevo sobre mí y después los desvió hacia la pared que tenía enfrente, receloso.

—Vida solo tenemos una, y la vamos a vivir sea como sea, sin temer al mañana o al qué pasará.

Un silencio extenso se creó entre nosotros dando por zanjada la conversación que en ese momento me pareció incluso incómoda. No podíamos obviar como si nada aquel tema, había que tener en cuenta el club, su trabajo, sus enemigos, los míos...

Demasiados frentes abiertos que no se acabarían únicamente con la venganza de Anker, sino que después de eso tendríamos que encontrar la manera de poder vivir de verdad. De no tener que estar vigilando nuestras espaldas a cada instante, pensando en que alguien podía aparecer sin más para arrebatar nos todo aquello por lo que habíamos luchado.

Y eso era lo peor.

## El día ha llegado



Me desperté en la misma posición que me dormí la noche anterior cuando mi teléfono comenzó a sonar con insistencia dentro de mi bolso. Abrí los ojos lentamente viendo que Jack dormía plácidamente y me deshice de su agarre estirando la mano para llegar a cogerlo. Lo saqué del bolsillo pequeño, y en la pantalla el nombre de Ryan se reflejó.

—¿Ryan?

—¿Dónde estás? —me preguntó extrañado.

—En el club, ¿por? —le respondí por lo bajo para no despertarle.

—¿En el club? No te he visto en toda la noche. —Se extrañó.

«Si tú supieras...», pensé.

—Estoy en la puerta, tienes... —hizo una breve pausa— visita.

—Dame dos minutos.

Colgué y me levanté con pasos ligeros, vistiéndome con la misma ropa del día anterior. Miré mi teléfono y tan solo marcaban las ocho de la mañana, ¿quién cojones venía tan pronto si no había quedado con nadie?

Cerré la puerta dirigiéndome hasta el final del pasillo y bajé las escaleras a prisa, encontrándome a Ryan en la barra de la sala central mientras colocaba unas botellas en los estantes, reponiendo.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —Alcé una ceja, extrañada.

—Atúsate un poco el pelo, anda —bromeó, moviendo su mano sobre su cabeza rapada.

Me llevé las manos a la cabeza con una sonrisa en los labios y Ryan puso los ojos en blanco, negando con la cabeza.

—Mejor no voy a preguntar. Ya sé por qué no vinisteis ayer a casa.

—¿Y el resto? —le pregunté al no verles.

—Están allí. Riley está volviendo loca a Adara, y ella, aunque parezca que

no ha roto un plato en su vida, creo que es peor que él, solo que con la medicina. —Suspiró—. Vaya noche me han dado. Y tu hermano, bueno, parece que está intentando involucrarse de alguna forma.

Reí ante su comentario y este me siguió.

—¿Quién ha venido? —recordé al instante.

—El soplapollas uno está fuera. No le he dejado pasar.

Le miré sorprendida y puso un gesto inocente que no le pegaba nada con la rudeza que transmitía tan solo con mirarle.

—¿Qué? —Se hizo la víctima—. Se supone que ya no es nuestro amigo, por lo tanto, aquí no entra.

Sonreí, dándole una palmada en su hombro antes de girarme para marcharme.

—El soplapollas dos, ¿ya sí lo es? —le pregunté según llegaba a la puerta.

—Todavía le queda un poco para ganarse mi confianza, pero ya me cae mejor —apostilló.

Reí ante su comentario y abrí la puerta para salir, donde un Aarón con el ceño fruncido me esperaba apoyado en este caso en su moto, que hacía tiempo que no veía. Se irguió cuando casi llegaba hasta él, inspeccionándome de arriba abajo.

—¿Pasa algo? —Alcé una ceja.

Carraspeó y negó con la cabeza. Yo pensé en que, quizá, aparte de llevar el pelo como una loca, podría haberseme olvidado alguna cosa más, pero no le di importancia y le insté para que hablase.

—¿Podemos pasar?

—No.

Me observó confuso y dirigió sus pasos, ignorándome, hasta la puerta, pero le paré antes de que la abriese del todo, ya que estaba entornada. Puse mis manos en su pecho notando cómo se aceleraba con mi simple tacto.

—Él está dentro.

Sus ojos se clavaron en mí, chispeantes, y se apartó sin ser brusco de mis manos que, al parecer, le quemaban. Asintió lentamente y me observó intentando analizarme, cosa que no consiguió.

—¿Le has dicho algo?

—Sí. —Acentuó su mirada—. Sabe que nos ayudarás a entrar en la fiesta, a cambio de que yo no publique tu vida... extraoficial. —Sonreí.

Negó con la cabeza e hizo una mueca de pesadez.

—No entiendo por qué motivo necesitas a la policía o, en este caso, a mí, para algo tan sencillo como colarte en una fiesta.

—No se trata de eso, Aarón. En esa fiesta haré que Anker venga conmigo quiera o no.

—Es un hombre poderoso, ¿crees que le temblará el pulso si decide matarte allí mismo?

—Lo hará. Sea quien sea, tiene una reputación que no echará a perder por mi presencia. Y también sabes que no es tan fácil entrar en esa fiesta, ya que lo que pretendo no es secuestrarle, sino que venga conmigo sin armar revuelo.

—Estás usándole a tu antojo. No quiero ni imaginar qué película le habrás vendido —repuso con arrogancia, cambiando de tema.

—La película que sea, no es de tu incumbencia. Tenemos un trato, que no se te olvide. Y, después de eso, espero que no metas más las narices en mis asuntos.

Me acerqué a él como una gata y susurré en su oído:

—Pero si quieres meterla en otro sitio..., podemos valorar las opciones.

Sonreí cuando me separé de él, viendo su gesto circunspecto y serio, en el momento en el que la puerta del club se abría y Jack aparecía tras ella, mirándonos a los dos de manera intermitente.

—Mira a quién tenemos aquí, si es el poli —espetó con sarcasmo.

Aarón alzó la cabeza con altanería, cosa que hizo que Jack sonriera ampliamente. Noté que su mano se colocaba en mi cintura tirando de manera posesiva hacia atrás, hasta que mi espalda tocó su pecho. Aarón atisbó ese gesto, pero lo obvió.

—La fiesta es esta noche. —Sacó un sobre del bolsillo de su pantalón—. Aquí tienes las entradas, cuatro equipos de la policía estarán por la zona. Todos tienen aviso de no deteneros, en el caso de que os vean. No obstante, se supone que tú estás en la cárcel de Brasil —eso último lo dijo con ironía.

Cogí el sobre de sus manos haciendo que nuestros dedos se tocasen una milésima y retiró la suya con incomodidad.

—Ahí tienes la dirección. Yo estaré por la zona también.

—Espero que no te necesitemos para nada —añadió Jack, sin quitarle los ojos de encima de manera intimidante.

Aarón sonrió de medio lado, pero no objetó nada. Sabía lo que su mirada transmitía, y esperaba ansioso el momento, al que solo le faltaban unos días, para tener a Jack entre sus manos.

Se subió a su moto colocándose el casco de manera sensual y, antes de salir quemando rueda de allí, nos observó. Cuando desapareció, me giré para mirar a Jack que no dejaba de contemplarle hasta que se perdió en la avenida y vi que esbozaba una amplia sonrisa.

Unas horas después, estábamos en la casa de Ryan preparando todo lo necesario para marcharnos de inmediato a Madrid. Hablé con Tiziano para que nos prestara su piso, el mismo en el que estuvimos cuando encontramos a Achilles, y este no puso ninguna objeción.

—¿Lo tienes todo? —le preguntó Jack a Riley, que terminaba de meter uno de sus ordenadores en la maleta de mano.

—Sí. Podemos irnos cuando queráis. Se nos echa la noche encima y no hemos salido de Barcelona.

Asintió, colocando su mano en mi espalda instándome a salir. Adara se quedaría con Ryan en Barcelona, era innecesario ponerlos en peligro también y debíamos tener cuidado, por lo menos con ella.

—¿Has averiguado algo de tu madre? —le pregunté, alejándome de Jack lo suficiente.

—No. El teléfono me sale apagado, pero conseguiré hablar con ella sea como sea —me contestó esperanzada.

Asentí con lentitud enmarcando su rostro con mis manos.

—Adara, si no vuelvo...

Me interrumpió.

—No digas eso.

Sus ojos se volvieron asustadizos e intenté que me escuchase de cualquier forma.

—Adara, déjame terminar. —Sentí los ojos de Jack en mi espalda, y bajé la voz todavía más—. Si no vuelvo, Ryan tiene instrucciones precisas para llevarte a Atenas. Os encargaréis de sacar a tu madre de allí y os marcharéis lejos de Grecia. ¿De acuerdo?

Asintió con pesar, y yo mientras tanto solo recé para que Agneta siguiera viva, ya que, si me sucedía algo, tendría que buscarse la vida sola, si su madre ya no estaba. No pensaba incumplir mi promesa, y la llevaría a cabo de una forma u otra. Se abrazó a mí, y de reojo miré a Jack que permanecía quieto.

Estaba claro que él mismo me había dicho que la involucrase en mi vida si quería, pero sabía de sobra que no entendía algunos gestos de los que tenía con ella, y me regañé mentalmente por no haber tenido la dichosa

conversación con él mucho antes.

—Mica.

La voz de Ryan me sacó de mi abrazo con Adara y me separé de ella viendo que unas pequeñas lágrimas escapaban de sus ojos. Volví mi cuerpo hacia el gigante que me contemplaba con gesto serio, posicionando sus manos en su cintura.

—No voy a despedirme de ti, porque sé que volverás. Pero quiero que tengas cuidado.

—Lo sé, Ryan. Ten cuidado con Eli —le advertí.

Su gesto cambió y apreció un breve enfado.

—Si al final es lo que piensas, tendremos que pensar qué hacer.

—Lo haremos, Ryan, no lo dudes —le aseguré con firmeza.

Juntó sus labios en una mueca de fastidio, y acabó acercando mi cuerpo al suyo, para fundirlo en un fuerte abrazo.

—No creas que no sigo cabreado por no dejarme acompañarte —musitó.

—Eres lo único que me queda si me pasa algo.

—No digas eso. Volverás de una pieza.

Una carcajada amarga salió de mi garganta. No era consciente de a quién tendría en unas horas delante de mí y esperaba que todo saliese como la seda.

—Ten cuidado, y cumple tu venganza —esto último lo añadió con una firmeza aplastante.

«Mi venganza».

Subimos a nuestros coches poniendo rumbo a Madrid sin mirar atrás. Me coloqué al lado de Riley, que me sonrió e intentó que el viaje se hiciera más ameno durante las horas que nos quedaban para llegar a la capital.

Miré por la ventanilla del coche pensando en la cantidad de años que había perdido esperando ese momento, y ya que casi podía alcanzarlo con mis manos, tenía una corazonada de que algo no iría bien, pero no sabía el qué.

Volví a notar ese temblor que la simple presencia de Anker en mi memoria me producía, y me mentalicé en que no podía fallar, ni mucho menos titubear a la hora de estar frente a frente con él. Si para eso tenía que sacar fuerzas de donde no me quedaban, lo haría.

Unas horas después llegamos al piso de Tiziano, cargados con varias bolsas y la ropa para cambiarnos. Me metí en el cuarto de baño la primera e intenté vestirme lo más rápido posible, puesto que el tiempo se nos echaba encima y llegaríamos más tarde de lo previsto.

Si se me escapaba en esa ocasión, no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de cazarlo de improviso. Sabía que no montaría un espectáculo delante del resto de invitados, y mucho menos sabiendo que la policía andaba por la zona merodeando, y estaba segura de que cuando viese a Jack y Arcadiy, el alma se le caería a los pies, si es que seguía teniéndola.

Maquillé mi rostro para estar espectacular y me metí dentro del vestido negro de noche que llegaba hasta mis tobillos. Me calcé unos zapatos con un tacón de infarto y convertí mi pelo en un semirecogido a un lateral. Pinté mis labios, por último, con el carmín, contemplándome en el espejo con nerviosismo.

—Por fin... —murmuré.

«Por lo menos si mueres esta noche, lo harás elegante», pensé con ironía. Abrí la puerta suspirando un par de veces y las dos personas que estaban en el salón enmudecieron al verme. Riley levantó la cabeza del ordenador, dando un sonoro silbido al aire.

—Madre mía..., estás espectacular.

Sonreí con picardía dirigiendo mis pasos hasta ellos. Arcadiy iba con un traje que le quedaba como un guante, ajustándose a su cuerpo de tal manera que parecía más atractivo de lo que ya lo era. Pegó un leve tirón de su corbata y me observó con adoración. No pude obviar sus gestos rudos, sus facciones marcadas y sus preciosos ojos, que alumbraban todo el salón, era indescriptible.

—No me extraña que pierda los papeles contigo.

Sonreí ante su comentario.

—Sois unos exagerados. ¿Qué te pasa con la corbata?

Me acerqué a él y este refunfuñó sin dejar de pegarse tirones en el cuello. Me coloqué delante de su pecho, desatándola para volver a ponerla en condiciones de nuevo. Afirmó agradecido, sosteniendo mi muñeca con su mano.

—Pase lo que pase, tenemos que hablar.

Le traspasé con mis ojos.

—Lo sé, y lo haremos.

Asintió.

—¿Estás seguro de querer venir? —le pregunté.

Llevaba demasiados años bajo su mando y, en principio, no creí que fuese capaz de acompañarnos sabiendo que Anker le había criado desde pequeño.

—Me ha robado muchas cosas, Micaela. Haré lo que haga falta para intentar recuperarlo.

Sus ojos relucieron más de la cuenta, y sentí que el corazón me presionaba el pecho con esas simples palabras. Le tenía delante y haría lo que fuese por recuperar esa pequeña parte de mi familia. Dejé mis pensamientos a un lado cuando otra puerta se abrió y de ella salió un hombre al que jamás había visto.

Noté que mi garganta se secaba tanto que me impedía respirar. Nunca lo había visto con traje, y esa simple visión hizo que mi sexo se humedeciera. Jack observó a Riley, que también se había quedado paralizado cuando salió, y enseguida volvió a sus quehaceres cogiendo los famosos pinganillos, que esa vez eran pegatinas que llevaríamos en el interior del oído.

Los movimientos sensuales, o eso me parecieron a mí, de Jack al abotonarse las mangas de la camisa blanca se me antojaron delirantes. Ya no sabía si quería arrancársela de un solo tirón o, por el contrario, dejarle con el traje puesto. Parecía un demonio elegante recién salido del infierno para incitar al pecado y la lujuria sin medida.

Llegó a mi altura sin despegar los ojos de mí, esbozando una amplia sonrisa cuando su pecho casi me rozaba. Alcé mis ojos hasta depositarlos en sus prados verdes, entreabriendo mis labios sin poder pronunciar una maldita palabra.

—Empiezo a contar las horas para arrancarte ese vestido.

Tragué saliva, escuchando la carcajada de Arcadiy, mientras que al pobre de Riley no le escuchaba ni respirar. Este último vino hacia mí y se metió en medio de los dos para colocarme el pinganillo.

—Siento interrumpir este momento de te follo con los ojos, pero tenéis que iros.

Jack le dio un pescozón y me tuve que reír por la cara que puso su amigo.

—Si quieres que te diga algo a ti, lo hago, no es necesario que me pegues —se quejó.

—Tienes muy mala lengua —añadió el irresistible hombre que tenía delante de mí.

—Habló el que no se corta diciéndole cochinas delante de todos. — Abrió sus ojos con asombro—. Esta noche dormiré con tapones.

—Tendrás que dejarme unos a mí entonces —aseguró Arcadiy, al que la situación le divertía mientras se entretenía en cargar las armas.

Terminamos de coger lo necesario, encaminándonos a la puerta cuando

Riley hizo las comprobaciones del sonido.

—Bien, ¿nos vamos? —añadió Jack dando una palmada en el aire.

—Tened cuidado y volved en condiciones.

Miramos a Riley, ninguno contestó. En cierto modo, todos sabíamos a quién íbamos a enfrentarnos en tan solo unos minutos.

Una hora después, aparcábamos el coche dirigido por Arcadiy en la entrada de una lujosa mansión a las afueras de Madrid, donde un aparcacoches nos pedía las llaves tras bajarnos. Observé a mi alrededor, viendo que el lujo era un detalle muy importante del que se rodeaba toda la fiesta. Jack sacó las entradas, mirando a mi hermano antes de dar un paso más.

—En el momento en el que te avise, coges el coche y nos esperas aquí.

—Entendido —le respondió escueto.

Asintió con convicción, y noté que mis piernas temblaban como la gelatina. Me regañé mentalmente, tratando de apartar los nervios que comenzaba a sentir, cuando a lo lejos pude divisar a Aarón, quien se quedó mirándome durante un largo rato con devoción. Jack carraspeó incómodo.

—Como siga comiéndote con los ojos de esa manera, voy a tener que matarlo esta misma noche.

Apreté su brazo para que se relajase y este giró su mirada hacia mí con seriedad. Le resté importancia el gesto de Aarón mientras nos dirigíamos con paso firme hacia la entrada.

Jack extendió las entradas al guardaespaldas que se encontraba en la puerta principal, y este comprobó la lista verificando que nuestros nombres estaban reflejados en ella. La gala ya había comenzado, pero, aun así, seguía llegando gente a deshora.

—Me mantendré por la sala sin perderte de vista. En cuanto consigas sacarlo, iré detrás de ti.

Asentí, pero no contesté.

En el interior, un sinfín de personas se arremolinaban ante un escenario por el cual un hombre hablaba sobre las diversas asociaciones a las que se donaría todo el dinero de aquella noche, pero mis ojos estaban inmersos en la búsqueda de otro hombre que no encontraba. Nos adentramos y, antes de llegar, Jack se paró en una de las columnas de la sala, escondiéndonos tras ella. Agarró mi mentón con firmeza y me traspasó con sus ojos.

—Recuerda que tengo que arrancarte el vestido.

Sonreí, aunque mis labios no se curvaron lo suficiente y él lo notó. Puso su

boca sobre la mía besándome con una lentitud aplastante, que lo único que hizo fue que mi corazonada se incentivara más. Se deshizo de su agarre y avanzó por la estancia hasta que le perdí de vista.

Encaminé mis pies hacia el gran barullo de gente, buscando con la mirada a Anker y, en el momento en el que sentí un escalofrío que me heló la sangre, le vi.

De pie.

Junto a todos los presentes.

Y lo más inquietante: mirándome.

## Por fin vuelves a mí



Avancé como un depredador hacia él sin agachar mi mirada en ningún momento.

Fuerte, altiva, temible.

Lo tenía delante.

Al hombre que tantos estragos había causado en mis noches en vela, en mis pesadillas, en mi soledad. A la persona que me arrebató lo único que me hacía feliz, la misma que se llevó aquella Navidad mi inocencia.

Mis ganas de vivir.

Y le odié más.

Fijé mis ojos amenazantes y llenos de rabia en su rostro que transmitía euforia por los cuatro vientos. Sus pequeños ojos marrones brillaron de expectación, mientras que sus manos se depositaban encima de un bastón de manera intimidante, aparentando el porte de un gran tirano, lo que realmente era. Llegué a su lado sin despegar mis ojos de él y me giré para quedar hombro con hombro. Coloqué mis manos entrelazadas sobre mi regazo, y este solo se limitó a contemplarme de arriba abajo con una sonrisa lasciva que me repugnó. Sentí ese diminuto temblor que disimulé con rapidez cuando su mano se posicionó sobre mi cintura, a la vez que escuchaba cómo aspiraba mi olor, muy cerca de mí.

—Por fin vuelves a mí, pequeña.

Oí un rugido al otro lado del auricular y busqué a Jack por toda la sala, ubicándolo sobre la segunda planta que estaba abarrotada de gente. Se encontraba sumergido con el resto de personas, desde mi posición comprobé que me observaba sin despegar los ojos de Anker, de manera temeraria.

—Ya sabías que vendría.

No lo pregunté, sino que lo afirmé. Pues su mirada sagaz no me indicaba

otra cosa, y su espera cuando entré solo lo hizo más que evidente.

—Por supuesto. ¿A estas alturas dudas de mis habilidades?

Una carcajada resonó en mi oído, poniéndome los vellos de punta.

—Tienes muy buenos amigos que se preocupan porque vuelvas sana y salva a mis brazos —puntualizó.

—No lo dudo. Espero que por lo menos hayan sacado una buena compensación —ironicé.

—Y lo ha hecho, pequeña. Tu amiga se mueve muy bien en la cama, y también sabe cómo llenarse los bolsillos de dinero.

Evité que el pensamiento de «mi amiga» acostándose con Anker pasara por mi mente.

—¿Y Desiré? También supo seducirte, por lo que veo.

—No te equivoques. Algunas veces es necesario tener cabezas de turcos para pasar desapercibidos. Tienes una amiga muy lista, en ese sentido, pero tranquila —se pegó más a mí oído, justamente donde tenía el pinganillo—, mi deseo solo está destinado a ti.

Tragué saliva con dificultad, en el momento en el que la sala entera resonaba en grandes aplausos, pues habían conseguido que un hombre donara una cantidad considerable de dinero a una de las asociaciones a las que ni presté atención. Se subió al pequeño escenario improvisado y dio las gracias abriendo paso a un baile de inauguración. Anker me dio la vuelta para encontrarme con su mirada deseosa, y sujetó mi cadera con fuerza.

—Sigues siendo la más hermosa mujer que haya visto jamás. Mírate —murmuró ronco—, ya no hay nada de aquella niña temerosa que un día conocí.

—La misma que tú destruiste.

—Y la misma a la que alabaré todos los días.

—No te equivoques, Anker —le espeté.

Estaba loco, loco a rabiar.

—¿De veras piensas que este es nuestro último baile? Cómo llamarlo... —Miró hacia el techo de manera pensativa—. El baile de la muerte. —Sonrió de nuevo.

Sellé mis labios en una mueca de disgusto mientras nuestros cuerpos se movían tensos por la pista de baile, perdiéndonos entre la multitud.

—Tienes la misma cara que tu madre. Deberías de agradecer que por ella te haya pasado todo esto, que hayas terminado en mis manos.

—Mi madre no tiene nada que ver aquí —añadí con desdén.

—Oh, sí que lo tiene, sí. De hecho, da gracias a que he tenido que sucumbir sin más remedio a algunas cosas, si no, desde el momento en el que llegaste al aeropuerto para secuestrar a esa mocosa, te habría llevado a rastras.

—No pienses que soy estúpida, Anker. No creo que te dejes guiar por otra persona que no seas tú. —Reí con amargura, sintiendo la tensión en cada palabra.

—¿Piensas de verdad que, si ese fuera el caso, te habría dejado tanta libertad para hacer las cosas? ¿Para intentar arruinarme, quizá? ¿Para que volvieras en contra de mí, a todos mis contactos?

Pensé, pensé en que se me escapaba algo de las manos y no conseguía saber qué era. Mi confusión se creó sin saber qué quería decir, pero poco me faltaba para averiguarlo. Seguí su mirada de forma altanera, a la misma vez que este me observaba con una lujuria irrefrenable, y su sonrisa se acentuaba.

—En la vida es necesario saber de qué manera jugar con las piezas que tienes alrededor, pequeña. Y hay alguien que lo ha hecho posible, claro que sí —pareció pelearse con él mismo—, pero ya nada me importa. Has vuelto. Has vuelto tú sola, y no pienso dejar que escapes de mis garras de nuevo.

Fijé mis ojos con más resentimiento en su rostro, mordiendo la parte interior de mi labio, pues si seguía apretando la mandíbula de aquella manera mis dientes saltarían por los aires antes de lo previsto. Su tacto me quemaba tanto que sentí unas ganas irrefrenables de separarme de él, pero respiré profundamente intentando calmar las ansias de asesinarlo allí mismo, aunque con ello montase un escándalo en medio de la gala.

—Sé que le dolerá, pero lo superará.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté con mala cara.

—De Jack.

Sus ojos brillaron de la emoción y yo creí desfallecer si hacía algún comentario sobre eso. Tenía el pinganillo en la oreja, y no pensé que pudiese soltar nada acerca de su descendencia. Anker me observó con una sonrisa digna de un triunfador, al descubrir mis pensamientos.

—Has hecho mal en venir a por mí con un aparato en el que él pueda escuchar todo lo que hablamos. Tienes muchas cosas que esconder, pequeña, y una de ellas, estoy seguro de que no le va a gustar. Le has mentido y la traición es algo que se paga muy caro.

El aire se cortó y recé para que no prosiguiera con la conversación, hasta

que, antes de darme cuenta, su gran mano se dirigió hacia mi oído arrancando con decisión la pegatina que apenas se veía, para tirarla al suelo y pisarla con descaro. Alzó la barbilla cuando terminó, contemplándome sonriente.

—Eres tan sumamente especial que, en vez de esperarme, has decidido que la mejor opción era hacerle creer a mi hijo que estabas enamorada de él. —Le miré atónita. Sabía que no estaba bien de la cabeza, pero no tanto—. No me mires así, pequeña, yo sé que no le amas de verdad. Y él, como un tonto, ha caído en la trampa. Excelente por tu parte.

—Estás loco... —murmuré.

—Sí, me temo que sí. Loco por ti, loco por meterme de nuevo entre tus piernas, loco al pensar que ese bastardo te ha follado, porque recuerda que, gracias a mí, perdiste tu inocencia.

Rio de tal manera que la sangre se me heló, y continuó mientras yo le contemplaba con horror, pero interiormente lo único que sentía eran unas ganas terribles de degollarle.

—Pero el miedo nos paraliza, pequeña, nos paraliza sin saber, sin dejarnos pensar.

No entendía sus saltos de conversación, hasta que caí en la cuenta de mi gran error.

—Tienes tanto miedo a que te deje, que solo has pensado en que iba a decir que era mi hijo. Pero no te has parado a pensar en que, sin pinganillo, eres un blanco fácil.

—Y tú un cobarde.

Su carcajada se hizo más intensa a la par que su rostro se pegaba al mío de forma amenazante.

—No, pequeña, soy inteligente. Porque mientras tú estás pensando en que se enterará de algo que has sido tan poco valiente de contarle, yo tengo a dos hombres que le apuntan directamente a la cabeza para matarlo en cuanto chasque los dedos.

Creí que en aquel momento moriría, y empecé a temblar. Fui a girarme para buscarle con la mirada, pero Anker me lo impidió sosteniendo mi cadera con más saña.

—No. No lo hagas, pues vendrá a por ti en cuanto vea tus asustadizos ojos y entonces...

—Y entonces te matará —añadí tajante, con una firmeza que ni yo misma sabía que tenía en aquel instante.

Río.

—Claro que lo hará. Era el mejor hombre que tenía, y tú te lo llevaste.

—Eres un miserable, Anker. Te has aprovechado de niños para convertirlos en asesinos, has arrebatado familias para mentir descaradamente haciéndoles creer que tú eras su padre, y no contento con eso, aun así, pretendes matar a tu hijo.

—Arcadiy fue un blanco muy fácil, créeme que no estuvo en mi mano acogerlo, pero pude manejarle bien. De lo contrario nada me hubiese impedido pegarle un tiro con seis años. Y Jack... —suspiró con cansancio—, Jack simplemente traicionó su lealtad aquel día que te dejó escapar.

Mis dientes rechinaron cuando me daba la vuelta sobre mí misma, y en esos nanosegundos busqué a Jack, pero no le encontré. Volví a mi posición inicial, escuchándole.

—Y el gato cazó al ratón. —Sonrió—. Ahora, vendrás conmigo de la mano, y volverás a suplicarme de rodillas que tenga piedad contigo, puesto que el hombre que está detrás, tiene los minutos contados.

—No serás capaz... —advertí con odio.

—Oh, pequeña, claro que lo haré. ¿Acaso no te he demostrado que cumplo mi palabra? En Santorini me pediste que le dejase con vida, y yo, por complacerte, lo hice. Pero si le dejo vivo, vendrá a buscarte y no puedo permitírmelo. —Su sonrisa se ensanchó.

—Le tienes miedo —escupí con fuerza.

—He de tenérselo. Ya sabes quién soy yo, pero no sabes con quién te acuestas, pequeña. Él, dentro de unos años, se convertirá en alguien aún más temerario que yo.

—¡Jack jamás será como tú! —bufé con resentimiento.

—Lo hará. La sangre llama a la sangre, y él es un asesino. El mejor.

Temí por la vida de Jack. No podía avisarle de ninguna forma, no podía siquiera hacerle un gesto para que supiese que le estaban apuntando y, entonces, me bloqueé mentalmente sin saber cómo reaccionar. Anker agarró mi mano con firmeza, girándome para que quedara de cara a Jack, que se encontraba detrás de dos hombres en la segunda planta sin quitarme los ojos de encima.

Noté que Anker se agachaba y comenzaba a subir mi vestido por la pierna, momento en el que aproveché con rapidez y le hice un gesto a Jack que recé por que entendiese. Este me contempló con confusión, pero tuve que apartar mi

mirada cuando Anker descendió por mi muslo y unas terribles ganas de vomitar se apoderaron de mí. Su simple tacto me asqueaba y no sabía remediarlo.

Sacó la pistola que llevaba sujeta a la parte trasera del muslo, lanzándola por el suelo de la sala como si nada, dejándome sin armas, o eso pensaba él, puesto que llevaba una navaja en el sostén.

—Nos vamos, pequeña.

Tiró de mi mano hacia la salida y seguí sus pasos sin poder evitarlo. Quedarme a solas con él me aterrorizaba, pero ya no era una cría, sino que mi mente calculadora empezó a funcionar a mil por hora guiando cada paso que daba, y pensaba no dejar ni un solo resquicio suelto antes de que muriera. La determinación en mí cada vez era más palpable, mi venganza, mis ganas de sangre, solo aumentaban a pasos agigantados.

Jack me observó con desespero y comprobé que se había dado cuenta de mi mirada hacia los hombres de Anker, cuando este se colocó en medio de un grupo de personas que se encontraban allí. Desvió sus ojos al hombre que se posicionaba detrás de mí, apuntándome con su pistola.

—No hagas ninguna tontería, pequeña. Me dolería mucho tener que mancharme las manos de tu sangre.

—No tuviste ningún reparo en hacerlo tiempo atrás —añadí con saña.

—Tengo que reconocer mi debilidad por los niños, en este caso por ti. Pero eso ya es pasado, no me guardes rencor. Ahora ya eres una mujer y todo es distinto.

Sus palabras me asquearon, me llenaron de rabia, y poco me faltó para girarme y estamparle la cabeza en la primera columna que hubiese en la sala. Me giré viendo que observaba a Jack con fijación, y el hombre por el que más temía no se achantó. Dio un paso al frente quedando al descubierto y agarró la barandilla de la escalera con firmeza, lanzándole una amenaza con sus ojos a Anker. Este último sonrió sabiendo que el triunfo se lo llevaba él, mientras que Jack no podía hacer nada para evitarlo, pero el gesto fiero y temible de Jack me asustó como nunca lo había hecho, ya que en sus ojos solo vi una cosa: determinación.

En el exterior la gente paseaba con tranquilidad sin percatarse de lo que estaba a punto de ocurrir, y paré en seco girándome para enfrentarlo.

—Como le toques un solo pelo —alcé mi mano con énfasis—, te juro que te sacaré la piel a tiras.

Sonrió.

—No estás en posición de amenazarme —añadió con gesto serio.

—Si montas un escándalo...

—¿Crees que no sé que la policía está aquí por ti? Poco me importan esos patanes, puesto que no tienen nada que hacer.

Todo sucedió tan rápido que no me dio tiempo de asimilar mi siguiente movimiento, cuando Aarón salió de detrás de los árboles de la entrada y apuntó a Anker directamente. Este último se giró con brusquedad cogiendo mi cuerpo con sus manos al tiempo que su arma me seguía apuntando, esta vez en el costado.

—No des un paso más, inspector —anunció hosco.

—Suéltala ahora mismo.

Miré a Aarón sin mostrar ningún signo de emoción y tenté a la suerte, demasiado.

—Dispara, Aarón. No me matará —le aseguré.

El agarre de Anker se hizo más firme mientras varios policías nos rodeaban. Dio dos pasos hacia atrás, hasta que a unos metros más lejos de nosotros, pude apreciar que Arcadiy estaba retenido por dos de los hombres de Anker.

—Eso no lo dudes nunca, pequeña, pero puedo hacerte mucho daño. — Miró a mi hermano.

Sus hombres lo arrastraban hasta donde estábamos y el revuelo fue monumental cuando los policías ya no sabían a quién apuntar primero. Contemplé a Arcadiy, quien me observaba con el rostro contraído de la rabia, a la misma vez que sus facciones se intensificaban al ver la posición que teníamos.

—No tienes escapatoria, Anker, ¡suéltala!

—Oh, inspector, veo que está usted perdiendo los papeles. No sé qué facilidad tienes para cautivar a los hombres, pero esto se está convirtiendo en un reto —me dijo directamente a mí—. ¿A tu hermano también te lo has follado? —Rio.

Tiró de mí cuando escuché el rugido de un coche que se paraba detrás de nosotros, y este abría la puerta para meternos en el interior, pero el clic de un arma resonó en mis oídos y solo tuve que girarme un poco para encontrarme a un Jack desencajado que le contemplaba con los ojos inyectados en sangre.

—Espero no tener que decirte lo que tienes que hacer —añadió como un

titán.

—Si me disparas, ella estará muerta antes de que puedas hacer nada, ¿de verdad quieres intentarlo? —le vaciló.

Jack apretó la mandíbula sabiendo que las posibilidades que tenía eran tan escasas que no podía permitirse el lujo de soltarle ningún farol, pues Anker era un perro viejo y por mucho que intentase disuadirlo no lo conseguiría. La mano de Jack hizo más presión sobre su arma, de manera que sus dedos tomaron un color blanquecino.

No separaba sus ojos de Anker de forma que su gesto se volvió más amenazador, más tirano, y recordé las palabras del que era su padre: «Es un asesino. Es el mejor».

Y él único consuelo que me quedó fue saber que, en realidad, Anker temía por su vida con razón, puesto que Jack me encontraría hasta en el último rincón de la Tierra.

—Baja el arma, Jack. No tienes nada que hacer. Ella es mía desde hace mucho y no pienso permitir que se vaya contigo. —Sonrió lascivo.

Apretó su pistola contra mi abdomen, empujándome para que entrase en el coche. Jack dio un paso hacia él sin que le temblara el pulso y colocó su pistola directamente en su cabeza. Anker alzó las cejas sorprendido y, antes de que me metiese en el coche sin que pudiera evitarlo, dijo:

—¿De verdad vas a matar a tu padre?

«A tu padre», me repetí.

El rostro de Jack se contrajo mostrando una confusión que nunca había visto, pues sabía que jamás se trataron de la forma en la que Anker lo había hecho con Arcadiy, al que sí engañó. Sin embargo, Jack era uno de sus hombres a secas y nunca le tuvo el cariño que se supone que uno tiene a un hijo, cosa que tampoco entendí.

—¿Qué estás diciendo? —murmuró temible, a la misma vez que sorprendido.

Anker soltó una carcajada que volvió a tensar mi cuerpo al completo. Me observó y terminó de rematar:

—¿No se lo has contado, pequeña?

## A solas, pequeña



El silencio se hizo patente en el coche mientras el chófer conducía con tranquilidad a no sabía dónde. Antes de salir de la fiesta, pude apreciar a Jack desde el espejo retrovisor, contemplando cómo nos marchábamos y él se quedaba allí, impotente por no poder hacer nada, pero lo que más me preocupaba eran los pensamientos que debían de estar rondando por su cabeza en aquel momento. Nos detuvimos y Anker cogió mis mejillas con una de sus grandes manos.

—Ha llegado la hora de estar a solas, pequeña.

Bajó arrastrando mi cuerpo con su agarre en mi muñeca, y entramos en uno de los lujosos hoteles de Madrid, cerca del centro. Fuimos en dirección hacia el ascensor y escuché a mi mente que trabajaba como nunca, pensando en cada paso que tenía que seguir.

Estaba sola.

Sola ante el peligro.

Sola con él.

—Tranquila, se le pasará. De todos modos, no volverá a verte.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunté con malas formas.

Se giró hasta quedar de frente a mí, cuando dos personas se subían al ascensor con nosotros y sostuvo mis mejillas con una sola mano haciendo presión en ellas.

—Olvídate de todo lo que has tenido hasta ahora. Se ha acabado, pequeña. Y no vuelvas a usar ese tono impertinente conmigo ni una sola vez más —sentenció como un tirano.

La pareja que había delante de nosotros se miró con miedo, por culpa del tono autoritario de Anker. Vi que uno de ellos me observaba de reojo, pero el temible hombre que venía conmigo hizo como si nada, se reajustó su chaqueta

y miró al frente, esperando que las puertas se abriesen. Cuando lo hicieron en la planta en la que se bajaba la pareja, salieron despavoridos de allí.

—No me gusta llamar la atención, pero tú me sacas de quicio —me aseguró, regañándose a él mismo.

—Me importa una mierda que te saque de quicio —le espeté con arrogancia.

Una carcajada escapó de sus labios cuando llegábamos a nuestra planta. Agarró con fuerza mi recogido guiándome por el pasillo casi a rastras, bajo los atentos ojos de las personas que merodeaban por allí, y lo vi de reojo sonriendo, como un puto loco al que no le importaba nada ni nadie. Puso la tarjeta sobre el lector de la puerta, abriéndola, lo que hizo que Anker me lanzase hacia dentro y cayese de bruces en el suelo.

—No te hagas daño, pequeña. Necesito que estés en plenas facultades para la noche que te espera. —Me observó con seguridad—. Y para el resto de tus días. Porque ten clara una cosa —se agachó a mi lado—, no vas a volver nunca más con mi hijo. Cogeré mi maleta y te vendrás conmigo a un sitio donde nadie nos encuentre. Nadie —recalcó.

Reí.

Reí como una jodida demente al escucharle.

—¿Qué te hace pensar que me iré contigo? —le pregunté altanera.

—No tienes otra opción —me aseguró, levantándose.

Apoyé mis manos sobre la moqueta del hotel, observando que se quitaba la chaqueta para dejarla con cuidado sobre la silla, a la misma vez que se remangaba la camisa y cogía una botella de *whisky*. Vi la tranquilidad que desprendían sus movimientos, como si pensase que no era más que un simple despojo al que podía manejar a su antojo, y eso me enervó, pero pensé con la frialdad de un jugador experto y supe que, si me sacaba de mis casillas, no conseguiría nada.

—¿Dónde está Agneta?

La pregunta resurgió de mis labios sin poder evitarlo.

—Pagando su pena por haberte ayudado a escapar.

Tragué saliva al darme cuenta de lo que aquellas palabras encerraban, y solo esperé que no fuese así.

—No tienes ni un ápice de bondad. ¡Es la madre de tus hijos! —le escupí con rabia.

—Yo nunca quise a esos niños. Siempre me estorbaron, en especial Adara.

Ella no me servía para nada —añadió sin mirarme.

—Pero, Jack, sí.

—¡Por supuesto! Ocultarle una mentira tan grande era lo fundamental. Cuando no tienes familia no le temes a nada, pequeña. Te haces fuerte, temible, asustas con solo una mirada. Pero si tienes debilidades, tu mundo se tambalea como lo está el suyo ahora por tu culpa. Por quererte de esa manera que tanto odio y asco me produce.

—Eres un hijo de puta...

—No. —Rio—. Soy un hombre que tiene todo bajo control, un hombre que ha conseguido tener lo que más deseaba, y está delante de mí.

Sus ojos brillaron cuando se giró para contemplarme, y en ese momento me dio la razón a muchas cosas. Estaba loco, demasiado como para ser verdad, pero más que eso, estaba obsesionado.

—¿Qué tengo yo, Anker? ¿Qué quieres de mí? —le pregunté.

—Todo, pequeña. Lo quiero todo desde el primer instante en el que te vi. Yo te quiero de verdad, y no te engaño con falsas palabras —murmuró esto último como si me estuviera diciendo la verdad más grande que existía.

—Si eso fuera cierto no habrías matado a toda mi familia.

Intenté razonar sin que la rabia se notase más de la cuenta, pero me fue imposible. Dio dos pasos hasta mí, extendiendo su mano para que la aceptase, gesto que decliné, y me levanté por mi sola. Me contempló con admiración posicionándose tras mi espalda.

—Yo solo fui una torre movida por un rey, pequeña.

El corazón se me paralizó al ser consciente de que no estaba solo en mi tragedia. Y no supe por qué, pero intuí que decía la verdad.

—No te creo —le provoqué, sabiendo lo que me hacía.

—Deberías. —Posó una de sus manos en mi espalda, descendiendo con ella hasta la cremallera de mi vestido—. Pero eso ya no importa porque a partir de ahora solo estaremos tú y yo. Y no habrá nadie que vuelva a ponerte una mano encima, excepto las mías. Las que siempre debieron ser.

Tragué saliva, obviando cada detalle de los que me había dicho, quedándome solo con uno principal. Traté de calmarme lo suficiente antes de hacer la pregunta que intuía que me quebraría por la mitad.

—¿Quién mueve esa torre, Anker?

Soné seria, firme, pero, en realidad, mis manos sudaban y mi pulso se aceleraba de manera considerable. Noté su aliento en mi hombro, para

después sentir su asquerosa lengua sobre mi piel, dibujando una línea que llegaba justo a la cremallera que ya bajaba por mi espalda. Me estremecí al notar su contacto y un leve mareo se apoderó de mí al no saber de qué manera acabar con toda esa situación cuanto antes porque, siendo realistas, quería que su muerte fuera lenta y dolorosa, tanto, como fue la pérdida de mi familia por su culpa.

—Esa torre fue movida —habló en pasado, creando una realidad que era inexistente—, por la persona que tanto se suponía que te quería, que tantas veces te llamó «mi reina».

La sangre se agolpó en una parte de mi cuerpo que no supe cuál era con exactitud. El leve mareo se convirtió en algo permanente y tambaleé mis pasos hacia atrás sin poder evitarlo.

No podía ser...

Sostuvo mi cuerpo con delirio y sonrió pegado a mi oído.

—¿De verdad pensabas que podrías tener la libertad de hacerme daño con tanta facilidad? —Tiró de mi pelo—. Eres una ingenua, una ingenua que me encargaré de amoldar a mi medida, me cueste lo que me cueste.

No hubo ni una sola palabra más mientras notaba que la ira salía desmedida de mi cuerpo. Me volví para encararle, fijando mis ojos en los suyos y viendo que su mano seguía alzada en el mismo sitio. Me separé unos pasos de su cuerpo, armándome de valor para terminar de una vez por todas y me contempló sin pestañear.

—Fin del juego, capullo.

Con gran rapidez saqué de mi sostén la navaja que guardaba y me lancé sobre su cuerpo propinándole varios cortes en el rostro y en el pecho. Agarró mis brazos con una fuerza brutal, dándome un bofetón que volvió mi rostro y acabó tirándome al suelo. Intenté levantarme, pero este fue más rápido cogiendo mi cabello con su mano a la misma vez que me arrastraba hasta la cama.

—Ya está bien de tanta tontería.

Como si fuese una pluma, me alzó sobre sus manos hasta dejarme tirada sobre el colchón y le amenacé con la navaja en alto, para que viera que no me temblaría el pulso.

—Pienso apuñalarte hasta que me quede sin fuerzas —siseé.

—Y yo pienso follarte hasta que te desmayes.

Su tono serio y obsceno creo un estado de repulsa en mi interior que fue

difícil de controlar. Se irguió en su posición desatando el botón de su pantalón, para acercase peligroso hasta mí.

Elevé mi mano dirigiéndola a su costado, el cual corté sin ningún miramiento cuando sujetó mi mano con fuerza, haciendo que la navaja cayese sobre la cama. La quitó con un breve movimiento y se echó encima de mi cuerpo, aplastándome.

Me revolví como una salamanquesa, dándole cabezazos con mi propia frente, en un intento de quitármelo de encima, pero no se movía ni un ápice, al revés. Sentí que con la mano que tenía libre subía mi vestido, para colocarla justo en mi sexo con agilidad.

Levanté mi pierna, consiguiendo doblar mi rodilla que le dio de pleno en su costado, y este se dobló de dolor. Incorporé mi cuerpo veloz, subiéndome a horcajadas sobre él y puse mis manos alrededor de su cuello en un intento de asfixiarle o, por lo menos, aturdirle.

Volvió a coger mi pelo con fuerza, que ya se encontraba prácticamente suelto, y tiró de él hasta conseguir quitarme de encima con un fuerte manotazo. Caí al suelo y me levanté con rapidez, pero no me dio tiempo a nada más.

La ventana que daba a lo que parecía una especie de terraza, reventó por los aires en el momento en el que un hombre con aspecto fiero y temerario traspasaba por ella entrando en la habitación. Su camisa estaba remangada a la altura de sus antebrazos y varios de los botones desabrochados. Tenía unos cuantos cortes y varias manchas de sangre resaltaban en el blanco impoluto. Me contempló con urgencia, para desviar sus ojos inmediatamente al hombre que tenía delante, observándole sin poder creérselo.

—Espero que no vengas a buscar a la dama en apuros —añadió Anker con ironía.

Jack no dijo nada. Simplemente se acercó a él con la amenaza clara en su rostro y achicó los ojos para esperar su siguiente movimiento. Anker se bajó de la cama, quedándose de pie casi a su lado.

—Así que mi padre.

El tono frío y falto de sentimientos, por parte de Jack, me heló la sangre. Anker sonrió como el tirano que era y pasó sus ojos a mí, para después volver a posicionarlos en él. Alzó sus brazos al cielo con una mueca sarcástica en sus labios.

—Por eso mismo debes de salir por esa puerta —la señaló—, y dejar que termine lo que he venido a hacer.

Se reajustó la bragueta ante sus ojos, y vi que Jack daba un paso hacia delante, quedándose frente a frente con él. Era terriblemente amenazador y nunca me había percatado de cuánto hasta ese momento.

—Mi padre era Braylon Williams —sentenció.

Anker soltó una carcajada irónica.

—No, Jack. Braylon estuvo con tu madre cuando ella ya estaba embarazada de mí. Yo simplemente le quité la vida —le aseguró con una sonrisa.

El rostro de Jack no mostraba ningún sentimiento y lo único que podía ver era cómo apretaba los puños con más intensidad cada vez que Anker abría la boca. Pero también pude apreciar algo que no se me había escapado desde que entró. El miedo de Anker era más que evidente, pues sabía que tenía los minutos contados, y ahora, era de verdad.

—¿Y pensabas matarme como a un perro? —le preguntó con una fingida sonrisa.

—Me traicionaste, Jack. Y eso sabes que no se puede permitir.

—Por lo que veo, tú me has traicionado antes.

—Yo no tenía ningún aprecio por nadie, mucho menos lo iba a tener por ti —le espetó.

La sonrisa endiablada de Jack iluminó toda la habitación, y mis piernas flaquearon cuando sus ojos se fijaron en mí con resentimiento. Anker no pasó desapercibido ese gesto y echó más leña en el fuego.

—Pero esa perra que tienes delante lo sabía. Y no te dijo nada. ¿Qué clase de amor es ese? Ella también te ha traicionado de una manera u otra. Y volverá a hacerlo.

Tragué saliva, sin hacer ningún gesto, pues no quería complicar la situación más de lo que estaba. Jack esquivó mi mirada, cosa que me dolió. Se dio la vuelta dirigiéndose hacia una silla, la dejó en medio de la habitación y le instó con la cabeza.

—¿Piensas que de verdad voy a sentarme? ¿Sabes con quién estás tratando!? —se enervó, momento en el que supe que de verdad lo estaba poniendo nervioso.

—Siéntate, Anker —sentenció.

La puerta de entrada se abrió y dio paso a un Arcadiy que casi llegaba en las mismas condiciones que Jack, solo que con menos sangre en su ropa. Anker rio con más fuerza, estaba empezando a rozar la histeria cuando Jack le

empujó para que se sentase.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? Mis dos mejores hombres unidos por una sola mujer. —Miró a Arcadiy—. ¡Eres un miserable traidor!

Mi hermano no tuvo tanta paciencia y estampó su puño contra la boca del hombre que estaba en la silla, haciendo que de su labio emanase un hilo de sangre. Este la chupó y se relamió mirando a Jack.

—¿De verdad vas a dejar que me mate? —Alzó una ceja—. Soy tu padre.

Los ojos de Jack se abrieron un poco más, lo justo para pegar su rostro casi al suyo, y con una chulería innata colocó sus manos a ambos lados de su cabeza mirándole fijamente.

—Yo nunca he sentido ningún aprecio por nadie, mucho menos lo iba a tener por ti —repitió su misma frase y se incorporó.

Le hizo un gesto a Arcadiy con los ojos para que se posicionase detrás de él. Mi hermano obedeció, atando sus manos y sus pies a la silla para que no pudiera escapar. Yo me mantenía al margen, pero tenía claro que no dejaría que acabasen con su vida. No después de tanto tiempo, después de ocho malditos años esperando ese momento.

La puerta volvió a abrirse, pero nadie pasó, sino que una bolsa negra de las que trajimos asomó por ella y supe que era Riley el que la dejó allí. Jack se acercó, la colocó a los pies de Anker, y con un breve gesto me miró, asintiendo, pero sus finos labios no se separaron ni una milésima y temí.

Estaba dolido.

Dio un paso atrás, contempló a mi hermano y movió su cabeza en señal afirmativa. Giró sobre sus talones encaminándose hacia la puerta, dejando su pistola encima de la mesa del escritorio.

—¿¡Adónde vas, malnacido!?! —No se giró—. ¡Tenía que haberte matado cuando aún estabas en el vientre de la puta de tu madre! —Siguió sin hacerle caso—. ¡¡¡Jack!!!

Moví mis pies hasta que llegué a la altura de Anker, me quité los tacones quedando descalza, mientras que Arcadiy se posicionaba a mi lado. Jack detuvo su paso al tocar el manillar de la puerta y lo último que dijo antes de salir fue:

—Nos vemos en el infierno, papá —le soltó con desdén y amargura.

Los ojos de Anker destellaron de la rabia al tiempo que intentaba moverse a toda costa en aquella silla a la cual estaba bien sujeto. Sonreí, y los míos relucieron de tal manera que vi cómo se hacía pequeño por segundos.

—Soltadme y veremos a ver quién puede más.

Moví mi dedo en señal negativa, como si fuese una jodida demente. Una jodida demente que ya saboreaba cada grito que aquel hombre daría provocados por mí. Me puse de cuclillas, sintiéndome observada en cada momento por él.

—Eres una cobarde —me escupió con rabia.

Sonreí.

—¿Tú también fuiste un cobarde cuando mataste a mis padres y me golpeaste y follaste hasta la saciedad con tus hombres? —le cuestioné.

Su silencio me dio la respuesta, y abrí la bolsa por completo, a la vez que él lo hacía con sus ojos de manera desmesurada.

—Ya te ensañaste bien con mis hombres, no tienes por qué seguir con esto —su voz empezó a desesperarse—. ¡Me lo ordenaron! —se excusó.

—Pensé que la desesperación era un sentimiento del que carecías, Anker.

—Te ayudaré a terminar con quien lo propagó todo, ¡te lo juro!

Se movió insistente en su silla. De reojo vi que mi hermano no meneaba un solo músculo de su rostro, a la misma vez que se remangaba la camisa para dejarla sobre sus fuertes antebrazos.

—Arcadiy, ¡acaba con esta locura! ¡¡Sabes la de gente que la matará si continúas!! ¡Yo te di la vida! —trató de convencerlo.

—No. Tú me la robaste —sentenció firme.

Me levanté del suelo, colocándome frente a él. Aprisioné mi labio inferior con fuerza, y le hice un gesto simple a mi hermano para que se posicionara tras él.

—Parece ser que hablas mucho y vas a morir como un niño. ¿No te gustan los niños, Anker?, ¿no sientes debilidad por ellos? —murmuré con saña.

Achicó sus ojos tanto que creí que se perderían entre su piel.

—Putá zorra —me escupió.

Asentí con lentitud mientras Arcadiy le sujetaba la cabeza con una mano impidiendo que así se moviera. Con la otra, abrió su boca por la parte inferior al tiempo que yo mantenía firme la de arriba, escuchando sus quejidos y su desespero que ya no intentaba ocultar.

—Enséñame esa lengua que da órdenes —le pedí con impaciencia.

El músculo se resistió, intentando escapar de las tenazas que sostenía con mi mano, pero antes de que pudiera darle tiempo, estas atraparon su lengua, a la misma vez que mi mano comenzaba a hacer presión hasta arrancársela. El

grito de dolor que soltó fue desmedido y la sangre empañó mis manos, en el momento en el que la levantaba para enseñársela.

—Esto no es nada comparado con lo que yo sentí aquel día —añadí con rabia.

Arcadiy soltó su cabeza que cayó hacia delante y pude apreciar unas pequeñas gotas que caían de sus ojos, lo que me encabronó más.

Cogí mi navaja y abrí su camisa de par en par, haciendo que una gran raja se creara desde el inicio de su pecho hasta la cinturilla de sus pantalones. Le miré con una sonrisa instalada en mis labios, metiendo la mano en la misma bolsa que minutos antes, y saqué de ella un cuchillo de un tamaño considerable. Sus ojos se abrieron en su máxima expansión cuando desaté su pantalón y, con mis manos, saqué su miembro de los calzoncillos.

Se revolvió aguantando el dolor que sentía, y yo desvié mis ojos al hombre que tenía a mi lado, el mismo que contemplaba la escena impasible sin decir ni una sola palabra. Porque estaba allí, no para entrometerse, sino para demostrarme que volvería a ser el hermano que tanto tiempo atrás busqué. Para recuperar todos los años que la maldita persona que teníamos delante nos había robado sin pedir permiso.

Enfoqué mi rostro de nuevo hacia Anker, y vi reflejado el dolor, pero también la incertidumbre por saber qué era lo que pasaría. Su polla flácida se aposentó sobre mis manos y agarré con fuerza la parte que pegaba casi al final de esta, donde coloqué el cuchillo sin titubear. Se quedó paralizado pues sabía que, si se meneaba, le desgarraría la carne.

—¿Qué se siente al no tener escapatoria? —le pregunté sumida en mis pensamientos, sin apartar mi mirada de sus ojos.

Negó, a la misma vez que los sollozos se hacían más sonoros en la habitación. Y sin quitarle los ojos de encima, puesto que veía la forma de suplicarme y eso simplemente, me fascinaba, dejé que el cuchillo cortara su piel, haciendo que otro grito más desgarrador que el anterior se escuchara en toda la habitación. Sentí las pequeñas gotas de sangre en mi cara, lo que hizo que sonriera y, en ese momento, temí que mi cordura se acabase del todo.

Solté su miembro en el suelo y este dio un golpe en seco. Se desangraría en menos de lo previsto, pero no pensaba ponerle las cosas tan fáciles, quería que sufriese lentamente y no me iría hasta conseguirlo.

—Arcadiy, márchate.

Mi hermano me miró interrogante, sin embargo, mis ojos no se apartaron

de los de Anker que, con dolor, me contemplaba. Arcadiy salió por la puerta sin decir ni una sola palabra y cerró. Cogí el cuchillo de nuevo y me acerqué a sus dos muñecas, dando un corte en cada una de ellas, dejando que la sangre bañara la moqueta.

Me senté en la cama y únicamente le observé.

Sus ojos no se despegaron de los míos y yo tampoco los desvié. Todo había terminado, o eso creía, ya que tendría que averiguar si lo que me había dicho era cierto, porque si eso era así, tendría un gran problema por delante. Obvié esos pensamientos en aquel momento, y vi que intentaba decirme algo con su boca llena de sangre.

—Pequeña...

Quise entender. Mis ojos brillaron y sentí que unas lágrimas de alivio caían sobre mi barbilla.

Había terminado.

Había vengado lo que tanto tiempo busqué, por ahora, me conformaba con ello. Mi cuerpo se quebró cuando noté que la venganza no aminoraba el pesar que mi pecho seguía manteniendo, y supe que era cierto, la venganza no haría que olvidase todo lo que pasó. Pero un gran peso se apartó de mí mientras contemplaba al hombre que se desangraba delante de mis ojos.

Sujeté mis rodillas con fuerza y sonreí sin quitarle la vista de encima como una puta loca. El cabrón que tenía delante ya no podría volver a abusar de nadie, ya no podría hacer más daño del que ya había hecho.

—Tranquilo, mi cara será lo último que te lleves al inframundo.

Y esperé.

Paciente.

Esperé.

## La verdad



Contemplé el cuerpo casi sin vida de Anker durante unos instantes más y salí de mis pensamientos cuando escuché que la puerta de la habitación volvía a abrirse.

Era Jack.

Vislumbró la escena y pude apreciar un tenue asombro en sus ojos, que pocos segundos después se trasladaron hacia mí. Durante unos minutos nos mantuvimos la mirada en silencio, un silencio que, únicamente, fue interrumpido por las gotas de sangre que caían en el charco que Anker tenía a ambos lados de sus manos. Sin mediar ni una sola palabra, salió con gesto rudo de la habitación agarrando la bolsa negra con rabia.

Le seguí cerrando la puerta tras de mí pocos minutos después, con mis tacones colgados sobre mis dedos y en la otra mano la pistola que Jack había dejado sobre la mesa, por si la cosa se ponía fea. Iba llena de sangre y sin ningún pudor ante la mirada de curiosos que pasaban a esas horas de la noche por los pasillos del hotel. Llegué a la puerta de entrada y el aire azotó mis mejillas, a la misma vez que un torrencial de lluvia caía sobre mi cuerpo, empapándolo.

Miré al cielo que se cubría por una densa capa de nubes que apenas podía apreciar, puesto que la noche se manifestó tan oscura que estremecía.

Un coche encendió las luces a pocos metros de mí, y entré en él en pleno silencio. Jack estaba en el asiento del copiloto con los ojos perdidos en la ventanilla, sin mirarme siquiera ni un instante, sin embargo, Arcadiy me hizo una mueca con los labios en señal de tranquilidad. Me senté en el coche, viendo que el cuerpo de Jack temblaba de rabia, y no me atreví a decir una sola palabra, ya que la situación empeoraría por momentos.

Hicimos todo el camino hasta llegar a Barcelona en silencio sin que nadie

se atreviera a interrumpirlo. Y cuando aparcamos en la puerta de Ryan, mi hermano y Riley aligeraron el paso para entrar, mientras que Jack se bajaba hecho un desastre, con miles de arrugas en la camisa, y más irresistible y temerario de lo que ya lo era. Le miré desde mi posición y sus ojos pasaron un nanosegundo por mí, para perderse de nuevo en la carretera. Me acerqué a él midiendo los pasos y al llegar a su altura fui a tocar su brazo, el mismo que retiró con rapidez, aniquilándome con sus ojos.

—Jack...

No me dejó continuar.

—Ahora no, Micaela —sentenció con rudeza.

Comenzó a caminar sin rumbo y le seguí cuando noté que el pánico se apoderaba de mí. Lo había hecho mal y no tenía excusa, aunque intentara convencerme de que sí.

—Jack, escúchame, por favor. —Casi corrí a su lado.

No me contestó y siguió su paso como si no estuviera. Dobló la esquina dirigiéndose calle arriba, sintiendo que el frío calaba mis pies descalzos, pero no me detuve.

—Jack, espera, yo...

Fui a sujetarle de nuevo e hizo un fuerte movimiento con su brazo alzándolo al cielo. Sus ojos estaban enrojecidos de la ira y no supe barajar la situación, pero tampoco quería que se marchase de esa manera, ya que le conocía y no sabía cuándo volvería.

—Si me dejas que...

Me cortó.

—¿¡¡Qué quieres que te deje!!? ¿¡¡Qué!!? —Se dejó la garganta.

—Yo... te...

No me dio tiempo ni siquiera a continuar, cuando las palabras se agolpaban en mi garganta sin dejarlas salir, parecía una imbécil delante de él mientras sus ojos me abrasaban como si de un volcán se tratase, y él fuese esa lava que me achicharraría.

—¿Pensabas ocultármelo siempre? ¿¡Eh!?! —Se desesperó.

Negué con la cabeza intentando razonar con él, y la manera más sencilla era dejarlo que se desahogase.

O eso pensaba...

—¿Por qué no me lo contaste, Micaela? ¿¡Por qué, cojones?! —me gritó histérico.

—Porque no encontré el momento oportuno —me excusé.

—¿¡Qué!?! —me preguntó irónico—. ¿Me tomas por gilipollas?

—Jack...

Volví a intentar sentir su tacto, pero este se apartó. Me traspasó con sus ojos, negando con la cabeza, fuera de sí.

—Déjame tranquilo.

Volvió a caminar, y esa vez me interpose entre él y la carretera. Intentó esquivarme, pero se lo impedí, aun sabiendo que crisparía sus nervios más de lo que ya lo estaban y desataría a la fiera que habitaba en él. Miré la calle desértica, dando gracias de que aún no había amanecido y la gente se encontraba en sus casas sin ser conscientes del gran escándalo que estábamos montando.

—Solo quiero que me escuches. ¡Jack, joder!

Me desesperé y le di un golpe en el pecho, pagando toda mi frustración y mis malas acciones con él. Fui a repetir el proceso con la otra mano, pero me lo impidió agarrando mis muñecas con fuerza, arrastrándome hasta la pared llena de hiedra de la calle por la que nos metíamos.

—No vuelvas a ponerme una mano encima de esa manera —sentenció, tirano.

Le contemplé absorta en su belleza desmedida, restregándome contra su cuerpo de manera intencionada. La simple apariencia que tenía era temible. Un titán sin control, un demonio desbocado vestido elegantemente con una camisa blanca llena de sangre, con sus mangas remangadas dejando ver esos fuertes brazos que tantas veces me habían sostenido llevándome a la locura, y ese porte furioso que lo único que hacía era calentar mi sexo.

—Entonces te la pondré de otra manera —musité sensual, sin poder evitarlo.

Pegué mi boca a la suya y solté mi mano para cobijar su rostro entre ellas, a medida que mi lengua se hacía paso entre sus labios tensos. Poco a poco abrió la boca para recibirme con ansias, pero nuestro beso se convirtió en un acto cargado de reproches y de rabia. Mordió mi lengua con saña, para después pasar a mi labio inferior que torturó de la misma manera, incluso haciéndole una pequeña herida por la que comenzó a sangrar. Pasó su lengua por el líquido, contemplándome con el ceño fruncido.

Estampó mi cuerpo contra el muro con más fuerza, haciendo evidente su gran excitación bajo sus pantalones. Sin pensarlo abrí el botón de la tela que

sostenía su cintura y metí mi mano por ella, masajeándolo con delirio a la par que gruñía en mi boca. Minutos después la saqué, apresurándome para remangar mi vestido hasta que quedó a la altura justa.

Su cuerpo se pegó más al mío, incluso haciéndome daño con esos simples empujones, ya que las piedras de la pared se clavaban en mi espalda sin parar. Alzó una de mis piernas sosteniéndola con fuerza en su brazo derecho y, mientras me mordía el cuello con rabia, noté que su mano se colaba bajo mi vestido separando la tela de mi ropa interior, y sin necesidad de nada más, me impulsó lo suficiente para enterrarse en mí de manera bestial. Una gran exclamación salió de mi garganta, despegó su rostro de mi cuello para juntar su frente con la mía, gesto que yo imité de manera desafiante.

—Una vez dijimos que no habría más secretos entre nosotros —me espetó con enfado.

Embistió con más fuerza, lo que hizo que arquease mi espalda casi sin poder respirar.

—Y no los hay —le aseguré.

De nuevo, dos rudas estocadas casi me partieron por la mitad, y ya no sabía definir si sentía placer o un dolor inmenso.

—Sí que los había, y no me esperaba eso de ti.

Sus últimas palabras salieron con desdén y eso me dolió. ¡Claro que se lo iba a contar! ¡Maldita sea!

Sus embestidas se volvieron más terroríficas y ya sí notaba que el dolor agudo traspasaba mi piel, a la misma vez que sus dedos se clavaban en la pierna que sostenía y en mi cintura. No hice un solo comentario, pues su rudeza lo único que hacía era llevarme al límite y, efectivamente, en medio de todo ese dolor que me estaba proporcionando, me corrí como una puta demente, apretando su trasero contra mí, hincando mis uñas en él, pidiéndole más.

Un gruñido salió de su garganta cuando no detuve mis movimientos. Si creía saber cómo llevarme a un extremo, yo sabía cómo arrastrarlo conmigo. Noté su miembro descargándose en mi interior de forma bestial, y después apoyó su frente en la mía, contemplándome a sabiendas de que había perdido los papeles.

Fui a besarle con la respiración entrecortada, pero se separó antes de lo previsto, cerrando su pantalón con rapidez y caminando calle arriba hasta que le perdí de vista.

Me recosté en el muro, jadeante, y pasé una de mis manos por mi rostro, bajándome el vestido en un intento de dejarlo medio en condiciones después de lo que había pasado.

Un rato después, di media vuelta y entré en casa de Ryan. Este se levantó como un resorte de su asiento y negué con la cabeza. No podía más, estaba destrozada, y a todo eso había que sumarle el malestar que sentía entre mis piernas gracias a Jack. Entré en la ducha tirando la ropa al suelo de cualquier manera y permití que el agua se llevase los restos del maldito día que tanto ansié.

Salí de la ducha un buen rato después y dirigí mis pasos hacia el salón donde un Ryan preocupado me esperaba sentado, con su habitual café de las mañanas. Alzó su taza para indicarme si quería uno, y negué cuando mi estómago se revolvió. Tenía que aplacar todas las sensaciones que había vivido antes de echarme nada a la boca.

—Me alegra saber que, por lo menos, has llegado de una pieza. —Sonrió con tristeza—. Pero no me gusta ver que en tus ojos no ha cambiado nada. ¿Qué ha pasado, Mica?

Me senté de golpe en la silla que había a su lado.

—Simplemente, que la cosa no ha salido como esperaba, y vuelvo a tener frentes abiertos.

Arqueó su ceja con interés, extrañado. Resoplé y comencé a contarle lo que había sucedido sin dejarme ni un solo detalle.

—¿Qué vas a hacer con Eli? —me preguntó, dando pequeños golpes con sus dedos en la mesa.

—Hablar con ella —espeté con mala cara, para después hacer un breve silencio—. Y después, hacerla la más rica del cementerio.

Asintió quedo, sin poderse creer lo que estaba escuchando. Yo tampoco lo hacía en mi interior, pero eso no iba a demostrárselo.

—Y con...

—No lo sé. Primero tengo que buscar respuestas y saber que Anker no me mintió.

Pasé mi mano por mi rostro en señal de cansancio, estaba agotada.

—Vete a descansar un rato. Si vuelve, te avisaré.

Asentí agradecida, encaminándome hacia mi habitación mientras arrastraba los pies. No tenía fuerzas ni para caminar.

Al llegar al colchón, me tiré boca arriba, colocando uno de mis brazos

sobre mis ojos, necesitaba dormir, pero la imagen de Jack me inquietaba. No sabía adónde habría ido, ni siquiera qué estaría pensando y, lo peor, su silencio me estaba matando. Cerré los ojos con fuerza tratando de evadirme durante un rato del día que había llevado, y de esa manera calmar mi interior que parecía tener ganas de sacar los sentimientos que había guardado durante horas antes y, finalmente, me dormí incómoda.

Cuando desperté había oscurecido. Me levanté a prisa de la cama deseando llegar al salón para encontrármelo allí, pero mis ganas se quedaron en una simple ilusión cuando no vi a nadie. Observé la figura de Adara moverse en la cocina junto a Ryan, y este último desapareció por lo que me imaginé que sería la despensa, segundos después. Al entrar comprobé que Riley también estaba, sentado en un taburete al lado de la encimera, con su particular videoconsola en las manos. Me lanzó una sonrisa cariñosa que yo le respondí aún con los ojos somnolientos. Me fijé en la destreza que tenía la chica al moverse por la cocina, y vi que sonreía cuando Ryan le dijo algo que no llegué a oír desde la despensa.

—Da igual, podemos hacerlo sin pimienta —añadió dando una pequeña voz para que le escuchase.

Me coloqué a su lado y esta me miró de reojo con una diminuta sonrisa en los labios.

—¿Tienes hambre? Llevas todo el día durmiendo como una marmota.

—Un poco.

Me crucé de brazos esperando que tuviese un mal gesto conmigo, pero ese acto no llegó, hasta que, quizá temerosa de que pudiera decirle algo, me observó.

—¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Adara..., no voy a culparte por no querer dirigirme la palabra, pero me gustaría que no te lo guardases para ti.

Se limpió las manos con el trapo de cocina, girándose para mirarme de frente.

—¿Qué quieres que te reproche? ¿Que hayas matado a mi padre?

Alzó una ceja sin temor, gesto que no me esperaba. Asentí bajo su atenta mirada, resopló.

—Todo el mundo sabe quién era Anker. Se lo merecía.

Y sin más se giró para volver a concentrarse en la sartén que tenía entre las manos, volviendo al gesto juvenil y risueño que tenía segundos antes. Suspiré

con pesadez, y murmuré como si me quemara:

—Lo sabe.

El silencio se hizo eco en la cocina, y pude comprobar que Ryan también me contemplaba desde la distancia.

—¿Se lo has contado? —me preguntó Adara con el miedo sembrado en sus ojos, mirando hacia el jardín.

—Se lo dijo Anker.

De nuevo el silencio sepulcral inundó la estancia, y temí por su reacción, ya que era tan frágil que cualquier cosa podría hacerle daño y eso era lo que menos pretendía en aquel momento.

—Y... ¿ha dicho algo?

Bufé, negando con la cabeza para su pesadez, pues sus ojos se entristecieron y eso me quebró. Noté que Riley ponía una mano sobre mi hombro y, en ese instante, eché en falta a mi hermano que tampoco estaba allí.

—¿Dónde está Arcadiy? —pregunté con confusión.

Ryan elevó sus ojos hacia el jardín que había, pasando la puerta de la cocina, y me giré como un vendaval.

Allí estaba.

Sentado en una silla, mientras que mi hermano movía delante de él las manos haciendo aspavientos sin parar. Llevaba la camisa con otro botón desabrochado, y en una de sus manos sostenía un vaso de *whisky*, llevándoselo a la boca. Por la cara de pasotismo que tenía supe que había bebido más de la cuenta.

—¿Lleva todo el día ahí? —pregunté sin desviar mis ojos.

—Sí —me respondió Ryan—. Y no seré yo quien le quite la botella. Antes casi le arranca la mano a Riley.

—¿Por eso estás aquí? —Miré al aludido que asintió.

—A veces es muy... —movió los ojos hacia el cielo— cabezota.

Tomé un gran suspiro y me encaminé hacia la ventana, pero Ryan me paró antes de que llegase.

—Mica, está bebido, creo que es mejor que lo dejes estar y mañana podréis hablar.

Me solté con suavidad de su agarre, negando con la cabeza.

—No os metáis. —Les contemplé—. Pase lo que pase —puntalicé.

Adara me observó con miedo e intenté lanzarle una mirada de tranquilidad que consiguió todo lo contrario. Dio un paso hacia mí, frenando mi avance.

—¿Y si te hace daño? Es mejor que escuches a Ryan, los hombres cuando beben... —Negó con la cabeza.

Su inocencia me aplastaba.

—Tranquila, sabré cómo controlarlo.

Sostuve sus manos con fuerza, viendo a Ryan llevársela al salón.

—Cerraré la puerta de la cocina para que tengáis más intimidad.

Asentí agradeciéndoselo y sin esperar más me fui en dirección hacia el gran ventanal. Arcadiy me lanzó una breve mirada, negando con la cabeza cuando le hice un gesto para que se marchase. Jack no se giró en ningún momento, pero seguía bebiendo de su vaso sin parar, apenas le quedaba líquido en la botella. Mi hermano se dirigió hacia mí. Antes de que pudiera decirme lo mismo que todos, espeté:

—Déjame a solas con él.

—Micaela... —me advirtió.

—Márchate, Arcadiy —sentencié con voz tajante.

Este suspiró saliendo por el gran ventanal y cerrándolo a su paso. Llegué a la altura del hombre que, aunque desaliñado, estaba rematadamente *sexy*. Noté un leve cosquilleo en mi bajo vientre y me senté frente a él colocando mis manos sobre la mesa. Sus ojos no se desviaron hacia mí, pero sí a mis manos. Cogió el vaso y de un solo trago lo vació.

—¿Piensas seguir bebiendo hasta que te mueras? —le pregunté con ironía.

Abrió la boca, pero la volvió a cerrar sin pronunciar ni una sola palabra.

—No creo que eso deba de importarte. Déjame solo.

Su tono frío no me achicó. Di un golpe en seco sobre la mesa.

—¡Mírame a la cara! —le exigí.

Elevó sus ojos con tanta lentitud que pude ver el fuego que emanaba de ellos. Alzó la barbilla, temerario, juntando sus finos labios en una línea infranqueable. Suspiré cuando delineé con mis ojos cada resquicio de su rostro y sentí unas ganas horribles de tirarme a sus brazos y hacer que se le pasase la borrachera a base de besos.

Fue a coger la botella, pero mi mano llegó antes y la estrelló contra el suelo haciéndola añicos. El poco contenido que quedaba se vació en la línea de losas que había antes de entrar a la casa. Jack achicó sus ojos en mi dirección, fulminándome.

—¿Qué coño haces? —me preguntó furioso.

—Estampar la botella en el suelo antes de que lo haga en tu cabeza —bufé

—. ¿Te crees que esta es la mejor forma de solucionar las cosas?

Me miró con arrogancia y pude ver una sonrisa asomarse de sus labios, lo que solo ocasionó una llamada de atención en mi mente, pues sabía que cuando se disponía a hacer daño, lo hacía a lo grande.

—Si quieres te espero mientras vas a por tu papela. No tengo prisa.

Su gesto vacilón y desmedido me sacó de quicio y sentí que perdía los papeles, a la misma vez que apretaba mi mandíbula con una fuerza descomunal.

Me levanté de mi asiento bajo sus ojos que seguían analizándome con chulería, y apoyé ambas manos en el filo de la pequeña mesa de madera, incorporando mi cuerpo de tal forma que quedé a escasos milímetros de su rostro.

—Ve a darte una ducha si no quieres que encienda la manguera que tienes detrás y te bañe yo misma hasta que consiga quitarte la casi botella que te has bebido.

Mi tono amenazante lo único que consiguió fue que soltase una carcajada gigantesca, y ese acto me sacó de mis casillas. Me dirigí hacia él sin ver nada más, agarré su camisa tirando de ella, y lo único que pude hacer fue rajársela, pues no lo moví ni un poco.

—No puedes conmigo, Micaela. Deja de hacer el tonto.

Esa maldita voz tan varonil y excitante, por partes iguales, me desarmó. Pero luego me percaté de que me contemplaba por encima del hombro, y supe que lo único que quería era provocarme, y yo, como si no le conociese, me dejé.

—Levanta —le ordené.

—No. —Silbó después de soltar con chulería su negativa.

—He dicho que te levantes.

—Y yo te he dicho que no. —Sonrió de oreja a oreja.

Achiqué mis ojos más de la cuenta y, asintiendo, me encaminé con paso firme hacia la manguera.

Tal y como le había dicho.

—Micaela, no hagas tonterías... —Esa vez, se volvió serio y amenazador.

Pero poco me importó. Ya había desatado a la bestia que había en mí, y no habría manera de pararme. Abrí con fuerza el grifo, dándole toda la presión que fue posible, y lo encañoné sin miramientos. Pegó un bote de su asiento con los ojos abiertos como platos y un cabreo extremo. Se fijó en mí mientras

sostenía la manguera, y en esa ocasión temblé.

Temblé de pies a cabeza.

Su rostro se contrajo de tal forma que creí que me mataría allí mismo. Dio dos zancadas hasta que llegó a mi altura, se paró justo enfrente y me contempló apretando sus dientes, a la vez que comprobé que su pecho subía y bajaba sin control en la camisa que se pegaba dándome una vista inmejorable de todos sus músculos. Apartó de un manotazo la manguera de mis manos y cerró el grifo rozando mi costado.

Pensé que se montaría la de Dios, pero, para mi asombro, me echó una última mirada aniquiladora y desapareció por el gran ventanal, dejándome sola y confusa en el jardín.

## Misión suicida



*Jack Williams*

El segundo café solo entró con rapidez mientras esperaba una llamada con el teléfono dando vueltas en mi mano. Ryan apareció en la cocina cuando estaba amaneciendo y me observó de reojo cuando cogía una taza.

—Qué madrugador eres.

—Es la costumbre, pero no he dormido en toda la noche.

Chascó la lengua vertiéndose un buen contenido de café y se colocó a mi lado, mirándome. No había vuelto a dirigirle la palabra a Micaela durante toda la noche, a decir verdad, lo único que estaba haciendo era evitarla. Estaba cabreado hasta decir basta por haberme ocultado semejante cosa, y toda la frustración y los sentimientos no encontrados que tuve cuando mató a Anker, salieron a relucir en el preciso instante en el que perdí los papeles con ella.

No quería ni acordarme.

—Cama no te ha faltado.

Suspiré, entrelazando mis manos entre sí, para apoyar mi barbilla sobre ellas. Recordé por un instante la gran bronca que me dio Arcadiy hacia tan solo unas horas, antes de que Micaela saliese, y pensé mentalmente que, mandaba cojones que alguien más pequeño que yo razonara como debía de ser, y yo, un capullo desmedido al que no se le escapaba nada y el que todo lo controlaba hasta el límite, perdía los papeles con la persona que más quería.

Me regañé mentalmente durante toda la noche mientras me tiraba en el suelo del jardín, sin despegar los ojos del cielo buscándole una explicación a mi comportamiento con ella.

—Era mejor el jardín —espeté tajante.

Ryan optó por posicionarse de la misma forma que yo. Dio un trago a su

café, y me preparé mentalmente. «Otro», pensé cuando creí que me caería el siguiente chaparrón, esa vez por la parte de ella al completo.

—¿Estás así porque ella no te lo ha contado? O, ¿porque no has sentido lo que debías en cierto momento?

Agarré mi vaso.

—Por ambas cosas, me imagino.

—¿Te has puesto en su posición? En cómo iba a decirte que ese malnacido era tu padre, me refiero.

Negué. No, para qué mentir, no me había puesto en la posición de Micaela ni por un segundo.

—Y respecto a lo otro, creo que es normal que no tengas ningún sentimiento hacia ese hombre. Lo único que ha hecho ha sido complicarte la vida, Jack.

No hice ningún movimiento, pero interiormente sabía que tenía razón. Como Arcadiy. Miré un punto fijo en el salón, perdiéndome en mis pensamientos, hasta que fui consciente de que una sombra menuda aparecía por el pasillo. Dobló la esquina y cuando nos vio a ambos, la mirada de Adara se nubló de pánico. Fue a girarse para marcharse, pero lo impedí.

—Adara. No te vayas —le pedí tranquilamente.

Esta volvió a darse la vuelta, con nerviosismo, y Ryan no se movió de su sitio sin quitarme los ojos de encima. La muchacha nos contempló desde la distancia.

—No quería interrumpiros, puedo volver más tarde —musitó casi sin voz.

—Creo que ya hemos terminado de hablar —anunció Ryan, dando el último sorbo a su taza.

Le miré de reojo, momento en el que este se encaminaba hacia el salón. Adara cogió una taza limpia y, con temblor, vertió un poco de café en ella para terminar de rellenarla con leche de la nevera. Vi que su cuerpo entero se tensaba de pies a cabeza, al ser consciente de mi escrutinio.

—¿Sabías que...? —no supe de qué manera decirlo—. Que yo era tu hermano. —Finalicé con sequedad.

Se dio la vuelta con los labios sellados y pude apreciar la duda en sus ojos hasta que, como si fuese salvada por la campana, su ángel de la guarda apareció por la puerta. En ese instante entendí el comportamiento que Micaela había estado teniendo a escondidas con ella porque, aunque pensase que no la había visto, pude captar ciertos gestos que me descolocaron días atrás. Adara

desvió los ojos hacia la mujer salvaje que entraba a la cocina, y que a la misma vez me fulminaba con la mirada.

—¿Estás bien? —Tocó su brazo con mimo.

Ella asintió temblando como una hoja, y yo volví a impacientarme.

—Adara, contéstame —le insistí con tono hosco.

Desvió sus ojos hacia Micaela y esta asintió.

—Me enteré hace poco —se limitó a decir.

—¿Hace cuánto?

—Unos meses —musitó con un hilo de voz que apenas pude escuchar.

—¿Por qué no vas al salón con Ryan? Enseguida iré.

El tono suave de Micaela me alteró, al saber que la fiera que escondía en su interior saldría en breve e iba dirigida hacia mí sin dudar.

Adara se marchó con paso firme y la deslumbrante mujer que me observaba como una leona se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Con parsimonia dejé el vaso en el fregadero, y me giré para enfrentarme a la única persona que era capaz de hacerme temblar. Alcé mi barbilla intimidante, a la espera de que dijese algo, con una chulería que en realidad no quería mostrar, pero que me era inevitable.

—Adara supo quién eras cuando volvió al club en mi busca.

La miré expectante, y ella continuó:

—Pensé en decírtelo muchas veces, Jack, pero siempre algo o alguien me lo impedía, y también tenía miedo de hacerlo.

—Nunca te he dado motivos para temerme.

—No me refiero a ese temor —me contradijo.

Arrugué mi entrecejo sin entenderla, pero no necesité preguntarle de nuevo cuando ella habló. Su tono desprendía resentimiento, y no intentó excusar en ningún momento que debía de habérmelo contado antes, gesto que me cabreó más de la cuenta, ya que ambos estábamos enfadados por un mismo motivo que se podía haber arreglado sin demorarlo tanto.

—Me refiero a que —me observó con pesadez— era tu padre, Jack. Tu padre —recalcó—. Y, aunque fueseis distintos, no dejaba de ser tu propia sangre, y una mentira en la que llevabas envuelto toda tu vida. ¿Cómo cojones iba a decirte que eras el hijo del hombre que arruinó mi vida? —Sonrió con amargura—. Nunca encontré el momento ni el lugar, y eso no me excusa, porque no tengo perdón, porque debí de hacerlo antes, y créeme que siento que hayas tenido que enterarte de esta manera, pero espero que también sepas

ponerte en mi lugar algún día. Aunque eso ya he visto que te va a costar más de la cuenta —terminó diciendo con rabia.

Aprecié su gesto de enfado y no pude evitar sentir una presión evidente entre mis piernas, que apretaban el pantalón del pijama de manera considerable. Dio media vuelta y salió de la cocina sin mirar atrás, perdiéndose en el pasillo hacia la habitación. Resoplé y continué tras ella, hasta que justo en el instante en el que cerraba la puerta, coloqué mi mano sobre esta para que no lo hiciera. La soltó evitando mi tacto y siguió en dirección a la maleta para sacar su ropa. La observé desde la distancia.

Tan bonita, tan real, tan ella.

Me cortaba el aliento con solo mirarla y las ganas irrefrenables por poseerla como un desquiciado volvieron a mí. Apreté mis puños con fuerza, intentando evadir ese sentimiento que comenzaba a molestarme, debido a la gran presión que sentía mi jodida polla.

—¿Cómo escapaste en Atenas? —le pregunté recordando lo que me dijo, y lo que no creí.

Suspiró, dejando la ropa entre sus manos, para después mirarme con pesar.

—El mismo día que llegué, Anker se marchó de allí, eso ya lo sabes. —Asentí sin quitarle los ojos de encima, ella tampoco los desvió—. Una mujer llegó a la habitación en la que estaba, y me dijo que me ayudaría a escapar porque Adara se lo había pedido.

Noté la angustia que tenía al decir aquellas palabras y comencé a alterarme sin ser consciente.

—¿Quién era esa mujer? —le pregunté más en un murmullo que otra cosa.

Mojó sus labios antes de contestar, desviando su mirada hacia otro punto de la habitación y, finalmente, casi en un susurro, pronunció:

—Agneta. —Mi sangre se heló—. Tu madre.

Sentí un leve mareo, y pude adivinar que había perdido como mínimo un par de tonos en mi cara. Bajó sus manos hacia la maleta de nuevo y continuó sacando la ropa, hasta que dio con ella y se metió en el cuarto de baño sin mirar atrás. Abrí la puerta con una fuerza desmedida y llegué hasta el salón donde Arcadiy se encontraba sentado junto a Adara, bromeando.

—¿Tú sabías que mi madre estaba viva? —le pregunté con malas formas.

—¿Qué estás diciendo? —se extrañó.

Adara bajó la mirada hacia sus pies, intimidada por mi rostro furioso.

—¿Cómo que tu madre está viva? —Siguió con su confusión—. ¿Quién es?

—Agneta —le contestó Adara con un hilo de voz.

Los ojos de Arcadiy se abrieron en su máxima expansión y se levantó de su asiento como un resorte sin poder creérselo.

—¿¡Agneta es tu madre!? —Su voz salió más elevada de lo que pretendió.

Adara asintió y después desvió sus ojos hacia mí, señalándonos a ambos con el dedo.

—No me lo puedo creer...

—Yo jamás la he visto —anuncié.

Ryan y Riley permanecieron en silencio, sin entrometerse en la conversación, pero pude ver en los ojos de mi amigo el gran asombro que sentía, al igual que nosotros.

—Mi padre no la dejaba salir cuando estabais en la segunda planta. Por eso jamás os cruzasteis con ella, y las veces que tú lo hiciste —miró a Arcadiy—, fue porque no estaba Anker o en ese momento ella desobedecía sus órdenes con tal de ver a Jack, aunque fuese por la ventana.

—¿Ha estado toda la vida en la fortaleza? —le pregunté incrédulo.

Adara asintió, y el nudo que ya comenzaba a formarse en mi garganta me presionó con fuerza. Tenía que volver, tenía que ir a Atenas y comprobar con mis propios ojos que era cierto, que era ella.

Que seguía viva.

—Tenemos que volver.

Me giré con decisión hacia el pasillo, para coger las cuatro cosas que necesitaba antes de subirme a un avión y plantarme en Atenas con toda la artillería posible, pues no me pondrían las cosas tan fáciles, y más si la noticia de que Anker había muerto no estaba difundida todavía, cosa que dudaba, pero también tenía claro que los hombres que le quedaban allí eran de confianza y darían su propia vida por vengarle.

—¡Eso es una puta locura! —afirmó Arcadiy.

—Si sigue allí, tenemos que sacarla —urgí.

—No sabemos siquiera si sigue con vida —la voz triste de Adara me paralizó—. Cuando ayudó a Micaela, no pude volver a contactar con ella de ninguna forma. —Se apenó.

—Tiene que estar viva... —murmuré ido.

Di media vuelta bajo los expectantes ojos de todos y antes de llegar a la habitación, grité:

—Riley, recoge tus cosas, ¡nos vamos!

Micaela me contempló saliendo del cuarto de baño con asombro y, aunque sabía que estaba enfadada, como yo, no pudo evitar dirigirse al verme sacar la bolsa con las armas que me quedaban.

—¿Adónde vamos?

—Tú a ningún sitio —le respondí tajante.

Bufó y agarró mi mano con fuerza para que me detuviera.

—¿Adónde?

La contemplé durante un segundo, ensimismado.

—A buscar a mi madre.

—Los hombres de Anker no te dejarán entrar.

—Entonces lo haré por mis propios medios.

—Es una locura. No puedes ir solo —me aseguró elevando la voz.

—Me las apañaré.

Coloqué la bolsa en mi hombro y me encaminé de nuevo hacia la puerta, pero su voz cargada de rabia me paralizó.

—¡¡Jack!! ¡Es una misión suicida! ¡Te van a matar en cuanto te vean!

Suspiré sin girarme para mirarla, si lo hacía, sabía que flaquearía en mi decisión y lo más seguro es que me quedase con ella, meditando un plan que no fuese tan arriesgado.

—Correré con ese riesgo.

Salí de allí despavorido, sin darle tiempo a que me alcanzase, momento en el que cogí mi teléfono y tecleé el número de Tiziano. Nuestro lazo amistoso se había unido de manera considerable desde que me ayudó a planear el día que hice paracaidismo con Micaela, y sabía que si le llamaba y le ponía al día, con el simple hecho de decirle que la sangre correría como ríos, vendría.

Y no me equivoqué.

Una hora más tarde, cuando Riley terminó de recoger sus cosas necesarias, abrí la puerta de la calle bajo la atenta mirada de Adara que temía por mi vida, sin poder ocultarlo en sus ojos. Riley salió detrás de mí seguido de Arcadiy. Ryan me contempló sin decir ni una sola palabra, y mis ojos se desviaron hacia la puerta que no se abría.

Me juré a mí mismo que tenía que volver. Volver para pedirle perdón por mi comportamiento, para poder seguir respirando a su lado y decirle que la entendía pese a lo vivido unas horas antes, ya que no me perdonaría el haberme marchado sin ni siquiera despedirme de ella.

—Cuídala.

Fue lo último que pronuncié mirando al gran armario empotrado que, dudoso, me observaba desde su posición, seguramente, pensando en que era un loco sin medida que no pensaba las cosas. Y, en realidad, era algo parecido a eso. Me monté en el coche y salí quemando las ruedas hasta que llegamos al aeropuerto a gran velocidad.

Accedimos por la pista privada en la que Tiziano solía llegar siempre, y para mi sorpresa ya estaba allí. Sonrió al verme, subiendo por la parte trasera para estrechar su mano con fuerza.

—¿Cómo has llegado tan pronto? —chillé para que me escuchase, momento en el que un avión despegaba a nuestro lado.

—Estaba por aquí —me mintió. Ya que su sonrisa mostró todo lo contrario, pero no lo entendí.

Asentí sin darle más vueltas al asunto, lo que Tiziano hiciese no era de mi incumbencia ni mucho menos, y no pensaba pedirle explicaciones sin más. Me fui a la parte donde se encontraban las armas y lo miré.

—¿Has traído todo lo que te pedí?

—Sí —canturreó.

—¿Cómo lo has conseguido tan rápido?

—Digamos que tengo un amigo en Londres, que antes se dedicaba al tráfico de armas, y todavía tiene buenos contactos. —Sonrió.

El famoso Bryan Summers<sup>6</sup>.

Un tipo al que hacía mucho tiempo que no veía, y del que solo los más cercanos sabíamos de su paradero y su muerte fingida. Uno que, a mi parecer, supo dejar el mundo de mierda en el que vivía para amar sin medida a la mujer que lo hechizó. Pensé en Micaela irremediablemente y la rabia volvió a mí.

«Tenías que haber entrado en la habitación antes de marcharte como un miserable», me regañé a mí mismo. Alcé mi rostro complacido cuando comprobé que no faltaba detalle en todo el arsenal y le hice un gesto de aprobación. Estaba impaciente.

—¿Nos vamos?

—¡Tranquilo, tranquilo! Espera un momento —me pidió.

—¿A qué? —espeté sin entender sus palabras.

Sus ojos se desviaron hacia la pista, en el instante en el que escuchaba un coche aparcar a los pies del avión. De este se bajó Ryan y, tras él, una

temeraria mujer que cargaba sobre sus hombros un rifle de asalto muy parecido al que yo tenía.

Toda la sangre de mi cuerpo se agolpó entre mis piernas, ya que no había visto una imagen tan jodidamente atractiva en la vida.

De mi mujer.

Con un rifle.

Con un puto rifle.

Con el rostro serio y una firmeza a la hora de caminar desmedida, cogió una bolsa de la parte trasera por donde salía Adara también, y se encaminó hacia el avión. Escuché a Tiziano renegar.

—¡No me lo puedo creer! Encima que le hago el favor de esperarla, y me trae ¡a la niñata! —se fastidió.

Lo miré sin saber por qué cojones actuaba así con ella y este cerró la boca al darse cuenta de que las cosas habían cambiado de la noche a la mañana. Elevó sus manos en señal de derrota, pero no evitó echarle una mirada cargada de insultos a Micaela cuando esta se plantó con determinación muy cerca de nosotros.

Ensimismado, contemplé su cuerpo enfundado por unos pantalones negros y una camiseta de manga larga del mismo color. Su pelo estaba recogido en una alta cola, haciendo que este cayese con galantería sobre su espalda, mientras que sus ojos brillaban por el triunfo y el cabreo que tenía.

Ryan, por su parte, me guiñó un ojo, a la vez que palmeaba mi espalda y se sentaba en uno de los asientos, lo mismo que Adara, quien evitó mirar ni siquiera de reojo al italiano. Cosa que Tiziano no hizo, puesto que la traspasó de manera sagaz.

Micaela se paró ante Tiziano, y él, con gesto enfurecido, habló sin ocultar su enfado mientras ella lo observaba pasando del tema con una chulería que me cautivó más todavía, si es que eso era posible.

—Y encima vienes con esa, con esa... —La señaló sin ningún pudor—. ¡Es que no sé...!

Le cortó.

—Deja de saber. No quiero que le dirijas la palabra, y te juro que como le digas ni esta —hizo un gesto diminuto juntando sus dos dedos—, te pego un tiro.

Bufó, y olvidó el tema de momento cuando dijo:

—Estás para chuparte de los pies a la cabeza, *bella*. Pareces una salvaje,

¡arrrg! —Hizo el gesto de un gato y ella sonrió negando.

Antes de dirigirse a su asiento se paró delante de mí, me miró con resentimiento, y pude ver las ganas que tenía de darme una buena hostia, reflejado en sus océanos que iluminaban mi alma más de lo que ella pensaba.

En mi caso, la contemplé con un delirio aplastante y tuve que recurrir a todas las fuerzas de las que disponía para no arrancarle aquel rifle de las manos, la ropa con mis propios dientes y después estamparla de manera bestial contra la primera pared que encontrase a mi paso.

Cambió de dirección, sentándose en la otra punta del avión, lejos de mí. No pude evitarlo, me re Coloqué el paquete y sonreí sin que me viera.

Arcadiy, que se encontraba tirando de la palanca que comenzaba a cerrar la puerta y el mismo que había sido testigo de nuestra batalla de miradas, meneó la cabeza sin poder contenerse y soltó una carcajada.

Nos íbamos.

Y ella venía conmigo.

<sup>6</sup> Personaje ficticio de la Serie Solo por ti de la autora Angy Skay

## Agneta

*Micaela Bravo*

El camino lo hicimos escuchando las anécdotas de Tiziano en estos últimos días que no nos habíamos visto, pero yo solamente estaba centrada en una cosa, y era en el irresistible hombre que tenía frente a mí, sentado a la otra punta, que no dejaba de mirarme con fijación intentando ponerme nerviosa. Algo que estaba consiguiendo, aunque tratase de esconderlo bajo mi capa de hierro. Desvié mis ojos de los suyos con desdén y creí apreciar una tenue sonrisa dibujando sus labios.

Al llegar al aeropuerto de Atenas, bajamos del avión en una de las pistas donde ya había estado con Jack, y me sorprendí al ver a aquel chico joven, Bill. Caminó con rapidez hasta nosotros, y me permití fijarme un poco más en él, ya que la vez anterior apenas reparé en su presencia. Era guapo, tenía unos ojos azules incluso más claros que los míos, podría decir que rozaban el gris. Su porte era espectacular y me reafirmé con mis pensamientos, de que estaba más definido. Me miró y una sonrisa deslumbró en sus labios en mi dirección, antes de desviar sus ojos hacia Jack que ya le esperaba de pie.

—Señor. —Apretó su mano con fuerza. Se alegraba de verle.

—Bill, ¿cómo está la cosa? —le preguntó Jack, llegando a un gran cubo que estaba apartado en el otro extremo del avión.

—Tiene dos coches en la pista esperándole, ¿qué tengo que hacer?

—Échame una mano para cargar todo esto en el maletero.

El chico abrió los ojos de forma desmedida, y le miró de reojo.

—Señor..., todo esto... ¿Piensa volar algún edificio?

La sonrisa de Jack se acentuó y no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Aprendes rápido, chaval. Vamos. —Le guiñó un ojo.

Quince minutos después, nos disponíamos a subir en los coches. Tiziano se situó en uno de ellos, donde Riley, Ryan y Adara se subieron. Fui a meterme con ellos, pero la mano de Jack sujetó mi muñeca con firmeza, giré mi rostro y me lo encontré negando repetidas veces. Le aniquilé con mis ojos, y antes de subirme en el otro coche en el que íbamos solos, le lancé una mirada a Tiziano de amenaza, lo que hizo que este suspirara con pesar, a la vez que pude escuchar: «Qué pesada».

—Bill, gracias por tu rapidez como siempre —se despidió de él.

—De nada, señor. Espero instrucciones si me necesita.

Jack asintió y palmeó su espalda con cariño, mientras que el muchacho le sonreía. Con una inclinación de cabeza se despidió de mí y desapareció de la pista antes de que nos marchásemos. Subí al vehículo girándome para no mirarle en todo el camino, pero por lo que parecía, no estaba dispuesto a darme ni esa pequeña tregua.

—Te dije que no vinieras. —Su voz sonó firme.

—No cumplo órdenes de nadie —sentencié.

—Es arriesgado, no es una aventura para tomarse a la ligera.

—Nunca he dicho tal cosa.

Resopló al ver que no conseguía quedarse con la última palabra, y su silencio me hizo marcarme un triunfo a mi favor. La tensión que había se podía cortar con un cuchillo y eso me molestaba, pero no podía hacer nada para evitarlo, si él estaba enfadado, más lo estaba yo, sobre todo cuando vi que se marchaba sin decirme siquiera ni adiós.

—Esto es problema mío, no tuyo —añadió minutos después.

—Le prometí a Agneta que mantendría a salvo a Adara, y si de mí depende que salga de aquella cárcel, haré lo que sea.

No volvió a pronunciarse más en todo el camino, hasta que llegamos a una pequeña montaña a las afueras de Atenas desde donde se veía a la perfección la gran fortaleza de Anker, rodeada por varios de sus hombres.

—¿Hemos averiguado quién dirige el cotarro? —le preguntó Jack a Riley.

—Por lo que he podido comprobar, es un tal... Fredy.

El rugido de Arcadiy me hizo que lo mirase. Jack y él se contemplaron durante unos instantes, y este último chascó la lengua con desacuerdo.

—No lo vamos a tener fácil —anunció mi hermano.

—¿Y eso por qué? —le preguntó Tiziano, que permanecía expectante.

—Porque es un sanguinario de los peores que siempre ha habido en la red.

—¡Oh! Entonces dejádmelo a mí, así sacaré mis cuchillitos a pasear.

La sonrisa deslumbrante de Tiziano me hizo ver lo loco que estaba.

—Dudo mucho que, si nos ve a alguno de los dos, se centre en ti, pero vale —afirmó Arcadiy.

Jack agarró unos prismáticos para observar la fortaleza desde lejos y, minutos después, se giró mirando las caras de todos los que estaban allí, excepto la mía. Ese gesto me sentó como una patada en el hígado y no pude evitar poner mala cara.

—Bien, mientras Ryan y Riley acaban con los diez hombres que merodean por la muralla, Tiziano, Arcadiy y yo entraremos por la puerta principal. Hasta que no os avisemos, no bajéis.

Encaminó sus pasos hacia el lateral de la montaña, por donde pensaba bajar, y los dos que dijo le acompañaron. Pero antes de que pudiera poner un solo pie para descender, mi voz resonó.

—¿Y yo? ¿Dónde se supone que me quedo? —espeté con desdén.

—Tú te quedas con Adara en el coche —me respondió sin mirarme.

—¡Y una mierda! —le grité.

Paralizó su paso volviéndose hacia mí hecho un basilisco. Dio dos zancadas hasta que llegó a mi altura y me miró de manera intimidante, achicando sus ojos.

—He dicho que no vendrás. Y no lo harás —sentenció.

Arqueé una ceja ante su tono, apreté los puños, y sentí que estaba a punto de explotar de la rabia. Alcé mi mentón todo lo posible, desafiándole, y dije alto y claro:

—Y yo he dicho que iré. Y lo haré.

Pasé por su lado sin esperar respuesta mientras de reojo pude apreciar las aletas de su nariz hinchándose, para luego soltar todo el aire por la misma zona. Tiziano me miró con chulería y mi hermano lo hizo poco convencido, pero los pasos de Jack eran más largos que los míos y, antes de que pudiera bajar por la montaña, me sujetó con fuerza de la muñeca.

—¡¡Suéltame!! —le grité.

No contestó. Me arrastró hasta que llegamos al coche, soltó su rifle en el suelo para abrir la puerta trasera del vehículo, y me empujó con fuerza hacia el interior, cerrando. Aprecié que bloqueaba el coche, para que no pudiera salir, y me lanzó una mirada amenazante cuando comencé a aporrear el cristal.

—¡¡Jack!! ¡Ábreme la puerta o te juro que no respondo!

Se dio media vuelta lanzándole las llaves a Riley, para que las guardase. Adara, que permanecía paralizada por su comportamiento desmedido, me observó de reojo sin saber qué hacer.

—¡¡Jack!! —Me dejé la garganta cuando ya bajaba por la montaña.

Miré a Ryan que no se movió ni un ápice, pues sabía que si le decía que me abriese no le quedaría más remedio que obedecer. Y Riley optó la misma postura que él, sin darse la vuelta en ningún momento.

Di una fuerte patada haciéndome daño, cuando Adara me pedía tranquilidad con los ojos, y no supe descifrar su gesto hasta que desvió su mirada hacia el bolsillo de Riley, desde donde colgaba el llavero. Asentí, pensando en que lo conseguiría, y no me falló.

Cuando los disparos comenzaron en dirección hacia la fortaleza, los mismos fueron devueltos hasta nuestra posición. Adara se agachó para llegar sigilosa hasta el pantalón de Riley y yo me preparé agarrando con fuerza el manillar para salir despavorida de mi prisión. Alcanzó las llaves de un rápido movimiento y pulsó todos los botones con histeria, aun tirada en el suelo todavía.

—¡Adara, no! —La voz de Riley la asustó.

Conseguí salir del coche y ambos se agacharon cuando las balas recayeron con más fuerza sobre nosotros. Arrastré mi cuerpo por el césped y le arrebaté el rifle de asalto a Riley de un tirón.

—¡¡¿Estás loca?!! ¡Jack nos matará! —exageró su amigo.

—Si no lo mato yo antes —siseé entre dientes.

Los disparos disminuyeron en nuestra zona cuando una alarma chirriante resonó por toda la fortaleza, lo que me indicó que habían llegado. Asomé mi cabeza por el muro y comprobé que solo quedaban cuatro hombres encima de este. Miré a Ryan, quien asintió a la misma vez que yo.

—¿Preparada? —me gritó.

—¡Sí!

Nos levantamos a la par, encañonando nuestras armas hacia los objetivos que habían quedado pendientes y apreté el gatillo sin miramientos, recargando el arma en cuanto una bala salía proyectada.

—No sé por qué cojones no me has sacado del coche antes —renegué a viva voz.

Ryan puso los ojos en blanco, pero no contestó.

—Espero que no termine cayéndote mejor el soplapollas dos, o vamos a

tener un problema de cuernos.

La carcajada de Ryan fue monumental. Miré a Adara que, asustada, se agazapaba en el suelo como podía, llevándose las manos a la cabeza, evitando los disparos que llegaban tras ellos.

—Adara, Anker me dijo que Agneta estaba pagando su pena por haberme dejado escapar. ¿Sabes en qué sitio puede estar?

«Si es que está viva», pensé, pero no lo dije. Tampoco quería barajar esa idea.

—Quizá en los sótanos de la casa, ¡no lo sé! —se desesperó.

—Bien —asentí—, bajarás con Riley en el coche —me agaché cuando una bala pasó muy cerca de mi oreja—, y cuando vea que el camino está despejado —¡pum! Los impactos no dejaban de volar de un lado a otro—, te avisaré para que entres.

Los tiros cada vez sonaban más y eso solo indicaba que los hombres de Anker comenzaban a unirse a la fiesta. Alcé mi barbilla en dirección a Ryan, a la espera.

—Creo que podemos entrar por la segunda planta. Solo tenemos que escalar un poco por la muralla, y no lo veo complicado. Está cubierta de rejas.

Asentí con determinación.

—Entonces, ¡vamos!

Dejé a los dos subiéndose al coche y, antes de que descendiera por la cuesta en dirección contraria por donde Jack había desaparecido, salieron a todo gas de allí. Llegamos a la linde que separaba la montaña de la fortaleza y vi que Ryan torcía el gesto.

—¿Qué pa...? ¡Mierda! —me quejé.

Había un corte pequeño que separaba la montaña. Busqué con mis ojos otra posibilidad desde donde estábamos, pero la cantidad de balas que resonaban en el suelo solo me ponían más nerviosa e impedían que pensara con claridad. Visualicé un pequeño acceso a mano derecha, y le di un golpe a Ryan en el hombro.

—Si nos dejamos caer hasta esa roca —la señalé—, podemos impulsarnos hacia la reja sin problemas.

—¿Y si resbalamos y caemos al vacío? —me preguntó puntilloso.

—Estamos muertos —le contesté tajante.

Comencé a caminar sin pensar en nada más y llegué al trozo que había visto. No parecía muy peligroso dentro de lo que cabía, pero, aun así, Ryan

tenía razón.

—Me transmites un alivio que no sabría descifrar —ironizó.

—¡Oh, Ryan! No seas cagón.

Me senté en el suelo impulsándome hasta que llegué a la última roca, la cual agarré con fuerza cuando mi cuerpo cogió más velocidad de la que esperaba.

Ryan gruñó desde arriba, pero enseguida conseguí reponerme y levantarme de la tierra. Salté sin darle más vueltas, enganchándome como una gata a la reja. Alcé mi pulgar para que él hiciese lo mismo y no se lo pensó. Puse mis pies con firmeza sobre las rejillas negras, estirándome lo suficiente para llegar a la siguiente que casi pegaba a la muralla. Coloqué la mano sobre la piedra e impulsándome con mis pies, y a la misma vez que los posicionaba de manera estratégica sobre las piedras que adornaban la fachada, llegué arriba.

Suspiré con cansancio, aunque por lo menos no nos habíamos matado en el intento. Ryan salió detrás de mí y asomamos nuestras cabezas viendo a los tres hombres suicidas a pecho descubierto mientras peleaban los unos con los otros. La bestialidad de Jack me reseco la garganta, y desde luego me di cuenta de que tenía el título bien ganado. Embestía a su contrincante con una rudeza inhumana, al igual que su arma se descargaba sin ningún pudor sobre todo el que le ponía una mano encima. A lo lejos vi que otro hombre se aproximaba a él por la espalda, pero este fue más rápido y enfocó su arma disparando sin piedad.

—Ryan, encárgate de rebuscar hasta el último rincón de la primera planta, yo bajaré al sótano.

Alcé mi rostro para comprobar que el resto de los accesos estaban libres, y mis ojos se abrieron en su máxima expansión cuando la diminuta figura de Adara se cruzó en mi campo de visión. Estaba atravesando la carretera, mientras que Riley salía corriendo detrás de ella y varios hombres empezaban a salir de los laterales de la fortaleza.

—¡Mierda!

Asomé mi cabeza confirmando que la altura era considerable y que me abriría la cabeza si saltaba hasta que, como si fuese un rayo de luz, vislumbré a mis espaldas una estrecha escalera por la parte trasera. Miré hacia abajo comprobando que, efectivamente, daban al patio comunitario donde ellos estaban y por donde Adara entraría en segundos como una kamikaze.

Bajé tropezando con mis propios pies debido a la velocidad, ya que no

andaba, sino que volaba, pero no llegué a caerme y en los últimos cinco escalones directamente salté.

Como un vendaval salí de la parte trasera encontrándome con un hombre que me impedía el paso cuando estaba a punto de salir al patio.

Alcé mi brazo con rabia propinándole un gran golpe en la cara, lo que provocó que cayese de espaldas al suelo. Saqué mi arma y le disparé continuando mi carrera, pero cuando llegué, Adara ya había pasado el umbral de la puerta y un tipo con aspecto temerario la apuntaba con su pistola.

—Imagino que a esta mocosa de mierda la queréis con vida, ¿verdad? — Sonrió mostrando algunos de sus dientes plateados—. Soltad las armas. —Los miró intimidante—. ¡Ya!

—¡Aparta tus manos de mí! —le gritó y me sorprendí—. ¡Soy la hija de Anker!

Pareció dudar, pero su gesto cambió y apretó su cuello con más fuerza.

—Como no tengo constancia de tal cosa, te quedas así, bonita.

Pude ver que Arcadiy ya no estaba en el patio y seguí cada resquicio de la zona sin encontrarle. El temor se apoderó de mí y bajé la vista hasta los cadáveres de los hombres que, laxos, permanecían en el suelo. Tampoco le vi. Hasta que una sombra se cruzó por la parte izquierda de la fortaleza y le atisé desde mi distancia.

Observé cómo colocaba los artefactos explosivos en cada columna de la fortaleza, y mi miedo aumentó cuando me di cuenta de que Jack y Tiziano estaban con las manos en alto, bajo las órdenes del hombre que retenía a Adara.

Fijé mis ojos en ella, que nerviosa no sabía dónde mirar, hasta que me encontraron. Desvió la mirada inmediatamente, pero vi cómo Jack observaba de reojo la zona en la que ella había posicionado su mirada segundos antes, y supe que me había visto cuando resopló. Me moví sigilosa entre las columnas, encontrando un punto desde donde podría dispararle.

—Fredy, Anker está muerto. No sigas con esto —añadió Jack con firmeza.

—Y por eso mismo vengaré su muerte. ¡Eres un puto traidor!

La mandíbula de Jack se tensó, y el tal Fredy sujetó el cuello de Adara ejerciendo más presión, mientras que su arma se desviaba hacia Jack. Mis pulsaciones volvieron a correr descontroladas por mi pecho, notando que la presión se hacía más evidente y sin pensarlo apunté al tipo con determinación.

Salí de mi escondite para el asombro de todos y disparé a bocajarro justo

en el instante en el que gritaba:

—¡¡Adara, al suelo!!

Con un ágil movimiento los dos titanes se lanzaron contra los pocos hombres que ya quedaban en el patio mientras descargaba mi cargador con saña sobre Fredy. Este cayó a plomo al suelo y las balas comenzaron a volar de nuevo.

Me agaché hasta que Adara llegó sana y salva a mi posición, al mismo tiempo en el que Ryan y Arcadiy entraban en escena, pero cuando este último llegaba al centro del patio, un hombre le embistió y vi que un diminuto mando caía al suelo, a la misma vez que una luz roja comenzaba a parpadear. Mi hermano abrió los ojos como platos y miró en dirección a Jack que se descomponía por segundos.

—¡Tenemos diez minutos para salir de aquí! —anunció Arcadiy.

Agarré las manos de Adara que temblaban de miedo y asentí con firmeza intentando que me escuchara.

—Llévame hasta el sótano, tenemos que sacar a tu madre.

Me negaba en rotundo a pensar que Agneta estaba muerta, y mi corazonada decía que no era así.

Recorrimos el largo pasillo a la carrera, e intenté disuadir las palabras de mi hermano. Si no salíamos antes de esos diez minutos, la fortaleza saltaría por los aires con nosotras dentro.

Nos introducimos en el *hall* principal, y bajamos las escaleras de cuatro en cuatro hasta que llegamos a la zona del servicio. Adara hizo aspavientos con sus manos a todas las personas que, desbocadas, corrían de un lado a otro por los pasillos interponiéndose en nuestro camino.

—¡Salid de aquí, salid de aquí! —chilló.

A lo lejos aprecié la silueta de varias personas que se dirigían hacia nosotras, y avanzamos con rapidez hasta llegar a la zona que separaba el servicio del gran sótano. Empujé la puerta con urgencia, abriéndola de par en par para mostrarnos un sitio tenebroso y oscuro que apenas se iluminaba. Más que un sótano, parecía una sala de torturas.

Recorrimos cada resquicio, intentando no dejarnos nada, mientras que los minutos corrían con rapidez en nuestra contra, hasta que al final vi una pequeña luz junto a unas manos que sobresalían de lo que parecía unas rejas.

—¡Agneta! —grité.

Antes de que pudiera dar un paso más, unas manos me sujetaron por detrás

aprisionándome. Me intenté zafar de mi agresor propinándole fuertes golpes en el estómago, pero eso no parecía hacerle efecto.

—¡Mamá, mamá! —chilló Adara cuando llegó a su posición—. ¡Mamá, levántate! ¡Mamá!

La voz ahogada de Adara me crispó al no saber por qué demonios no se levantaba del suelo. Golpeé con más fuerza al tipo hasta que de repente sus manos abandonaron mi cuerpo y lo siguiente que escuché fue su cabeza estamparse contra la pared de hormigón. Cayó al suelo con una gran brecha. Al girarme había un hombre amenazador que me observaba con una furia desmedida.

No le di tiempo a decir ni una sola palabra, y me fui corriendo hasta llegar a Adara. Me llevé las manos a la cara, tirándome de rodillas al suelo para coger el brazo laxo de Agneta. Jack intentó abrir la cadena de la reja sin éxito, hasta que comenzó a dar unos impresionantes golpes que resonaron en todo el sótano.

—¡Agneta!, ¿me oyes?

Moví su brazo que no ejercía fuerza alguna, y miré a Adara que lloraba sin consuelo a mi lado. La cara de Jack se contrajo y, soltando un fuerte gruñido, consiguió abrir la cadena a base de tirar de ella con una fuerza inhumana. Sentí un leve apretón de la mano de Agneta, por lo que respiré aliviada.

—¡Está viva! —grité con euforia.

Me levanté a toda velocidad cuando Jack tiró de la pesada puerta para que se abriera, abalanzándome sobre su cuerpo casi sin vida.

—Agneta, mírame —le pedí cogiendo su cara con mis manos.

—Has vuelto... —susurró con un hilo de voz.

—Claro que he vuelto. —Sonreí nerviosa, con las lágrimas golpeando mis ojos.

—Mamá... —La voz quebrada de Adara se oyó tras de mí.

Con esfuerzo, abrió los ojos un poco más enfocando a su hija.

—Mi niña...

Apretó de nuevo mi mano, dándome la sensación de que se estaba despidiendo de mí.

—No, no, escúchame —le supliqué en un susurro—. Tenemos que salir de aquí, tienes que...

Desvié mis ojos hacia Jack, momento en el que ella también le vio. Una sonrisa triste alumbró su rostro, y sin tiempo que perder, contemplé a Jack

haciéndole un gesto con mis ojos para que la cogiera entre sus brazos.

Teníamos que salir de allí cuanto antes.

Subimos las escaleras del servicio hasta que llegamos a la primera planta, instante en el que Riley entró en el salón en el que estábamos y gritó:

—¡Rápido! ¡Los hombres de Anker han puesto más explosivos!

Salió despavorido, sin tiempo que perder, y nosotros detrás de él, pero justo cuando estábamos llegando a la salida, la pared de la habitación que atravesamos se desmoronó, haciendo que una de las estanterías que la ocupaban cayera sobre una de mis piernas aplastándola con todo el peso.

—¡¡Micaela!!

La desgarradora voz de Adara me hizo volver mi rostro lo suficiente para ver cómo se frenaba en seco y retrocedía sobre sus pasos. Si no estábamos rozando el límite del tiempo, poco nos quedaba.

—¡¡No!! —le chillé alzando mi mano.

No me hizo caso y se abalanzó sobre la estantería para intentar moverla. Era imposible que lo consiguiese, no tenía tanta fuerza como para menearla.

—Adara, escúchame, por favor —le pedí, mientras esta se negaba a mirarme, a la vez que ponía todo su empeño en moverla. Cogí su mano con fuerza y tiré de ella—. Adara, sal de aquí ahora mismo.

Pareció horrorizarse con mi decisión, así que asentí con determinación y las lágrimas comenzaron a caer como ríos por sus ojos, cuando otra explosión se llevó todo el salón haciendo que tuviera que agacharse para cubrir su cuerpo mientras yo lo intentaba con mis brazos. Noté que la piel me ardía de los cortes y rasguños que llevaba, pero el dolor que sentía al tener la estantería sobre mí no era comparable.

—Vete, vete ¡ya! —urgí.

Negó con la cabeza de nuevo y la fulminé con una mirada, apartándola con malas formas. Se levantó mirándome con desconsuelo y asentí para que se marchase cuanto antes. Ya no había tiempo, pues por algún motivo, escuché que la fortaleza entera rugía como si quisiera advertirme de que su fin y el mío había llegado.

Contemplé que salía y no me rendí. No por lo menos hasta que soltase mi último aliento con aquel jodido mueble sobre mí. El polvo comenzaba a asfixiarme y mi tos fue a peor según pasaban los minutos, hasta que caí desplomada al suelo por el sobreesfuerzo, pensando en que era imposible quitarme el objeto.

De repente, una sombra se cruzó entre todo el amasijo de la nube grisácea, y de ella salió la silueta de Jack. Estaba aterrado, cabreado y un sinfín de cosas más.

—¿Estás loco? —le grité para que me escuchara—. No vas a conseguir mover la estantería tú solo, ¡lárgate de aquí! —le espeté con enfado.

No me contestó, pero con su rugido no me hizo falta que lo hiciera, pues sabía que no iba a marcharse. Si no conseguía moverla, los dos moriríamos aplastados por los escombros, o mucho peor, saltaríamos por los aires. De nuevo me sorprendí cuando otra silueta más apareció en la otra esquina de la estantería, saltando por los escombros e intentando no pisar sobre la madera.

Ryan.

—A la de tres —añadió este último—, una, dos, y ¡tres!

El esfuerzo en sus voces se hizo evidente y la estantería rugió cuando la dejaron suspendida sobre mi cuerpo y yo me arrastraba para salir. La soltaron a plomo y sentí las manos de Jack sujetando mis dos brazos para ponerme en pie, pero mis piernas fallaron y casi caí al suelo. Este no se lo pensó, alzando mi cuerpo como si fuese una pluma mientras los pasos acelerados de ambos salían de allí a toda prisa, al ver cómo las columnas de todo el patio comenzaban a derribarse igual que un dominó.

## Juntos



Después de salir despavoridos de la fortaleza de Anker, todo empezó a desmoronarse creando una capa extensa de polvo a su paso, a la misma vez que el sonido de las bombas al estallar inundaban Atenas.

Nos alejamos con nuestros coches en dirección al primer hospital, ya que Agneta necesitaba cuidados urgentes o no sobreviviría. Me imaginé las condiciones a las que habría estado sometida, pues mostraba una desnutrición considerable, y sus ojos apenas conseguían mantenerse abiertos.

Jack frenó en seco cuando llegamos y no me importó bajarme del coche al notar que mis piernas recuperaban la normalidad, llena de tierra, arañazos y sangre en cada resquicio de mi cuerpo. Le pedí con la mirada que esperase en el coche y, para mi asombro, obedeció absorto en sus pensamientos sin rechistar.

Al entrar en urgencias la metieron con rapidez junto con Adara, quien no se separó de ella ni un solo instante hasta que los médicos le informaron de que no podía pasar. Me miró con temor y apreté su mano con fuerza.

—Tranquila. —Besé su cabeza—. Todo saldrá bien, ya verás.

Asintió con pesar, pero vi que una pequeña sonrisa se instaló en su rostro.

—La has salvado.

—Hemos, Adara, la hemos salvado —recalqué aquella palabra en plural e imité su sonrisa.

Pocos minutos después, Riley entraba en el pasillo haciendo que nos levantáramos con rapidez.

—He hablado con las enfermeras, están estabilizándola. Mañana la trasladarán al hospital de Santorini. Ahora saldrá la doctora que está atendiéndola.

Respiré aliviada, sintiendo los brazos de Adara rodeándome en un fuerte

abrazo. Estreché su frágil cuerpo depositando un beso en su cabello y musité:

—Te lo dije.

—Yo me quedaré con ella esta noche, así no estará sola por si nos dan alguna noticia. Le he dicho a Tiziano que se instalen en mi casa, tiene dos habitaciones y estarán mejor.

Asentí agradeciéndoselo, y miré a la muchacha que lloraba de alegría entre mis brazos.

—Te dejo a buen recaudo, si me necesitas llámame. —La observé—. Sea la hora que sea. Yo me quedaré en el hostel que hay en frente.

Aceptó limpiándose las pequeñas gotas que cubrían sus mejillas, momento en el que salía la doctora que segundos antes había dicho Riley.

—¿Son ustedes los familiares de la paciente que acaba de entrar...? —Miró su carpeta buscando el nombre que no le habíamos dado.

—Agneta. Sí, somos nosotros —afirmé.

La mujer, entrada en años, asintió y nos contempló minuciosamente. Íbamos hechos un desastre, pero la que ganaba por goleada era yo.

—La paciente se encuentra estable, aunque está completamente desnutrida. —Hizo una mueca de amargura con sus labios—. Es como si hubiese estado meses sobreviviendo a base de diminutas cantidades de comida, incluso me atrevería a decir que casi nada. No muestra contusiones, lesiones o agresiones. ¿Dónde ha estado?

Las dos personas que venían conmigo me miraron dudosas.

—Nos la encontramos en su casa de esa manera —respondí con voz firme.

La doctora afirmó sin convencimiento.

—Bien, la estabilizaremos lo mejor que podamos, y mañana por la mañana la trasladaremos en el helicóptero hacia el hospital de Santorini que han solicitado.

Asentí agradecida, y esta se marchó sin objetar nada más. Adara soltó todo el aire contenido de sus pulmones, abrazándose de nuevo a mi cuerpo. Pasé mi mano por su espalda de forma tranquilizadora, mirando a Riley.

—Sal y avisa a los demás de su estado. Enseguida iré.

Se giró sobre sus talones hacia el ascensor y me senté con Adara en la sala de espera.

—¿Crees que se pondrá bien? —me preguntó con un hilo de voz.

—Claro que lo hará. Si es la mitad de valiente que tú, tiene que conseguirlo. —Sonreí.

Me miró a través de sus pestañas con tristeza.

—Ha sido muy valiente por tu parte, pero tendrías que haberte marchado la primera vez que te lo dije —renegué un poco.

—No podía dejarte allí. —Sus ojos brillaron—. Si hubieses visto la cara de Jack cuando se dio cuenta de que no venías...

Me lo imaginé, sintiendo el mismo dolor que él o más, aunque apenas nos hablásemos.

—No quiero que tengas problemas con él ahora por...

—Descuida —la calmé—. Sé apañármelas bien.

Esbozó una pequeña sonrisa y la aferré junto a mi cuerpo de nuevo, para infundirle el valor suficiente que necesitaba cuando Riley llegó.

—Los chicos se quedan con vosotros aquí. Mañana cuando la trasladen iremos todos a Santorini.

Asentí.

—Ya han cogido las habitaciones. —Movié sus ojos sin saber a dónde mirar—. El... orangután cabreado hasta la médula te está esperando en la puerta bufando como si fuese un toro. —Se rascó con nerviosismo la cabeza—. Tiene un cabreo de tres pares.

Suspiré agotada.

—Entonces no sé si es mejor que me quede con vosotros en estas cómodas sillas —ironicé, y los dos sonrieron.

Riley tomó asiento al lado de Adara, observándome.

—Ya sabes que se le va la fuerza por la boca, pero ahora mismo creo que es mejor que ni le respire.

Sonreí con amargura, levantándome del asiento sin pensármelo más.

Encaminé mis pasos hacia la salida cuando me despedí de ellos y, efectivamente, cuando llegué a la entrada, pude contemplar al hombre que ocupaba la mayor parte de mis pensamientos andando de un lado a otro como un león enjaulado.

Se pasó las manos por la frente, después por el mentón y, al final, terminó paralizando su paso para agarrarse el puente de la nariz intentando calmarse de alguna forma. Me paré frente a él, y este movió sus ojos con lentitud hasta fijarse en los míos, los mismos que aniquiló con una fugaz mirada. Se dio media vuelta y comenzó a andar con pasos ligeros.

—Te dije que te quedaras en el coche —rugió sin ningún pudor.

Un grupo de personas que pasaba en dirección al hospital por nuestro lado

le observaron por sus maneras de hablar, pero no le di importancia e intenté llegar a su altura.

—Y yo te dije que iría.

—¡¡Y yo que te quedaras en el puto coche!!

Esta vez su tono se intensificó de tal forma que pareció un titán.

—No cumplo órdenes de nadie. A estas alturas ya deberías saberlo —le dije como si nada.

Frenó en seco haciendo que mi cuerpo se estampara contra el suyo en mitad de la calle, ya que por mucho que quisiera alcanzarle, no lo conseguía. Apretó su mandíbula con fuerza, sin embargo, le contemplé ignorando ese gesto. Achicó los ojos y siseó:

—Por eso casi mueres ahí dentro.

Continuó su paso sin decir ni media palabra, pero yo no pude evitar quedarme por encima de él sin pensar en lo que decía, repitiendo lo que ya dije en otra ocasión:

—Una menos.

Volvió a frenar y, de nuevo, me estampé con él. Pude ver su nariz hinchándose de manera considerable y supe que, aunque estuviéramos en medio de la calle, nada le impediría llevar a cabo lo que pasara por su mente, pero, para mi sorpresa, volvió a continuar sin decirme una sola palabra.

Al llegar al viejo hostel que desde fuera parecía que iba a desmoronarse en cualquier momento, subimos los gastados escalones hasta la segunda planta donde se paró en una puerta de madera vieja. Abrió tomando un gran suspiro y colocó su enorme brazo sobre esta para que pasase entre él y la madera. Le miré de reojo, apreciando que no me quitaba los ojos de encima. Sonreí interiormente, pues con ese gesto de diablo enfadado estaba rematadamente atractivo.

Cerró con un fuerte portazo que resonó en toda la habitación y parte del hostel, y me compadecí del sufrimiento de la puerta. Miré la habitación con una simple cama junto a dos mesitas y un cuarto de baño al final de esta. Era espaciosa, pero carente de objetos que la decoraran, al igual que sus paredes que estaban pintadas con un color amarillento que le daba un aspecto horrible al contraste con la madera vieja y oscura.

Escuché el tintineo de las llaves cuando las soltó sobre una de las mesitas, y se giró para observarme fijamente. Coloqué mis manos sobre mi regazo, entrelazándolas entre sí, y le sostuve la mirada como la que más.

A los pulsos no me ganaba nadie.

Avanzó con dos zancadas firmes tras unos segundos que parecieron convertirse en minutos, viendo que le retaba, hasta que llegó a mi altura y me siguió inspeccionando con detenimiento desde su posición. Alcé mi rostro, altanera, arqueando una ceja a la espera de que hablase.

Y eso no llegó.

Parecía un bárbaro con el rostro lleno de pequeñas manchas de sangre, al igual que sus brazos y sus manos que daban a entender todo lo que habíamos pasado minutos atrás. Fui a darme la vuelta para marcharme en dirección al cuarto de baño, pues yo no iba mejor que él ni mucho menos, pero este me lo impidió cuando sostuvo con fuerza mi antebrazo.

Pegó su cuerpo al mío, y cuando pensé que comenzaría a soltarme la bronca del quince, estampó su boca contra la mía con una urgencia desmedida. Sentí que me deshacía como un helado en sus brazos cuando sus manos rodearon mi cintura y me apretaron todo lo que pudieron y más a su fuerte pecho. Las mías volaron hasta su rostro, juntándolo con ansias, besándolo con desenfreno. Mi lengua buscaba la suya, enfrentándose a una ruda batalla donde su estado de ánimo se hizo evidente y noté que mis piernas comenzaban a temblar, deseándolo con una fuerza irremediable.

Sus manos abandonaron mi cintura hasta llegar al inicio de mis pantalones, a la misma vez que notaba contra mi vientre la gran dureza de su miembro. Busqué con urgencia los suyos y desabroché el botón con rapidez sintiendo que mis piernas se quedaban desnudas. Colocó sus manos en mis nalgas elevándome hasta que rodeé su cintura con agilidad, seguidamente, mi cuerpo quedó encajado entre la pared y él que atacaba mis labios con rudeza.

Mis labios doloridos por sus salvajes besos empezaron a quejarse y los ignoré. Sus manos tiraron de la fina tela de mi ropa interior, rasgándola, hasta que se rompieron por una de las partes y terminaron colgando en una de mis piernas. Exhalé un fuerte suspiro que hizo que me separase de sus labios, cuando entró en mí despacio pero decidido, llegando a mis entrañas.

Junté mi frente a la suya contemplando sus ojos que habían oscurecido de manera considerable, a la misma vez que me observaban con firmeza al mismo tiempo que sus sacudidas se volvían más rudas a cada segundo que pasaba.

—Desobediente —gruñó.

—Mandón —aseguré, seguido de un jadeo.

Entrecerró sus ojos, pero pude ver la diversión en ellos cuando una

pequeña sonrisa intentó aparecer en sus labios que, hasta ese instante, habían estado sellados en una fina línea mientras no me besaba.

Sus dedos se clavaron en mis nalgas con más énfasis, y sus embestidas se volvieron más frenéticas, momento en el que tuve que arquear mi espalda al notar que un fuerte orgasmo empezaría a recorrerme todo el cuerpo en breve.

—No vas a encontrar otro mandón que te haga temblar así —añadió en un susurro.

Apoyé mi cabeza en la pared cuando sentí que no podía aguantar más y, seguidamente, volví a fijarme en él que apretaba la mandíbula indicándome que estaba a punto de estallar. Pasé mi mano temblorosa por sus labios y, antes de besarlo con devoción, le dije:

—No quiero a ningún mandón más y —añadí sensual—, antes de que me mandara, le mataría.

Su sonrisa deslumbrante se borró de su boca cuando mis labios se abalanzaron sobre los suyos y me dejé ir desbocada sintiendo que el placer inundaba cada resquicio de mi cuerpo sin detenerse.

Después de una extensa ducha me aferré a su pecho cuando la noche cayó sobre nosotros mientras él jugueteaba con un mechón de mi pelo que reposaba sobre su hombro. Me sentí feliz y, por un momento, me olvidé de las tantas cosas que tenía en mi mente todos los días.

—¿Ryan se marcha mañana? —me preguntó de repente.

—Sí. Tiene que estar al tanto del club. Uno de los hombres de seguridad se ha encargado de pasar por allí.

—¿Y? —se interesó.

—Está cerrado desde que vinimos.

—Eso quiere decir que Eli...

—Ya sabe que sé todo. Seguro —le respondí con amargura.

No podía pararme a pensar en ella o los instintos asesinos resurgían sin poder frenarlos.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó con cierto temor.

Suspiré y elevé mis ojos hacia él.

—¿Tú qué harías?

Chascó la lengua, para después juntar sus labios en una especie de mueca que me hizo desear besarlos con más fuerza.

—Contrataría a un asesino y me quitaría el marrón de encima. Sabe demasiado —sentenció con firmeza esto último.

—O puede que se me estén pegando ciertas cosas de un asesino y termine haciéndolas yo misma.

—Recordarte con ese rifle en las manos me la pone dura —añadió con una sonrisa lasciva.

Reí ante su comentario y volví a mi posición anterior, apoyando mi rostro en su pecho, para continuar dibujando círculos inexistentes en su vientre mientras pensaba en voz alta.

—Quiero cerrar el club.

Jack paró de enredar sus dedos en mi cabello, y pude apreciar que incluso se le cortaba la respiración. Agarró mis brazos con fuerza, hasta que consiguió colocarme encima de él, semitumbada.

—¿Qué has dicho? —Me observó confuso.

—Que quiero cerrar el club —afirmé—. He estado pensando en lo que hablamos el otro día y...

Me cortó.

—Ese sitio te ha costado tenerlo mucho tiempo. ¿Por qué quieres cerrarlo así sin más?

Apoyé mis manos en su pecho, incorporándome un poco más para mirarle. Agaché mi mirada un segundo, y la volví a alzar decidida, viendo que me contemplaba con la sorpresa instalada en su rostro.

—No lo sé, Jack. Quiero irme de Barcelona, empezar de nuevo, olvidarme de mi pasado si es que algún día puedo —renegué, a sabiendas de que, si lo de Vadím era cierto, no iba a dejarlo pasar—, estar contigo, tener una casa, una... familia...

Conforme avanzaba en mis enumeraciones, la voz se me iba apagando al ver que su semblante cambiaba por momentos. Me desplomé sobre su pecho de nuevo, mirando hacia la pared, ya que no me veía capaz de mantenerle la mirada por más tiempo. Noté que suspiraba cuando su pecho se hinchó.

—Me dijiste que no había lugar para tener una familia en nuestra vida —añadió con tono normal.

—Y tú me dijiste que vida solo teníamos una. También merecemos ser felices.

Volvió a coger mis brazos, esta vez con más delicadeza, y me tumbó sobre su cuerpo desnudo que empezaba a reclamar atenciones. Me miró con intensidad y me pareció ver que no sabía de qué manera decirme algo, hasta que lo soltó sin más.

—Yo no sé hacer otra cosa, Micaela. —Hizo una pausa antes de continuar —: Y me gusta mi trabajo.

—No te he pedido que lo dejes —le contesté a la defensiva.

—No me hables en ese tono insolente.

Alzó un dedo para señalarme, y lo aparté de mi vista de un manotazo. Arrastré mi cuerpo como una serpiente hasta que llegué a su boca, restregándome contra su masculinidad a caso hecho. Me detuve a escasos milímetros y murmuré:

—¿Has dicho insolente?

Rocé el lóbulo de su oreja con mi lengua, descendiendo hasta llegar a su cuello. Sus manos fueron a colocarse en mi cintura, pero las paré antes de que llegaran, elevándolas hacia arriba por encima de su cabeza. Él, simplemente, se dejó.

—Quizá podría acompañarte... —murmuré en su oído.

—Mmm... —ronroneó.

Sentí su miembro en mi entrada, y sin esperar ni un minuto más, me acoplé como pude notando que atravesaba mi sexo hasta el fondo. Exhalé un fuerte suspiro sin desprenderme de sus ojos, viendo su sonrisa traviesa.

—Serías un peligro, pero me lo pensaré.

Alcé una ceja con arrogancia.

—¿Pensártelo? —le pregunté pícaro, subiendo y bajando con brusquedad sobre su verga, una sola vez.

Apretó la mandíbula e intentó bajar sus brazos, lo que hizo que los músculos que se asomaban parecieran más rudos, más temerarios. Le provoqué varias veces más, a sabiendas de que cuando quisiera podría darme la vuelta y bajar mis manos, pero disfrutaba al verle así.

—En el momento en el que se te ocurra formar esa «familia», olvídate de arriesgar tu vida. —Cambió de tema.

—¿Vas a meterme en una burbuja de cristal? —ironicé.

Moví mis caderas con sensualidad, absorbiendo su miembro de tal manera que comencé a rozar la locura.

Bajé mis manos hasta su rostro, incapaz de seguir manteniéndolas sobre sus muñecas, y le besé con pasión. Como había previsto, en menos de lo que esperaba se encontraba sobre mí bombeando mi cuerpo como un energúmeno.

—Si consigo esa burbuja, lo haré. Si no —pareció meditar—, nos perderemos durante todo ese tiempo los dos, y me encargaré de rendirme a tus

pies si hace falta.

—¿No lo estás ya? —le vacilé.

Una carcajada salió de su garganta, a la misma vez que un gruñido de placer la sustituyó.

—Desde que te vi en aquel jodido bar.

Me dejé llevar por todo lo que quiso y más, perdiéndome entre sus brazos, en el sitio donde más a gusto estaba y del que no deseaba evadirme nunca.

A la mañana siguiente, nos dirigimos al hospital de Santorini donde Agneta había sido trasladada, y esperamos pacientes hasta que una enfermera nos informó de que podíamos pasar a la habitación que le habían asignado. Cogí la mano de Jack, y le miré intentando infundirle tranquilidad, pues sabía que los nervios los tenía a flor de piel. Me despedí de Ryan en el momento en el que se disponía a marcharse con Tiziano, quien le dejaría en Barcelona, y después se iría a Sicilia.

—Infórmame de todo cuando llegues —le pedí.

—Lo haré. No te preocupes, mantendré la calma como sea, y cuando llegues ya veremos qué hacemos con Eli.

Asentí sin querer pensar en ello, y pasé a Tiziano que observaba a Adara sin ningún reparo, la misma que se encontraba en la puerta de la habitación nerviosa, a la espera de que otra de las enfermeras saliese.

—¿Nos vemos pronto?

Volvió sus ojos a mí, lo que me pareció a regañadientes, y sonrió.

—Eso espero, *bella*.

Depositó un beso en mi mejilla, a la vez que palmeaba la espalda de Jack.

—La próxima ocasión, os traeré los papeles de vuestro matrimonio.

Nos guiñó un ojo y se encaminó hacia el ascensor con Ryan sin mirar atrás. Pasé mi vista a Jack y este asintió sabiendo que había llegado la hora de enfrentarse a su pasado, y a su futuro.

## Ángel o demonio



Sujeté el manillar de la puerta con decisión y abrí encontrándome con una Agneta semincorporada en la cama, con la vista perdida en la ventana de la habitación. Desvió sus ojos hacia nosotros, en el mismo instante en el que mis pasos avanzaban hacia ella, y noté que Jack se quedaba detrás de mí, gesto que me indicó la incomodidad de la situación por la que estaba a punto de pasar. Hice una mueca cariñosa con mis labios al llegar a su altura, tocando su brazo con mimo.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté.

—Mejor —musitó con un hilo de voz.

Sus ojos recayeron sobre el hombre que tenía a mi espalda, el cual todavía no se había ni pronunciado. Asentí sin quitarle la mirada a Agneta, y esta cerró los ojos con lentitud para, seguidamente, volver a abrirlos sabiendo a qué me refería.

—Estaré fuera. —Me giré y miré a Jack que se encontraba impassible, con gesto serio—. Si me necesitáis, llamadme.

Fui a dar un paso más, pero su fuerte mano se aferró a la mía. Bajé mis ojos hasta ver nuestra unión y supe que lo único que me estaba pidiendo es que no le dejara solo en aquel momento. Me quedé inmóvil ante su contacto, hasta que la débil voz de Agneta me sacó de mi ensimismamiento.

—No te preocupes, puedes quedarte.

Jack no le quitaba los ojos de encima, y ese gesto me incomodó incluso a mí. No sabía qué sería lo que estaría pasando por su mente, pero estaba segura de que no eran solo sentimientos felices, sino otros cargados de reproche y dolor.

—Jack...

—No me des rodeos. Y cuéntame la verdad —sentenció con tono firme.

Le miré con mala cara al ser consciente de su manera de pedirle las cosas en una situación tan delicada. Agneta suspiró, asintiendo avergonzada mientras sus ojos se fijaban en la sábana blanquecina.

—Me quedé embarazada cuando estaba en el prostíbulo de uno de mis clientes.

—De Anker —añadió con asco.

Ella asintió con pesadez.

—Por aquel entonces yo tenía una relación con Braylon Williams, uno de los dueños de aquel sitio de mala muerte, y tiempo después de que nacieras, el rumor de que el hijo que había tenido no era de Braylon se extendió como la pólvora hasta que se enteró.

Jack no mostraba ningún gesto de emoción en su rostro, y eso comenzó a preocuparme.

—La última vez que recibí una brutal paliza por parte de Braylon, me vi desesperada y busqué ayuda en la única persona que me quedaba. En Anker. —Miró de nuevo hacia abajo, antes de continuar—: Él se encargó de Braylon y yo...

—Me dejaste en la puerta de un orfanato —añadió con seriedad.

Agneta suspiró, la conversación no estaba yendo como esperaba, ya que de la boca de Jack solo salían reproches que no intentaba ocultar.

—Lo hice sin ninguna alternativa, Jack. Todo estaba planeado y entraba dentro del trato que hice con Anker. Por ti —murmuró.

—Qué detalle por tu parte, dejar que un niño de cinco años se perdiera sin rumbo —ironizó.

—Jack... —le regañé, pero este ni me miró.

—Fue la única opción que tuve —se defendió sin elevar su tono de voz—. No tenía nada que ofrecerte, Braylon me lo quitó todo. Ni siquiera podía alimentarte, ni darte una cama para dormir.

—Y, a todo esto, ¿por qué nunca te vi estando allí? —le cuestionó, desconfiado.

—Porque ese fue el trato que hice con Anker. Él se encargaba de los dos, pero, por el contrario, yo no influía en sus planes de futuro contigo, en...

—En adiestrar a un asesino. La cosa se pone mejor. —Sonó sarcástico y lleno de rabia.

—Jack, ya basta —sentencié fulminándolo con la mirada.

Obvió mi gesto, con sus ojos clavados en Agneta.

—Cuando no te queda otra opción, te aferras al pomo ardiendo que encuentras a tu paso. Y, en ese caso, el único pomo que tenía era el que Anker manejaba. De lo contrario, ambos hubiéramos muerto en cualquier calle de Atenas, meses después. —Respiró en profundidad y clavó sus destellantes ojos en él—. Cuando llegué, no fui capaz de mantener mi promesa a raya, y una de las noches entré en tu habitación simplemente para abrazarte, pero Anker me interceptó, y colocó una pistola amenazante sobre tu sien, dándome a entender lo que pasaría si volvía a hacer aquello. Intenté en varias ocasiones acercarme a ti, te veía desde cualquier parte de la casa, a escondidas. Sufrí en silencio durante todos esos años, hasta que te convertiste en un hombre.

Sus labios se sellaron y de reojo pude ver la respiración agitada que Jack comenzaba a tener. Los ojos de Agneta volvieron a admirar al hijo que le habían arrebatado hacía tantos años, con el alma partida.

—Mucho tiempo después me quedé embarazada de Adara. Pensé que las cosas cambiarían, que podríamos ser una familia normal, que, quizá, podría volver a abrazarte. Pero el día que se me ocurrió salir a buscarte porque no podía seguir aguantando vivir así, en una de las discusiones que tuve con Anker, este me encontró a mitad de camino y me pegó la paliza más grande que me habían dado hasta el momento. —Miró sus manos con el terror impregnando sus ojos, y vi que unas lágrimas comenzaban a descender de sus mejillas—. Estaba de casi siete meses y me tuvieron que sacar al bebé a toda prisa para que no muriera. Después de eso —sorbió por su nariz—, estuve en un coma inducido casi una semana por las grandes contusiones que tenía, y cuando volví, lo único que me dijo fue: «Ya sabes lo que no tienes que volver a intentar. Ya sabes que no puedes desobedecer mis órdenes» —recalcó cada palabra, como si lo estuviera viviendo.

—Pero con ella siempre has estado, hasta donde tengo entendido —gruñó.

—No supe el sexo del bebé hasta que nació. Anker no quería saberlo, y yo respeté su decisión. Adara era una niña, él un machista que solo buscaba sus fines. Y una mujer, según él, no podía ser entrenada de la misma forma que un hombre. Cuando desperté quiso darla en adopción o matarla con sus propias manos.

El corazón se me encogió y la rabia volvió a mí a grandes escalas. ¿Cómo era capaz un padre de asesinar a sus propios hijos?

—Le supliqué que no lo hiciera. Que por lo menos respetara mi decisión, y yo cuidaría de ella al margen del mundo si era necesario. De ahí a que siempre

estuviese en internados, y la falta de cariño, por parte de su padre, hacia ella. Nunca la quiso.

De repente, al verla llorar, algo en mí nació dándome cuenta de que ese era uno de los detalles que cuando estuve en Atenas se me pasó. El motivo por el cual su versión no me cuadraba, efectivamente, me faltaba una parte.

—Estabas enamorada de él... —musité como si me quemara la garganta.

Los ojos de Jack se desviaron hacia mí, y Agneta elevó los suyos llenos de lágrimas para asentir. Se limpió las gotas con rabia, y depositó de nuevo sus manos en su regazo.

—Sí —añadió avergonzada—. Esa parte me la salté. Total, solo sirvió para dañarme más de lo que estaba. El único consuelo que me queda sobre Anker, es saber que él también me quiso, a su manera, pero lo hizo. Si no, no estaría aquí ahora mismo.

—No se puede querer a una persona cuando no la tratas como tal —espeté con rabia.

—Micaela, a veces el amor no sabemos demostrarlo, y con el paso del tiempo, te terminas acostumbrando a ello y dejas de buscar alternativas para que ese corazón deje de ser de hielo. —Mi rostro mostró confusión—. Nunca diré que Anker era una buena persona, pues con el tiempo la venda que tapaba mis ojos se cayó, pero sé que, en algún lugar de su alma, estuve yo. O, por lo menos, durante una temporada. —Sonó con tristeza.

—¿Por qué Adara no lo supo hasta hace poco? —le preguntó Jack con brusquedad.

—¿Por qué? —repitió con sarcasmo—. ¿Cómo iba a hacerlo? Ya te puse en peligro una vez a ti, y a ella cuando estaba en mi vientre. Sabía qué era capaz de hacer, y no pensaba permitir que por mi culpa ninguno de los dos sufriera más.

—¿Y ahora? —inquirió con sarcasmo.

—Cuando Micaela llegó a la fortaleza —pasó sus ojos a mí—, vi la decisión y la firmeza que a mí siempre me faltó. Y supe que había llegado el momento. Si yo no me salvaba, por lo menos vosotros dos podríais vivir lejos de aquel tirano.

Hizo una pausa, al ver que Jack no decía ni media palabra, y este desvió sus ojos hacia la ventana sin poder seguir sosteniéndole la mirada a su madre.

«A su madre».

Qué fuerte sonaba, y qué irreal parecía. Pero era cierto, pues la tenía

delante como un amasijo de nervios, que no sabía de qué manera encauzar una conversación para que la perdonase por algo que, en realidad, ella no había querido que sucediera.

—No te pido que me perdones, ni que caigas rendido a mis brazos, no ahora. Pero si te pido que entiendas la situación por la que pasé y que, al igual que ahora no encuentras otro sentimiento que no sea la rabia, pienses que durante todo ese tiempo yo me sentí igual o peor al no poder hacer nada por decirte la verdad. —Su voz se quebró, cuando empezó a llorar desconsolada.

Me acerqué a ella, abrazándola con mimo. Era una situación muy trágica de la que ninguno de los dos era culpable, pero también entendía que era imposible curar las heridas de tanto tiempo con una sola conversación. Escuché que la puerta de la habitación se abría, y Riley asomaba por ella con el rostro serio.

—Jack, necesito hablar contigo un minuto, es... urgente.

Lo miré a través de mis pestañas, pidiéndole que no se marchara en un momento así, mientras que Agneta se derrumbaba en mis brazos, pero este, con tono hosco y desmedido, dijo:

—Ya he terminado aquí.

Abrí mis ojos sin entender por qué cojones actuaba así, viendo sus pasos dirigirse hacia la salida sin mirar atrás. El llanto de Agneta fue mayor, y lo único que pude hacer fue depositar un suave beso en su cabello, intentando tranquilizarla.

—Se le pasará. Ya verás como lo hará —susurré.

Colocó sus manos en mis brazos, mirándome con ternura mientras trataba de tragar las amargas lágrimas que no dejaban de recorrer sus mejillas.

—Anker no ha sido el culpable de toda tu desgracia, al menos no de todo lo que ha estado pasándote.

Sentí un nudo en la garganta que me impidió respirar.

—Poco después de que te marcharas, conseguí entrar en uno de sus despachos y encontré más información sobre ti y sobre las personas que le habían estado dando novedades durante todo ese tiempo. Y vi cosas de... —pareció dudar— otros asesinos, peores que él...

La interrumpí.

—Eso no es posible, Agneta. Él era el asesino más temido del mundo.

—No, cariño. —Sonrió con amargura—. Hay un hombre que quizá lo sea más, o daba la impresión de que Anker le tenía cierto recelo. Lo que no

conseguí ver fue la relación que los unía. Su nombre era... —pensó, y yo temí — Vadím Ivanov. Un ruso con un gran congreso de asesinos, que reside en Moscú. Escuché una de sus conversaciones y todo tomó el sentido que le faltaba, quizá él fuese el hombre que le había ayudado a buscarte, a arruinarte todos los planes. Ya que como sabes, Anker estaba obsesionado contigo.

Intenté no mostrar las emociones que recorrían mis venas en aquel momento, y cambié de tema con rapidez. Necesitaba pensar en el bofetón de realidad que tanto temía. Si era cierto y Vadím le había estado ayudando, otra traición recaería sobre mis hombros como un jarro de agua fría.

—¿Por eso acabaste en el sótano? Te descubrió... —murmuré.

Asintió, y me apené por ella al saber que había arriesgado su vida sin ni siquiera saber si de algún modo podría trasladarme aquella información. Pasé mi mano por su cabello, aferrándola de nuevo a mi cuerpo, y sentí que se rompía en mil pedazos.

—Intenta descansar. Tienes que recuperar fuerzas y... —la miré con una sonrisa triste— lo demás vendrá cuando menos te lo esperes. Hablaré con él.

Me deshice de su abrazo, cogiendo mi bolso para marcharme en busca de Jack, pero Agneta sujetó mi mano con fuerza, contemplándome con una ternura que me embriagó.

—Gracias.

Moví mi cabeza sin poder articular una sola palabra y salí hacia el pasillo, donde solo se encontraba Adara en una de las sillas.

—¿Dónde está Jack?

Movió sus hombros sin saberlo.

—Ha salido con Arcadiy, y Riley le ha enseñado algo en su teléfono. —Me miró dudosa—. Parecía algo importante, porque el semblante de Jack ha cambiado a peor...

—¿Sabes qué le ha enseñado?

—No. He intentado escuchar la conversación, pero susurraban más de la cuenta. Me ha sido imposible.

Asentí con lentitud.

—Bien, no te preocupes. Quédate con tu madre, yo iré a buscarle.

Me despedí de ella y avancé por el pasillo hasta que cuando llegaba al ascensor, las puertas se abrían y Riley salió.

—¿Y Jack? —le pregunté.

—Ha ido a casa. Te espera allí. Está un poco...

—¿Ha pasado algo? —No le dejé terminar.

—No. Ya sabes, por lo de Agneta. —Desvió sus ojos hacia otro punto, y supe que me estaba mintiendo—. Yo me quedaré toda la noche con Adara, tú vete a descansar. Toma las llaves del coche y de la casa.

Extendió los dos objetos pasando por mi lado, evitándome, continuando con su paso hacia Adara, lo que hizo que me volviese lo suficiente para inspeccionarle. No sabía qué había ocurrido, pero no tenía pinta de ser algo que se pudiera tomar a la ligera.

Salí a la calle y busqué el coche a toda velocidad, me monté en él y me dirigí sin pensar a la casa de Jack, sin entender todavía por qué motivo se había marchado sin siquiera esperarme.

Un rato después, cuando llegué, me quedé de pie en la entrada admirando las vistas, los olores de aquella isla, la luminosidad que tenía y todo lo que recordaba. Le di vueltas a mi mente mientras metía la llave en la cerradura. Al pasar contemplé que no había nadie en el salón, hasta que las cortinas de la ventana que daban a la terraza se movieron.

Cómo había echado de menos aquel sitio...

Recorrí los pasos que me quedaban hasta llegar allí y vislumbré su figura. Estaba sentado en una de las sillas, mirando el horizonte con los brazos a ambos lados de su cuerpo sobre la madera. Me coloqué detrás, envolviendo mis manos alrededor de su cuello para depositar un casto beso en su sien.

—¿Por qué no me has esperado? —murmuré.

—Tenía que hacer un par de llamadas y había cosas que necesitaba de aquí.

—Ahm...

Cogió una de mis manos instándome a rodearle, y terminé a horcajadas sobre su cuerpo. Sujeté su rostro, con ambas manos, en el momento en el que desviaba sus ojos hacia mí.

—¿Estás bien? —le pregunté, a sabiendas de que no.

—No lo sé.

—No ha sido la mejor forma de actuar. Lo sabes, ¿verdad?

Suspiró e intenté no sonar borde, cosa que sorprendentemente, conseguí.

—¿Qué se supone que tengo que pensar cuando mi vida entera ha sido manejada sin pedirme siquiera opinión?

—A veces no tenemos elección.

—A veces —repitió mi tono—, esas cosas te cabrean cuando las

descubres. —Hizo una pausa, sujetando mis caderas con cariño—. Quién sabe, quizá ahora mismo estaría de camarero en cualquier bar, o trabajaría echando más horas que un reloj para llegar a mi casa y ver a mi mujer junto a mis hijos. —Hizo una mueca con los labios—. O no trabajaría y sería un gandul, pero todo eso lo hubiese decidido yo.

—¿Eso es lo que quieres de verdad? ¿Monotonía?

—Quiero vivir, Micaela.

—¿Y no lo estás haciendo? —Alcé una ceja.

Resopló.

—¡Claro que lo estoy haciendo! Cubriéndome las espaldas a cada paso que doy, y siendo consciente de quién soy.

—Pero te gusta lo que haces —le recordé.

—Preferiría que no lo hiciera —añadió tajante.

Sus labios se sellaron de nuevo y aproveché la ocasión para colocar mi rostro entre su cuello. Paseé mi mano por su camiseta creando pequeñas caricias que duraron poco, puesto que atrapó mi mano con la suya para besarla.

—No sé barajar los sentimientos que no tengo. Se supone que no tendría que haber permitido que te quedaras en aquella habitación con Anker, que tendría que haberlo detenido por lo menos para que se explicase, ya que era mi padre. —Paró en seco—. Mi padre. Joder, qué mal suena —renegó—. Y, sin embargo, lo único que tuve ganas fue de quedarme contigo y sacarle los ojos con mis propias manos.

—Anker era una persona que no se merecía que tuvieras sentimientos de ningún tipo hacia él. Pero Agneta...

Elevé mis ojos y me di cuenta de que los suyos estaban clavados en mí.

—A veces tan dura, a veces tan tierna —ironizó.

—No es eso, Jack.

Sentí que se revolvía incómodo en su asiento y me erguí para mirarle.

—Ella, de una manera u otra, solo intentó protegerte. ¡Ya la has escuchado! —me desesperé.

—Y, eso quiere decir, que yo tengo que abrazarla y llamarla mamá, ¿no? —Volvió a sonar sarcástico.

—No —afirmé poniendo morros sin poder evitarlo.

—¿Entonces? Dime cuál es la solución —sonó serio—, porque yo no la sé. Tragué saliva entendiéndole. Sabiendo que era una situación delicada que

no se podía tomar a la ligera y que, aunque lo intentase, cualquier comentario fuera de lugar solo haría que se confundiera más de lo que ya lo estaba. Me levanté de mi asiento bajo sus ojos confusos y no hizo nada por detenerme.

—Voy a tumbarme un rato.

Encaminé mis pies y antes de llegar al salón, me paré en la ventana poniendo mis manos en el marco, viendo cómo apretaba los puños con fuerza sobre la silla. Tenía que dejarle pensar y, sobre todo, meditar en cuál iba a ser su siguiente paso en lo que a su madre se refería.

Subí las escaleras en dirección a la cama, últimamente me encontraba más cansada de lo normal, y todo eso se debía a las pocas horas que dormíamos. Me desprendí de la ropa, colocando una camiseta que había sobre la cómoda de Jack, y me metí en la cama dejando que el sueño me atrapase segundos después, obviando los pensamientos que todavía funcionaban a mil por hora en mi cabeza sobre el hombre que había sido lo más parecido a un padre.

Sobre Vadím.

Unos leves movimientos en la cama me despertaron, a la misma vez que unas manos se colaban por el bajo de la camiseta comenzando a masajear mi vientre, descendiendo por mis piernas y volviendo a subir hasta mi sexo. Un gemido salió de mi garganta aún con los ojos cerrados cuando noté que sus dedos se colaban en mi interior.

Me giré lo que pude, puesto que tenía su pecho completamente pegado a mi espalda, y busqué sus labios con desesperación cuando otro calambre me atravesó. Alcé mi cadera en busca de más, dándome cuenta de que había anochecido. Enredé mis manos en su pelo y tiré de él para conseguir que nuestras lenguas batallaran sin pudor, pero la suya parecía querer ir con calma, sin prisas.

—Jack...

No hizo caso de mi súplica, y movió mi cuerpo como si fuese una hoja hasta que se coló entre mis piernas de un rápido movimiento. Bajó con su lengua por mi cuello, terminando en mis pezones donde se entretuvo un buen rato haciendo que estos se irguieran e incluso dolieran a medida que los succionaba. Un pequeño gemido de dolor salió de mis labios con su último roce y este desvió la vista en mi dirección.

—Estás muy sensible últimamente. ¿Qué has hecho con la Micaela que conocí y dónde está? —murmuró con la voz ronca y terriblemente sensual.

Sonreí, por su comentario, y tiré de sus hombros para que volviese hacia

arriba, de manera que su rostro quedó pegado al mío.

—Soy la misma de siempre —ronroneé juguetona.

Metí mi mano entre su cuerpo y el mío, agarrando su miembro hasta colocarlo en la entrada de mi sexo, moví mi cadera y este sonrió abalanzándose sobre mis labios. Le urgí para que entrase, pero pareció no darle importancia a mi gesto, incluso cuando sentí que me rozaba duro, a punto de reventar. Se separó de mí un instante y me traspasó con sus ojos de esa manera tan particular que tenía.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Mmm... Es la segunda vez que me lo dices.

—¿Las llevas contadas? —Alzó una ceja con gracia.

Asentí con una sonrisa en los labios, la misma que fue suplantada por una mueca de placer cuando noté que atravesaba las paredes de mi sexo. Mis ojos destellaron, pero los suyos seguían fijos en mí de una forma que no supe descifrar. Sujetó mis manos con las suyas a ambos lados de mi cuerpo, a la misma vez que una de ellas se la llevaba unida hasta mi cadera, donde presionó cuando entró hasta el final. Salió con lentitud, para volver a incrustarse en mí de la misma forma, lo que produjo otro jadeo ahogado de mi garganta.

—No quieras parecer un ángel, que no lo eres —le aseguré con la respiración agitada.

—¿No te gusta?

En esa ocasión arqueó las dos cejas y no pude evitar reírme. Siguió con los mismos movimientos delirantes, y creí desfallecer en aquel momento.

—Ese es el problema, que me gusta todo de ti. —Entreabrí mis labios cuando otra oleada de placer me arrastró—. ¿Tenemos que mantener esta conversación ahora? —Gemí.

Ignoró mi último comentario.

—Ángel o demonio, te sigo queriendo, amando y deseando de la misma forma.

Se pegó a mi cuello gruñendo, y arqueé mi espalda en busca de más profundidad, si es que había posibilidad de ello. Me deshice del agarre de sus manos, subiéndolas hasta colocarlas en sus hombros donde apreté con saña.

—Has tenido que romper muchos corazones con esas palabras.

Paró en seco, elevando su rostro hasta quedar frente al mío. Su gesto era temible, pero a la misma vez rematadamente *sexy*. Moví mis caderas

incitándolo, y las sujetó con fuerza con una de sus manos cuando el placer hizo que se removiera.

—No sé si habré roto o no corazones, pero sí sé que de mi boca no han salido jamás.

—¿Ni aun estando borracho? —Sonreí para borrar su gesto de medio enfado.

—Ni aun estando borracho —repitió serio.

Pasé mis labios por su mentón, mordiéndolo en varias ocasiones, y noté que su respiración volvía a acelerarse.

—En ese caso, nunca me rompas el corazón a mí —murmuré sensual—, porque yo también te amo.

No contestó a mi último comentario, pero sujetó con fuerza mi cintura, comenzando a embestir de una forma lenta y enloquecedora y pensé que, si tenía que morir, quería que fuese en aquel instante. Me estaba amando sin medida, sin reparo, con el corazón abierto y con los sentimientos a flor de piel. Pero algo me decía que un punto se me escapaba de las manos, pues pude comprobar en sus ojos que su cabeza funcionaba a mil por hora, y no sabía por qué.

Me dejé llevar, aferrándome a su cuerpo de tal manera que creí que nos fundiríamos en una sola piel, y perdí el sentido cuando se derramó en mi interior como un loco. Arrastró mi cuerpo hasta que quedó apoyado sobre el suyo mientras colocaba uno de sus enormes brazos sobre su frente. Minutos después, lo quitó y besó mi pelo con mimo para estrecharme junto a su cuerpo. Le miré a través de mis pestañas y comprobé que, efectivamente, estaba pensando.

—¿Sucede algo? —le pregunté extrañada.

—No, ¿por qué? —Me miró.

Moví mi cabeza una milésima, indicándole que no lo sabía, aun así, no me dio buena espina que sus ojos quisieran transmitirme algo que él no era capaz. Durante un instante nos mantuvimos la mirada hasta que este sonrió, pegándose más a su cuerpo.

—¿Quieres cenar algo?

Negué con un nudo en la garganta, que me dio la sensación de ser una especie de premonición a algo que me negaba a escuchar.

—Descansa entonces. Mañana te llevaré a dar un paseo por Santorini.

Intenté cerrar los ojos, pero no dormí. No lo conseguí, y supe por su

respiración que él tampoco lo hizo, aunque ambos lo disimuláramos.

## Una familia



Los días pasaban y Agneta mejoraba con cada minuto, y unas semanas después le dieron el alta, por lo que nos pusimos en la búsqueda de un nuevo hogar para ambas, incluyendo todas las cosas que necesitaban para ello.

El piso se encontraba en el centro de Atenas muy cerca de la Acrópolis donde llegué por primera vez con Jack. Era pequeñito, pero para las dos había de sobra, por lo menos hasta que todo el tema de Anker se calmase y las aguas volvieran a su cauce. Era el motivo de todos los telediarios habidos y por haber en Atenas y, aunque aún seguían buscando al culpable de la demolición de la fortaleza, los rumores sobre posibles confrontaciones con otras bandas se hicieron eco.

«Un ajuste de cuentas», decían en las noticias.

Y qué poco se equivocaban.

Unos días después de llegar a Santorini, Ryan se hizo cargo de extender como la pólvora con sus «contactos», que nunca desvelaba, la verdadera identidad de Anker. No pasó mucho tiempo cuando la policía se puso a investigar al asesinado en cuestión, y se destaparon más cosas de las que pensábamos desde primer momento y, en realidad, aunque supiese que no era el único causante de mis desgracias, me alivié y conseguí que esa losa que reposaba sobre mí se hiciera más pequeña.

Por parte de Eli, siguió en el club como si nada hubiese sucedido, y se excusó diciendo que los días que faltó fueron porque tuvo que visitar a unos familiares con urgencia. Una excusa barata que en ningún momento creí, pues ya sabía de sobra que ella era la culpable de muchos de mis problemas y de nuevo, me alegré de haberle hecho caso a mis intuiciones. Cuando regresase, que ya solo quedaban unos días, me encargaría de sentarme con ella, o lo que se diese en ese caso.

—Micaela, por favor, no compres nada más, de verdad. Nos apañaremos —me dijo desde la cocina.

—Ya solo queda que traigan la lavadora y listo. Me han dicho que mañana vendrán y...

Sentí que mi estómago se revolvía de nuevo. Llevaba varios días hecha un asco, y no entendía el motivo hasta que me paré a pensar.

A pensar demasiado.

—¿Estás bien?

Agneta se dirigió a mí, asentí en el mismo instante en el que me giraba en dirección hacia el cuarto de baño y Arcadiy aparecía desde la despensa de la cocina limpiándose las manos con un trapo.

—Bueno, el grifo ya está arreglado y... —Me miró extrañado—. ¿Estás bien?

Pasé por su lado sin decir ni media palabra y cerré la puerta del baño, postrándome de rodillas a la misma vez que vaciaba mi interior de una sola sacudida.

La relación con mi hermano había mejorado y, en cierto modo, ambos evitábamos tener la conversación pendiente sobre nuestras desconfianzas, pues si le contaba más de la cuenta alguien podría enterarse y mis planes se verían fallidos. Unos planes que llegaban a pasos agigantados, sin darme cuenta, y sin saber de qué manera llevarlos a cabo.

Noté que la garganta me quemaba, y unos pequeños golpes en la puerta resonaron pocos minutos después. Me levanté, mojé mi cara con abundante agua y me miré en el espejo, aún con las gotas cayendo sobre mi rostro. La puerta cedió y Agneta entró en el interior quedándose apoyada sobre esta.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —me apresuré a decir mientras me secaba con la toalla—. Me habrá caído algo mal.

—¿Algo que no has comido? —Se cruzó de brazos.

Sonreí restándole importancia, temiendo de sus palabras. Las mismas que yo me negaba a aceptar.

—Estoy bien, de verdad.

La aparté un poco para abrir la puerta y extendí mi mano para que saliéramos, pero esta arrugó su entrecejo.

—¿Lo sabe?

La miré con confusión, y una risa nerviosa se apoderó de mí.

—¿El qué se supone que tiene que saber quién?

—Micae...

—¿Qué pasa por aquí? —preguntó mi hermano, esta vez con una sartén en la mano—. Busco a la mejor cocinera de todo Atenas, si me hace el favor. — Hizo una reverencia con esta última frase.

Observé a Agneta de reajo que seguía mirándome con mala cara, después de haberse callado cuando Arcadiy apareció. Ese gesto no pasó desapercibido para ninguno de los tres, y fui la primera en salir de aquel baño con un sabor amargo. Nunca mejor dicho.

Y todo eso, me pasaba por una simple razón: por insensata.

Después del primer embarazo olvidé por completo tomar algún método anticonceptivo, y la posibilidad de estar embarazada me temía que era de un ciento uno por ciento. No había comentado nada con Jack, puesto que no lo sabía seguro y, además, le sumaba que llevaba varias semanas, desde que rescatamos a Agneta para ser exactos, muy raro y distante. Aunque cuando se acercaba a mí no me faltaban atenciones y caricias robadas a todas horas.

Agneta siguió tras de mí hasta que llegamos a la cocina y me puse en la encimera a cortar las verduras. Jack y Riley todavía no habían llegado y me pregunté dónde estarían, ya que no habían dado señales de vida.

—¿Cuándo llega Jack? —le pregunté a mi hermano.

Este colocó los platos sobre la mesa, y vi que había uno de más.

—No lo sé —contempló su reloj—, me imagino que ya.

—Somos seis y has puesto siete platos, ¿tenemos invitados? —ironicé con una sonrisa.

—Sí, claro. Voy a invitar a mi nueva conquista a comer.

—¿Me la vas a presentar tan pronto a sabiendas de que puede morir como no me guste? —Reí.

—Me lo tomaré como una amenaza leve. —Imitó mi gesto.

Agneta se puso a mi lado, colocó la sartén en el fuego y pude contemplar que me miraba de reajo. Terminé de partir los calabacines, en el momento en el que la puerta de la entrada se abría, y una feliz y sonriente Adara entraba. Su carácter había cambiado, se había acostumbrado a nosotros, y el hecho de que Tiziano estuviera lejos de ella hizo que ese miedo que sentía se esfumara.

—¡Ya estoy aquí! —canturreó.

Me giré para verla y esta entró pegando saltitos, muy en su línea últimamente. Arcadiy pasó su mano por su cintura depositando un suave beso

en su mejilla, y pude comprobar con mis propios ojos que ya no se sonrojaba con las tonterías de mi hermano, ya que solo lo hacía por ponerla nerviosa, o eso me pensaba.

La relación entre ambos era muy buena, y Arcadiy comenzó a ser quien realmente se ocultaba bajo toda esa capa de frialdad e indiferencia. Me gustó ver que era una persona pícaro con un sentido del humor especial de la que no quería separarme jamás.

—¿Me has traído chocolate? —le preguntó con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja.

—Sí. Negro para ti, blanco para mí. —Rio ella.

—Vamos, par de dos, dadme lo que necesito o no comeremos ni esta noche —Agneta se quejó.

Adara llegó a nosotras dejando la bolsa sobre la encimera y después le entregó una pequeña caja a su madre, a escondidas.

—Arcadiy, ¿me ayudas a poner la estantería de mi habitación? —le preguntó, y sus ojos se desviaron de refilón hacia mí.

Arqueeé una ceja. ¿A qué venía esa patraña?

—Sí, claro. Me quitaré la camiseta para darle más morbo a la situación.

Y así era continuamente, sin importarle que su madre estuviese delante.

—Eres un creído —apuntó Adara, pasando por su lado.

—Y a ti que te gusta —insinuó con una sonrisa pícaro.

Sonreí y negué con la cabeza volviendo a mis quehaceres. Pero la cara de Agneta se cruzó en mi camino al volverme, y esta acentuó sus brazos a la altura de su pecho sin dejar de contemplarme. Giré un poco mi rostro hacia la izquierda y la miré interrogante. Esta movió su mano y sacó una caja alargada dejándola con un fuerte golpe sobre la mesa. Abrí los ojos de manera desmesurada, mirando hacia atrás por si mi hermano venía sin darnos cuenta.

—¿¡Qué haces!?! —exclamé murmurando mientras me afanaba en guardar la caja detrás de los platos.

—Micaela, esto no puedes tomártelo a la ligera. Estás en constante peligro y necesitas saber si es hora de cuidarse mejor.

—Solo es un virus.

Me negué a darle la razón, aunque lo sabía. Joder, que si lo sabía.

—Micaela —pronunció mi nombre con cansancio—, apenas comes, estás cansada constantemente y no dejas de vomitar, aunque te pienses que nadie te ve, yo lo hago —aseguró con desespero.

—Vamos a terminar de hacer la comida. Están a punto de llegar.

—No pasa nada —siguió con lo suyo—, tener un hijo no es malo, no es...

—¡¡Shhhh!! —la interrumpí—. ¿¡Quieres dejar de chillar!?! —susurré.

—¡No estoy chillando! Deja de ser infantil ¡y hazte el puto test!

Entrecerré mis ojos fulminándola con la mirada, en el momento en el que la puerta de la calle volvía a abrirse. Corrí como pude y conseguí colocar la caja detrás de la madera de los cuchillos, viendo de reajo que Agneta ponía los ojos en blanco. Me giré con rapidez intentando que no se me notara, cuando sentí que Jack avanzaba hacia mí.

—¡Hey! Qué bien huele.

Colocó sus manos en mi cintura, a la vez que depositaba un largo beso en mis labios que me supo a gloria. Agneta siguió con su gesto enfurruñado, pero volvió a lo suyo cuando supo que no seguiría con el tema.

—¿Cómo estás hoy? ¿Te has levantado mejor?

—Eso dice.

La voz de Agneta sonó con enfado, y este no pudo evitar mirarla a ella y después a mí. Sentí que los nervios estaban a punto de jugarme una mala pasada, pero supe salir del paso como siempre.

—Sí. Creo que me sentó mal la cena de anoche. —Sonreí en su boca, dándole otro beso.

Dejó sobre la encimera las llaves del coche y cuando se giró, aniquilé a Agneta con mis ojos que echaban chispas.

—O se lo cuentas tú o lo haré yo, para que me coja más manía.

Desde que Agneta salió del hospital la relación entre ambos no había cambiado. Sabía que ella sufría y, en cierto modo, él también. Pero las veces que hablé con Jack sobre el tema, al final siempre terminaba dándome cuenta de que, hasta que el tiempo no pasase y él fuera consciente de que tenía una madre, no cambiaría su parecer. Por lo menos, tenían un trato cordial.

—No te tiene manía, no exageres —le defendí.

—Oh, no. Qué va —ironizó—. No me cambies de tema.

—¡Shhh! —la volví a regañar—. Deja de darle vueltas, ¡lo haré! ¿Vale? ¡Lo haré! —repetí con histeria.

—Más te vale.

Y en ese momento, no pude evitar acordarme de mis padres por su tono autoritario. Escuché un breve carraspeo al fondo del salón y me giré con lentitud, cuando mi corazón se paró de golpe al no poder creerme lo que mis

ojos estaban viendo. Busqué a Arcadiy en el salón, desesperada, pero no le encontré.

—Abuela... —musité con un hilo de voz y los ojos abiertos de la sorpresa.

Jack se encontraba a su lado mientras esta lloraba sin consuelo, palmeando la mano del hombre que le servía de apoyo.

—Mi niña. —Sonrió.

Avancé con pasos agigantados cuando la euforia me pudo, y me fundí en un fuerte abrazo riendo por el nerviosismo. Ella metió su rostro bajo mi cuello, aferrándose a mi cuerpo con sus ancianas manos, las mismas que apenas tenían fuerza. Se separó de mí lo suficiente y comenzó a repartir sonoros besos por mis mejillas.

—¡Qué guapa estás! Te veo cambiada —me aseguró.

—Oh, señora Bravo, no hace tanto que no nos vemos. —Reí por su dramatismo.

—¡Calla! —Dio un golpe a mi hombro con cariño.

Me separé un poco de ella volviéndome para presentarle a Agneta, ya que Adara y Arcadiy, aún no habían venido de la habitación.

—Abuela, te presento a Agneta.

—Mucho gusto. —Le extendió su mano para saludarla.

—Tiene usted unos ojos muy bonitos —añadió mi abuela—. Su cara me es familiar.

El silencio se hizo patente en el salón y de reojo vi cómo Jack tragaba saliva. Dio un paso adelante colocándose a mi lado, y le miré a través de mis pestañas sin saber muy bien qué iba a hacer.

—Lola, ella es... —paró de hablar, y tanto Agneta como yo pusimos nuestros ojos en él— mi madre.

Mi abuela lo contempló extrañada.

—Pero si...

—Es una historia muy larga. —Sonrió él, quitándole hierro al asunto.

—Pues en ese caso —se giró hacia Agneta—, tiene un hijo con un corazón de oro.

—No lo dudo —murmuró con una triste sonrisa.

Cogí su brazo, dejando que la batalla interminable por parte de madre e hijo siguiera, y cuando llegábamos a la mesa, la risa de Adara asomó por el quicio de la puerta de su habitación.

—Mira que eres tonto. —Rio.

—Ya. Pero tienes que reconocer que si no llega a ser por... mí...

Las palabras de mi hermano se quedaron en el aire, y creí morir cuando moví mi rostro hacia mi abuela.

—Ella es Adara, la hija de Agneta —murmuré, sintiendo el ambiente que se había creado—, y... y...

No encontré las palabras adecuadas, pero me di cuenta de que los ojos de mi abuela se empañaban de nuevo cuando dio un paso al frente, temblorosa. Entrelacé mis manos con nerviosismo, uno que no había sentido en mi vida, y esta se volvió para contemplarme con los ojos abiertos y a su vez brillantes. Se fijó en él, y en un tenue murmuro, escuché:

—Arcadiy...

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe mi nombre? —le preguntó confuso, al ser consciente de la tensión que había.

—No podría olvidar los ojos de mi hijo, nunca —musitó con la voz desgarrada.

Todo el mundo pareció dejar de respirar, me armé de valor y contesté:

—Arcadiy, ella es Lola Bravo. —Me miró, e hice una pausa—. Tu abuela.

Agarré las temblorosas manos de ella, mientras que mi hermano seguía sin poder creerse lo que estaba viviendo. Los ojos de Adara se empañaron de la misma manera, y esta le pegó un diminuto empujón que pasó desapercibido para los demás, de forma que Arcadiy dio un paso hacia delante hasta casi toparse con nosotras.

—Es lo único que nos queda —añadí, tragando el nudo de emociones que sentía.

Mi hermano apretó los labios, todavía sorprendido por aquella mujer que lo contemplaba temblando, pero, finalmente, se acercó a ella y la abrazó haciendo que esta rompiera a llorar como una niña pequeña sin consuelo.

—Creo que tenemos que hablar de muchas cosas. La primera —la miré—, es el motivo por el cual estás aquí.

Jack carraspeó cuando mi abuela lo observó de reojo, y le hizo una señal para que se tranquilizase.

—Bien, ¿por qué no os sentáis en la mesa? —nos preguntó como si nada, y se acercó a mi lado. Puso su mano en mi cintura y me instó a que le siguiera—. Ven conmigo.

Achiqué mis ojos sin entender lo que estaba pasando, pero lo seguí hasta que llegamos a la habitación de invitados donde este cerró la puerta.

—Siéntate —pidió.

—No quiero. —Me crucé de brazos, interrogándolo con mis ojos.

Suspiró al saber que no tendría nada que hacer, y se pasó una mano por las mejillas.

—El otro día recibí una amenaza.

—¿Una amenaza? ¿De qué? —le pregunté acercándome a él.

—Eso da igual —le restó importancia—. Me llegaron unas fotos de la casa de tu abuela.

—¿Qué? ¿Le ha pasado algo a ella?

Me giré para encaminarme hacia el salón, pero este me lo impidió colocando su gran mano sobre la madera, lo que ocasionó que se cerrara de un portazo.

—Micaela, espera —intentó pedirme con calma.

Me volví para mirarlo, y la sangre se me alteró cuando fui consciente de que lo tenía tan cerca.

—Reconocí la casa. Estaba destrozada, y lo primero que hice fue ponerme manos a la obra para saber dónde estaba Lola.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le reproché.

—Porque no quería preocuparte innecesariamente.

—¿Innecesariamente, dices? —Mi tono se elevó.

—Cálmate.

Me separé de él y comencé a andar de un lado a otro por la habitación, tocándome las sienes. Lo que me faltaba era saber que había alguien tocando las narices a una de las únicas personas que me quedaban en la vida.

—Llamé a Bill y le pedí que fuese a recogerla cuando supe dónde se encontraba. Entraron a mediodía, eran una banda de cuatro hombres. Le dio tiempo a meterse en la casa de un vecino, y desde allí lo vio todo.

—¿Y quiénes eran? —bufé.

Selló sus labios y lo miré. Di dos pasos hasta que me coloqué frente a él, apretando mis puños a ambos lados de mis costados, a la espera de una respuesta. Abrió la boca para volver a cerrarla después y, tras un suspiro que se me hizo eterno, contestó:

—Hay mucha gente que sabe qué lugar ocupas en mi vida ya, Micaela.

Sentí que me mareaba levemente, y Jack sujetó mi brazo antes de que diera otro paso más hacia atrás.

—¿Estás bien?

—S... Sí... ¿Qué vamos a hacer? —balbuceé, evitando el tema.

—Micaela, no estás bien. Tenemos que ir al médico, llevas unos días muy rara. —¿Qué vamos a hacer? —recalqué letra a letra la pregunta, colocando dos de mis dedos en mis ojos.

En ese momento tuve claro que decirle que posiblemente estaba embarazada no era la mejor opción para poder proteger a mi familia, y mucho menos para terminar con el plan que llevaría a cabo con Aarón.

—He hablado con Agneta.

—¿Con Agneta? —me extrañé y lo miré.

—Sí. Hemos pensado que se vendrá a vivir durante un tiempo aquí, en esta casa. Y cuando todo se haya tranquilizado y haya conseguido eliminar la basura que sobra, entonces volverá a hacer vida normal.

—¿Ella lo sabe? —Me inquieté.

—Sí.

—¿Y está de acuerdo? —Mostré sorpresa.

—Sí. Lo ha entendido. No he necesitado darle muchas explicaciones.

Me sonó raro.

Mi abuela no era precisamente de las que se conformaban con un simple consejo, sino que sacaba todo el jugo de la fruta hasta exprimirlo completamente. Yo misma me había visto en muchos apuros cada vez que intentaba explicarle algo acerca del club.

—Está bien. Me sentaré a hablar con ella cuando comamos. ¿Se quedarán solas?

—No. Tiziano enviará a cuatro de sus hombres para que siempre estén vigiladas. Han «alquilado» el piso de al lado.

—¿Alquilado? —No le creí, e hice énfasis en aquella palabra que él recalcó.

—Bueno, ya sabes cómo es Tiziano. Digamos que se ha buscado la vida.

No quise preguntar más, puesto que sabía que el don del italiano precisamente no era el de hablar de sus asuntos. Volví mi cuerpo hacia la puerta para ir a comer con... ¿una familia? Qué extraño era aquel momento, pero Jack me interceptó en mi camino. Pegó su frente a la mía y, antes de depositar un largo beso en mis labios, murmuró:

—Todo va a salir bien. Confía en mí.

Claro que confiaba.

Lo hacía plenamente.

Y ese fue mi mayor error.

## Déjala



*Jack Williams*

Al final decidimos quedarnos dos días más y de esa manera tanto Micaela como Arcadiy podrían disfrutar de Lola, antes de marcharnos hacia Barcelona, y de paso yo llevaría a cabo un trabajo que me habían encargado en Atenas.

Por mi parte seguí receloso hacia Agneta, aunque supe que mi coraza iba disminuyendo cada vez que se acercaba a mí, cada vez que... parecíamos una familia. Y eso me gustó. Pues no sabía lo que era hasta que apareció ella, hasta que supe de dónde procedía de verdad.

—¿Puedes pasarme el café?

Quitó una de las manos que tenía apoyadas sobre la encimera y agarré la jarra con fuerza para dársela. Me dio las gracias con un murmullo que ni siquiera oí, y me perdí en sus ojos tristes que se llenaban de lágrimas al girarse para marcharse.

Sujeté su mano en un acto reflejo, sin poder evitarlo.

—Agneta.

Sentí que su cuerpo temblaba, y Adara que fue consciente de aquel gesto, se alejó de nosotros sin ni siquiera pedirselo. Se dio la vuelta observándome con cariño, y a la misma vez con temor.

—Siento mucho mi trato hacia ti durante estos días, pero...

—Lo entiendo. No tienes que disculparte.

Volvió a sonreír con tristeza, y a mí se me partió el alma. Sería un tipo duro, de eso no me cabía la menor duda, pero también tenía corazón. Un corazón que solo una persona había conseguido sacar a relucir, y esa era la morena de ojos azules que se sentaba en la mesa del sofá frente a su abuela en ese instante.

—Escúchame.

Sus ojos volaron hacia mi agarre, y la solté al ver que ese gesto podía incomodarla. Alzó su barbilla con nostalgia, sin moverse.

—Necesito tiempo. Necesito asimilar muchas cosas en realidad, y sé que no eres culpable, en gran parte, de todo lo que pasa por mi cabeza.

—Por mi parte lo tendrás —me aseguró con firmeza.

Asentí lentamente, ella hizo una mueca con sus labios, volviendo sobre sus pasos hasta el salón.

—¿Cuándo os vais? —oí que preguntaba Adara.

Y esa era otra con la que debía de mantener una conversación que ni siquiera sabía cómo empezar. Llegué hasta el sofá, colocando a Micaela sobre mi regazo. Esta se dejó caer, sonriendo.

—Mañana —le respondí.

Hizo una mueca de tristeza y Micaela se apresuró a decir:

—Volveremos pronto, ya lo verás.

Le había cogido un cariño especial a aquella muchacha que un día solo fue un simple trato, y eso no podía ocultarlo. Lola tomó asiento, mirando a sus nietos con devoción.

—Mi niña, tengo que contarte algo.

Micaela se puso alerta y envaró su cuerpo sin poder remediarlo. Le pedí tranquilidad frotando su espalda repetidas veces, pues sabía que iba a contarle lo de Vadím a continuación, ya que me lo había contado antes de llevarla a Atenas.

—¿Pasa algo?

—Escúchame atentamente —le pidió con calma.

Ella asintió y Lola comenzó con su relato.

—Durante muchos años supe a lo que se dedicaba tu padre. Eso ya lo sabes. —Micaela asintió—. Pero lo que te han contado no es del todo cierto. Mejor dicho, lo que te ha contado Vadím Ivanov.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó confusa.

—Él no dejó a tu madre para no complicar su vida, mi niña. —Micaela entrecerró sus ojos, y pude ver el asombro que sentía—. Vuestra madre, Irina, dejó a Vadím cuando conoció a vuestro padre. Él era uno de los hombres de Vadím, y un día, sin motivo —puso sus ojos en mí—, se enamoraron.

Micaela no fue capaz de articular una sola palabra, pero Arcadiy lo hizo por ella.

—¿Quieres decir que todo lo que nos ha pasado es por despecho?

—Podría decirse que sí —le contestó la anciana—. Durante años, Vadím sobrevivió sin ella, se amoldó a no tenerla, pues vuestro padre seguía bajo su mando y de esa manera, se aprovechaba de ella cuando quería. Álvaro —se refirió al padre de ambos—, cuando fue consciente de lo que estaba pasando, decidió dejar la red y se marchó de allí.

Nadie se atrevió a pronunciar una sola palabra.

—Por aquel entonces, tú —miró a Micaela— eras consciente de la relación que tus padres tenían con Anker y sus hombres. Pero cuando el enemigo llama a la puerta, y más si es tu jefe y te ofrece una considerable cantidad de dinero, nadie tiene amigos. —Hizo una breve pausa—. Vadím ordenó que os asesinasen a todos, y llegó a los oídos de tu padre poco después.

—Pero, aun así, no pudo evitarlo... —musitó Micaela.

—No. No pudo. Pues él no tenía la suficiente fuerza como para derribar un imperio, por desgracia.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó Arcadiy.

—Porque días antes de que la tragedia persiguiera a esta familia, vuestro padre me lo contó.

—Eso quiere decir que Vadím no quería a mi madre tanto como decía —espetó Micaela, con rabia.

—No, mi niña. Eso quiere decir que si no estaba con él, no estaría con nadie.

El silencio se hizo en el salón cuando Micaela se levantó de su asiento, para dirigirse a la terraza, ya que estábamos en la casa de Santorini. Lola se levantó en su dirección y sujeté su mano antes de que comenzara a andar. Negué con la cabeza.

—Déjame a mí.

Asintió sin rechistar, e hice lo mismo que ella. Salí cerrando la puerta a mi paso mientras escuchaba el murmullo que se creaba en el salón cuando Arcadiy continuó con sus preguntas. Desde mi posición, pude ver cómo su mente funcionaba a mil por hora, sin darle ni siquiera un respiro. Me posicioné detrás de ella poniendo mis manos en su cintura, pegándola a mi pecho.

—¿Estás bien?

No.

—Sí.

—Mientes —susurré en su oído.

—¿Eres adivino?

La giré para que quedara de cara a mí.

—Algo así. —Sonreí apartando un mechón de su cara.

—¡Es que no lo entiendo! —bufó, y la dejé desahogarse—. No entiendo cómo ha sido tan cínico de «preocuparse» de mí y de mi abuela, cuando, en realidad, sabía todo lo que estaba pasando y ¡todo lo que había pasado! Porque claro —dramatizó—, ¡fue él! ¡Él! —Elevó los brazos hacia el cielo.

—No vas a conseguir nada poniéndote de esta manera.

Tragó saliva y bajó su rostro abatida, para después pasarse la mano por el rostro varias veces. Asintió con lentitud y se giró para colocar sus manos en la barandilla de la terraza.

—En cuanto atemos el último cabo que nos queda, me voy a Rusia —sentenció.

«El último cabo», me repetí. El poli, el puto poli de los cojones.

—No puedes ir a por él tú sola. Si Anker era la última torre...

—Habrá que darle muerte al rey —aseguró tajante.

—Pero antes de eso —me coloqué a su lado—, tienes que saber con quién vas a toparte. Hasta ahora todo lo que conoces de Vadím, en cierto modo, es falso. No sabes qué te vas a encontrar. Micaela, las cosas hay que hacerlas bien y no a lo loco. Es tu vida lo que pones en juego.

Apretó su mandíbula con fuerza y pude ver que sus ojos brillaban más de la cuenta por la rabia, pero ese sentimiento no permitió que pasase de ahí y lo contuvo pese a todo pronóstico. Me acerqué a ella colocando mis labios sobre su cuello, y vi que cerraba los ojos ligeramente dejándose llevar por aquel gesto.

—Esta noche tengo un trabajo, ¿quieres venir conmigo?

Me contempló de reojo, pues no acostumbraba a decirle que se viniese cuando tenía que marcharme, y vi que sonreía.

—¿Va en serio lo de quedarse con un trabajo fijo? —me preguntó coqueta.

—Si quieres...

Estreché su cuerpo con fuerza, dándole la vuelta para encontrarme con sus ojos. La miré con adoración, pues era uno de los sentimientos que cada vez que la miraba no podía reprimir.

—¿Qué me dices? —le pregunté con picardía.

—Suena interesante. ¿Cómo quieres que vaya?

—Elegante, sugerente... —Volví a descender, esa vez por su mentón—. Como siempre.

Una pequeña risa salió de su garganta y se intentó apartar cuando clavé mis dedos en su costado, provocándole cosquillas.

—Y después de todo —la observé serio—, nos pondremos a trabajar con la última pieza de tu puzle.

Asintió, y encaminamos nuestros pasos hacia el interior de la casa, donde todas las miradas se dirigieron hacia nosotros, en especial la de Lola que me contemplaba con una actitud que no supe descifrar.

Cuando la noche cayó subí al coche con Micaela después de haber dejado al resto en el piso de Atenas, ya que al día siguiente nos marcharíamos a Barcelona. Abrió la carpeta de Eloise Morris.

—Eloise Morris, cuarenta y cinco años, sin familia, con mucho dinero y mala a rabiar según dice aquí con otras palabras. ¿Quién es? —me preguntó pasando las páginas.

—Eloise es una de las mayores empresarias que explota a sus trabajadores en la India, y luego vende productos que se hacen multimillonarios en el resto del mundo. Un breve resumen.

—¿Y qué ha hecho esta mujer para que se la quieran quitar de encima?

—No lo sé. Eso a mí no me interesa, nunca pregunto. Me pagan y yo cumplo. Casi siempre suele ser por temas de rivalidad. Pero es cierto que, tengo entendido, abusó del hijo de mi cliente hace unos años.

—Vaya...

—Sí, este mundo es una mierda, y muy pequeño al mismo tiempo.

Torcimos por una de las calles que daban a uno de los *pubs* más reconocidos de Atenas, y aparqué el coche en un descampado que había justamente detrás. La observé de reojo mientras se guardaba una pistola en su pequeño bolso, y me miró sonriente.

—¿Te he dicho alguna vez que vas extremadamente guapo con traje? —insinuó.

Sonreí bajándome, ajustándome las mangas de la camisa.

—Me imagino que sin él estoy mejor. Eso lo dejo a tu elección cuando acabemos.

Avanzó por mi lado como una leona, y sonrió de medio lado encaminándose al interior del local.

—Te espero dentro —añadió guiñándome un ojo.

Esperé a que las puertas se cerraran, y cuando pasaron unos minutos me encaminé hacia el interior.

El sitio estaba a reventar y a lo lejos, pude ver a Micaela en una de las barras, mientras que me hacía una breve señal hacia una mujer que coqueteaba con dos chicos mucho más jóvenes que ella. Dirigí mis pasos con galantería hacia la barra, llamando al camarero, comprobando que los ojos de Eloise se posicionaban sobre mí.

—*Whisky* doble, por favor.

Me inspeccionó de pies a cabeza, y seguí mi particular teatro, dándome cuenta de que dos de sus guardaespaldas estaban tras ella. El camarero dejó la copa pocos minutos después, y saqué mi cartera cuando escuché que decía:

—Invito yo.

Sonreí interiormente.

Me giré, apoyando un codo en la barra de manera provocativa, y la inspeccioné. Llevaba un vestido rojo ajustado de tal manera que todas sus curvas se insinuaban tentadoramente. Era una mujer con encanto que, por mucho que pasaran los años, se mantenía en línea.

—Gracias, pero ¿a qué se debe esta invitación? —le pregunté curioso, llevándome el vaso a los labios.

Se acercó peligrosa, haciendo un movimiento con sus manos para que los dos jóvenes se apartaran de ella.

—¿Vienes solo? —me preguntó tocándose uno de sus cabellos.

—Me temo que sí —le respondí.

Llegó a mi altura y elevó su rostro para poder verme mejor, ya que era de estatura baja. La interrogué con la mirada, hasta que esta colocó una de sus manos en mi camisa.

«Bien, esto va a ser rápido», pensé.

—Tengo entendido que... —dejó la palabra en el aire— los hombres como tú tienen la fuerza suficiente para levantar a las mujeres como yo.

Sonrió, a la misma vez que sus labios se juntaban en una mueca sensual.

—Entiendes bien. —Di otro sorbo a mi vaso.

—Entonces... —Se insinuó descendiendo con su mano hasta que llegó a la cinturilla de mi pantalón—, podrías enseñarme de qué material estás hecho.

«Directa al grano», ironicé.

Sonreí, sujetando su mano, y encaminé mis pasos hacia uno de los servicios que había en el local, pasando justamente al lado de Micaela.

Parecía tener prisa, ya que cuando entramos, se estampó contra mi cuerpo, buscando mi boca desesperada. Tiré de ella hasta entrar en uno de los habitáculos dejando la puerta abierta. La giré de manera que quedó de cara a la pared y susurré paseando mis manos por su figura:

—Así que te gusta ser directa.

Metí la mano en el bolsillo de mi pantalón, y saqué una cuerda de él.

—Mmm... —Se restregó contra mí—. Me encanta. ¡Vamos, enséñame lo que sabes!

—Ahora mismo, señorita —ironicé.

En un abrir y cerrar de ojos coloqué la cuerda en su cuello ejerciendo presión, en el momento en el que Micaela entraba en el servicio con mala cara.

—Un poco más... —renegó.

Abrí los ojos entendiendo lo que había querido decir y noté que Eloise tiraba de la cuerda con fuerza, a la misma vez que sus manos comenzaban a sangrar al tirar de ella. Micaela se acercó a nosotros, y golpeó la cabeza de la mujer con la pared, de manera que dejó de removerse cuando cayó al suelo de rodillas.

—¿Así que estos son tus trabajos? —Se puso las manos en la cintura y, ¡por Dios bendito!, qué *sexy* estaba.

—No todo va a ser llegar y pegar —renegué.

—¡Casi te la tiras!

—¡No exageres! —bufé.

Elevó la pistola que ya sostenía sus manos y sin darle tiempo a pensar, disparó en la cabeza de Eloise cuando esta se levantaba para atacarme.

Eché mi cuerpo hacia atrás, en el instante en el que la puerta de los servicios se abría y los dos guardaespaldas de la mujer que yacía a mis pies entraban.

Uno de ellos sujetó a Micaela por el cuello, mientras que el otro se abalanzaba sobre mí. Golpeé el costado de este e intenté llegar a ella que se encontraba forcejeando con el otro tipo, pero no me dio tiempo, ya que alcanzó mi pie y caí de bruces contra el suelo. Me giré con rapidez frenando su golpe, cuando oí un disparo detrás de mí. Agarré el cuello del tipo y lo torcí sin miramientos. Me giré como un vendaval, viendo que Micaela se quitaba las cuatro arrugas de su vestido, y suspiré.

—Menos mal... —murmuré.

—Mi abuela dice que bicho malo nunca muere.

Me levanté llegando hasta ella, y vi que su rostro mostraba una preocupación que no entendí.

—Y qué razón tenía en eso. —Sonrió de manera forzada.

—¿Estás bien? —le pregunté, analizándola.

—Sí, sí —me contestó con un nerviosismo que últimamente estaba mostrando en exceso conmigo.

Achiqué mis ojos, pero esta se dio la vuelta en dirección a la salida, pasando por el hombre que tenía a sus pies. Llegamos a la calle y subimos al coche antes de que se montara el revuelo en el interior del *pub*.

Conduje sin pronunciarle por la carretera, en dirección al piso donde estaban los demás, apreciando que Micaela contemplaba la noche por la ventanilla sin decir una sola palabra, pensativa.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí —me respondió en un tono que se me antojó demasiado bajo.

Me extrañaba verla así, teníamos la suficiente confianza como para que me contara sus temores, y lo único que pude adivinar, fue que seguía preocupada por el tema de Vadím. Dejé que sus pensamientos divagarán hasta que llegáramos a Santorini, ya que una vez allí, me encargaría de que desaparecieran de su mente en cuanto cruzara la puerta de la habitación.

—¿Ya estáis aquí? —nos preguntó Adara con una sonrisa.

—Sí. Jack ha terminado su reunión muy pronto. —Sonrió Micaela.

Contemplé cómo Lola me observaba distante y no entendí aquel gesto cuando siempre había sido una mujer que, bajo mi punto de vista, me había tenido en buena estima.

—Micaela —Agneta la llamó—, ¿puedes venir un momento? Necesito que veas una ropa que tienes que llevarte.

—¿Una ropa? —se extrañó.

Tampoco tenía claro el motivo por el cual la había visto distante hacia ella estos días cuando las dos se llevaban a las mil maravillas.

—Sí. Ven, anda. Antes de marcharte.

A regañadientes la siguió y Adara hizo lo mismo. Arcadiy se sentó junto a Riley que toqueteaba su portátil, ya que acababa de llegarle un trabajo de la policía días atrás. Los ojos de Lola volvieron a clavarse en mí de manera intensa, y me dirigí hacia ella.

—¿Va todo bien? —le pregunté, sentándome a su lado.

—¿De verdad la quieres? —me cuestionó.

La miré sin entenderla, arrugando mi entrecejo.

—Jack —suspiró—, mi hijo era igual que tú, y quería a Irina, claro que la quería. —Apretó sus manos en su regazo—. Y mira cómo terminaron.

—No te entiendo, Lola —añadí confundido.

—Micaela se piensa que no sé ni la mitad de a lo que se dedica, ni de qué trata su club en realidad. —Me miró—. Pero no es así. Al igual que sé que tú eres como mi hijo, Álvaro. La historia se repite... —murmuró con pesar.

Otra de las pocas veces en mi vida que no supe qué contestar, al saber que estaba hablando con determinación y me era imposible llevarle la contraria. No me hizo falta decir ni una sola palabra cuando ella continuó:

—¿Qué pasará el día que uno de tus trabajos salga mal? ¿Y si van a por ella? ¿Lo has pensado? —me preguntó; yo callé—. No podrás controlar todo lo que venga sobre vosotros. No puedes estar pegado a ella las veinticuatro horas al día, y hay que ser realistas, seguirás haciendo tu trabajo hasta que ya sea demasiado tarde —terminó apenada.

No pude despegar los ojos de la mujer que me decía verdades como puños, y la misma que empezaba a hacer que todas las reflexiones que había tenido durante unas semanas atrás, se reafirmaran. Había recibido varias amenazas, entre ellas la de Lola, y tenía claro que la existencia de Micaela en mi vida ya era más que relevante para mis enemigos.

—Eres un asesino, Jack. No entras dentro de los baremos de las personas normales, no vas a darle una vida cómoda, sino una vida en la que tengáis que estar huyendo o acabéis muertos.

—Siempre hay soluciones —gruñí.

—Entonces, por esa regla, no habrás pensado en tener una familia nunca, ¿no?

Enmudecí.

¿De qué me servía engañarla? ¡Claro que lo había pensado! Lo hacía constantemente, y me olvidaba de la realidad cuando estaba con ella. Empecé a desabrochar los botones de mi camisa, que me estorbaban.

—Ella es mi vida... —murmuré, dirigiendo mis ojos hacia el frente.

—Con el tiempo la olvidarás.

Volví mi rostro hacia ella, perplejo.

—No entiendo tu actitud —espeté molesto.

—Es mi nieta. Y la quiero con toda mi alma. No tienes otra opción, o tarde

o temprano te arrepentirás.

—¿Y qué pretendes que haga!?! —Me alteré.

Los ojos de Arcadiy y Riley se volvieron hacia nosotros e intenté calmarme de cualquier manera. Pasé una mano por mi rostro, desesperado, empezando a darme cuenta de la gravedad de la situación, y la respiración se me cortó cuando escuché cómo decía:

—Déjala. Déjala, ahora, Jack. Hazle daño, de la manera que sea, pero deja que viva.

## Sorpresa



*Micaela Bravo*

—¡Siéntate ya! —me gritó Agneta.

—Ahora no es el momento —renegué.

—Nunca es el momento, Micaela, ¿qué más da? —esa vez fue Adara la que habló.

—No lo entendéis, ahora no...

—¡Micaela, vale ya! —Agneta espetó furiosa.

—Déjalo ya, en cuanto...

—¡No! O te lo haces o te juro que voy a por él —amenazó.

Resoplé al ser consciente de que no me saldría con la mía y agarré con rabia la pequeña caja que tenía entre las manos. Adara me miró compadeciéndose de mí, pues llevábamos más de veinte minutos discutiendo sobre el maldito test que yo prefería no hacerme hasta que no terminara con el asunto de Aarón.

Me metí en el cuarto de baño cerrando la puerta de malas formas, a la misma vez que rezaba para que Jack no entrase y nos pillara con las manos en la masa.

Abrí el envoltorio, sin molestarme si quiera en leer el prospecto, ya que nunca me había hecho otro con anterioridad. Lo coloqué debajo y me tomé unos minutos hasta que lo dejé con fuerza sobre el lavabo, sin mirarlo. Me ajusté la ropa y abrí, encontrándome a mi «suegra», con los brazos cruzados a la altura del pecho. Esta dio un paso hacia el baño, cogiendo el test con una mano, cuando al instante elevó sus ojos brillantes para mirarme.

—Estás embarazada...

La miré sin mostrar ninguna emoción y me senté en la cama. Bajé mi vista hacia mis manos, cerrando los ojos.

«Inconsciente...», pensé. Todo eso no había sido nada más y nada menos que por mi culpa, y cuando lo supe con firmeza, me aterró.

—Micaela, no es nada malo. —Tocó mi pierna con cariño.

—Estamos expuestos al peligro constantemente, Agneta.

—Pues tendrás que intentar que ese peligro no te afecte.

Suspiré presa del pánico, y decidí salir de aquella habitación. Agneta fue a darme el cacharro infernal y negué con un gesto de mano.

—Tíralo. Pero, sobre todo —miré a las dos—, Jack no puede saber nada. Por lo menos hasta que yo se lo diga.

Asintieron a la par, y salí de allí sin decir ni una palabra. Me encontré a mi abuela levantándose del sofá, mientras que Jack permanecía con un gesto extraño en su rostro, sin moverse.

—¿Os vais ya, mi niña? —me preguntó llegando a mí.

—Sí. ¿Qué le pasa? —Alcé mi cabeza hacia el hombre que, confuso, no miraba en ninguna dirección.

—Me imagino que estará cansado. Lleváis unos días que no paráis con todo esto de poner el piso en orden.

—Eso es verdad —apuntó Agneta.

—Marchaos a descansar. Os lo merecéis —terminó de decir mi abuela.

Tocó mi mejilla con cariño, pero yo seguí incómoda por la situación que acababa de vivir. Miré a Jack, que elevaba sus ojos hasta encontrarse con los míos, y le hice un gesto para que se levantara. Se encaminó hacia mí, y le imité. Coloqué mis brazos alrededor de su cuello, dando un casto beso en sus labios.

—¿Nos vamos?

Asintió con los labios sellados.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí —me contestó tajante. En el momento que Riley le llamaba.

—Ven un minuto, me acaban de mandar una cosa.

Se dirigió hacia él, y vi que sus hombros se tensaban de manera considerable. Antes de que pudiera dar un paso en su dirección, los teléfonos de Arcadiy, Jack, y el mío, comenzaron a sonar a la vez, como si nos estuvieran enviando mensajes a todos al mismo tiempo.

Me apresuré a por el mío y, al abrirlo, me encontré con un montón de fotos de los tres, estos últimos días en Atenas cuando visitábamos la ciudad como unos simples turistas. Nos observamos mientras los demás se preguntaban qué

era lo que estaba pasando, pero conseguimos evadir el tema y salir de allí.

—Ten mucho cuidado, mi niña. Te espero impaciente —murmuró mi abuela, abrazándome.

—Volveré. No te preocupes. Sé que te dejo en buenas manos.

Jack pasó por su lado, depositando un casto beso en su mejilla, pero no obvié la mirada que ambos se lanzaron antes de despedirse. Este se encaminó a la salida, dirigiéndose al aparcamiento.

—¿Has encontrado algún número? —le preguntó Jack con tono hosco.

—No. Pero seguiré buscando. Voy a tirar de otros contactos que tengo —aseguró Riley.

—Encuétralo ya, Riley, y ya, es ¡ya!

Abrió la puerta del coche de tal manera que pensé que la arrancaría y se quedaría con ella en la mano. El pobre de su amigo agachó la cabeza, y siguió a Arcadiy que le pedía tranquilidad con su mirada, dado el tono desmedido de Jack. Cogimos rumbo al puerto, y de ahí llegamos a Santorini unas horas después.

Entre todos intentamos dar con la localización del número que nos había mandado las imágenes, y cada segundo que pasaba enfurecía más a Riley al no dar con él.

—Están todos los registros borrados. No lo entiendo. Esto no es tan difícil.

—Quizá para el que lo ha hecho sea más sencillo de lo que nos pensamos —añadí.

—No te desesperes, Riley. Lo encontrarás, ya lo verás. —Esa vez fue Arcadiy quien le animó.

A Jack no lo escuchamos, puesto que acabábamos de llegar al puerto de Santorini, donde él ya esperaba en la puerta para abrirla del coche. Me aproximé, agarrando su cuerpo por detrás, y noté que se deshinchaba como un globo.

—Cuéntamelo —le pedí.

—El pantalón del traje me empieza a apretar.

Reí. Estaba intentando evadir mi pregunta. Puse una de mis manos sobre su muslo, y vi cómo la miraba de reojo sin perder detalle. Gateé con mis dedos hasta llegar a su entrepierna y apreté con énfasis, provocándolo. El juego no duró mucho, ya que cuando Riley nos adelantó, Jack pegó un volantazo hacia el exterior de la carretera, sacándonos de ella.

Paró el coche tirando del freno de mano con brusquedad, desató mi

cinturón en un abrir y cerrar de ojos, y tiró de mi mano hasta que terminé a horcajadas sobre él.

—No podías esperar veinte minutos más... —murmuré pegada a sus labios.

Sostuve su rostro con fuerza, y lo besé con voracidad.

—Tú eres la culpable de eso.

Elevó su pelvis hacia arriba dándome a entender el gran bulto que había. Mis manos bajaron hasta la cremallera de su pantalón y lo desabotonaron mientras sus increíbles brazos masajearon mi espalda con frenesí. Cuando conseguí sacar su miembro, me incorporé hacia arriba, y de reojo vi que colaba sus manos bajo mi vestido, sujetando ambos lados de mis bragas, las mismas que partió en dos. Las lanzó hacia la parte trasera del vehículo y, seguidamente, me apoyé en sus antebrazos descubiertos ejerciendo presión hasta que su miembro me atravesó por completo.

Un jadeo salió de mi garganta cuando eché mi cabeza hacia atrás. Sostuvo mis nalgas con firmeza, y comenzó a subirlas y bajarlas al mismo ritmo que mi cadera se movía. Los gemidos desesperados inundaron el coche, y pude comprobar que los cristales se llenaban de vaho gracias a nuestras respiraciones agitadas. Su roce me hizo tocar las estrellas de cerca antes de que explotara en mil pedazos sobre él. Lo besé con locura, con histeria, e incluso sentí que nuestros dientes chocaban frenéticos en cierto momento, confirmándome que de esa manera él también estaba descargando algo que no quería contarme.

Entre nosotros no había secretos, y cuando los había, no podíamos ocultarlos, o eso pensé. Seguí moviendo mi cadera sin parar, cada vez con más urgencia. Sus jadeos se perdieron en mi cuello, mientras que los míos resonaban sin descanso hasta que poco después, noté que mi cuerpo temblaba, perdiéndose en aquel abismo que tanto ansiaba cada vez que sus manos me rozaban. Escuché un gruñido de su garganta, lo que me hizo prolongar mi orgasmo sin ser consciente de ello.

Pasé mi mano por su labio inferior, notando cómo estrujaba mi sexo contra su miembro, derramando las últimas gotas de su simiente en mi interior, y le observé con adoración.

—Soy adicta a ti —murmuré contemplando sus labios.

—Creo que es un problema mutuo —afirmó, casi sin respiración.

Permanecemos en la misma posición unos largos minutos. Pensé en el

momento en el que le diría la gran «sorpresa», y barajé todas las probabilidades de cómo se lo tomaría. Interiormente recé que fuese para bien, pero, aun así, mi desasosiego por todos nuestros problemas no dejaba de martirizarme a todas horas.

Un buen rato después llegamos a su casa en Santorini, donde Riley nos esperaba en la puerta con los brazos cruzados, al lado de mi hermano que trasteaba el móvil. Bajamos del coche y los dos nos miraron de arriba abajo.

—¿Dónde estabais? ¡Llevamos una hora esperando!

Los ojos de Jack se cruzaron de manera divertida con los míos.

—Hemos pinchado —le dijo el aludido.

Arcadiy soltó una gran carcajada, Jack le tiró las llaves de la casa de Riley, y este último giró su rostro comprobando que las ruedas del coche estaban perfectas.

—Tenías que haberte guardado tus llaves —añadió Jack, abriendo la puerta de su casa.

—Pero si las ruedas están...

—Anda, Riley, entra dentro —comentó Arcadiy sin dejar de reír por la inocencia que algunas veces tenía.

Empujó mi cuerpo hacia el interior, aprisionándome contra la pared del pasillo.

—Bueno, y ahora, creo que podríamos tardar un poquito más... —Bajó sus labios por mi cuello con picardía.

—¿Un poquito? —le pregunté con una sonrisa.

—No —gruñó—. Un *muchito* estaría mejor.

A la mañana siguiente nos despertamos temprano, pero entre que recogimos las cosas y nos dispusimos a salir nos dieron las tantas, por lo que terminamos llegando a Barcelona entrada la tarde.

—¿Cómo vamos? —le preguntó Arcadiy a uno de los pilotos.

—Aterrizando, señor.

—Ya estamos llegando —informó cuando se sentó de nuevo.

El avión de Bill, el amigo de Jack, tomó tierra en la pista privada de Barcelona pocos minutos después, y sentí un fuerte golpe que me hizo encogerme. Torcí el gesto, y Jack colocó una de sus manos sobre mi pierna.

—¿Te encuentras bien? —se preocupó.

Intenté cambiar mi rostro. No podía andarme con tonterías, y esperaba que lo de Aarón saliese sin ningún problema. No quería poner en riesgo la vida

del bebé, y la opción de desaparecer durante un tiempo se me antojó lo suficientemente buena como para querer terminar con todo, esa misma mañana.

—Ha sido por el golpe, no te preocupes. —Sonreí de manera forzada.

Y él lo notó. Claro que lo notó.

Me conocía tan bien que ni yo misma podía explicarme cómo era capaz de analizar cada parte, gesto o sentimiento de mí, con tanta facilidad. Me levanté con rapidez para evitar su escrutadora mirada y caminé hacia la caja enorme que había en la otra esquina, donde habíamos puesto nuestro equipaje. La alarma de la rampa sonó, advirtiéndonos de que se abría en breve, y no me dio tiempo a hacer nada más que agacharme como pude cuando unas balas tras otras comenzaron a resonar en el avión.

Riley cayó al suelo el primero, y mis ojos se abrieron de par en par. Arcadiy se lanzó a pecho descubierto a por uno de los hombres que entraba armado hasta los dientes en el interior del avión y aprecié que Jack consiguió pegarse a una de las esquinas donde estaban las cabinas. Si mi hermano se quedaba allí, ¡le iban a matar!

Intentó usar al tipo con el que había terminado de escudo, pero poco le quedaba, ya que solo podía retroceder hacia atrás. Levanté mi cuerpo con rapidez, notando cómo la bilis subía hacia mi garganta, y cogí una de las bolsas más pesadas que encontré al tantear con mi mano.

—¡¡Micaela!!

La desgarrada voz de Jack me hizo levantar la cabeza, en el momento que intentaba abrir la cremallera que, para mi desgracia, se atascó. Tiré con fuerza de ella y sonreí al ver que era la bolsa de las armas, pero la risa se me borró de un plumazo al ver los pies de un hombre delante de mí. Me apuntó con su pistola, y el único impulso que tuve fue el de protegerme la barriga, a sabiendas de que el disparo en la frente no me lo quitaría nadie.

Ese día la suerte volvió a estar de mi lado y, antes de que el tipo apretara el gatillo, un disparo resonó en el avión haciendo que cayera desplomado. Asomé mi cabeza cuando Jack se tiraba, literalmente, hacia mí, y vi que Ryan entraba disparando a bocajarro a los tres hombres que pude contar. Jack se agachó a mi lado desesperado.

—¿¡Estás bien!?! ¿¡Estás bien!?!

Sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, y no me di cuenta de que mis manos seguían enlazadas en mi barriga. Este las quitó con rapidez, mirando hacia abajo con urgencia.

—¿Te han dado? —Levantó mi camiseta lo justo para verificar que no tenía nada—. Micaela, ¿¡te han dado!?

—No, no, no —lo tranquilicé.

Se despegó de mí a toda velocidad y agarró lo primero que cogió de la bolsa para girarse hacia donde Ryan estaba, pero en ese mismo instante, los disparos cesaron, y me asomé al ver que Arcadiy tenía a uno de los hombres cogido por el cuello.

Jack se acercó a él con el semblante lleno de rabia, y golpeó su cara con saña unas cuantas veces.

—¿¡Quién cojones os manda!?

El tipo rio, y vi su final de cerca.

—¡¡Contéstame!! —le gritó desencajado.

—Vas a morir. Tú y toda tu basura —escupió.

Sujetó su cabeza con brusquedad y pegó su frente a la suya en un gesto temerario. El hombre rio con más fuerza, y comprobé que comenzaba a perder los papeles.

—¿Hay alguien más ahí fuera? —le preguntó con rudeza.

—No —le contestó Ryan.

Volvió sus ojos hacia el capullo que tenía mi hermano agarrado.

—¿Quién te manda?

Colocó su pistola en la cabeza de este, y el volver a reírse fue su última oportunidad. Apretó el gatillo y la bala sonó en todo el avión con fuerza, lo que hizo que cayera desplomado hacia atrás cuando Arcadiy lo soltó.

## Me has fallado



Tres días después de haber llegado a Barcelona nos alojamos en la casa de Ryan como habíamos pensado desde un primer instante. No aparecí por el club, puesto que ya tenía el momento idóneo para hablar con Eli y, por lo que me había contado Ryan, ella seguía como si no hubiese pasado nada, aunque sabía de sobra que era lista, y tenía que tener claro que ya sabía toda la verdad.

—¿Te vas?

Me giré sorprendida, ya que no esperaba a nadie levantado. Eran las ocho de la mañana, y todo el mundo estaba durmiendo, o eso pensaba.

—Sí.

—¿Se puede saber adónde?

Arcadiy se levantó de su asiento, dirigiéndose hacia mí a pasos agigantados. Lo contemplé altiva, sin dudar, y este llegó a mi altura.

—¿A verte con el poli? —Arrugó su entrecejo.

—Eso no es de tu incumbencia, Arcadiy.

—Se lo diré. —Se refirió a Jack.

—No te creerá. —Sonreí con sarcasmo.

—¿A qué estás jugando?

Su entrecejo se acentuó y pude ver un atisbo de rabia en sus ojos, a la misma vez que agarró mi codo con fuerza.

—Yo no juego a nada, Arcadiy. Simplemente, salvo mi vida. Algún día lo entenderás.

Me solté de su agarre, encaminando mis pasos hacia la puerta, en el momento en el que escuché:

—No puedo creer que vayas a ser capaz de hacer algo que lo perjudique.

Lo miré de reojo.

—A veces, tenemos que hacer cosas para ser libres, Arcadiy. Eso es algo que tú no entiendes porque lo has tenido todo.

—No sé cómo no he podido verlo antes... —murmuró con desconcierto.

—No tenías que ver nada. Yo soy así.

Bufó con rabia, y susurró lleno de ira:

—¡Él ha dado su vida por ti!

—Y yo por él —sentenció.

Abrí la puerta sin mirar atrás y me marché dejándolo desencajado en la entrada de la casa. Había recibido una llamada de Aarón la noche anterior, y quedamos en vernos esa misma mañana cerca del club, desde donde después de eso, pensaba hablar con Eli.

Tenía que terminar con uno de los asuntos que me traían de cabeza. Durante los días, desde que llegamos a Barcelona, mis náuseas habían incrementado, y la preocupación de Jack también, puesto que a veces podía ocultárselo, pero otras no.

Media hora después, aparqué mi coche en el callejón del club, y a lo lejos de este vi que se encontraba Aarón sentado sobre su moto con su habitual gesto de chulería y los brazos cruzados. Fui a dar un paso, en el momento en el que alguien golpeó mi ventanilla, dándome un susto.

—¿Qué haces tan temprano aquí? —me preguntó risueña.

Me bajé del coche, y su gesto se me antojó más cínico de lo que ya lo era. Con seriedad la inspeccioné mientras no dejaba de darle vueltas a cómo había sido capaz.

«Me has fallado...», pensé.

—Tengo que resolver unos asuntos. ¿Te quedas toda la mañana? —le pregunté tajante.

—Sí, ¿vas a pasar por el local?

—Sí —sentenció—. Espérame.

Cerré la puerta con un fuerte golpe, sin quitarle los ojos de encima. Ella miró mi gesto extrañada, o eso me pareció a mí, ya que visto lo visto, era muy buena actriz.

—¿Te pasa algo? —me cuestionó.

—Nada que no se pueda resolver en veinte minutos...

Caminé con decisión hacia Aarón, lanzándole una última mirada de advertencia que no pasó desapercibida para ella. Al llegar a la altura de este, oí la puerta trasera cerrarse, y supe que estábamos solos. Me encaminé hacia

un lateral de la calle donde las cámaras no podían alcanzarnos, pues no tenía previsto que Eli llegase tan pronto.

—Veo que la relación con tu amiga no va muy bien.

—Digamos que las mentiras tienen las patas muy cortas. —Lo miré con intensidad—. Y las traiciones también.

—Jamás lo hubiera sospechado. —Pareció sorprendido.

—Para que veas.

Me crucé de brazos, a la espera de que empezase a decirme el motivo de su llamada, pero no fue así.

—¿Y qué piensas hacer? Ella es tu mano derecha. Medita bien las cosas, lo mismo te estás equivocando.

—No lo hago, Aarón. Ahora, deja de preocuparte por mí, que no te pega.

—No me estoy preocupando por ti, simplemente creo que haces las cosas sin meditarlas.

—Habló el que se folla a la inspectora superior para conseguir mejor puesto —ironicé.

—¡Yo no soy como tú! —me espetó pegando su rostro al mío.

Acentué mi mirada, pero no se amilanó, sino que siguió contemplándome de manera fiera.

—Hubieras sido un buen fichaje para mi equipo. —Sonreí.

—No pretendería en la vida estar con alguien como tú.

—No, claro que no —ironicé—. Tu pretendías ganarte otra cosa que no pudiste. —Me toqué el corazón con sarcasmo.

Su gesto no pasó desapercibido para mí, y pude ver cierto recelo por mis palabras. Ignoré su rostro, instándolo con la mirada para que continuara. Se distanció lo suficiente de mí para retomar la conversación.

—Pasado mañana te espero a las nueve de la noche en esta dirección. — Me extendió un papel que cogí con mala cara—. Estaré esperándote. Solo.

Asentí, comprobando que era a las afueras de Barcelona.

—Micaela. —Me miró con determinación—. No me la juegues. O perderás todo lo que has conseguido de mí hasta el momento. Y te aseguro que puedo hacerte mucho daño.

Pasó por mi lado, quedándose a escasos milímetros de mí.

—No tienes que amenazarme. Eso no cambiará nada —le espeté.

—No quiero a nadie más.

—Y no lo habrá. Pero, lo que sí quiero saber es qué vas a hacer con él

cuando lo tengas.

Tardó unos minutos en contestar, pero al final lo hizo.

—Hacerle sufrir la misma agonía que yo sentí.

Sonreí.

—¿Te refieres a tu tío o a mí?

Alzó sus ojos de manera temeraria hasta colocarlos sobre los míos con fijación, dio dos pasos y se posicionó muy cerca de mi rostro y, con ferocidad, se pegó haciendo que nuestras narices chocaran. No me separé.

—No se te ocurra besarme, Aarón —lo amenacé con voz firme, sin moverme.

Su mirada volaba de mis ojos a mis labios en nanosegundos. Los rozó, y pude apreciar cómo su pecho subía y bajaba con rapidez, tras un largo suspiro devastador.

—¿Cuánto tengo que pagarte? —me preguntó con desdén.

—Nada. Porque no voy a ofrecerte nada.

No me lo esperé, cuando sujetó mis brazos con brusquedad estampando mi cuerpo al suyo. Lo miré con la clara amenaza en mis ojos, pero ignoró mi gesto y me besó.

Sellé mis labios en un puro intento por no dejarle acceder a algo que no le pertenecía, e intenté apartar mis manos de su agarre que me sostenía las muñecas, inmovilizándome. Mi cuerpo chocó con la pared, y sentí que su boca bajaba por mi cuello con desespero mientras se restregaba.

—¡¡Aarón!! ¡Para! —le pedí.

No reaccionó.

—Dime... —murmuró perdido—. Dime qué tiene él que no tenga yo.

«Todo», fui a contestar, pero mi cabeza pensó antes de hacerlo y me mordió la lengua. «Tienes que proteger al bebé, no busques enfrentamientos innecesarios», me dije.

—Aarón, suéltame ahora mismo. —Me revolví entre sus brazos que me aprisionaban contra la pared.

Estaba completamente sumido en sus pensamientos, y quizá no fue capaz de reaccionar y darse cuenta de lo que estaba haciendo, hasta que, como si fuese un golpe de realidad, se separó y me miró con los ojos desencajados.

Lo miré y este lo hizo también, para, momentos después, pasarse una mano por la cara con total desconcierto y, lo peor, arrepentido.

Arrepentido de haber perdido los papeles, arrepentido de no haber podido

controlar la situación, porque, todos, alguna vez en nuestras vidas habíamos perdido los estribos y él no iba ser menos.

Me sentí victoriosa al ser consciente del efecto que seguía causando en aquel hombre, y sonreí interiormente al pensar en el día de mañana, cuando se alejara de mí sin poder decirme ni una sola palabra, seguramente, intentando poner su cabeza en orden.

«Libre».

Esa era la palabra que lo definía, y la cual yo esperaba con ansias. Ya habría tiempo para lo demás.

Di unos pasos más hasta que, al llegar a la puerta trasera del club, vi que un coche aparcaba en la acera de en frente y me contemplaba. No reconocí su rostro, pero lo que sí pude ver era la sonrisa endiablada que lo dibujaba.

Escuché un leve pitido procedente de algo que Aarón llevaba, momento en el que sentí que sus brazos me agarraban con fuerza, empujándome hacia la carretera. Despegué los ojos del hombre del vehículo cuando su gesto se torció, desapareciendo de allí, y me giré con brusquedad hacia la persona que casi me tiró al suelo.

—¿¡Pero qué coño ha...!?

¡¡¡Boom!!!

El último sonido que mi mente escuchó fue el de una gran explosión, antes de que mi cuerpo cayese sobre el asfalto y el de Aarón encima. Oí varias alarmas resonar a lo lejos e intenté abrir los ojos, desubicada. Parpadeé un par de veces, sintiendo que el cuerpo de Aarón se movía sobre mí, intentando arrastrarnos a ambos por la carretera, para alejarnos de la gran masa de humo que observé por encima de su cabeza.

Unos instantes después, apoyé mis manos sobre el asfalto, y abrí los ojos de par en par al ser consciente de lo que estaba viendo. Un humo negro, gris y otro blanquecino, cubrían el cielo por completo, mientras que algunas explosiones seguían resonando en el interior del club.

«Del club».

«De mi club».

El fuego inquietante y presuntuoso se alzaba ante nosotros, y lo único que era capaz de asimilar en aquel momento, era que ocho años de mi vida, casi nueve, acababan de morir allí dentro, junto a todo ese amasijo de llamas que lo devoraba sin piedad. El recuerdo de Eli me vino a la mente de repente e intenté levantarme sin conseguirlo, ya que los brazos de Aarón me

aprisionaron cuando vio mis intenciones.

—¡¡Eli!! —susurré.

¿Y si él tenía razón?, ¿y si me había dejado guiar por las aclaraciones de personas como Anker, que habían estado manejando mi vida sin ser consciente?, ¿y si el topo no era ella?, ¿y si...? Tantas preguntas comenzaron a repiquetear en mi cabeza, que hubo un momento en que pensé que perdería el conocimiento. Aarón abofeteó mi rostro al ver que no reaccionaba, y de lejos, volví a escucharle. Pues el pitido inmenso que sentían mis oídos no se desvanecía.

—¡¡Micaela!! ¡¡Micaela, mírame!!

Giré mi rostro hacia él, sin verle.

Me levanté como pude, quitando su peso de encima, contemplando las llamas arder sin ningún pudor. Cuando me quise dar cuenta, varios coches de la policía y los bomberos acordonaban la zona para que nadie pudiese pasar, en el mismo instante en el que Aarón se levantaba y, antes de dirigirse a ellos, oí a lo lejos:

—No te muevas de aquí. Enseguida vengo.

Les explicó a todos los allí presentes algo que ni siquiera pude escuchar, ya que mis oídos seguían taponados por la fuerte explosión y, seguidamente, una ambulancia aparcó justo a mi lado. Un sanitario se bajó de ella, dirigiéndose a mí.

—Señorita, señorita —me llamó, aunque no conseguí mirarle.

Mis ojos estaban inmersos en lo que tenía delante.

El chico me arrastró hacia la parte trasera de la ambulancia, donde colocó una manta con un color grisáceo sobre mi cuerpo, en el instante en el que Aarón regresaba a mí. Le puso un par de tiritas blancas en la frente, por donde aprecié un hilo de sangre en diferentes zonas, entonces, fui consciente de mi estado. Miré hacia abajo rápidamente, gesto que asombró a Aarón que hizo lo mismo que yo, y suspiré aliviada al no ver sangre en mis piernas, y mucho más al no notar ningún tipo de dolor excepto en mi hombro.

—¿Le duele algo? ¿Me escucha?

El sanitario volvió a mí, haciéndome aspavientos con las manos hasta que asentí sin poder decir ni una sola palabra. De repente, un coche derrapó a nuestras espaldas, y vi pasar a Jack como un vendaval en dirección hacia el club, que no dejaba de arder.

—¡¡Micaela!! ¡¡Micaela!! —chilló desgarrado.

Me levanté como un resorte para dirigirme a él, momento en el que Aarón llegaba a su lado antes que yo. Jack se giró y agarró su camiseta con una fuerza desmedida, levantando su puño para golpearle, pero la voz de Riley le sacó de sus intenciones.

—¡Está ahí!

Ryan y mi hermano se aproximaron a pasos agigantados hacia donde estaba. Jack se hizo paso entre ellos a grandes zancadas hasta que llegó a mi altura, cobijándome bajo sus brazos, desesperado.

—Estás bien, estás bien, estás bien —pronunció como un demente, sin dejar de tocarme la cara, aprisionándola con sus manos.

No conseguí moverme, ni siquiera corresponderle a ese abrazo. Cogió mi cara con más fuerza y vi el terror reflejado en su rostro cuando depositó un beso en mis labios a la misma vez que aprecié cómo una lágrima caía de sus ojos aterrados. Miré el brillo que transmitían y susurré sin poder creérmelo:

—No siento nada...

Noté que el tapón de mis oídos iba desapareciendo poco a poco, a la par que Aarón lo hacía con el resto de policías. Jack se pasó una mano con desesperación por la cara, y me contempló sin entender a qué me refería, pero al instante se le pasó, y volvió a acunarme entre sus fuertes brazos con alivio.

Tragué el nudo que tenía en la garganta al ser consciente de que me acababa de quitar uno de los mayores pesos que tenía sobre mis espaldas. Eso por lo que tanto luché, el club que tanto ansié para que mi venganza fuera más fácil, todo lo que sufrí por él, se acababa de reducir a cenizas, y lo único que sentía era una cosa:

Libertad.

## Un cambio justo



La policía llegó al día siguiente a casa de Ryan para interrogarme, puesto que me solicitaron una dirección donde poder hablar conmigo, y sin que yo lo supiese, Ryan dio la suya. Después de hacerme mil y una preguntas con Aarón al lado del policía que llevaba el caso, terminamos la sesión que duró más de una hora en la que no respondí apenas a nada.

—¿Está segura de que no tiene enemigos que hayan querido hacerle daño por cualquier motivo?

El rostro de Jack se torció de mala manera. Llevaba desde el momento de la explosión desquiciado e insoportable. Negué con la cabeza de nuevo, y vi la cara de Aarón que no mostraba ningún signo de emoción, pero lo pensaba.

—¿Quizá algún cliente insatisfecho? —volvió a preguntarme.

La carcajada irónica de Jack no se hizo de rogar. Estaba pensando lo mismo que yo: «Vaya preguntas tenía aquel capullo». Ni que nadie supiese a lo que me dedicaba.

Dedicaba.

En pasado.

—Bien, pues, si recuerda alguna cosa que nos pueda servir de ayuda, no dude en llamarme.

Me ofreció una tarjeta que Jack le arrancó de las manos, y contemplé la mirada de odio que Aarón le propinó. Cuando el policía se levantó, no pude evitar preguntarle:

—¿Han encontrado a alguien dentro?

—Me temo que no. Está todo calcinado, hasta que no hagamos las pruebas pertinentes es imposible saber si había alguien en el interior.

Pero yo sabía que Eli no había salido de allí, y eso lo único que hizo fue acrecentar mi malestar al pensar que, quizá, podría haberla juzgado mal.

Asentí al escuchar al policía, y ambos salieron de la vivienda.

Aarón me lanzó una última mirada dándome a entender la cita que teníamos esa noche, y moví mis ojos en señal de asentir para que el resto no se percatara. No parecía haber olvidado lo que había pasado el día anterior, puesto que en sus ojos podía seguir apreciando el sufrimiento por no haberse podido controlar.

Cerré la puerta con pesar cuando se alejaron hacia la salida y me apoyé sobre ella, atisbando el gesto hosco de Jack que me inspeccionaba.

—¿Viste a alguien? —me preguntó cuando me senté en uno de los taburetes de la cocina.

—Había un hombre subido a su coche en la acera de enfrente cuando salí del club —mentí a medias. No podía decir que había estado con Aarón en el callejón.

—¿Recuerdas cómo era?

—No me fijé bien. Tampoco le presté demasiada atención o, por lo menos, no la que pensé que podía tener. Joder, ¡yo qué iba a saber! —me desesperé.

Los demás, que esperaban en la cocina, nos observaron, pero el gesto de mi hermano no pasó desapercibido para mí. Jack se pasó la mano por el rostro en señal de histeria, y supe que poco le faltaba para perder los papeles.

—¿Y qué hacía el poli allí? —me preguntó Arcadiy, con toda la intención de desmantelarme delante de Jack.

—No lo sé.

La mirada de Jack recayó con desconfianza sobre mí, y después sobre Arcadiy.

—Me imagino que pasaba por allí —me apresuré a decir.

—Qué extraño. Por lo que he estado investigando ya no trabaja en la comisaría. ¿Qué iba a hacer cerca del club? —Siguió a conciencia.

—Te he dicho que no lo sé. —Mi tono sonó más brusco de lo que pretendía.

—Pero...

—¿Vas a hacerle un puto interrogatorio tú también? —La brusca voz de Jack resonó.

—Solo estoy preguntando que...

Lo volvió a cortar con malas formas, fulminándolo con la mirada.

—Pues deja de hacer preguntas que no vienen a cuento y céntrate en lo importante, ¡cojones!

Mi hermano me observó con recelo y, antes de que pudiera volver a hablar, Ryan se le adelantó:

—¿Estás segura de que Eli no salió del local?

Negué. Él resopló en el momento en el que Arcadiy se levantaba de su asiento con gesto hosco dirigiéndose a otra parte, seguramente, lejos de mí. Riley lo miró de reojo, y Jack obvió su gesto, pues seguía desquiciado con todo lo sucedido.

—Y si...

—Y si nada. No te martirices pensando en que podías haberla salvado o ni siquiera en que ella no hubiese sido el topo de todos tus problemas. Ya lo demostró. —Apretó sus dientes.

—No lo sabemos, Ryan. Ya no sabemos nada —murmuré pensativa.

—Indistintamente, no le des más vueltas.

Dio un golpe a la encimera y salió de la cocina con paso firme y seriedad. Por su gesto tenso pude apreciar que la situación le estaba pasando factura y, por primera vez en muchos años, decidí dejarle hasta que se calmase.

Tenía ese defecto, podía gastarte una broma en la peor de las situaciones, pero cuando el cabreo era monumental o algo se le escapaba de las manos era mejor dejarle reflexionar hasta que se estabilizase con sus propios pensamientos.

Las horas siguientes parecieron pasar a una velocidad de vértigo, y me di cuenta cuando me encontré terminando de vestirme para marcharme a la cita con Aarón. Coloqué uno de mis pantalones vaqueros sobre mis largas piernas, y me sorprendí al ser consciente de que el simple botón me molestaba cuando lo abroché, ya que llevaba muchos días sin utilizar una prenda así. No me di cuenta de la sonrisa tonta que se instaló en mis labios, hasta que Jack apareció detrás de mí y depositó un beso en mi mejilla.

—¿Una sonrisa? —murmuró mordiendo el lóbulo de mi oreja—. ¿Me lo cuentas?

—Estoy ansiosa.

—Ya falta poco.

Se separó de mí, pero de sobra supe que no sabía a qué me refería, sino que pensaba en lo que ocurriría unas horas después. Bajé mi camiseta, fijándome en mi vientre plano y de nuevo me imaginé en unos meses. Parecía todo tan lejano...

Salimos de la habitación y, antes de conseguir llegar a la puerta, me

acerqué a Ryan que estaba en el sofá.

—Aquí lo tienes todo. ¿Te lo llevarás en el coche? —me preguntó con pesar.

—Sí. No es conveniente que cuando acabe vuelva. ¿Tienes lo demás pensado y listo?

—Sí. En cuanto me avises, correré la voz de alarma.

Asentí con tristeza y lo miré.

—Te voy a echar mucho de menos —añadió, para después sellar sus labios.

Me abracé a él y este me respondió.

—Solo será un tiempo. Cuando menos te lo esperes, me tendrás de vuelta.

—Eso espero. Micaela. —Cogió mis manos con las suyas—, llámame, por favor. Por lo menos dime que estás viva.

—Lo haré —le prometí.

Besé su mejilla con cariño y me levanté sin darle más vueltas al asunto, pero mi paso se vio interceptado por Arcadiy, el mismo que me observó con un rencor y un odio desmedido. Intenté evadirme de su rostro, cuando cogió mi codo con fuerza y siseó en mi oído:

—Si no vuelves con él —hizo una pausa—, te juro que seré yo quien te mate cuando entres por esa puerta.

Lo contemplé altiva, y musité con chulería:

—Si vuelvo.

Con paso firme avancé hasta la salida, donde Jack me esperaba en el coche. Me monté en él y arrancó segundos después perdiéndonos en la oscuridad de la noche.

Durante cuarenta minutos tuvimos un viaje en el que no dejamos de hablar, hasta que llegamos a un descampado donde solo se veía una especie de casa en reformas a lo lejos. Un gran plástico cubría la entrada de la vivienda, mientras que los materiales de construcción se esparcían por toda la zona de una punta a otra.

Paramos el coche en la misma entrada y comprobé que la moto de Aarón no estaba, pero daba por sentado que llevaría varias horas esperando nuestra llegada, aunque yo hubiese demorado la hora todo lo que pudiese y más.

Anduvimos unos pocos pasos hasta llegar a la entrada principal y, antes de mover un pie más, Jack me agarró de la cintura colocando su frente junto a la mía. Dio un largo beso en mis labios y después varios repartidos, con una

sonrisa.

—Un poco tarde para que me enseñes nuestra nueva casa, ¿no crees?

Me solté de su agarre con una risa juguetona.

—Hazme caso —le guiñé un ojo—, valdrá la pena.

Me perdí entre las cortinas de la entrada, quedando a un lado de la pared, hasta que escuché los pasos de Jack acercarse. Moví mi cabeza hacia el lateral, viendo las escaleras que subían a la segunda planta desde donde se podía visualizar toda la parte inferior. El único percance que tenía era que no había ni una sola luz, excepto los tenues rayos de la luna.

—¿Micaela?

Silencio.

—¿Micaela? —me llamó con más fuerza. Contuve mi respiración hasta que unos focos enormes iluminaron la entrada y seguidamente, Aarón aparecía con las manos entrelazadas entre sí, sujetando el mando en una de ellas. Lo miró altivo con los labios sellados, momento en el que Jack torció el gesto mostrando confusión.

—¿Tú? —le preguntó acentuando su entrecejo—. ¿¡Micaela!?! —vociferó.

La malévola risa de Aarón resonó en toda la estancia, lo que me hizo confirmar las ansias de venganza que tenía, y eso no era lo peor, sino que me demostraba que ni los buenos eran tan buenos ni los malos tan malos.

—¿Esperabas a otra persona? —Alzó una ceja—. ¿Al de la inmobiliaria tal vez? —Rio.

—¿Dónde está Micaela?

La voz de Jack volvió a resonar y aproveché el momento en el que sus miradas no se despegaban, para subir sigilosamente hacia la segunda planta sin ser vista.

—Me decepciona que no me esperases a mí. Pensé que te lo habría contado —añadió Aarón con sarcasmo.

—¿Contarme qué? —le escupió.

Pasé el gran pasillo pegada a la pared, dando gracias a que la iluminación se centraba en el cuadrado en el que ellos estaban, y poco después llegué al punto justo donde el rostro de Jack se mostraba en todo su esplendor y el de Aarón también.

—¡El gran asesino! —Aarón elevó sus brazos hacia el cielo—. ¡Estafado por una mujer! —ironizó—. Absurdo. Simplemente, absurdo.

—¿De qué demonios estás hablando?

El semblante de Jack cambió.

—De que te ha traído al matadero, Jack. Y de que tienes a tu verdugo delante.

Jack se lanzó de cabeza hacia Aarón que extendía sus brazos en su dirección, y comenzaron a golpearse como bestias. Un puñetazo tras otro resonó en la casa, hasta que Jack se cansó del maldito juego y consiguió reducirlo.

—Eso será —bufó—, si eres capaz de atraparme.

—Lo haré —siseó.

Aarón propinó un fuerte golpe en su costado que lo hizo soltar su agarre, y de esta manera recorrieron toda la sala sin miramiento, tirando lo que había a su paso, hasta que, minutos después, me cansé de su juego y decidí mostrarme.

Aplaudí con lentitud bajando las pocas escaleras que me quedaban hasta llegar a ellos, y ambos se detuvieron, observándome.

—¡Bravo, Aarón! —chuleé—. Ya le tienes.

—Al igual que tú ya tienes tu libertad, así que márchate.

Sonreí, para después soltar un breve suspiro de pesadez, en el mismo instante que la pistola de Jack le encañonaba. Aarón no se lo pensó y le apuntó con la suya, contemplándolo con desconcierto.

—¿Qué pasa cuando chantajeas a alguien que no conoces? —Me puse un dedo en la barbilla, pensativa.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Comenzó a enfadarse.

Di unos pasos más con mi habitual elegancia, hasta que solo me quedaban cuatro escalones para llegar. Saqué mi pistola de la parte trasera de mi pantalón, jugando con ella entre mis dedos.

—Siempre nos han contado que los malos tienen que morir. Rendirse a las miserias que los demás les ofrezcan y acatar las órdenes de personas como tú. —Lo apunté con mi dedo.

Achicó sus ojos de forma intimidante, sin obviar ninguna de mis palabras.

—Pero —Hice una pausa—, lo que no nos cuentan es que los malos, casi siempre, son los que ganan.

—Te advertí...

Le corté.

—Sí. —Moví de nuevo mi mano con la pistola en el aire—. Ya sé, todo ese rollo de que no tengo corazón y demás. Lo recuerdo. —Sonreí—. Al igual que también recuerdo tus ganas de vengarte porque Jack asesinó a tu tío, pero,

seamos sinceros, Aarón. —Hice una mueca de disgusto con mis labios—. Sabes que lo que te jode de verdad es que él sea el que caliente mi cama, y no tú.

Di los pasos que me faltaban hasta que llegué a su altura, y pude comprobar que se debatía sobre a quién apuntar. Alcé mis manos, aún con mi pistola en una de ellas.

—No, no, yo no voy a dispararte —le aseguré.

Con un ágil movimiento me coloqué tras su espalda, presionando con mi arma su costado. Me acerqué con picardía a su oído, comprobando que su piel se erizaba con el roce de mi aliento.

—Vamos, Aarón, dispara. Mátale —recalqué—. Estás deseándolo.

La punta de su pistola volvió al hombre que tenía delante, en el instante en el que me moví hasta quedar entre Jack y él, consiguiendo arrancarle el arma de las manos a Aarón.

Retrocedí varios pasos atrás observando su rostro circunspecto, hasta que mi cuerpo topó con el duro pecho de Jack, quien colocó una de sus manos en mi cintura de manera posesiva.

—¿Sabes, Aarón? Hay mucha gente que se compra con dinero, incluso gente que es de fiar.

—Te ayudé —siseó echándomelo en cara.

—¡Y te lo agradezco! —Mi tono salió eufórico—. Claro que lo hago. De no ser por ti, no habría conseguido jamás entrar en aquella fiesta, y mucho menos que Anker terminase como lo hizo. —Sonreí.

—Te dije que si me traicionabas...

—Shhh, shhh, espera. ¿Yo soy la única que te ha traicionado?

Sus labios volvieron a sellarse, en el momento en el que Jack sacaba un teléfono y lo tiraba a sus manos, objeto que Aarón pilló al vuelo.

—Después de nuestra breve conversación en la comisaría —expliqué—, me tocaste mucho las pelotas. Mucho —repetí con más énfasis—. Obviamente, los villanos también tenemos sentimientos, y cuando llegué, Jack se enteró de todo. De hecho, siempre supo cada paso que di contigo.

Los ojos de Aarón no se despegaron de la pantalla, pero podía comprobar el sufrimiento que albergaban al ser consciente de lo que estaba viendo y escuchando.

—Tengo muchos contactos, Aarón. Y esta tontería ha llegado a su fin —le espeté.

—Solo me has utilizado... —murmuró con pesar.

—Como suelo hacer habitualmente.

—Puta zorra...

—Ya me lo han dicho unas cuantas veces —añadí con sarcasmo—. En fin, esto es lo que hay. —Abrí mis manos en cruz con una sonrisa de oreja a oreja.

Elevó sus ojos hacia mí cargados de una rabia que jamás había visto en ellos. Nunca tuve la intención de portarme de esa manera con él, pero si se interponía en mi camino como era el caso, no me quedaba otro remedio.

—Además de tener a tus padres en el punto de mira, te puedo asegurar que la inspectora, compañera tuya, Ariadna Mellas, ha sido muy atenta con las atenciones de un buen amigo mío, y si no nos dejas de una vez por todas, se hará público todos y cada uno de los detalles de tu vida, incluidas todas las veces que te colaste aquí. —Señalé mi sexo.

Un pequeño rugido de la garganta de Jack se escapó de sus labios, pero seguí inmersa en el rostro atónito de Aarón. Tiempo atrás, había atado todos los cabos.

Guardé las grabaciones en las que Aarón se acostó conmigo antes y después, en mi despacho, en mi club y en todos los sitios que pude recopilar donde ambos nos veíamos. Los días que me reuní con él para nuestro supuesto plan hacia Jack, llevaba un micrófono que grabó todo y, gracias a Riley, le sumábamos la gran virtud de Tiziano a la hora de convencer a las mujeres, en este caso, a la inspectora que días atrás retozó con él en su despacho, conseguimos saber muchas más cosas que el inspector que tenía delante guardaba y, sin duda, le repercutiría en su puesto.

Pero lo peor no era eso, ni siquiera el que se hubiese acostado conmigo. Lo peor era que, siendo quien era, no podía buscar la venganza por su propia mano o estaría saltándose las leyes que tanto defendía. En definitiva, se quedaría sin muchas cosas que, obviamente, le repercutirían si no aceptaba mi trato.

En aquellos instantes, Ryan ya se encontraba con Arcadiy a la entrada de la vivienda de los padres de Aarón, y si no acataba nuestro pacto, ellos también sufrirían las consecuencias. Esperé por lo menos que el cabreo de Arcadiy hubiese menguado tras saber toda la verdad cuando nos fuimos de la casa de Ryan, ya que él mismo se encargaría de contársela.

—Un asesino a sueldo... y una proxeneta —añadió con asco.

—Exproxeneta. Te recuerdo que me han volado el club —puntualicé con

saña.

Movió su cabeza de forma negativa, sin borrar su gesto rudo de su rostro.

—Tú me chantajeaste, yo lo hago ahora. Es un cambio justo, Aarón. —Lo miré con firmeza—. Fin del juego. No habrá más amenazas. Tú te olvidas de nosotros, y a cambio yo lo haré contigo. —Lo contemplé con más fijación—. Para siempre.

Apretó su mandíbula, y me sorprendí al ver que Jack no se pronunciaba, cosa que agradecí.

—Me las pagarás. Te juro que te buscaré y me las pagarás —siseó entre dientes.

Asentí, dirigiendo mis pasos hacia la salida, y le dije adiós con la mano notando el brazo de Jack rodear mis hombros.

—¡¡Micaela!! ¡¡Micaela!! —gritó encabronado—. ¡Ese no era el trato!

Escuché un golpe que, seguramente, le propinó a uno de los bidones que había en el suelo, dándose cuenta de la encrucijada que tenía si movía un solo dedo. Sonreí cuando llegamos al coche y antes de entrar, miré a Jack hipnotizada con los rayos de la luna brillando sobre nosotros. Noté que mi pecho se abría de nuevo de par en par, y murmuré pegada a sus labios:

—Te amo.

## Mi demonio



*Jack Williams*

*Nueva York*

Cogí la humeante taza de café en mis manos y soplé sobre ella, con mis pensamientos a mil por hora. Pocos minutos después, Riley apareció en la cafetería con el semblante serio, y se sentó frente a mí en el banco acolchado. Me miró por encima de sus pestañas, dejando el periódico en la mesa.

—Pensaba que estarías tomando algo más fuerte que un simple café.

—Necesito estar despejado —añadí en un murmullo.

Eran las ocho de la noche y ni siquiera había probado bocado en todo el día, los nervios no me lo permitían.

—¿Qué sabemos? —le pregunté hosco.

—Su último paradero es China, pero estoy seguro de que en menos de una semana habrán dado con vosotros, aunque os cambiéis las identidades de nuevo.

—¿Has comprobado si fueron ellos los que ocasionaron la explosión del club también?

—Sí. Y el ataque en el avión. Además, ¿recuerdas el primer destrozo que le hicieron al club?

Asentí, sin pronunciarme.

—Fue él. Por lo que he conseguido averiguar en sus servidores, también hicieron algún trato con Anker, de ahí a que pudiesen tener el peluche de Arcadiy que dejaron en el despacho de Micaela.

Afirmé sin apartar la vista de la taza. Tomé un gran suspiro, y le miré con decisión, aunque, en realidad, lo único que quería era morirme allí mismo.

—Bien. Nos vamos esta noche.

—Jack...

—No, Riley. Está decidido.

—Pero...

—Déjalo —siseé entre dientes.

El tema me traía de cabeza desde hacía muchos días, y las palabras de unos y otros no hacían más que resonar en mi cabeza de forma insistente. Había tomado una decisión, y la pensaba llevar a cabo, aunque con ello me llevase mi vida.

—Cuando te pares a pensar en frío, te darás cuenta de que...

—De que mi ángel es mi demonio —terminé por él.

—No, Jack. Hay más maneras de solucionar las cosas y tú...

Pegué un fuerte puñetazo en la mesa con los ojos inyectados en sangre, lo que hizo que toda la cafetería se volviese hacia nosotros.

—¡Ya basta! ¿¡Qué coño piensas que he estado pensando todo este puto tiempo!?

Calló.

—Te espero en dos horas. Ten todas las cosas preparadas.

Me levanté de la mesa con brusquedad y, antes de dirigirme a la salida, le escuché que decía:

—¿Y Arcadiy?

—Sabrá apañárselas. Siempre lo ha hecho.

Avancé con paso firme hacia la salida, y subí a mi coche sin mirar atrás perdiéndome más de la cuenta por las calles del centro, dándole vueltas a todo el asunto en cuestión que me traía de cabeza.

«¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer?», no podía parar de preguntarme.

«No podrás soportarlo...», me aseguraba también.

Pero la decisión ya estaba tomada.

Ella ya estaba salvo, y eso era lo único que me importaba.

Un rato después el olor a vainilla me inundó las fosas nasales, antes de meter la llave en la cerradura del piso donde Micaela y yo estábamos desde hacía una semana. El silencio de Aarón días atrás nos confirmó lo que ya sospechábamos: se había rendido.

Nueva York había sido el punto exacto que ella decidió cuando comenzamos con el plan de desbancar a Aarón, meses atrás. Teníamos pasaportes nuevos, no por ella, pero yo sí lo necesitaba todavía, identidades falsas, y todo lo que podía hacernos falta para estar un tiempo desaparecidos.

Tiempo en el que mis verdugos, o por lo menos el que me quedaba, había

estado esforzándose por darme caza a cada paso que avanzaba. El maldito trabajo de aquel alemán me estaba dando más de un calentamiento de cabeza, ya que no se dirigía directamente hacia mí, sino que estaba haciéndolo con las personas o cosas que tenía a mi alrededor. Y eso, no lo iba a consentir.

Pues le daría caza a ese mamón, aunque tuviera que derribar la torre más alta para llegar a él. De eso, estaba más que seguro.

«Qué bien lo hiciste, Anker. Si hubieses metido tus manos en otro sitio, nadie sabría quién era yo», pensé con rencor, aunque de poco servía ya.

Porque aun estando muerto, sus actos me llevarían a cometer la mayor gilipollez que había pensado en toda mi vida.

Porque por culpa de él, iba a perder a quien más amaba.

Abrí la puerta con lentitud y mis alarmas resonaron cuando no encontré ninguna luz encendida, hasta que me fijé en que unas velas adornaban el salón de lado a lado. Achiqué mis ojos acostumbrándome a la tenue iluminación y cerré al entrar notando que unos brazos se colgaban en mi cuello con cariño.

—Hola... —murmuró como una felina en mi oído.

Me giré para acogerla entre mis brazos y besé su frente con mimo, hasta que llegué a sus carnosos labios.

—Mmm... Hola. —Sonreí en su boca—. ¿Y esto?

Señalé la estancia tal y como estaba.

—Bueno... —Movió su cuello, risueña, a la misma vez que sus ojos destellaban—. Tenemos que celebrar varias cosas. Una de ellas que somos...

—Libre —contesté por ella.

—Libres —me corrigió con una sonrisa en los labios.

Imité su gesto, pero mi sonrisa no llegó ni a la mitad de lo que pretendía.

No podía.

—¡Toma! —Sonrió con euforia, entregándome un sobre.

—¿Qué es? —le pregunté, abriéndolo sin soltarla.

Movió sus ojos de un lado a otro, sin borrar esa hermosa sonrisa que no se despegaba de su boca desde hacía una semana. Abrió las manos con nerviosismo, incitándome para que lo abriera, y antes de que lo consiguiese casi gritó:

—¡¡Nuestros papeles de la boda!! Me han llegado hoy, Tiziano me los envió urgentes. Ya le dije que no podía esperar más —me aseguró atropelladamente—. Ahora faltan los anillos.

Movió sus ojos con gracia, y la estreché con fuerza, besándola.

—¿Y cuál es la otra? —le pregunté, quedándome embelesado con su belleza.

Alzó sus cejas con picardía, tirando de mi mano hasta la mitad del salón, donde detuve su paso para estrecharla entre mis brazos con más fuerza.

Lo necesitaba.

La necesitaba.

—Primero, vamos a cenar —enumeró—, después, tengo un regalo, y...

La interrumpí con desespero, tirando de ella de tal manera que deseé fundirla en mi cuerpo. Pegué mi boca a su cuello, mordisqueando aquella zona que le hacía perder la cabeza y se restregó contra mí.

—¿Y si nos saltamos la cena y pasamos al postre directamente? —murmuré con la voz ronca.

—¿Pero después cenamos? —Jadeó, echando su cabeza hacia atrás—. Me he tirado toda la tarde en la cocina, señor Williams —renegó, volviendo a gemir cuando mis manos tocaron sus pezones.

La sensibilidad que últimamente tenía me llevaba de cabeza, no entendía el motivo por el cual mis caricias reaccionaban ante ella de una forma tan distinta que me hacía perder el poco juicio que me quedaba. Sujeté su cuello con firmeza tirando de él hacia atrás, en el momento en el que mis manos se deslizaron hasta llegar al bajo de su vestido y comencé a subirlo dejándolo arremolinado en mis grandes manos.

Me separé lo suficiente como para sacarlo por su cabeza, y la contemplé con devoción. ¿Por qué cojones era tan jodidamente bonita? Embelesado, me acerqué como un depredador, sintiendo una necesidad desorbitante por poseerla hasta morir enterrado en ella, y bajé con lentitud la única prenda que quedaba en su cuerpo.

Me acuclillé y con un leve toque en su pierna levantó una primero y después la otra para deshacerme de la prenda. La lancé al suelo del pequeño salón, y ascendí con mi lengua por su piel llegando a la cara interna de sus muslos. Con maestría sostuve sus nalgas haciendo que un pequeño grito escapara de sus labios cuando la alcé para sentarla al borde del sofá, y desde ahí, tocó mi pelo para que la mirase.

—¿Seguro que no quieres saber cuál es la otra parte que tenemos que celebrar primero?

Juntó sus labios en una mueca divertida, e hice un gesto para pensármelo hasta que negué.

—Prefiero ver cómo te retuerces, y que en la estupenda cena me lo cuentes.  
—Sonreí.

Y de nuevo, mi sonrisa se esfumó y la perdí entre sus piernas para que no lo notara. Sentí que su espalda se arqueaba con el primer lametón sobre los labios de su sexo, hasta que, segundos después, un jadeo salió de su garganta cuando mi lengua se posicionó en su clítoris.

Con lentitud, impregnándome de cada movimiento, dejé que mi lengua se guiara con pasos concisos hasta llevarla al extremo mientras mis dedos jugueteaban en su interior en un vaivén constante de movimientos firmes. Minutos después, comenzó a temblar entre mis manos y aprisioné con fuerza sus caderas para que no pudiera moverse, dejando que los grandes espasmos la recorrieran de pies a cabeza.

Continué mi sendero de besos hasta su vientre, y me detuve en sus pezones, los cuales estaban más grandes de lo normal o eso me pareció en aquel momento. Me entretuve lo suficiente hasta que sus manos arrastraron casi por obligación mi rostro, elevándolo hacia arriba.

—Creo que vamos a dejar la cena para el desayuno a este paso —murmuró sensual.

Tiró de mí, colocándome justo encima, y cogí sus nalgas con fuerza para ponerme de pie sin soltarla. A pasos agigantados llegué hasta el dormitorio donde me desnudé con urgencia, pegando al instante mi cuerpo al de ella. Necesitaba sentir su contacto, grabar a fuego lento su olor, sus movimientos, todo.

Su cadera se alzó pidiendo a gritos que la penetrara cuanto antes y no me hice de rogar, puesto que también lo necesitaba como el aire para respirar, como necesitaría su recuerdo hasta el fin de mis días.

Me moví con agilidad, notando sus paredes acogirme con firmeza, aprisionando mi miembro que cada vez se apretaba más en su interior. Bombeé su sexo con lujuria, hasta tal punto que pensé que morir en aquel instante era lo que quería de verdad, y después de aquello, sentí que mi cuerpo no deseaba de ninguna de las maneras separarse de ella.

La cena se enfrió, y el supuesto regalo que me daría se quedó en el aire hasta el día siguiente.

Día en el que ya no podría compartirlo conmigo.

La abracé sintiendo que mis ojos comenzaban a quemar mis retinas de manera considerable, y noté su respiración acompasada mientras dormía sobre

mi pecho.

Mis ojos se clavaron en cada una de las partes de su cuerpo deleitándome con aquella visión, hasta que el escozor se hizo más amargo y tuve que retirarlos.

Me sentí tan miserable, tan ruin, tan hijo de puta...

Pero a la vez esos sentimientos cambiaban en mi pensamiento, debatiéndose a cada segundo que se acercaba, dándome cuenta de que no le rompería el corazón únicamente, sino que también le brindaría la posibilidad de poder empezar de cero. Sin problemas, sin complicaciones a cada paso, sin nadie que la atara a un futuro de mierda en el que, últimamente, solo había lugar para las desgracias.

Contemplé con fijación la mesa, los adornos, las velas que ya se mostraban consumidas sobre gran parte del suelo y los muebles del piso, las mismas que me hablaban o eso me parecía a mí, ya que creí estar volviéndome loco, diciéndome lo cobarde quizá que sería unos minutos después.

Volví mis ojos hacia la persona que me había robado no solo el corazón, sino el alma y las ganas de vivir. La que me había dado los mejores momentos de mi vida y la única que supo sacar mi mejor y mi peor cara, con la que me enfrenté a adversidades realmente temerarias, con la que me juré que lucharía hasta el fin de mis días, pero la misma que supe que, a mi lado, nada bueno le depararía.

Sigiloso, me levanté de la cama viendo cómo se acomodaba sobre la almohada, y pedí al cielo que no se despertara. Me vestí con rapidez, sin dejar de contemplar su cabello arremolinado sobre parte de su rostro, sus perfectas curvas, y en general, a ella.

Siempre era ella.

Durante unos instantes, permanecí inmóvil sin poder despegar mis ojos de aquella diosa que dejaba atrás. De la mujer a la que abandonaba para darle una vida, una vida de verdad, y sentí que mi alma se rajaba de un extremo a otro sin poder evitarlo.

¿Qué haría al día siguiente cuando no despertara a mi lado? ¿Y al siguiente? ¿Y al otro? Y, lo peor, ¿durante el resto de mi existencia?

Conduje mis pasos hacia la puerta de la habitación, apoyándome en el marco antes de salir, y la miré por última vez.

«Por última vez...», pensé.

Era extraño para mí ese sentimiento desgarrador que hacía que sangraras

por dentro, que te partía en dos.

La amaba, la amaba más que a mi propia vida, y solo deseé que el día de mañana, cuando consiguiera asimilar los cambios, se diese cuenta de que mi única intención fue darle la libertad que tanto ansiaba, aunque con ello, mi cadena fuese perpetua.

## Continuará...